



**INCORREGIBLES**

*Julia Ortega*

# INCORREGIBLES

JULIA ORTEGA



© 2018 Julia Siles Ortega

© De la imagen de cubierta: Fotolia

© Del diseño de cubierta: Olalla Pons García

Primera edición en formato digital: septiembre 2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.

Todos los derechos reservados

Puedes encontrarnos en:

Facebook: @bilogianosotros

Twitter: @NosotrosBilogia

Instagram: @juliaortega.niamhbyrne

## CONTENIDO

PORTADILLA

CRÉDITOS

DEDICATORIA

PRÓLOGO

ENERO

FEBRERO

MARZO

ABRIL

MAYO

JUNIO

JULIO

**AGOSTO**

**SEPTIEMBRE**

**FEBRERO DE 2017**

*A ti, Ángel  
Por tanto  
Por todo  
Por siempre*

*A ti, lector, que me sigues desde el principio.  
A ti, lector, que te has animado a leer otra de mis historias.  
A ti, lector, que me lees por primera vez.  
Espero que todos quedéis satisfechos con esta nueva aventura.*

J. O.

## **PRÓLOGO**

Cuando era pequeña, creía que los escritores eran seres mágicos que vivían en un mundo maravilloso con infinidad de contrastes, colores, luz por doquier, pero también con sus partes en blanco y negro y con su oscuridad. Los imaginaba subidos a lomos de animales gigantescos, sobrevolando cielos violáceos con estrellas de color verde y un sol rosa inmenso; en el aire

trazaban con lápices lo que debía suceder a continuación: dibujaban princesas valientes que escapaban de torres y ayudaban a caballeros armados a matar a los infames que las habían secuestrado, o herido; los escritores asesinaban las maldades para que la felicidad y el amor triunfara sobre todas las cosas. Y lo hacían sin parar. Acababa una aventura y comenzaba la siguiente, y había para cualquier tipo de lector, historias de cualquier género, aunque siempre con finales felices, soy una romántica empedernida... Y todos esos escritores eran únicos, eran especiales, eran los dioses de las palabras, capaces de crear un mundo de inagotable imaginación, un mundo repleto de sueños por descubrir, un mundo en el que me sumergía cada vez que abría un libro...

Veía a los escritores en la televisión o leía entrevistas en los periódicos y los admiraba con tanta solemnidad que, luego, en el refugio de mi habitación, jugaba a ser una de ellos: me sentaba en una silla con varios libros en mis piernas como si los hubiera escrito yo, frente a mi cama, donde había colocado previamente mis muñecas y mis peluches como si estuviera en una especie de teatro y ellos fueran mi audiencia, audiencia que, por supuesto, no cabía de tanta como había asistido a mi conferencia, deseosos de escucharme hablar de mis obras; les relataba historias que me inventaba y respondía a sus mudas preguntas como si se tratase de una entrevista de verdad, hasta me sentía importante, ¡era escritora!

Y, a medida que iba creciendo, la niña que había dentro de mí, esa misma niña que soñaba con ese mundo inalcanzable jamás pensó que un día conocería a uno solo de esos dioses de las palabras, mucho menos en persona, muchísimo menos conseguir su amistad... No, jamás lo pensé, pero el destino me tenía preparada la aventura más increíble de mi vida... Y ocurrió. Julia Ortega es uno de esos seres capaces de crear magia con las palabras. Lo dije una vez, pero lo voy a repetir... Peculiar. Así es Ella, en mayúsculas. Así son sus personajes. Así son sus historias. Coco Chanel dijo una vez que para ser irremplazables debemos ser diferentes. Pues te felicito, Julia, porque tú lo eres y eso nunca pasa de moda. Hay que destacar en este mundillo tan complicado y tú lo haces con cada libro que escribes. Eres dura cuando tienes que serlo. Eres rápida cuando tienes que serlo. Eres valiente cuando tienes que serlo. Eres romántica cuando tienes que serlo. Eres soñadora cuando tienes que serlo. Eres real. Eres diferente. Eres... Julia Ortega.

Sofia Ortega

# ENERO

—Soy Jimena Silva y tengo cuarenta y cuatro años.

Así empiezan muchas de las historias narradas en primera persona. Pero pronto descubrirás que Jimena no es una mujer normal y corriente. Y no por su oficio o su familia, esos sí son corrientes hasta decir basta. Es su historia de amor la que desafía todos los cánones, normas y preceptos; dispara el corazón de los últimos románticos y podría inspirarte más de una canción.

—A ti y a Pablo Alborán. Yo soy más de Katy Perry.

Porque nunca ha creído en los finales felices; ni es romántica ni le van los cuentos de hadas. Y no te permite que le hables de amor. De amor, no. De cualquier cosa menos de amor.

Está muy resentida con Cupido. Y de Eros hace demasiado tiempo que no tiene noticias; no visita su cama ni en sueños. A ella le va más el rollo Lucifer; le parece más de fiar, mira tú. Siempre ha desconfiado de las cosas demasiado bellas o demasiado buenas. Le enseñaron que los cuentos de hadas son para las mujeres con cuerpo de valquiria y corazón de guerrera. Y si la miras y la ves de cerca, enseguida te das cuenta de que en esa ecuación no aparece. Ella es guapa pero diminuta. Y ahora, con algunos kilitos de más y algunas estrías también (¡Ay esos *muffins* de chocolate que la llevan a una por el camino de la perdición!), pues no está en su mejor momento...para seducir a nadie.

Así empieza 2016 esta mujer: con las uvas atragantadas (como todos los años) y la firme intención de acumular buen karma, no estresarse pase lo que pase y sobre todo NO ENAMORARSE bajo ningún concepto. Después de dos ex que llegaron y se fueron sin pena ni gloria, y algunas historias de indigna memoria, quiere descansar; no sufrir, no penar, no llorar.

¡Qué ilusos somos!

No adelantemos acontecimientos porque hoy Jimena solamente tiene una idea en la cabeza: la boda de Irene. Su mejor amiga vive en Madrid y se casa el mes que viene.

—Solo a alguien tan cursi y moñas como ella se le ocurre casarse la víspera de San Valentín. Y solo alguien tan masoquista como yo acepta ser la

madrina de la novia. Pero cómo puedo negarme si somos como hermanas siamesas desde que nos tropezamos en el bar más concurrido del campus de Bellaterra.

Y de una boda sale otra.

Jimmie sueña, sueña mucho. Y en tecnicolor, además.

Y sueña con casarse; no de blanco ni con velo, por supuesto. Solo casarse.

Entre los muchos sueños que esconde en un rincón del armario está un bolsito de Prada. Siempre ha soñado con bolsos la mar de cucos, a ser posible de firma y caros. Muy caros. No se lo digas a nadie porque ella presume de ser *roja*, muy roja, muy comunista y muy marxista. Pero... La pierden las cosas bonitas que le caen bien, y los bolsos de cualquier tamaño, forma y color siempre le han caído de puta madre.

Y libros. Su mayor vicio. Su perdición.

Es lectora obsesiva-compulsiva desde los siete años; pasó el sarampión leyendo *Mujercitas* a la luz de una linterna y con eso está todo dicho. Desde los veintiocho años es correctora de estilo: manuscritos de autores noveles y consagrados, tesis doctorales, informes de todo tipo para empresas y organismos gubernamentales, y ahora también los llamados TFG de los universitarios.

—La gente sabe mucho y presume más, pero escribe muy mal en general. Me duele decirlo con tanta crudeza, pero así es. A menudo me pregunto si hacían pellas cuando tocaba la clase de lengua castellana, en serio. Aún recuerdo todas mis clases de lengua, y eso que yo solo quería triunfar en Hollywood y soñaba con estatuillas doradas día sí, día también. Pero siempre he tenido una mente y un espíritu anglosajones y me gustan las cosas bien hechas. Muy bien hechas. Y como me gustan mucho, las exijo. Y como soy tan perfeccionista, también soy muy impopular en el país de la Ley del Mínimo Esfuerzo.

Y si solo fuera tiquismiquis con el nivel académico de sus clientes... También lo es con los hombres. A ella la educaron (no se sabe quién ni cómo) para ser exigente. La falta de necesidad la vuelve a una caprichosa y puñetera. Y en 1985, a esa edad en que empiezas a fijarte en el vecinito guapo y malote del piso de abajo, pocas mujeres tenían la necesidad de ennoviarse, casarse y empezar a criar mocosos, aunque muchas tuvieran todavía el antojo porque no las habían criado para otra cosa. La gente huye de la soledad como de la peste y demasiado a menudo esa huida la lleva directa al precipicio.

—Yo me crie jugando con muñecas a la antigua, imaginando familias felices «a la americana». Porque era muy sentimental y muy ñoña en aquellos días, y solo quería que me quisieran.

Después se volcó en la lectura para vivir otras vidas en otros mundos; sus horizontes se ensancharon y los hombres que la rodeaban empezaron a resultarle cada vez más aburridos e indiferentes. Ni pensaba en bodorrios, ni pensaba en criaturas. También era (y sigue siendo) muy curiosa, que no cotilla, ¡no confundir! Tenía una sed de conocimiento insaciable y le gustaba meter las narices allá donde pudiera aprender algo. Y era fiel defensora de la Verdad, toda la Verdad y nada más que la Verdad. Solo aceptaba la mentira entre las páginas de una novela, y ni aun así la sentía como tal.

—Los escritores no mienten, inventan. Te lo digo yo. Hazme caso, que sé de lo que hablo. ¿O qué coño estoy haciendo aquí si no?

Hasta ahora solo ha escrito ratillos de poca monta en un blog que tiene y mantiene desde 2008, donde desvaría a su antojo porque lo suyo no es —ni ha sido nunca— la corrección política.

—Ni me gusta hacerle la pelota a nadie, ni tengo vocación de lameculos. Siempre he vivido con la consciencia de haber nacido en el país equivocado. Ya te he dicho que tengo mente y espíritu anglosajones, y una debilidad natural por los nativos de las tierras altas; cuanto más altas y más al norte, tanto mejor. Aunque, entre tú y yo, los Highlanders me provoquen más risas que otra cosa con esas falditas tan ridículas que se nos ponen en las fiestas de guardar y que disparan la imaginación de más de una marujita desesperada.

Desde los diez años habla y escribe en inglés con más soltura que la mayoría de los londinenses; en junio de 1994 se licenció en Filología Inglesa y en septiembre de 1999 se doctoró con la tesis *La pasión y la muerte en Cumbres Borrascosas*, escrita íntegramente en inglés y redactada a ratos perdidos entre Barcelona y Haworth: el pueblo natal de las hermanas Brontë, en Yorkshire.

—En secreto te confesaré que a menudo siento que soy la reencarnación de Emily Brontë.

Antes de juzgarla mientras se dibuja en tu rostro una sonrisilla condescendiente, has de saber que Jimmie no se refiere tanto al talento narrativo —ella ni escribe novelas ni tiene intención de hacerlo— como al modo en que ambas ven el mundo y viven la vida. Con Emily siempre le ha pasado un poco como con su abuela: nunca ha entendido por qué tuvo que morir tan pronto.

—Con tal cantidad de autores mediocres, malos y nefandos pululando por doquier, no logro explicarme cómo las hermanas Brontë murieron tan jóvenes, sin legarnos apenas un puñado de obras y, en el caso concreto de Emily, tan solo una. Pero una que vale por mil, claro.

Lo dicho: es una anglófila irredenta con una pasión casi antinatural por los clásicos del s. XIX. En estos últimos dos años ha traducido también un par de novelitas cortas.

—Esa soy yo y ese es mi conocimiento del país del té de las cinco.

A lo que vamos: Jimmie es feliz con su vida y huye del amor como de la peste. Quédate con eso.

—¿Me he vuelto una cínica después de tantos años y un par de ex? Pues sí, no te lo voy a negar. Pero me siento bien, me siento a gusto; no siento que esté engañando a nadie ni asumiendo ninguna falsa personalidad.

Ahora, cuando Jimena se mira al espejo, aunque esté ojerosa y despeinada o sin maquillar, le gusta lo que ve: alguien que cada día supera un nuevo reto y se plantea el siguiente con buen humor y filosofía.

—Atrás quedó la Jimena *Drama Queen* que se alteraba con solo una mala mirada. Hoy empieza mi etapa zen. Tan zen y tan relajada que si me descuido entro en coma.

A partir de la madrugada de ese primer día de 2016 solo le preocupa su trabajo y su gente.

Eso y su escapada a Madrid.

—Ah, a veces tengo la sensación de que paso más tiempo allí que aquí. Amo Madrid, pero no se lo digas a los independentistas. Aunque..., pensándolo bien, casi prefiero que ganen el referéndum y «me obliguen» a hacer las maletas. Y más vale que sea hoy y no dentro de diez o quince años, porque ahora todavía me queda ardor guerrero para liar el petate y empezar de cero. No sé tú, pero yo con sesenta años no me veo reseteándome ni instalando nuevo *hardware* en mi vida.

Jimmie sueña con vivir en Madrid. Sueña que pierde trenes, que pierde aviones; se pasa la vida corriendo por los pasadizos oscuros y húmedos del metro como si alguien la persiguiera o llegara tarde a una cita inaplazable.

Una cita con la vida.

Porque tanta exigencia y exquisitez a la hora de buscar a Mr. Right no le han servido para nada.

*Este quiero, este no quiero.*

*Este escojo, este no escojo.  
Y por último, señores,  
Por tal de casarme, yo he perdido un ojo.*

Esa cancioncilla se la cantaba su madre cuando aún tenía ganas y humor para cantar. Desde que puede acordarse, cantaba todas las coplas de España mientras se ocupaba de la casa y Jimena se las aprendía sin querer si andaba cerca.

—Eso fue antes de Madonna. Siempre he sido un *crack* para memorizar canciones. Sobre todo las populares y la típica del verano.

Ahora, a sus cuarenta y tantos, lo que debe recordar todos los días es sacar a pasear a Savannah —su perra dálmata—, que tiene muy mala leche en su mejor día. También está Ralph —su gatito persa de pelaje plateado y ojos de tormenta— pero ese no necesita a nadie para vivir a su bola.

—En mi próxima vida me pido ser gato sí o sí.

A los dos los recogió una mañana de invierno de 2006; a Savie en la perrera municipal por súplica urgente de Joserra (luego hablamos de él), y a Ralphie de debajo de un coche, donde maullaba lastimeramente después de haberse herido en una de sus patitas.

—Siempre he querido tener un gato persa y una perra dálmata. Si me hubiera tocado el Gordo de Navidad no me habría hecho tanta ilusión como llevarme a casa a mis dos chiquitines. Vale, no seré la loca de los gatos, pero tampoco moriré sola y abandonada a mi suerte. Y eso me tranquiliza mucho porque, a cada día que pasa, me veo más Férula, ya sabes: la hermana solterona de Esteban Trueba en *La casa de los espíritus*. Si no has leído nunca a Isabel Allende, no sé qué leches haces leyendo esto. No es tu estilo; ve a buscar al señor Grey, que lo mismo te entretiene más.

A Jimena la novela erótica la aburre cosa mala —el sexo se practica, no se explica— y solo escribe reseñas de libros que le llegan al corazón. También, cuando está inspirada escribe *posts* incendiarios (y mal llamados feminazis) de no más de mil palabras, aparte de ocasionales desvaríos sobre la posibilidad cada vez más real de abrirse un canal en YouTube para seguir desvariando por puro placer.

—No llegaré muy lejos porque a mí me puede la honestidad y un *influencer* solo te dirá lo que quieres escuchar, de lo contrario no hay *followers* que valgan. De todos modos, hoy, si no te abres un canal y te conviertes en *youtuber*, no eres nada, no eres nadie; no mereces ni que te

miren a la cara cuando se cruzan contigo. Y lo mismo pasa en Instagram. Al principio, lo de andar poniendo fotitos, posando así y asá, me parecía un poco absurdo, pero nunca sabes lo que te depara el Destino. Así que en 2015 me abrí una cuenta, pero apenas la uso porque, excepto algunos libros que leo y algunas imágenes bucólicas que captan mi atención y despiertan mi sensibilidad artística, pocas fotos subo yo a las redes, en general. Las cámaras me odian y el sentimiento es mutuo. De modo que, a día de hoy mi cuenta de Instagram está más muerta que la duquesa de Alba (con perdón).

¡Si le llegan a decir a Jimmie que va a convertirse en *instagramer* en apenas un par de meses se nos descojona de la risa!

Pero, ¿qué no harías tú por Amor?

Y esta mujer ha hecho tantas tonterías por Amor en sus cuarenta y tantos años de vida que lo suyo con Instagram es *peccata minuta*, un pecadillo venial de dos avemarías y tres padrenuestros. No más de cinco minutos de confesionario.

La cosa es que ella hace años que no se confiesa porque los protestantes no son amigos de confesiones ni penitencias; ni se flagelan en Semana Santa ni conocen el concepto «remordimiento». Y lo de la culpa y el pecado original es algo tan lejano...

Lo dicho: Jimena había hecho tonterías, nada que no hayas hecho tú con diecisiete años y ganas de comerte el mundo. Y además aquí nadie va a hablar de neuras post-adolescentes. Esta novela va de dos seres que se conocen y se odian a muerte a primera vista, luego ya no se odian tanto, para después empezar a caerse bien y acabar enamorados como dos tontos.

Y podría ser otra historia de Amor, como miles que ves en las librerías todos los días, llena de clichés y tópicos trasnochados. Pero aquí estoy yo para evitarlo. Aquí estoy yo para narrarte una Historia de Amor sin precedentes. Una oda a la maravillosa experiencia de Sentir.

Pero ¡ojo! Esta es una historia de amor en la red.

Porque Jimena es fan total de las redes sociales.

Nada le gusta más que teclear y comunicarse virtualmente.

—Y escribir mensajes desde el móvil. Ah, no, que ahora lo mío se llama *Smartphone*, ¡qué molón, nene! Me encanta. No me extraña que los chavales de quince años estén tontos perdidos. Con esa edad y esos aparatitos tan monísimos y divinísimos de la muerte yo también estaría gilipollas. De hecho, todos los días en las redes veo a gente de cuarenta y cincuenta y sesenta años que se quedaron atascados sin remedio en la edad del pavo. En Facebook y

Twitter hay muchísimos Escritores y algún que otro «escritor» encantado de haberse conocido; sigo a la mayoría porque soy lo más parecido a una *groupie* literaria. A la tonta, a la tonta, me he convertido en una cazadora de autógrafos. Después de más de treinta años me he vuelto tan mitómana como una quinceañera. A la vejez, viruelas.

Jimmie siempre se ha sentido Artista y le han chiflado los artistas: esa gente que se exhibe en lo alto de un escenario sin pudor ni miedo al ridículo. Pero los artistas no son dioses, aunque algunos se lo crean y otros se comporten peor que si lo fueran.

—Yo no los veo como Seres Sobrenaturales, ni con superpoderes ni varitas mágicas. Son gente normal que, de tanto en tanto, hacen cosas que se venden bien y gustan o atraen a mucha gente. Nada más. Y muchos de ellos, a menudo, con tanta fama y tanto autobombo, acaban perdiendo la perspectiva y el contacto con la realidad. Me preocupa que acaben esquizofrénicos. Empiezas sintiéndote superior al resto de los mortales porque la Madre Naturaleza te ha hecho diferente al resto. De ahí a oír voces como Juana de Arco o ver muertos como el niño de *El sexto sentido* solo va un paso. A mí no me verás postrándome a los pies de ningún famosete. De ninguno. Y les hago un favor. Porque la idolatría ajena reblandece el cerebro y atrofia el corazón. Y no, no voy a entrar ahora en la polémica de si los guapos tienen cerebro o no. O si todas las rubias son tontas.

Aquí vamos a dejarnos de prejuicios y vamos a llamar a las cosas por su nombre. Ya quedó dicho en la primera página que esta historia desafía todo lo que has conocido hasta hoy. Entre otras cosas porque, a poco que se nos descuide y baje la guardia, Jimena va directa y flechada a vivir otro Amor Platónico más.

—Yo soy adicta a los Amores Platónicos. Puedo hacerte una lista con más de cincuenta nombres. Y me quedo corta. ¿Qué le voy a hacer si soy así?

Vive feliz y despreocupada, y sueña. Sueña mucho. Ni con trenes ni con aviones; sueña con ser amada de un modo imposible e irreal, propio de los cuentos de hadas porque una parte de ella sigue creyendo en los Finales de Película y en el Amor Inmortal de las heroínas de Walt Disney.

Y por eso en parte, ¡solo en parte!, está destinada a enamorarse perdidamente de Él. Porque, como ella, es un niño grande lleno de sueños e ilusiones; y como Peter Pan, se niega a crecer para no perder la magia de lo imposible, lo irrealizable, las quimeras que se leen en las estrellas.

*Nunca digas adiós porque decir adiós significa irse lejos, e irse lejos*

*significa olvidar.*

Como cualquier enamorado, Jimmie siempre ha pensado que su último Amor era eterno e inmortal. Que nunca habría nada más real ni más verdadero ni más auténtico ni mejor.

—¡Gilipollas!

Siempre se decía que el último sueño es el más romántico, el más tórrido, el más orgásmico, el mejor.

—¡Gilipollas!

También juraba y perjuraba que jamás de los jamases se acostaría con un hombre con barba.

Ahora sí puedes reír a gusto porque la cosa tiene chiste.

Que no le ves la gracia; tranquilo, ya se la verás.

—*Nunca digas nunca jamás.* Otra máxima de mi abuelita. A la que nunca hice mucho caso porque me parecía cosa de gente indecisa y yo presumía, siempre lo he hecho, de tener las ideas claras y convicciones muy firmes. Mucho antes de convertirme en eso que los «machirulos» llaman «feminazi». No quería que el Destino decidiera por mí; era Yo quien llevaba las riendas de mi vida, para bien o para mal. Y el azar y la suerte eran para los tontos.

Nuestra protagonista no es de las que echa la quiniela, ni la primitiva, ni el boleto del euromillón; solo juega a la lotería en Navidad, y porque en esas fechas se pone muy tontorrón y le da por fantasear más de la cuenta. Y no solo con bolsitos de Prada.

Porque su otro vicio siempre ha sido viajar.

Pero, aunque no le falte nada, tampoco le sobra como para ir dando vueltas al mundo como Willie Fogg. ¡Qué más quisiera!

—La Diosa Fortuna y yo estamos peleadas a matar. Nunca me toca nada, ni una mala muñeca pepona en una rifa. Pero, claro, si reniego de la suerte y el azar, ¿qué puedo esperar? Cuando pierdes la fe en algo, pierdes el derecho a reclamar. Y yo he perdido la fe en demasiadas cosas.

Sí, Jimena ha perdido la fe en (casi) todo. Menos en Joserra: su adorable vecino de rellano, que siempre parece dispuesto a aconsejarla en cuanto a su fondo de armario y su vida amorosa y sexual.

—Como toda mujer, yo había tenido mi época presumida de pintarme como una puerta y pasarme el día —y la noche— pensando en trapitos. Los vivía y los soñaba. Pero eso acabó en cuanto empecé la carrera. A partir de entonces dejé de lado las tonterías de adolescente y me gasté el sueldo en

libros, que eran mi auténtica razón de existir. La moda y los modelos dejaron de importarme, dejé de obsesionarme por conjuntarlo todo y dejé de preocuparme por mi pelo: era rojo y tan incorregible como yo misma. Más valía dejarlo a su aire y olvidarse de él.

Con eso ganó seguridad en sí misma y se quitó de encima preocupaciones.

Y un buen día, tres meses después de instalarse en su piso de soltera de la calle Balmes —herencia de una prima lejana de su madre, que la quería más de lo que nadie pensó entonces—, se dio de bruces con Joserra Azpeitia a la salida del ascensor.

—Muy de película americana, dirás tú. Pues será, no te lo voy a negar. Nos dimos un mamporro bastante serio y casi acabamos en urgencias; de acuerdo: la culpa fue mía y de mi despiste. Soy el despiste hecho carne. A veces voy por el mundo como si solo lo habitara yo y todo lo que me rodea fuera mío, y nadie pudiera cruzarse en mi camino.

El chillido de Joserra la sacó de su error aquella mañana.

—No voy a decirte que todos los gays chillen como histéricas... Pero, en honor a la verdad, Joserra SÍ chilla como una histérica. Y debería tachar esto último porque si lo lee, me mata.

Sí, Joserra es gay y chilla mucho cuando algo no le gusta, se asusta, ve a un tío más guapo de la cuenta o la cajera le hace ojitos en el supermercado porque está convencido de que es transexual.

—Yo conozco a Merche desde hace diez años y te puedo asegurar que NO es transexual, pero me da pena decírselo a él; temo que le afecte demasiado, como cuando le dices a un crío de cinco años que los Reyes Magos son sus papás. Esas cosas provocan traumas, y no quiero que pese sobre mi conciencia semejante losa. Así que le dejo creer felizmente lo que le venga en gana. Total, a mí lo mismo me da.

Esa noche no acabaron en urgencias, se quedaron en el sofá del piso de Jimmie.

Un par de ibuprofenos, un par de birras, un par de besos (sin lengua, como imaginarás) y un abrazo de oso que casi la descoyunta porque Joserra es de Bilbao, y hasta que no abre la boca no empiezas a sospechar que tal vez sea gay, porque tiene toda la pinta de un gorila de discoteca de extrarradio: metro noventa, ancho de pecho y hombros, con piernas kilométricas, unos pies del 45 y, para rematar, un rostro curtido donde brillan dos ojazos de zafiro, una sonrisa ladeada de lo más seductora y un pelazo que ya lo quisiera para ella.

—En conjunto, y visto de lejos, dirías que es más hetero que mi abuelo.

Y de repente él le sonríe, la saluda, le da dos besos en la mejilla, la llama *milady*, *cari* y *cuchi-cuchi*, mueve las manos de esa manera tan... de los gays, y pestañea y...

—No sé tú, pero yo me eché a reír a carcajadas esa primera noche. Sin mala intención, eh, que yo soy una firme defensora del orgullo gay. No te equivoques. Joserra es un amor; lo que más me gusta de él es que funciona sin filtro, como yo: dice lo primero que se le pasa por la cabeza, caiga quien caiga.

—A tomar por culo. Me van a criticar de todos modos, *cari*, al menos me quedo a gusto cuando digo lo que siento.

—Eres único —le dijo Jimmie entre risas, y aún no sabía cuánta razón tenía.

Joserra trabaja de voluntario en la perrera municipal; es un loco de los bichos y veterinario a tiempo parcial con consulta propia; su piso es lo más parecido a un zoológico que se haya visto nunca. Jimena solo ha estado una vez y lo único que echó de menos fue una serpiente como la que salía en *Harry Potter* y hablaba en *parsel*... Porque es muy fan de las serpientes y nunca se tragó el cuento de Eva y la manzana.

A partir de aquel primer día, Joserra y ella están a partir un piñón.

—A veces duerme en mi piso, a veces incluso dormimos juntos en la misma cama; no hay peligro porque, aunque fuera hetero, tampoco es mi tipo.

Eso es fantástico, y lo será todavía más cuando Él aparezca en escena.

—Además de por las mascotas y los modelos de pasarela, Joserra se pierde por los culebrones; cuanto más retorcidos y truculentos son los guiones, tanto mejor. Y esto es importante porque los seriales, como las películas, si no los compartes no saben ni la mitad de bien, y mi vida iba camino de convertirse en el guion más disparatado que hayas leído jamás.

La culpa de todos los males que se le vienen encima a Jimena la tiene la despedida de soltera que le han montado a Irene sus *compañeras* del bufete. Como ella es la *extranjera*—no tanto por vivir en Barcelona como por su fama de *british* estirada—nadie le ha consultado nada y no sabe lo que la espera.

—Irene y yo somos inseparables a pesar de la distancia, pero apenas aguanto a ninguna de sus «amigas» madrileñas. Coincido con ellas una vez al año en Madrid, donde paso algún que otro fin de semana de relax y vida de diva caprichosa, pero luego vuelvo en el AVE a Barcelona echando pestes y

deseando con toda el alma echarme en los brazos de Joserra para contárselo todo y reírnos a gusto.

Irene Soler es un cielo de mujer, pero la pierde su buen corazón, y esas hienas solo quieren arrimarse a ella para recibir, aunque sea de rebote, un poquito del fulgor que derrama allá donde va. Jimmie no abre la boca, porque el tiempo ya se ocupa de todo y porque Irene nunca pierde la sonrisa y se lo toma todo a pitorreo. No es ni la mitad de *drama queen* que su amiga de correrías. Ya era así en los tiempos de la facultad. Había estudiado Derecho en una época en que las mujeres todavía tenían que abrirse paso a codazos para entrar en territorios exclusivamente masculinos. Los machos Alfa no le perdonaron que fuera más lista que ellos, más ocurrente, ingeniosa y disparatada. Y que también fuera guapísima y estuviera siempre dispuesta a invitar a cualquiera a un par de cervezas.

Su padre era concejal del ayuntamiento de Barcelona, y su madre una señorita fina de la antigua burguesía catalana, que se aferró al apellido como a un clavo ardiente y sangrante para seguir llevando la cabeza alta en un momento en que la corrupción política salpicaba a cualquiera que cruzara la plaza San Jaime.

—Irene lo aguantó todo como una jabata, y a los dos meses de licenciarse con matrícula de honor (éramos las dos empollonas del grupo que se reunía a pasar la tarde en el bar, ya te lo puedes imaginar) la llamaron de un bufete de la Gran Vía madrileña que llevaba casos de petroleras de Dubai y multinacionales norteamericanas donde se movían muchos millones de euros. ¿Cómo resistir la tentación? No podía reprocharle que se hubiera largado sin pensárselo dos veces, dejándome huérfana, desorientada y más aturdida que un pavo en un garaje.

Menos mal que le quedaba Rosi... Aunque, a decir verdad, aún deberían pasar quince años hasta que Jimmie pudiera «utilizarla como paño de lágrimas».

—Uy, qué mal ha sonado eso. Rosi es hija de mi hermana y la quiero con locura. Vale, no es de las mías, no lee de modo compulsivo; es más fan de la Nintendo, la Wii, la Xbox, la PSP y esas cosas «de críos», como las llamo yo. Y sí, no voy a negarlo: odio los videojuegos y los juegos y deportes en general porque siempre he sido de lo más torpe; mis reflejos no son mi punto fuerte, y la rapidez para manejar una maquineja de esas no es lo mío. Yo soy parsimoniosa, tranquila; odio las prisas, las cosas mal hechas y la precipitación en cualquier circunstancia. Y también odio pelear, aunque sea

jugando. Si juego con ella, lo hago para contentarla, aun sabiendo que tengo la partida perdida de antemano.

Rosi tiene mucho coco. Y las ideas muy claras. Los chicos le gustan, claro, ¿y a quién no? Pero no pierde la cabeza por ellos como hacía Jimena a su edad. Tampoco es mitómana, no le van los artistas ni la gente que malgasta su tiempo o su dinero. Lo ve todo desde la barrera; pocas cosas le importan lo suficiente como para mojarse.

—Y no es un mal planteamiento. No recuerdo haberla visto sufrir por nadie, mucho menos llorar. Ni siquiera viendo *Love Actually*. A partir de cierta edad empezamos a contárnoslo todo; yo porque ella es una tumba, y ella porque yo tengo la buena costumbre de escuchar sin juzgar ni condenar. La enseñé a reírse de los hombres, quizá porque yo me los tomé siempre demasiado en serio y no hice buen negocio con eso. La enseñé a utilizarlos como ellos nos han utilizado siempre a nosotras: como *kleenex* de usar y tirar. La enseñé a ser brutalmente egoísta... Al menos en apariencia para que no la tomaran por lo que no era. «Más vale puta que tonta», era mi lema a los veintimuchos. Y lo sigue siendo hoy también. Por supuesto, tengo mis momentos moñas. Sobre todo, en lo más álgido de cualquiera de mis muchos enamoramientos... Luego se me pasa, como la fiebre y los cólicos.

Así es nuestra pelirroja, intenta hacerse la dura y pasar del romanticismo, pero la cabra siempre tira para el monte, y más pronto que tarde su lado romántico sale a la luz, aunque ella haga lo imposible por resistirse; buena prueba de ello es que odia la música *heavy* y prefiere escuchar baladas en modo bucle. También jazz, soul, rhythm n'blues... Viene por etapas. Por días y estados de ánimo. Una canción puede cambiarle el humor: ponerla eufórica o melancólica.

—Las canciones de Madonna siempre me ponen las pilas, hago mío su coraje y me lanzo a la vida como el torero se lanza al ruedo: con dos cojones. Y no me mires así, que yo tengo más cojones que muchos hombres que has conocido. Y no lo digo yo, me lo dijo uno de mis dos novios hace... Ni sé cuántos años hace. Pero me lo dijo. Palabra de Jimmie.

A Ralph y a Savannah también les gusta la música, aunque prefieren a Bach y a Mozart. Y a Haendel, depende del día. Porque Jimena también escucha música clásica. El trabajo de correctora es muy estresante, el ojo de halcón debe estar siempre hiperactivo; ergo por las noches cuesta horrores conciliar el sueño, ergo hay que poner música relajante para calmar las neuronas. Amanece con rock'n'roll más dos cafés en vena, y se va a dormir

con música de violín y una infusión doble de valeriana.

—Ralphie siempre duerme en el salón, junto al sofá biplaza, hecho un ovillo y con la mirada perdida en su propio universo de estrellas fugaces. Savannah duerme en la cocina o conmigo en la habitación, aunque nunca en la cama porque no le gusta verme desnuda. Y yo siempre duermo desnuda, incluso en enero. Pero mi perra no soporta mi desnudez.

Al principio se lo hacía notar ladrando como una loca, a lo que Jimmie no hacía ni puto caso porque no ha nacido quien le diga cómo (o con quién) debe dormir. Los dos primeros días, como una niña malcriada, se iba a dormir a la cocina como si quisiera castigarla con su desprecio. Como su dueña pasaba del tema, al final acabó por desistir de su actitud borde y se avino a dormir con ella. Juntas, pero no revueltas. Pone mala cara cada vez que se viste o desviste y ha resultado ser una puritana de mucho cuidado. Cuando se lo comentó a Joserra, él se echó a reír.

—No sé de qué te ríes —protesta—, su censura me hace sentir insegura.

—¿La censura de un perro? —la mira como si no la creyera.

—De una perra —enfatisa ella—. Y tiene gracia que lo digas tú, que siempre has creído que los perros son más sensibles e inteligentes que muchas personas. ¿Por qué no crees que Savannah pueda sentirse con derecho a censurar mi conducta?

—En primer lugar —sonríe él, meloso— porque «tu conducta», como tú la llamas, no tiene nada de censurable. Y en segundo lugar porque, probablemente, hayas malinterpretado su cara de... ¿malas pulgas?

—Sólo le falta llamarme inmoral o algo peor.

—Los perros no hablan, Jimmie, no seas suspicaz. Lo mismo es tu mala conciencia la que te abochorna.

Jimena saca la lengua y otro par de birras de la nevera.

—Es inútil discutir con Joserra, peor que una hora de confesionario. Te saca todos los secretos y las verdades más ocultas; hace que te avergüences hasta de la más pequeña de tus mentirijillas. Siempre ha tenido un sexto sentido para saber cuándo le miento y cuándo no.

Y tampoco es que Jimmie mienta a menudo porque no se le da bien; de haber sabido mentir de veras ganaría mucho más y no debería preocuparse por los precios de las cosas. Hay que saber mentir y, como todo, se aprende con el tiempo. Más que mentir, adorna la realidad a su gusto y conveniencia para que sus días sean más luminosos y sus noches más estrelladas.

Antes de Él, en las conversaciones entre vecinos siempre ha habido un

tío buenorro de por medio; Joserra le pone ojitos coquetos y ella intenta no reírse para no herir su sensibilidad.

Antes de Él, Joserra es el blanco de las burlas de su vecina y no al revés.

—He de decir, en mi defensa, que siempre me he reído con él, *no de él*. Mis bromas siempre han sido bien intencionadas y nacen del cariño que le tengo. Me encanta reírme con él porque necesito muchas risas en mi vida, una carcajada a su lado me rejuvenece más que diez putas inyecciones de bótox.

Joserra asegura que la gente con mascotas liga más y mejor, sobre todo cuando las lleva de paseo. A Jimmie, sin embargo, no le gustan los paseadores de perros; tienen algo que le repele por más buena fama y carita de no-haber-roto-un-plato que tengan.

—Tampoco me enamoro de los malotes, eh. Para nada. Y tengo tirria a los rubios de cualquier sexo, incluso a los de bote. Yo quiero a un hombre que me haga reír. Y que sea heterosexual, claro. Joserra no cuenta. Y no creas que no lo lamente a veces. Si no fuera gay, quisiera que fuera mi tipo. Pero al final ha resultado ser lo más parecido a un hermano postizo que haya tenido nunca.

Le encanta la gente con alma de payaso, complejo de Peter Pan y sonrisa de anuncio. Cada cual tiene sus gustos y Jimmie no va a disculparse por los suyos. También le gustan los ojos verdes y los azules. Incluso los grises. De los castaños, los más claros, casi ambarinos. Pero nunca más oscuros.

—Por alguna extraña e incomprensible razón soy un imán para yihadistas, presuntos terroristas y árabes o magrebíes en general. Con esto no digo que toda esa gente sea terrorista, ni mucho menos, solo que a mí me parecen todos peligrosos y no me gusta verlos mariposeando a mi vera. Pero a ellos sí les gusta acercarse; me repasan de arriba abajo, y alguno hasta se atreve a soltarme un piropo. Y aunque no me parezca machista tampoco me gusta. Un corte de mangas y el dedo corazón bien enhiesto y se largan en tres, dos, uno... Y ahora, si quieres, llámame racista, pero a mí me gustan blanquitos y de ojos claros. Manías que tiene una.

Y podría ser políticamente correcta para causarte buena impresión y caerte mejor, pero le da pereza. Jimena ya tiene una edad, y tonterías las justas.

Pero eso también fue antes de Él.

Porque con Él aprenderá a ser mejor persona. Mejor mujer. Mejor ser humano, en definitiva.

Con Él aprenderá a amar.

Y mientras espera a Mr. Right, ese hombre perfecto que va a convertirla en la mejor versión de sí misma, Jimmie escribe. Novelas no, ya lo sabes; no se siente capaz ni tampoco lo ve como un oficio de futuro, con tanto plagio y tanta piratería campando a sus anchas sin ley que los castigue. A ella ya le va muy bien como correctora de estilo y no ambiciona más de la vida... Pero sí tiene un diario íntimo donde vuelca todos sus pensamientos, neuras y sueños desde la tierna edad de trece años.

No quieras saber lo que pesa el dichoso archivo.

Y aunque no escribe todos los días ni sigue costumbre o método alguno, sí es cierto que, día a día, va llenando páginas y páginas y páginas...

Lo último que escribe esa noche de enero es una transcripción pormenorizada de su último sueño. Sí, ese oscuro deseo que se cuele en el subconsciente y escapa a todo control. Es premonitorio y anuncia esas pasiones turbulentas que tanto le gustan.

*Una playa.*

*Un crepúsculo iridiscente.*

*Él y yo.*

*No hace falta más.*

*Las olas lamen nuestros pies, acariciándolos, mientras miramos a un horizonte que, minuto a minuto, va haciéndose más azul noche.*

*No necesito mirarlo para saber que Él me mira. Lo hace a menudo y nunca sé bien por qué.*

*Pero Él está conmigo y será por algo.*

*A veces el amor es un misterio.*

*La belleza, Él lo dice siempre, está en los ojos del que mira.*

*Es un Romántico; así: con mayúscula, como Lord Byron. Un romántico de los de antes, de los del siglo XIX, de esos que serían capaces de retar a alguien a duelo, de los que todavía creen en salvaguardar el Honor de una dama.*

*Me encanta ese romanticismo en él, me parece tierno y adorable.*

*Sí, si algo lo define por encima de todo es ese adjetivo: Adorable.*

*Siempre me han gustado los atardeceres. A Él también.*

*A medida que hablamos, sin medida, en cualquier sitio, a cualquier hora del día, descubro más puntos en común.*

*Empiezo a creer que Sí hay amores predestinados y el nuestro es uno de ellos.*

*Me besa en la mejilla.*

*Sus avances siempre son lentos al principio; me conoce, sabe que las prisas y yo somos enemigas acérrimas. Que soy de ir pasito a pasito, despacito y con buena letra. Y no sólo cuando trabajo.*

*Que necesito tiempo para ordenar mis pensamientos y sentimientos.*

*Me cuesta soltarme.*

*Nunca tanto como para revelar secretos inconfesables.*

*Él tampoco me habla nunca de sus locuras juveniles, como si hubiéramos establecido un pacto tácito en el que ambos decidimos olvidar el pasado, que ha quedado atrás para ambos y no merece la pena remover.*

*Su siguiente beso es más osado, en la comisura de mis labios. Yo le dejo hacer, ¿cómo no voy a dejarle si sus besos son maná del cielo para mí, ambrosía de los Dioses?*

*Si por mí fuera, podríamos pasarnos el resto de la vida besándonos hasta que nos hormiguearan los labios.*

*Podríamos morir besándonos. No sé a ti, pero a mí se me ocurren peores formas de morir.*

*Susurra un «te quiero» en mi oído.*

*Sonrío.*

*El mundo siempre es más amable cuando le tengo cerca.*

*«Sin ti no soy nada, una gota de lluvia mojando mi cara...»*

*Esas palabras cantadas por Eva Amaral me vienen a la mente como una traición.*

*Jimena la feminazi se habría horrorizado.*

*Jimena la enamorada las siente como el respirar, tan natural, tan automático que ni siquiera necesita procesarlo.*

*Mi corazón desgrana palabras que nunca pensé pronunciar y que sólo cobran sentido cuando Él está a mi lado.*

*Besa mi hombro desnudo y sus labios van bajando con suavidad por mi brazo derecho, retira mi melena roja a un lado y besa ahora la curva de mi cuello, sigue por el mentón, muy suave y muy lento, recreándose en cada roce, poniéndome cardiaca; quiero susurrarle que pare o me tome. Esta lentitud, de repente, es tan insoportable como mi necesidad de sentirlo dentro.*

*Lo miro y eso basta.*

*Que nuestras miradas basten para comunicarnos es un signo claro de que estamos hechos el uno para el otro.*

*La conexión es instantánea, visceral e innegable.*

*Me sienta a horcajadas sobre él, ahora sus besos son más rápidos, intensos, casi rabiosos.*

*Me miro en sus ojos, como hago siempre, para encontrarme una vez más.*

*Sin ellos me siento perdida como una niña en mitad de un bosque oscuro y aterrador.*

*Pero si los veo, si los siento clavados en los míos, todo es Paz a mi alrededor.*

*Incluso cuando me toma en una fuerte embestida.*

*Incluso cuando se apodera de todo lo que una vez fue mío.*

*Incluso entonces sólo con Él encuentro la paz.*

## FEBRERO

Desde que el tren la deja en Atocha a las once de la mañana de ese viernes, Jimena no hace otra cosa que preguntarse qué pinta allí... Aparte de ser la madrina de la novia, claro. Ninguna de las «nuevas amigas» de Irene le cae ni medio bien. Para peor suerte, Belén, la más arpía de todas (y son cinco, como los cinco lobitos) es quien ha organizado la despedida de soltera.

—No tengo nada en contra de cenar en restaurantes caros, mucho menos si me invitan; tampoco tengo nada en contra de los numeritos de *strippers* con cuerpo de escándalo. Pero lo primero no le sienta bien a mi dieta; y lo segundo, por lo general, me aburre mortalmente. Lo que yo busco en un Hombre es que me folle la mente; si me conformara con menos, me habría quedado la mar de a gusto con cualquiera de mis dos ex. Pero Belén tiene un cociente intelectual muy por debajo de la media, y la única conversación medio decente que la he escuchado mantener tenía a Christian Grey como único protagonista. Dime qué lees y te diré quién eres.

Tranquila, Jimmie, una noche de chicas locas desmelenándose y comportándose como *groupies* tampoco es el fin del mundo. Puedes soportarlo. Has soportado cosas peores y lo sabes. ¿Qué hay de malo en alegrarse la vista?

—Soportar la ordinariez de Belén y compañía es algo malo. Tóxico.

Reza para que, al menos, el tipo que han contratado para alegrar la última noche de soltera de Irene esté medio bien. Si tiene que aguantar a la Pandilla Maravilla toda la noche y parte de la madrugada siguiente, el sacrificio ha de merecer la pena o tocará ahogar las penas (y la decepción) en alcohol. Jimena apenas bebe cuando sale de farra con Joserra por Barcelona, pero ahora está en Madrid y Belén es mucha Belén.

—Tranquila, Jimmie, tú puedes con eso y más. Tú puedes con todo lo que te echen.

Suspira. Sonríe al recordar lo que ha escrito mientras el tren la traía a Madrid.

Cuando se pone a escribir su diario, las palabras fluyen como las aguas de un torrente de montaña: atronadoras e imparables; nada puede detenerlas.

*Nunca me han gustado las cosquillas.*

*Bueno, nunca... Nunca, tampoco. Digamos que ha de haber confianza entre mi hombre y yo para que le permita atacarme de ese modo.*

*Sí, porque es un ataque en toda regla.*

*Para alguien tan controlado y ordenado como yo, las cosquillas es lo más parecido a una batalla campal. O a una pelea de almohadas de plumas.*

*Ya mí siempre me toca perder en estos envites.*

*Entre risas, eso sí.*

*Lo de las risas siempre es bienvenido porque a mí me encanta reírme, salvo cuando me enfocan con una cámara.*

*Las cámaras me odian y el sentimiento es mutuo.*

*Pero si estoy con Él, único, perfecto, incomparable, incluso puedo olvidarme de ese odio mutuo; incluso puedo permitir que capte con su cámara mi singular perfil.*

*El hombre de mi vida ama la fotografía, lo presiento, lo sé.*

*Es una contradicción que me enamore de un forofo total de los selfies y cualquier otro tipo de fotografía artística.*

*Pero la vida tiene esos caprichos.*

*¿Y quién soy yo para negarle un capricho a la vida?*

*Además, ¿no dice Joserra que el Amor todo lo puede?*

*Quizá pueda lograr también que una cámara, una sola, me haga parecer más... ¿guapa? No, me conformo con parecer resultona. Como cuando tenía veinte años. Entonces aún me atrevía a posar.*

*Pero solo de vez en cuando, muy de vez en cuando, y bueno... quizá con alguna copita de más que me ayudara a desinhibirme.*

*Aquellos años locos en los que un poco de maquillaje bien puesto bastaba para subirte el ánimo.*

*Y la mirada traviesa del guapo de turno.*

*No era de las que tenía a una cola de moscones detrás de mí.*

*Pero cuando salía de farra alguno que otro se me acercaba.*

*No llegaba muy lejos, claro. Que una es muy exigente.*

*De entrada, no estaban mal, pero... abrían la boca y... lo estropeaban todo antes de empezar.*

*No era como mis compañeras, a mí no me bastaba el sexo. O ni siquiera me interesaba; prefería una buena conversación, de literatura, de cine, incluso política o religión.*

*Quería a alguien que me estimulara a nivel intelectual más que físico.  
Así que, al final, era la sosa que se quedaba en el reservado viendo a los demás bailar y divertirse.  
Me encanta el baile, pero tengo dos pies izquierdos.  
Y cantar, pero solo en la ducha y en voz bajita, para no asustar al vecindario.  
Envidio a las divas del Pop porque ni en siete reencarnaciones seré una de ellas.  
Y estoy empezando a engordar en serio porque lo mío con el deporte... Es peor que el peor ataque de cosquillas.*

El tiempo se le pasó en un suspiro y a Jimena casi se le olvidó guardar el archivo cuando una voz monocorde anunció la inminente llegada a Atocha.

Casi, pero no. A escrupulosa no la gana nadie.

Cerró el archivo, lo guardó en la memoria externa y ésta en el bolso, desconectó el portátil, lo metió en la funda y, a continuación, cogió la maleta de la cabina. Todo en menos de diez segundos. El nivel de organización va mejorando. Es lo que ocurre cuando viajas a Madrid media docena de veces al año. Al final todo transcurre con una precisión mecánica.

Y ahora mismo nuestra pelirroja va muy acelerada por culpa de los dos cafés seguidos que se ha tomado a las siete de la mañana.

—Odio madrugar, seguro que ya te lo he dicho; podría haber cogido el tren de las once y no el de las ocho de la mañana, pero... Adoro callejear por Madrid y quiero apurar al máximo el día, por si la noche resulta menos aprovechable o me pillo una cogorza de esas de no-sé-quién-soy-ni-dónde-estoy, cosa muy probable debido a la extraña compañía. Y ni siquiera puedo contar con Irene porque cuando se junta con esa jauría se vuelve irreconocible.

Ha reservado una habitación para dos noches en un hotelito con encanto no muy lejos de la estación. Quizás habría sido más práctico alojarse en el piso de Irene en Alonso Martínez, donde siempre es bien recibida, pero no quiere meterse de cabeza en el avispero que va a ser ese lugar durante el fin de semana, ni compartir más horas de las necesarias con las amiguitas de la novia.

—Ya tendré tiempo de sobra para aguantarlas en la cena y en el club. Y seguro que sus lenguas viperinas no dejan de lanzarme dardos a lo largo de la noche. Para Belén, yo soy la estrecha que no sabe divertirse, la mal follada, *la Vinagres*. Sí, el mote de las narices se le escapó una noche en que iba pasada de copas; gracias a Dios, yo también iba un poquito más alegre de la cuenta... O no lo cuenta.

Las vibraciones negativas que se generan cada vez que ese par se ven, intoxican a cualquiera. Irene no pierde ocasión para acercar posturas, pero es que son como agua y aceite y así no se puede. Lo único que las dos tienen medio en común es la tozudez.

Pero Jimmie no quiere comerse la cabeza antes de hora.

Llega a un café de la plaza Santa Ana y pide un *English Breakfast* con doble de todo.

—Para que veas lo que me importa a mí la línea o el vestido de dama de honor o la despedida de soltera de esta noche. Hace años que no controlo lo que como, ni me preocupa engordar un gramo o un kilo. Ventajas de ser cuarentona y aceptarme tal cual. Más de una debería tomar nota y aplicarse el cuento.

Mientras mordisquea una tostada rebosante de mermelada de fresa, va cotilleando los tuits de las últimas veinticuatro horas. El mundillo literario en esos días es una auténtica casa de putas, pero también puede ser muy divertido si te lo tomas con humor.

—Es peor que una corte europea del siglo XVI. Todo el mundo lanzándose flechas envenenadas y pisando cabezas allá por donde va; apuñalándose mutuamente, tratando de sobresalir según la Ley del Mínimo Esfuerzo. Todos con un ego desmedido, encantados de la vida de haberse conocido. Todos creyendo ser el no-va-más, todos con ínfulas de próximo Nobel, todos reacios a aceptar críticas, todos *haters*, pura vanidad elevada al cubo.

»No importa lo que escribes, importa lo que vendes. Y si no vendes, no existes. Así de claro. No te flipes con paranoias de escritores malditos, ni con que el mundo conspira contra tu talento.

»Yo soy correctora y (solo) tengo que vérmelas con manuscritos (casi) ilegibles y algún que otro ego híper-desarrollado.

Da tragos a su café ya casi frío cuando empieza a vibrarle el móvil que ha dejado al lado del platito.

Mira la pantalla y sonrío con picardía. Es Olivia.

Olivia Peralta es una de las escritoras con más éxito de los últimos años. En algún momento decidió confiar en Jimena para que pusiera sus textos a punto de caramelo y pudieran pasar la prueba del algodón y cuantas hicieran falta. Meses más tarde la tomó como confidente y volcó en ella todas sus neuras e inseguridades de autora fetiche de la feminidad del nuevo siglo. Nadie explota el *Girl Power* como ella. Pero en España sigue sintiéndose

minusvalorada.

—Polladas —le dice Jimena nada más escuchar sus interminables quejas—. Veo los *rankings* cada día, Oli. No te sacan del *top ten* ni con agua caliente. Deja de lloriquearme y sigue escribiendo. Si no escribes no puedo corregir, si no hago mi trabajo no cobro... Y si no cobro alguien se va a enfadar mucho, mucho. Y no es el tío sieso del banco sino Savannah, que es muy exigente con su comida. Su dieta es mejor que la mía, no te digo más.

—Estoy atascada —sigue gimoteando Oli al otro lado del hilo—. Mi esclavo se ha sublevado y ahora no sé qué hacer con él. S.O.S, Jimmie. Te necesito.

Solo a ella se le ocurre volver al tema de la esclavitud en pleno siglo XXI.

Pero no lo dice, solo pregunta:

—¿Qué quieres decir *exactamente* con «mi esclavo se ha sublevado»?

—Pues eso, que ha organizado un motín de padre y muy señor mío; esto va a acabar siendo una merienda de negros, y nunca mejor dicho. Te necesito a mi lado. ¿Por qué no coges el ferry y te vienes a pasar el finde semana a Mallorca?

—Oli, es imposible. Esta noche es la despedida de soltera de Irene, y en este preciso momento estoy en un bar de Madrid zampándome dos huevos con beicon. Ya podrías haber avisado antes...

Aunque, pensándolo bien, no hubiera podido estar con ella por más que se lo hubiera avisado con tres meses de antelación. Quiere mucho a Olivia, pero Irene es como una hermana para ella y no puede dejarla en la estacada en el momento más importante de su vida: su tercera boda.

—¿Qué te pensabas, que era la primera? ¿Con cuarenta y tantos, en serio? No, no, no... Irene siempre fue muy fiel al método ensayo-error. Y a la tercera va la vencida. O al menos eso le gusta creer. ¿Qué iba a decirle yo? Yo, que rompí dos corazones cuando era mozuela y todavía arrastro el remordimiento. No va conmigo. Pero Irene insistía en que tenía que probarlo, seguro que salía bien porque Fulanito era sensacional en la cama y Menganito y ella lo tenían todo en común.

Jimena encogía los hombros, le mandaba un abrazo virtual en otro de tantos wasaps, y le aseguraba que todo iría como la seda. Sí, porque ha perfeccionado la técnica de la mentira piadosa, exclusiva para gente con tendencia al auto engaño. Y al día siguiente Irene se casará por tercera vez con un tipo la mar de guapetón que tiene —y aparenta— diez años menos que ella.

—Eso sí lo celebro yo. Sus «amiguitas» de Madrid, en cambio, se llevan las manos a la cabeza, exclaman ohs y ahs, y cómo va a hacer algo así. «Le va a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio», vaticinan con mala cara y una secreta satisfacción. ¡Serán cenizas! Irene es de mi edad y se conserva admirablemente sin liftings ni bótox ni cremas anti-edad. Tiene carita de porcelana, y con su cabello trigueño y sus ojos azules aún sigue pareciendo la princesa prometida. Y ellas nunca se lo perdonarán. ¡Infelices!

—Jimmie, ¿sigues ahí? —la voz de Olivia es casi un gemido ahogado.

—Claro que sigo aquí, Oli —contesta Jimmie—, ¿a dónde quieres que vaya?

—Te has quedado muda.

—Andaba pensando en la tercera boda de Irene.

—¿De veras se casa con ese jamelgo imponente que me enseñaste el mes pasado?

—El mismo.

—Las hay con suerte.

—Ni se te ocurra quejarte, que tu hombre es un primor.

—No te digo yo que no, pero... Vaya, que si me pones por delante a un Macho Alfa como ese, mañana mismo me voy de cabeza al abogado.

—No sé qué os pasa, que a cierta edad os agilipolláis viendo tabletas de chocolate, y no te hablo del Nestlé extrafino.

—Vamos, Jimmie, no me digas que tú no te das alegrías de vez en cuando. ¿Y qué me dices de tu vecino el vasco?

—Que es gay. Te lo he repetido mil veces: Joserra-es-gay.

—Porque él lo diga...

—Y porque le pone ojitos a todos los tíos que pasan por su lado... Bueno, todos, todos, tampoco. Solo los de toma-pan-y-moja. Que es muy exclusivo él.

Se echan a reír.

Olivia conoció a Joserra el año pasado, le vio comportarse como lo hace siempre: con ese amaneramiento tan... suyo, y ni aun así quiso darse por aludida.

—Pues que sepas que es un desperdicio.

—Vale, ya se lo digo cuando vuelva el domingo.

—No, no hablo de él; digo que es un desperdicio que no hayas intentado al menos tirártelo. Intentado... Al menos...

—¿Me creerás si te digo que no me pone nada?

—Pues no.

—Lo que tú digas, pero no me hace falta follar. El sexo está sobrevalorado. Como le digo siempre a Rosi: Soy tan autosuficiente que no necesito a un tío ni para tener un orgasmo. A mí me provocan orgasmos muchas cosas: desde un *muffin* de chocolate relleno de mermelada de frambuesa a una puesta de sol en una playa solitaria de la Costa Brava. Te dejo, Oli —se despide Jimena—, el lunes hablamos con calma de tu esclavo.

Dos señoras la miran en ese momento con los ojos como platos.

—A ver cuándo aprendo que hablar de novelas en público o en mitad de la calle o de la plaza Santa Ana puede dar lugar a situaciones un tanto... equívocas. ¿Qué habrán imaginado las pobres?

Jimena coge el bolso y se levanta; después de abandonar el café anda al tuntún por las calles, ve tiendas, compra unos pendientes pequeños con forma de corazón en Aristocrazy que se le han antojado nada más verlos; sigue paseando, llega hasta Sol, se da un garbeo por los grandes almacenes, vuelve a salir, se compra un café en Starbucks mientras decide dónde ir a comer, también se pregunta si con tanto atracón le va a caber el vestido que se ha comprado para esta noche.

—No estoy gorda. Estoy rellenita. Igual que un buñuelo de crema. Y tan apetecible como el mejor.

Di que sí, Jimena, tú lo vales.

Esta mujer es única para darse ánimos. Si no se da ella las palmaditas en la espalda...

Vuelve al hotel a las cinco, se echa una siesta, se da un baño relajante y a las siete y media empieza la operación chapa y pintura. Que una ya tiene una edad y con la cara lavada como que no va a presentarse delante de las amiguísimas de Irene.

*Sombra aquí y sombra allá, maquíllate, maquíllate,  
Un espejo de cristal, y mírate y mírate...*

—Sí, lo sé: una horterada total. Digo, la cancioncita, pero soy hija de los 80 y en aquella época teníamos a Mecano hasta en la sopa. Y bueno, no eran los Rolling's, pero... las canciones eran pegadizas y la gente las tarareaba por la calle casi sin querer. Y Madonna aún no había llegado a mi vida.

Entiéndelo: uno se conformaba con lo que había porque no conocía nada mejor. Y además Jimmie era muy fiel a sus gustos musicales... Luego se nos volvió más promiscua; pero en los 80 lo que le gustaba un día, también le gustaba al año siguiente, y al otro, y al otro.

—Una ducha y un masaje facial más tarde, mi cara empieza a parecer humana y no la de un zombi del amanecer de los muertos; me pongo mi tanga nuevo de La Perla, ¡qué bonito es el jodido!, me recojo en un moño descuidado mi melena cobriza y descuelgo el vestido que llevaré esta noche. Nada especial ni destacable ni caro. Negro, falda larga, escote delantero en V muy pronunciado porque mis pechos son de lo mejorcito que tengo, y una sola manga cubriéndome el brazo derecho hasta la muñeca. El izquierdo queda al descubierto en un diseño asimétrico de lo más *glam*. Me encanta y me lo he pillado en Primark por menos de cincuenta euros.

Sí, querido lector, Jimena no solo utiliza la vista de halcón para detectar al vuelo faltas ortográficas y palabras fuera de contexto... También detecta gangas, oportunidades, cosas monísimas y cucadas a precios de escándalo que nadie más parece saber ver.

—La cremallera abrocha sin atascos y todo indica que, si me controlo a la hora de la cena, todo seguirá firme en su sitio.

¡Oh, sí! Claro que nuestra Jimmie podría perder buena parte de su precioso tiempo haciendo abdominales y torturas similares, pero... recuerda: es correctora, no modelo. No está obligada a pasar hambre ni a jartarse de ejercicio. Nunca se llevó bien con las clases de gimnasia en el colegio; intentaba evitarlas todo lo posible e inventaba mil excusas cuando la menstruación ya no le servía como tal.

Siempre dice y repite que el hombre que la quiera lo hará por su personalidad arrolladora, su sentido del humor, su cabecita loca y ocurrente, sus ideas de izquierdas y su gran corazón.

—Porque tengo un corazón que no me cabe en el pecho, eh. Si no, ¿qué leches iba a hacer yo esta noche en compañía de esa pandilla de hienas?

Irene lo vale.

Vale su paciencia y el esfuerzo por parecer «una más» del grupo.

—Aunque será mejor que Belén se meta mi mote por ahí... Si no queremos acabar todas en la comisaría más cercana. Porque esta noche voy a hacerle caso a Olivia y alegrarme la vista con el *sexy boy* que han contratado para amenizar los postres y el resopón. Si después cae alguna insinuación, ya se verá.

Y para eso necesita unos tacones a la altura. No unos Manolos, pero lo más parecido por menos de cien euros el par. Y por fortuna encontró la semana pasada unos *stiletto* negros de punta afilada (todo un sufrimiento para esos pobres deditos) con pedrería de imitación en el talón.

—Me miro al espejo y me doy un 8,5 de nota. Sigo con mi moño descuidado; pensaba hacerme algo mejor, pero ya estoy harta de que mi pelo indomable e incorregible me robe más tiempo; harta de que condicione mi vida y mis relaciones sociales. Sí, soy pelirroja; sí, mi pelo es ingobernable; no, los champuses no hacen milagros, ni siquiera los más caros. Todo es cuestión de genes; no dejes que los anuncios te engañen. No existe el pelo Pantene. Es un jodido mito, una entelequia, más raro que un unicornio rosa. Si existiera, yo lo tendría, aunque sólo fuera por todas las marcas y variedades existentes de champú que he comprado y probado a lo largo de mis cuarenta y cuatro años de vida. Que no te engañen, *baby*. La publicidad es puro teatro.

Pero Jimena ha hecho los deberes y puede pasar el mal trago sin agobios; no va a quedar en ridículo y, a lo mejor, quién sabe, hasta capta la atención de nuestro «chico malo» durante más de cinco minutos seguidos.

Realmente, no hay más competencia que Irene; las demás sólo exhiben dinero y cierto poder caduco que delata que están más cerca de los cincuenta que de los treinta.

Al contrario que las cacatúas, Jimmie siempre ha aparentado entre veinte y treinta.

—Cara de niña, me decían muchos en el instituto. Cara de tonta, cantaban las envidiosas con voz de pito y gesto estreñido. Cara de lo-que-tú-quieras, pero me conservo mucho mejor que vosotras.

¿Taxi o autobús? El metro casi que ni se lo plantea como posible opción. No quiere silbiditos ni miraditas lascivas ni de ninguna otra clase.

—Mi padre siempre nos decía que el sentido de la oportunidad lo era todo, que podía incluso significar la diferencia entre vivir o morir. Nada como estar en el lugar adecuado en el momento correcto. Pese a ser un hombre de pueblo, llevaba mucha sabiduría a sus espaldas.

Llama a un taxi desde el móvil y reza por que el conductor no la viole ni estrangule en el asiento de atrás antes de llegar a su destino. Ni tampoco después.

—Llámame paranoica, pero hoy día hay mucho chanchullo con el tema de los taxis en Madrid. La mitad va sin licencia. Y la otra mitad, vete tú a saber dónde la consiguió o cómo. Da miedo ponerse a imaginarlo.

Jimena se estremece y suspira. Ella solo quiere llegar sana, salva y entera a la cena con la Pandilla Maravilla y la futura novia.

Y llega, claro; como siempre quince minutos antes.

Enseguida ve venir a Irene, ¡gracias al cielo!, y se lían a parlotear como verduleras de mercado; hay que ponerse al día después de nueve meses y medio de su último y fugaz encuentro, cuando todavía no había conocido al Hombre de su vida. Sí, el suyo ha sido un noviazgo corto pero intenso. Muy intenso. Se ruboriza mientras se lo explica a Jimmie con pelos y señales.

En realidad, a ella tanto le da, pero le chifla ponerla en apuros y verla sonrojarse como cuando tenían veinte años. Y antes de compadecerla, déjame decirte que Irene también se ríe de Jimena a cuenta de su relación con Joserra.

No, Irene tampoco cree que sea gay.

—Demasiado guapo, Jimmie —le repite una y otra vez—. Un tío así no puede perder aceite. Es Im-po-si-ble. Es ilegal. Es cruel e inhumano. ¿Nunca has probado a montártelo con él?

Jimena la mira con aburrimento, aunque sabe que su amiga habla muy en serio.

Irene tiene una misión esta noche: conseguir que Jimmie pierda la virginidad de una buena vez.

Y aunque esta le repita hasta el hartazgo que no le interesa el tema, que el sexo está sobrevalorado y le interesan otros muchos contratos antes que el sexual, ella erre que erre:

—Hoy puede ser tu oportunidad. Tienes que desfogarte, cariño, liberar adrenalina. Y mejor hacerlo con alguien que no te conoce de nada, que no te ha visto en su puta vida. Si resulta ser un éxito, lo haréis memorable y lo celebraréis cuando peinéis canas... Si fallas o no cumples sus expectativas, nunca podrá dejarte en evidencia porque ni siquiera sabrá tu nombre. Pero eso no va a pasar, porque dentro de ti duerme una fiera que desea que la despierten y la hagan rugir.

Jimena la mira con mala cara.

—¿No es un poco pronto para que hayas empezado a beber sin nosotras?

—No me despistes, ricura, que nos conocemos.

Jimena le saca la lengua, burlona, pero ni siquiera eso desanima a Irene; es una de esas criaturas inasequibles al desaliento y con una fe inquebrantable.

—Hay que solucionar este problema cuanto antes si no queremos que te

lleves la virginidad a la tumba. Si no fueras tan...

—Dilo ya: tiquismiquis. Lo sé y no me importa.

Jimena se cruza de brazos, obstinada, mientras le regala una sonrisa llena de dientes.

—Tarde o temprano tendrás que conformarte con lo que hay en el mercado, porque las dos sabemos que los príncipes azules no existen. Y si existen, destiñen y lo ponen todo perdido. Y con lo miradita que tú eres...

—Pues no pienso conformarme —protesta y añade—: Que sepas que esa cantinela ya me la soltó mi madre cuando cumplí quince años: Muy señoritinga nos has salido tú para haber nacido pobre.

—Tampoco es cosa de dinero. Mírame a mí, podría haber esperado al cacareado príncipe azul, relajada en mi sofá, viendo *Sensación de vivir*, como cualquier niña pija, pero me pudieron las prisas, me pudieron las ganas y acabé en el asiento de atrás de un Seat León con un compi de la facultad que había bebido más cerveza de la cuenta.

—¿Solo él?

—Vale, yo también iba bastante alegre esa tarde —reconoce Irene con una mueca y a desgana—. Pero no hablamos de mí, sino de ti —le clava el dedo índice en el pecho—. Quiero que te lagues al tipo de esta noche. Asun me ha chivado que está para... Tú ya me entiendes.

—No, no te entiendo ni quiero entenderte —protesta Jimena con mala cara—. Déjame tranquila, que ya sé cuidarme solita.

—Pues lo haces de puta pena, que lo sepas.

—¿Y de dónde habéis sacado a ese espécimen, si puede saberse?

Jimena cambia de tema con la vana esperanza de despistarla.

—Ah, no, no —Irene menea la cabeza—. Ni idea. Yo no sé nada, todo ha sido cosa de las chicas.

—¿De las chicas o de Súper Belén?

—Vaaaale, mira que eres pesadita. Contigo es imposible guardar algo que se parezca a un secreto. Sí, ha sido cosa de Belén. Ten un poco de fe en ella, puede ser todo lo choni que tú quieras, pero tiene muy buen ojo para elegir a los tíos.

—Ya te lo diré cuando lo vea.

—Ah, así que Su Alteza la reina Jimena va a poner sus ojos en él, pobre mortal, apenas un gusano que se arrastra a sus pies.

—Eres la leche. ¿Por qué no te hiciste guionista en vez de abogada?

—Porque los abogados ganan más y Gaultier siempre ha sido mi debilidad.

Lo sabía. Solo que apenas lo recordaba. El estilo de Irene en los últimos años encaja más con Vittorio y Luchino.

Vuelve a cambiar de tema con su mejor sonrisa, y le pregunta ahora por su vestido de dama de honor.

—Supongo que mi vestido para la ceremonia está en tu precioso vestidor de seis puertas, esperándome impaciente. Te lo mandé por DHL hace tres semanas, y si no me has dicho nada hasta hoy es porque llegó sano y salvo. Que sepas que me veo como un merengue de fresa con él puesto, pero... todo sea por la felicidad de la novia.

—Eso es porque has engordado unos kilitos desde que dejamos la universidad, Jimmie; las chuches van a acabar con tu silueta.

—Seguramente, pero peores son el alcohol, el tabaco y las drogas sintéticas.

De repente, cuatro mujeres recién salidas de *Sexo en Nueva York* se acercan a Irene y Jimena.

Asunción de la Granja, Carlota Santiesteban, Almudena de Aristiaga y Tabita Navarro. Todas visten de firma y calzan tacones vertiginosos. Belén, por supuesto, se hace esperar. Necesita una entrada triunfal, sin rivales que le hagan sombra.

—¿Belén no ha llegado?

—Estás de broma —se carcajea Irene para que Jimmie no lo haga—. ¿Desde cuándo llega puntual a una cita?

—No seáis malas con ella —la disculpa Tabita—. La espera valdrá la pena, os lo aseguro. En cuanto veáis a Víctor lo vais a flipar.

—Tabita, por favor, solo te ha faltado decirnos dónde vive. Se supone que era una sorpresa —la reprende Asun sin perder la sonrisa de anuncio.

—Haremos como que no hemos oído nada.

Irene se tapa las orejas con un gesto infantil.

Se echan a reír. Todas tienen ganas de pasarlo bien esa noche.

Quince minutos después llega Belén. Por una vez, va bastante elegante y no se ha propuesto llamar la atención, porque sabe de sobra que la despedida de soltera es en honor a Irene. La novia es ella.

Las mira a todas, en conjunto y a la vez, pero a Jimena le dedica una mirada especial: más larga, repasándola de arriba abajo y haciéndola sentir un poco «animal de feria», pero esta no quiere decir nada que arruine la noche

antes de empezarla.

—Vaya, vaya con Jimena. Esta noche casi pareces una mujer de verdad. La otra la reta con la mirada.

—Belén, no te pases, no quiero sacar la mano a pasear y echar por alto la noche.

Por supuesto, Belén no hace ni caso de sus miradas asesinas. Nunca ha conseguido impresionarla lo más mínimo. Para ella, solo es un ratón de biblioteca. Gracias a Dios que su virginidad es un secreto de Estado. No quiere ni pensar lo que dirá esa ordinaria si llega a descubrirlo.

—Y vosotras —las mira una a una con gesto crítico—, no estáis nada mal. Irene, cariño, ¿dónde has comprado esa cucada de vestido? Te sienta fenomenal.

«Será pelota», piensa Jimmie pero no abre la boca. Esa noche no. Cuenta hasta diez para no decir nada de lo que pueda arrepentirse.

Irene sonríe, pero tampoco se traga su falso halago. Los gustos de ambas están a años luz. Solo en el bufete visten con un estilo parecido. Es entonces cuando Irene deja el *flower power* en casa y Belén intenta parecer la abogada temible que es.

—Vamos a Casa Pepe, a ponernos moradas de vinito y jamón del bueno. Luego os llevaré a un sitio muy especial...

Todas sonríen como crías de doce años en plena fiesta de pijamas.

Todas menos Jimena, claro, que por algo la apodan la Vinagres.

—Jimmie, sonríe —la anima Irene—. La noche no ha hecho más que empezar y con esa cara de acelga no vas a conquistar a Víctor.

Se lo dice al oído, pero Belén las oye y suelta una risita tonta de las suyas.

—Hoy te vas a poner las botas, Jimena. Apuesto a que nunca has visto nada igual.

—Si te refieres al jamón, soy más de queso manchego. Y prefiero el Martini al vino de porrón.

«Toma ya. Ésta por hacerte la estupenda y creer que puedes dejarme en ridículo».

Pero Belén sigue sonriendo como quien tiene preparada una trastada muy gorda para esa noche.

Jimena siente un sudor frío recorriéndole la espalda, pero no hace caso.

Para disipar los malos augurios mientras caminan por la calle Hortaleza, Irene le susurra:

—Ladra pero no muerde. Y sabe cuánto te quiero. Se cuidará mucho de hacer nada que te deje en evidencia. Sabe lo que le conviene. Y le conviene llevarse bien conmigo.

Detrás de ellas, las hienas se ponen al día de los últimos cotilleos de la *jet set*.

Los tacones resuenan sobre el asfalto como tiros de escopeta. Sus murmullos y sus risas no dejan títere con cabeza.

Jimena se muestra indiferente a sus cuchicheos y eso las repatea aún más.

De reojo las miran, a Irene y a ella, camino de Casa Pepe.

Se preguntan por qué andan tan alegres si todavía no ha aparecido Víctor en escena.

Se comportan como quinceañeras. Pero ¿qué puñetas?

Jimmie también quiere volver a sus años locos esa noche. Está dispuesta a demostrarles que se equivocan cuando la llaman la Vinagres. Ella también sabe divertirse cuando quiere. La Jimena sosa y feminazi que todo lo critica y a todo le pone pegase ha quedado castigada en el piso de la calle Balmes.

—¿Qué andáis cuchicheando?

Belén se les pega como una lapa con la excusa de que han llegado al local de tapas.

—Estaba contándole el último caso en que nos hemos visto envueltas. Todo un marronazo, acuérdate.

Irene intenta echar balones fuera, aunque la cara de Belén proclame que no se cree ni una palabra.

—Irene, tía, es tu Despedida De Soltera, ¡deja el puto trabajo en paz por una puta noche!

No sería Belén si no fuera tan ordinaria.

—Está bien —concede la novia de mala gana—, tú ganas. Hablaba de mi segundo ex marido —suspira ahora—. Te acuerdas de Ángel, ¿verdad, Jimmie? Qué hombre, qué cuerpo, qué verga, qué...

Belén se echa a reír y Jimena la imita muy a su pesar.

—No sabría decirte, cariño —pone cara de no saber dónde meterse—. No llegué a verle... la verga.

—Pues no sabes lo que te perdiste, guapa. Aquello era... Buah, mejor que lo de Nacho Vidal.

—¿El actor porno?

—No, el vecino del quinto, ¡no te jode!

—Lo siento, lo siento, lo siento...

—Ay, Jimmie, deja el disco rayado y vamos a divertirnos.

Jimena mira a Irene con suspicacia.

—Todavía no has bebido ni una gota, ¿verdad? ¿Por qué hablas entonces como una borrachuza antes de la cena?

—Son los nervios —apunta Carlota, adivinándoles el pensamiento.

—¿Qué nervios ni qué niño muerto si ya va por la tercera boda? —les recuerda Jimena—. Y ni siquiera en la primera estuvo la mitad de nerviosa.

—Porque era muy joven —les recuerda Irene a continuación—. No sabía ni lo que hacía. Todo me parecía un puto cuento de hadas.

—Todas las bodas son cuentos de hadas —admite Asun con cierta nostalgia. ¿La suya también?

A Jimena le gustaría unirse al coro y compartir sus penas como muestra de solidaridad con todas las casadas; las pasadas y las futuras, pero es la única soltera «de verdad» de ese honroso grupo. Belén está divorciada, Carlota también y por segunda vez; Tabita estuvo casada o arrejuntada en algún momento de los últimos diez años, aunque ahora haga vida de soltera. Quizá sea una mal casada o una mal follada, pero esa noche no va a molestarse en averiguarlo. Y a Almudena le van las tías. Se enteró por Irene. Y a ella lo mismo le da, eh. Pero por lo visto Almu no quiere o no puede o no le conviene «salir del armario».

Ni siquiera tiene planes de sincerarse entre copa y copa de vino tinto.

Jimmie intenta contenerse delante del jamón después de haberle vacilado a Belén para hacerse la interesante. Aquí, entre nosotros, le gusta más el jamón ibérico que a un tonto un lápiz, pero... Esa noche se decanta por el queso para no quedar mal delante del personal.

¡Lo que tiene que hacer una para guardar las apariencias!

Belén no le quita el ojo de encima ni deja de sonreír, y ella está empezando a cabrearse en serio.

—¿Tengo monos en la cara esta noche o qué? —le espeta Jimena, a punto de perder la poca paciencia que le queda para esa noche.

—Jimena, querida —el tono es realmente viperino—, deberías dejar de creerte el ombligo del mundo. Aunque deba reconocer que el modelito de hoy te cae muy bien, aún conseguirás que nuestro *boy* ponga los ojos en ti durante más de dos segundos seguidos.

—Más te vale no subestimar a Jimmie —le aconseja Irene, intentando aplacar la ira de esta—. Ahí donde la ves, tiene mucho tirón. Si no liga más es

porque no quiere.

—Las feministas sois todas unas aburridas —la provoca Belén—; lo que necesitáis es un hombre de verdad.

—Perdona, ricura, pero yo me masturbo desde los doce años, y lo que menos falta me hace es una polla. En cuanto a lo otro... Miedo me da pensar lo que tú entiendes por «un hombre de verdad».

Jimmie sonríe con candor. Cuanto más gorda la suelta, más inocente es su sonrisa.

Irene se echa a reír como una tonta. El Ribera de Duero ya se le ha subido a la cabeza.

—Anda, vámonos al club o me voy a poner puerca con tanto jamoncito. Solo a ti se te ocurre traernos a Casa Pepe con el vicio que tiene. ¿Y mi dieta? ¿Y mi vestido de novia con cintura de avispa?

—Deja de gimotear —la corta Belén con una mueca que quiere dar miedo pero casi da risa—. Una infusión de alcachofa, un zumo de pomelo y ¡lista! Tu peor problema mañana será la resaca, no si cabes o no dentro del vestido.

¡Mierda! Por una vez lleva más razón que un santo.

Belén se dirige a la barra, le da dos besos al camarero (uno con lengua y todo), paga y vuelve con una sonrisita socarrona que, en vez de ir dedicada a la novia como dicta la lógica, va dirigida en exclusiva a Jimena.

—Belén, *querida*, ¿hay algo que yo deba saber? Llevas toda la puta noche mirándome.

Y no, Jimmie no se considera el ombligo del mundo, pero sí empieza a creer que la fiestecita de esta noche tiene más que ver con ella que con Irene.

Belén no replica, pero tampoco deja de sonreír ni de mirarla.

Llegan al club pasadas las once de la noche. Un silencio sepulcral les da la bienvenida. El local se ve completamente vacío.

—¿Solo estamos nosotras?

Jimena mira con mala cara a Belén.

—Por supuesto, *es una despedida de soltera*, Jimena —le recuerda con retintín—. El espectáculo es solo para nuestros sentidos.

Jimmie enarca las cejas con ese escepticismo tan suyo, mientras el grupo se acomoda en unas butacas negras de terciopelo. Enormes y mullidas... Mmm... Si se aburre mortalmente con el bailecito del tipo ese, siempre puede echarse a dormir la mona. Tienen pinta de ser más cómodas que su propia cama tamaño XXL.

Sí, claro que su cama es King Size, ¿o no sabes ya lo que le gusta dormir?

En su vida anterior fue una marmota y en la próxima quiere volver a serlo.

Y en un febrero como ese, con el frío de esta noche, nuestra Jimmie entra en modo osito y se convierte en otra mascota más.

Divaga, divaga, perdida en su propio mundo... para no pensar en lo que no debe.

Pero es inevitable que Él aparezca en escena, vestido en plan macarra y con una sonrisa que invita a sueños muy húmedos, junto con esa mirada que se te clava en el alma para no abandonarte jamás.

Vivirá cien años y no olvidará esa noche: la noche que conoció a Víctor. Doce de febrero. Jimena es una agenda con patas, acuérdate. Aunque ahora no importe su nombre ni su edad ni su origen.

¿Qué son los nombres? Otra etiqueta más de quita y pon.

Aparece antes de hora —o así lo ve ella, que no está preparada para un impacto de ese calibre—, como si tuviera ganas de acabar antes de empezar siquiera, y antes de que su mente pueda procesar su imagen: a medio camino entre Marlon Brando y James Dean (sí, Jimmie es de las que todavía sueñan despiertas con el Hollywood dorado de los años cincuenta), y darle el significado correspondiente, una furiosa revolución de estrógenos más allá de su ombligo le indica al punto que esto va a traer cola. Y «esto» quiere decir su simple presencia. Se asusta, aunque permanezca en un mutismo total mientras ruega por que nadie se dé cuenta de que le tiembla todo el cuerpo.

Hace demasiados años de la última vez que sus hormonas le dieron un susto de esta envergadura, Normalmente están muertas o en estado comatoso. Pero esta noche han decidido participar en la jarana y volverse locas: completamente locas; no paran quietas ni ella tampoco, a decir verdad. Es orgásmico y tan escandaloso como un festival pirotécnico.

—No sé cuál es el equivalente femenino a «ponérseme dura», quizá lo más cercano sea admitir que estoy a punto de correrme —piensa Jimena, entrecerrando los ojos, no muy segura de que esa diabólica visión no acabe provocándole taquicardia—, de tener un violento orgasmo solo con verlo ahí: moviéndose sensualmente y acariciándose sin pudor mientras me mira como si no hubiera nadie más que nosotros en esta oscuridad cómplice. —Suspira embelesada—. Nosotros, ¡qué jodidamente bien suena eso! Casi puedo paladearlo como un bombón praliné. Desde luego, este tipo sabe cómo poner

cachonda a una tía. Porque yo no quería ni planeaba acabar en este plan adolescente: comiéndomelo con los ojos, babeando, con la boca hecha agua, sin importarme un pimiento quién está a mi lado. Me olvido de los cinco lobitos, de mi mejor amiga y hasta de mi nombre. Me olvido de mi edad, mi reputación y hasta de Joserra, quien me va a freír a preguntas en cuanto ponga un pie en mi piso, de vuelta. Solo tengo ojos para Él. Y la puerca de Belén solo tiene ojos para mí. No sé qué demonios pretende con este numerito... pero me da igual. Hace demasiado tiempo que no me lo paso tan bien —sonríe perversamente—. Esta noche mis neuronas solo responden a la palpitante llamada del Hombre que ha aniquilado hasta mi último resto de voluntad y conciencia.

Lo peor de este terremoto inesperado es que no se trata de un episodio solitario.

Hay seis mujeres con ella. Aunque ninguna esté, ni de lejos, la mitad de excitada.

Y Belén sigue sin quitarle el ojo de encima mientras sonrío con malicia. Su mirada va de Víctor a Jimmie y de Jimmie a Víctor.

—A ver, que la novia es Irene, no yo —recuerda Jimena—. ¿A qué viene este numerito?

Suena una canción de fondo, pero es incapaz de reconocerla, ni tan siquiera la escucha realmente. Él sigue la música y la coreografía sin apartar los ojos de esa pelirroja que mira sin querer mirar, que ve sin querer ver en realidad.

—Si hubiera sido Irene, me habría sentido insultada ante su brutal indiferencia. Pero soy la nueva Jimena a la que todo parece darle igual —sonríe tontamente sin apartar los ojos del *stripper*—. ¿Por qué nadie se queja, por qué nadie protesta al ver que Él solo tiene ojos para mí? ¿Acaso no ven al mismo hombre que yo estoy viendo, acaso no sienten la misma revolución más allá del ombligo? ¿Qué demonios les pasa, han muerto y yo no me he enterado? Desde luego, parece que yo floto en una dimensión paralela. Lo mismo Belén ha echado alguna droga psicodélica en mi copa de vino, aprovechando mi proverbial despiste. Con ella todo es posible. De ella puedo esperar cualquier barrabasada. Y Víctor continúa con su bailecito pornográfico, su cara de *bad boy* y esa mirada tan intensa que hace que mi adorado Heathcliff, a su lado, parezca un crío de teta.

A pesar de su apostura y su mirada, ella intenta disimular.

—No pasa nada, eh, que a mí estos numeritos me dejan más fría que un

témpano.

Se hace la despistada.

—¿A quién coño quiero engañar? —se recrimina como si oyera la voz de Joserra en su cabeza.

Desde luego, a Belén no la engaña ni por un momento.

A Él tampoco.

Para su mayor pasmo y estupefacción Víctor baja del escenario y se acerca al grupo, que permanece mudo y expectante. Jimena suspira. La invade el alivio al saber que su intención es acercarse a Irene, quien a fin de cuentas es la novia y protagonista del sarao de esta noche, y ella se quedará, como siempre, en ese discreto segundo plano donde se siente tan a gusto; se relajará y se olvidará de esos ojos de mar y de esa barbita sexy que, muy en el fondo, se muere por besar.

No lo reconocerá ni bajo tortura, pero en apenas un par de guiños Víctor se ha colado a traición en su corazón y en su mente, y más pronto que tarde se colará también en sus sueños, apropiándose los, haciéndolos suyos, conquistándolos a sangre y fuego. Pero Jimmie sigue moviendo la cabeza con obstinación y diciendo No, No, No, como si eso sirviera de algo.

«Ilusa, que crees que puedes darle la espalda al Amor y quedarte tan ancha».

—Relájate, Jimmie, esto no es más que una anécdota divertida —se repite en un vano intento por convencerse; se niega en redondo a considerar la idea de dejarle entrar en su vida—. Mi vida es perfecta tal cual, lo que menos quiero ni necesito es un *stripper* de tres al cuarto.

«Ilusa, que niegas el Amor como si la cosa no fuera contigo porque te crees inmune a él».

Cuando Jimena quiere darse cuenta está encima de sus rodillas... Y cuando abre los ojos, a la mañana siguiente, se despierta en una habitación que no es la del hotel, en un piso donde nunca ha puesto el pie, y en una cama, ¡una cama, por Dios bendito!, que debe de formar parte de un decorado de alguna peli porno de serie B.

—¿En qué jodido minuto he dejado de ser yo —se pregunta, despavorida, con los ojos en blanco y las sábanas color rubí revueltas en torno a su cintura—, dónde están Irene y los cinco lobitos, de veras he bebido tanto como para perder la consciencia y acabar desnuda en una cama extraña? ¡En su cama! Porque es su cama, ¿no? Es su piso, ¿o hemos acabado en otro garito aún peor?

Jimena lo mira. Los ojos de Víctor están abiertos de par en par mientras la mira como si fuera un ser sobrenatural, duende, elfo o leprechaun, hada de los bosques o vete-tú-a-saber-qué.

—¿Por qué me miras así? ¿Qué hemos hecho, qué me has hecho? ¿Qué hago yo aquí?

Habla como una ametralladora histérica mientras sigue luchando a brazo partido con las sábanas, intentando escapar, no sabe muy bien de qué.

—*Keep calm*, Jimmie, *Keep calm*. Todo a su debido tiempo.

—¿Quién te ha dado permiso a ti para usar mi diminutivo? —Los ojos de ella lo taladran sin piedad y un hombre menos templado que Él se habría sentido intimidado—. Eso solo lo usan personas muy, pero que muy escogidas de mi círculo más íntimo.

Suena tremendamente esnob, sí, pero es su único escudo para protegerse de una situación que se le escapa por completo de las manos. Necesita respuestas. Ya.

No puede perder ni un solo instante. Quiere saber cómo demonios ha acabado ahí. Con él. Y no es que no le guste, le encanta tenerlo a su lado, ¿a qué negarlo? Pero Jimmie odia lo que no puede controlar. Y ahora mismo no tiene ningún puto control sobre nada.

—¿No vas a contestarme?

Parece a punto de lanzarse sobre Él para... ¿qué? Ni ella misma lo sabe.

—Claro que sí, Jimena —la tranquiliza al tiempo que exhibe una sonrisa demasiado perfecta—, pero antes necesito recuperarme. No todas las noches tengo el privilegio de desvirgar a una cuarentona.

Ella lo mira con pasmo, horror, incredulidad sobre todo.

—¿Qué estás diciendo, que he... he... perdido mi preciosísima virginidad, salvaguardada como una reliquia sagrada todos estos años, con un jodido *stripper* muerto de hambre?

Vale, quizá se haya pasado un poquito al final, pero es que... Un apocalipsis zombi no la hubiera aterrorizado tanto. Y eso que el tipo está más bueno que el pan. Y que el paté La Piara, ya puestos.

—Deberías verte la cara, nena.

—No me llames nena, ¡ni se te ocurra llamarme «nena»! —chilla Jimena con una histeria incontenible—. ¿Con quién te crees que estás hablando? Yo no soy una de tus follamigas.

—No hace falta que lo jures. ¿Dónde has estado metida todos estos años, en un puto convento?

Víctor se debate entre el aullido y la risa. Y ella no sabe qué la cabrea más.

—No he estado en ningún convento, leches; simplemente no iba loca por follar en cualquier rincón, como la mayoría de mis compis de instituto. Tenía otras prioridades en la vida —se defiende—. Y no tengo por qué justificarme ante ti. ¡Por favor!

Sale de la cama y se enfrenta a Él a pecho descubierto. Y nunca mejor dicho porque está completamente desnuda. Y es una visión demasiado espléndida para sus ojos, que refulgen al sol de esa mañana. Intenta contenerse, intenta mantener el control de la situación, sobre todo al ver cómo ella lo ha perdido sin remedio.

—Dime que es una broma. Dime que no has abusado de mí ni te has aprovechado de mi estado para violentarme. Sabía que no podía fiarme ni un pelo de la zorra de Belén. ¡Lo sabía!

—Eh, eh, nena —levanta las manos en un gesto de contención—, no me montes un melodrama, que los dos lo hemos disfrutado mucho. ¡Joder, si temblaban hasta las paredes!

—Que te crees tú eso.

—Si no estuvieras tan colocada, tú también te lo creerías.

—Yo no estoy colocada —pone los ojos en blanco, intentando a toda costa conservar la poca dignidad que le queda. ¡Eso no puede estar pasándole a ella!

—Mira, Jimena, no sé qué leches bebiste o tomaste antes de aparecer por el club, pero cuando te vi parecías muy, pero que muy dispuesta a pasártelo bien. Y Belén me dijo que necesitabas desmelenarte un poquito.

—¿Qué coño sabrá esa zorra lo que yo necesito?

—Pensé que eráis amigas.

—Tú eres gilipollas —le suelta ella sin pensar—. Belén es inaguantable y me tiene ganas desde que nos conocimos —le aclara acto seguido, porque está visto que ese muñeco hinchable no se entera de nada—. Es «amiga» de Irene, o de su dinero y estatus, para ser exactos. Pero a mí no me traga y el sentimiento es mutuo.

—No es eso lo que me dijo ella cuando me contrató.

—A ver, ricura, que se me está pasando el efecto del alcohol o lo-que-sea-que-me-metiera-esa-puta-en-el-vino, y creo recordar que a ti *se te contrató* para amenizar la despedida de soltera de Irene, mi amiga. Era *ella* el objeto de tus atenciones, no yo. Sí, la novia que se casa hoy. ¡Coño, se casa

hoy, y yo aquí perdiendo el tiempo contigo!

Víctor la mira y ¡joder, hay lástima en esos ojos!

—No me irás a decir ahora que esa hija de mala madre te pidió o, peor aún, te pagó para que me pusieras cachonda y me trajeras hasta aquí. Porque te mato. Y luego la mato a ella. Y os entierro a los dos en cal viva.

Parece muy predispuesta al crimen. Sobre todo si es pasional. Víctor puede leerlo en esos ojos que relampaguean sin cesar. De repente, no sabe a dónde mirar ni dónde meterse. Y ella sabe que ha dado en el jodido clavo.

La Jimena *Drama Queen* asoma la cabeza de nuevo, con ganas de reivindicar su derecho a la venganza, la muerte y mucha, mucha sangre. Hasta parece que se relama de gusto con ella. Luego, inesperadamente, se echa a reír.

¿A quién quiere engañar? Sí, se siente víctima de una broma pesada. Y no, no le gusta ese tipo de bromas. Pero, ¡joder, que ya cumplió los cuarenta, basta ya de niñerías!

El polvo de esa noche ha sido lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. Que le ha pasado en toda su puta vida. Y aunque ya pueda oír las risas de Joserra cuando se entere de cómo, dónde y con quién se ha estrenado, tampoco le parece el fin del mundo.

Las carcajadas, estruendosas y desinhibidas, asustan a Víctor, quien ya no sabe qué pensar. Bueno, sí, que las mujeres son más raras que ni hechas del revés. ¿Por qué esa le gusta tanto? ¿Por su cabello pelirrojo e incorregible? Quizá. ¿Por sus sonrisas, tan hermosas como escasas? Muy probablemente. ¿Por qué es una de esas que ahora llaman «empoderadas»? Sí, sin lugar a dudas. A la legua se ve que es una mujer fuerte que decide cuándo, dónde y con quién quiere estar. Y eso se la pone dura. Muy dura.

Mientras la mira con cara de perdona-nunca-he-querido-hacerte-daño, Jimena va recogiendo sus ropas y se viste a toda prisa, sin apenas mirarlo. Sonríe al verla y no dice nada; ha descubierto algo, medio escondido en un rincón, pero ni loco va a revelar su pequeño secreto. Él también quiere apuntarse un tanto en esa singular pelea. Le gusta así de guerrera, con ese espíritu indomable que le recuerda a *Brave*.

A esas horas de la mañana, Jimena ya ni siquiera siente un atisbo de vergüenza por haber perdido la virginidad en esa cama, esa noche. Lo malo es que... lo ha hecho con ese jamelgo que, por muy bueno que esté, parece tonto de remate.

—¿Y qué querías, Jimena? Es *stripper*, no doctor en astrofísica.

Claro que en este país puedes ser las dos cosas a la vez, aunque solo sea para llegar a final de mes.

Él no hace ningún intento por detenerla. Solo sonríe tontamente, como si todo le diera igual. En algún momento le ha quedado claro que hoy no es el mejor día para desplegar sus innumerables encantos.

Jimena se larga sin mirar atrás, y el portazo —ahora sí— hace temblar las paredes.

No se han intercambiado números de teléfono ni han quedado para volver a verse.

La noche ha quedado en una anécdota más, una de esas que le cuentas a tus nietos entre risas y algún que otro sonrojo.

—¿Quién necesita a ese tío? Yo no.

Lo que Jimmie necesita con urgencia es un taxi para llegar a casa de Irene, donde y cuando, a esas condenadas horas del mediodía, ya estará dispuesta para salir hacia el juzgado. Irene no se casó por la iglesia ni en su primera boda. No va a hacerlo en la tercera. En realidad, el novio quería una boda en Hawai por no sé qué rito extraño y ancestral, pero Irene finalmente lo disuadió de tal propósito por no darle «otro» disgusto a sus progenitores.

—Irene se nos ha convertido en una experta en dar disgustos y poner a la gente al borde de la hipertensión. Cada día se va pareciendo más a mí, que me gusta provocar por provocar. O sea, la provocación como un fin en sí mismo.

Pero ahora mismo, mal vestida, mal peinada, con ojeras de panda y una mala leche que solo puede competir en igualdad de condiciones con su resaca, Jimmie va dispuesta a pactar con el mismísimo Lucifer si consigue que la lleve a su destino a tiempo. Solo hay una cosa que aterrorice más a nuestra protagonista que perder la virginidad con «cualquiera»: llegar tarde a una cita. Y todavía echa humo cuando piensa en la pasada noche y en esa mala perra que decidió ponerla en evidencia.

Da igual si ha disfrutado o no del polvazo con Víctor.

Eso es cosa suya y no le da ningún derecho a ridiculizarla.

Sí, lo sé: a pesar de todo su postureo zen, Jimena se sigue tomando a sí misma muy en serio y le gusta muy poco que se hagan chistes a su costa.

—Y ni te cuento lo que me jode que los haga esa ordinaria de mierda.

«Estás perdiendo las formas, Jimena. Contrólate. El control es poder».

Jimena se obliga a relajarse.

Necesita un taxi y un tratamiento de belleza en tres, dos, uno...

Y una sesión de terapia urgente con Joserra.

—Vale, vale, tienes razón: lo de Joserra tendrá que esperar.

Mira a un lado y a otro de la calle.

—¿Han abducido a todos los taxistas mientras yo (presuntamente) me revolcaba con Víctor anoche? ¿Los han llevado a otra galaxia sin que nadie lo sepa?

Ojea el móvil. Las doce y media. ¡De puta madre! Irene se casa a las dos y Jimena no ve un taxi ni a tres calles de distancia. Y no porque todavía lleve las gafas de miope en el bolso, no. Taconea nerviosa sobre el asfalto. No soporta esperar ni que la esperen. Algunos paseantes la miran ejecutar su numerito de claqué, pero luego vuelven la cabeza y se olvidan de ella. En las grandes capitales todo el mundo va a su puta bola. Podría estar quemándose a lo bonzo y no le harían ni caso. Menos mal que nunca le ha interesado especialmente llamar la atención.

De repente ve asomar algo con una luz... ¿puede ser verde? ¿Puede ser su taxi?

Se acerca al bordillo. Y sí, es un taxi. El tipo que conduce es paquistaní, pero ese día y a esa hora no va a ponerse tiquismiquis, ¿vale? Si la lleva en menos de treinta minutos al piso de Irene, está incluso dispuesta a darle un besito en la mejilla.

Abre la puerta y se acomoda en el asiento trasero.

—Buenos días, señorita —la saluda el tipo con una sonrisa manchada de nicotina—. ¿A dónde la llevo?

—Al número 29 de Alonso Martínez —masculla ella mientras empieza a sentirse... ¿húmeda? Disimuladamente se palpa el vestido a la altura del vientre; con más discreción mete una mano por debajo de... y grita sin poder contenerse—: ¡Mierda!

—¿Le ocurre algo? —el taxista la mira por el retrovisor mientras pone el coche y el contador en marcha.

—No puede ser —susurra entre dientes—. No, no, no, ¡Mi tanga! No puede no aparecer. No puedo... ¿habérmelo olvidado en el piso de ese... individuo? No puedo tener una suerte tan cochina. No es justo. No me lo merezco. Noooo.

El chillido de hiena agonizante la asusta más a ella que al pobre taxista.

—Respira hondo, Jimena, respira hondo. Vas a casa de Irene, ya te dejará ella algo de ropa interior. No usamos la misma talla, pero por un día

servirá para salir del paso —murmura como una letanía en voz muy bajita para no escandalizar al taxista. No tiene pinta de que le guste llevar de pasajero a alguien sin bragas.

—Tenga cuidado, no se mueva tanto y abróchese el cinturón de seguridad, que estas calles cada vez son más peligrosas —la avisa el buen hombre.

Jimena hace caso y de inmediato se lo abrocha con una mano mientras con la otra revuelve en su bolso con tan mala suerte que, en ese mismo instante, un coche se cruza en su camino, el taxista frena de repente y el bolso cae al suelo, esparciéndose por doquier todo su contenido.

—¡Joder, joder, joder, jodeeeeeer! Lo que me faltaba. ¿Y ahora qué hago yo? ¿Qué hago yo *ahora*?

Contempla consternada el desastre. Suspira. Cierra los ojos. Se impone calma.

Recuerda que no es de las que meten la casa en el bolso cuando se van de viaje.

Pero ha perdido el jodido tanga. Lo sabe. Lo presiente. Y con la resaca que todavía arrastra ni recuerda dónde vive el *stripper* de los cojones.

«¡Genial, Jimena, en serio! Estás a punto de batir tu propio récord de estupidez. ¡Con lo bien que te iba con los amores platónicos!»

O quizá no tanto, pero por lo menos no andaba perdiendo cosas por ahí.

Y no sabe qué le jode más: si haberle entregado su Yo más íntimo o que ahora Él vaya presumiendo de tener el dichoso tanga, como si fuera el fetiche de un maníaco del sexo. Y que además eso le sirva de excusa para volver a verla.

—¿Y para qué iba a querer un tío como ese volver a verte a ti, Jimena? Te hizo un favor anoche porque te vio muy colgada y muy «necesitada», pero no nos engañemos: no eres su tipo ni por equivocación.

Duele reconocerlo, pero no puede ser más cierto.

Y eso le recuerda que Belén tiene una cuenta pendiente que saldar con ella. No correrá la sangre ni rodarán cabezas, pero un escarmiento le tiene que dar, como que se llama Jimena Silva.

Aunque no ese día. No quiere broncas ni malas caras en mitad de una boda, ni que sea civil y con poco bombo y tronío.

El taxista la deja delante del edificio de pisos de pijos donde vive Irene.

Paga la carrera, recoge rápidamente todas sus pertenencias y vuelve a meterlas en el bolso sin apenas mirarlas. Ahora no puede preocuparse por

tonterías. Tiene que acudir como testigo a una boda. Nada importa salvo eso. Cuando vuelva a Barcelona ya verá lo que hace.

Hoy toca poner la sonrisa de anuncio y decir cosas bonitas a lo Paulo Coelho.

Paz y Amor.

La boda de Irene es tal y como ella la soñó; todo va de guinda, aunque Jimena se niega a beber nada más que la copa de champán del brindis de rigor, mucho menos con Belén revoloteando aquí y allá, vigilando cada uno de sus gestos y sonriendo melosamente, satisfecha de haberse salido con la suya la noche anterior.

Amor sí.

Sangre no.

—Es un día feliz y no quiero convertirlo en una tragedia griega, con cabezas rodando por el parqué y salpicando de modo infame el estilismo de los invitados. Intento evitar a mi Enemiga porque desde anoche se ha convertido en mi némesis y despierta mis peores instintos asesinos. No quiero ni mirarla a los ojos. No sé de qué seré capaz si vuelve a sonreírme de ese modo tan espeluznante. Tenemos más peligro que una piraña en un bidé. Mejor no juntarnos en una misma habitación.

¿Y el vestido? ¿Eso es un vestido? ¿En serio?

—Debe de ser de la época de los Picapiedra porque enseña más de lo que tapa. Puede que yo sea una feminazi, pero Belén es una femichoni, y ya te digo que lo suyo es mucho peor. Por no hablar de la falta de estilo y glamour, pero más me vale no decir nada porque ¿quién soy yo para criticar el estilo de alguien?

Además, Belén no le haría ningún caso, como quien oye llover, porque ¿qué sabrá la Vinagres de las artes de la seducción?

—Mejor no le digo que Víctor ha amanecido esta mañana la mar de satisfecho y con ganas de repetir. Que no lo haya manifestado de viva voz se debe únicamente a la mala leche con que he despertado y la bronca que hemos tenido.

Una vez olvidada la mala leche —todo se pasa en esta vida— toca reconocer, eso sí en voz muy bajita, que Jimena ha intentado, sin resultado, olvidarse de Él.

Su corazón y su cabeza han entrado, sin ella saberlo ni quererlo, en una guerra sin cuartel. Y de nuevo son las feromonas las que determinan el desenlace de tan singular combate.

«Sí, está en tu vida. No, no le des más vueltas. No te emparanoies; disfruta el momento, vívelo; recreáte la vista cuando volváis a encontraros; no pienses, no fabules. Vive el momento, sin más».

Parece que hable Joserra y no ella.

Todo muy zen, muy *feel good*.

Cuando Jimena vuelve el domingo a las diez de la noche, al piso de la calle Balmes, todavía continúa en estado de shock.

No solo ha perdido el tanga divino que llevaba la noche de la despedida... sino también una memoria USB.

Y en otras circunstancias tal pérdida no le quitaría el sueño, pero... da la casualidad de que, en ese aparatito, tan inofensivo en apariencia, se esconde Ella.

Con lo bueno, lo malo y lo peor.

Con todos sus sueños, miedos, fobias, frustraciones, prejuicios varios, manías, neuras de lectora enfermiza y... Horror de horrores, alguna que otra fantasía erótica de alto voltaje, escrita después de zamparse medio kilo de helado de chocolate belga sin remordimiento alguno.

—¿Qué pasa? El chocolate me dispara la imaginación más... sucia.

«El sexo solo es sucio si no te lavas», le parece oír la voz de Madonna regañándola al oído.

Si al menos pudiera estar cien por cien segura de que la memoria se le cayó en el taxi, junto a todas las demás chucherías.

—¿Por qué las mujeres llevamos tantas cosas inútiles en el bolso? No me respondas, no hay respuesta inteligente para eso.

Jimena se lamenta en voz baja mientras un sexto (y terrible) sentido la advierte de que las cosas nunca son tan fáciles ni oportunas.

No. Su vida siempre ha estado regida por la ley de Murphy.

Y eso quiere decir que todos sus secretos podrían estar ahora...

«Piensa en positivo».

Joserra al ataque. Ya le parece oírle:

«Todo en tu vida pasa por una razón».

Ella no ve nada positivo en sus elucubraciones, son como una pesadilla de la que no puede despertar.

Por fortuna, el desgraciado descubrimiento tuvo lugar mientras hacía el equipaje la mañana del domingo y no antes.

Horas después, mientras miraba a través de la ventanilla del tren que la llevaba de vuelta a Barcelona, no veía nada... Nada que no fueran sus ojos, su sonrisa, su impresionante cuerpo de casi dos metros de altura.

¿Cómo demonios habían podido encajar en la cama?

Ella es un tapón y no le avergüenza reconocerlo.

Sin embargo, todo había fluido naturalmente: sin tropiezos.

Desde luego, Él no parecía tener queja. Estaba estupefacto, sí, pero no disgustado.

—¿Me devolverá el dichoso tanga o se lo va a guardar bajo la almohada para preservar su olor? ¿Será tan fetichista, tan rarito, tan... sin palabras? Y si decide devolvérmelo... ¿Cuándo? —piensa Jimena mientras se muerde el labio. Si la vieras, podrías jurar que vive por que llegue ese momento.

Por supuesto, nada más llegar al piso, Joserra espera un informe detallado del fin de semana, boda incluida.

Está cómodamente repantigado en el sofá mientras Ralph recorre el salón con andares de divo.

—Míralo —se ríe Jimena al tiempo que se sienta junto a él—, se mueve a lo Kim Kardashian. Este gato se pegaba una vidorra de aúpa antes de acabar debajo del coche de donde lo recogí. Te lo digo yo. Es un gato consentido y malcriado.

—Creía que la borde era Savannah.

—Y lo es, lo es. Pero el gato... Fíjate —chilla ella—. Tiene andares de príncipe. Mayestáticos. Le falta la corona.

—Cómprale una en la tienda de los chinos mañana —le sugiere, intentando contener una carcajada sin conseguirlo—. Lo mismo se olvida del arroz inflado.

Jimena hace una mueca de horror de las suyas: muy exagerada, de las que le chiflan a Joserra y le recuerdan lo melodramática que puede llegar a ser cuando se lo propone.

Ralphie descubrió los ChocoKrispies cuando llegó a casa de Jimmie. Fue un descubrimiento tan apoteósico como cuando ella descubrió los *muffins* de chocolate.

Primero la miró fijo, en plan: ¿Qué te estás comiendo, no será mi comida?

Jimena negó con la cabeza y el gato pareció entenderlo; pero luego, a la que ella se despistó, se los zampó todos. La caja entera. No dejó ni las migas más microscópicas. Y luego la miró de ese modo que miran los felinos más

taimados cuando quieren hacerse perdonar algo.

Y Jimmie es débil. Muy, muy débil. Y lo pasó por alto. Desde entonces, cada vez que baja al súper, compra dos cajas: una para ella y otra para su mascota.

Son baratos. Podría ser peor.

Aunque esta noche lo que deja a las mascotas alucinadas es la camiseta fosforito que Joserra lleva puesta y...

—¿Se puede saber qué te has puesto?

No da crédito a lo que ve. Es de un color amarillo imposible y lleva escrito, en un color rosa más imposible aún, la leyenda CANDY SEXY GIRL sobre unos morritos rojos de lo más tentador.

Le dan ganas de hacerse un *selfie* con él o robarle la camiseta y ponérsela ella.

—No cambies de tema, Jimmie, que nos conocemos. Es mi ropa de andar por casa, la has visto mil veces desde que vivimos puerta con puerta, y lo que yo quiero saber es qué pasó en la despedida de soltera.

—Tú lo que quieres saber es si hubo sexo guarro, que nos conocemos — lo imita con las mismas ganas de chismorreó del peor.

—Qué mal hablada, qué mal pensada, qué...

—Corta el rollo y atiende —le exige, a medias enfadada, a medias a punto de morirse de risa.

Después suspira hondo, muy, muy hondo, y mira de escoger las palabras más suaves para describir los hechos de esa noche.

—Que tú ¿qué...?

—Lo que oyes: ese mal nacido aprovechó que yo estaba más alegre de la cuenta para meterme en su cama (¡y qué cama, Madre del Amor Hermoso!) y robarme mi virginidad.

Ha vuelto la *Drama Queen*. En todo su esplendor y con ese aire de dignidad ofendida que tan bien le queda. La ocasión lo merece, ¿o no?

—Pero ¿el tipo está bueno, pasable o no merece siquiera una segunda mirada?

—Merece una y mil miradas, pero no se trata de eso, Joserra. Yo fui a divertirme, no a liarne con un puto de tres al cuarto.

—Ah, ¿así que también?

—Lo he dicho por decir, pero vaya, que tampoco sería nada extraordinario que lo fuera.

Entre otras cosas porque era un fiero en la cama y Jimena no iba tan

borracha como para no sentir un orgasmo tras otro. Otra cosa será que lo reconozca, mucho menos en público.

—Ojalá pudiera echarle un vistazo.

Joserra le pone ojitos soñadores, como siempre que ve a un tío de toma-pan-y-moja. Lo malo es que ella no tiene a mano ni una sola foto de Él para poder enseñársela a su querido vecino.

—Por mí, haz lo que quieras.

—Eso ha sonado a «como-te-acerques-a-él-te-abro-en-canal».

—A la que me gustaría abrir en canal y muy, muy despacito, es a esa zorra de Belén Solano. La muy guarra le pagó a ese tipo para que me pusiera cachonda y... lo que tú sabes.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí, claro, en secreto de confesión y con lágrimas en los ojos... ¡No te jode! Me lo dijo él. Y ni tan siquiera fue una confesión espontánea. Tuve que sacárselo con sacacorchos en plan: Yo te pregunto una cosita y tú solo tienes que contestar Sí o No. Y adivina qué, cariño.

—Vale, tiene toda la pinta de una encerrona, y esa arpía se merece un escarmiento del que ya hablaremos más adelante. Pero la pregunta ahora es: ¿disfrutaste, quieres repetir, quieres volver a verlo?

—¿Puedo engañarte?

—A mí sí, *milady*, pero a ti no. La verdad es como un corcho: siempre acaba flotando y saliendo a la luz.

¡Ay, ese Joserra filósofo!

—Es mono, y bueno... Quizá no sea tan gilipollas como me pareció a la mañana siguiente. Estaba cabreada, histérica, y andaba como loca porque llegaba tarde a la ceremonia nupcial, ¡y era la jodida madrina de la novia! — Los nervios la vuelven muy mal hablada—. No estaba para ponerme a flirtear con un tío así.

Jimena echa la cabeza hacia atrás con un gesto de hastío, vencida, rendida.

—¿Un tío así?

—Sí —masculla de mala gana—, uno sin dos dedos de frente.

—¿Y cómo sabes que no los tiene si apenas hablaste con él?

Auch, eso ha dolido. Pero son muchos años; Jimena ha conocido a muchos tíos o al menos los suficientes como para distinguir a uno con conversación de otro sin sustancia.

—Porque lo sé, Joserra, esas cosas se saben, y el tipo ese... Uhmm,

¿qué quieres que te diga?

—Jimmie —le reprocha con una media sonrisa—, si no te liberas de tus prejuicios nunca vas a disfrutar de una relación sana.

—¿Y a ti qué te pasa, has hecho un cursillo intensivo de psicología y no me he enterado?

—No necesito ser psicólogo para saber por qué estás tan cabreada.

—Yo no estoy cabreada —niega sin ninguna convicción—. Estoy... confundida y excitada y cachonda, ¡joder! ¿Es eso lo que querías oír?

Joserra se echa a reír. Ríe y ríe hasta que se le saltan las lágrimas.

—Muy divertido, sí señor.

Jimena no le ve la gracia por ninguna parte.

—Cuando se te pase el ataque de risa, me avisas y sigo con el parte...

—Perdona, cuchi-cuchi —le guiña el ojo—, pero has puesto una cara que era puro morbo.

Ella le saca la lengua como una cría repelente. No pasa nada porque hay confianza y él ya sabe que perro que ladra, poco muerde.

—A lo que iba, con la tontería me dejé olvidado mi maravilloso tanga nuevo en su cama. Sí, en su cama, y seguro que ahora mismo debe de estar oliéndolo como un puto maníaco sexual.

Joserra vuelve a reír, ahora con más ganas si es posible.

—Tú, ríete, pero a mí no me hace gracia. Y eso no es lo peor, ¡eh! Lo peor es que también perdí una memoria USB... Y no sé dónde.

La cara de Jimmie es un poema de horror.

—Y ojalá pudiera decir que me lo robó a traición —gimotea—, pero no; me lo dejé olvidado yo solita —se da una palmada en la frente para castigarse por tan imperdonable descuido—. Por estúpida y descerebrada, y por pensar en lo que no tocaba.

—Y algo me dice que en esa memoria hay cosas que tú no quieres que nadie vea. ¿Me equivoco?

—En absoluto —Jimena está a punto de echarse a llorar—. Me odio tanto, Joserra. Con lo tiquismiquis que soy para todo, esto es un castigo divino como la copa de un pino. Quiero creer que se quedó en algún rincón del taxi que me llevó a casa de Irene. Tengo que pensar eso como si fuera un mantra o me volveré loca y perderé el sueño, el apetito y solo Dios sabe qué más.

—Que perdiste la memoria USB en el taxi, ¿perdona?

Joserra pone cara de haberse perdido algo.

—Sí, el taxista pegó un frenazo mientras yo buscaba el puto tanga en el

bolso y con el susto se me cayó todo al suelo y se desparramó de cualquier modo y... ¡un putito desastre!

—¿No me has dicho que te habías olvidado el tanga en su cama?

—Eso lo deduje cuando llegué al piso de Irene, porque si no estaba en el bolso, dime tú dónde podía haberse quedado.

—Oh, oh, así que no solo tiene tu divino tanga con tu inconfundible olor... sino que, además, ahora ha visto cosas inconfesables incluso para mí.

—Menos recochineo, Joserra, que te la ganas.

Jimena levanta la mano con la intención de darle una colleja a su adorable vecino.

—Admite que estás asustada.

—Claro que lo estoy, ¡joder! No me hace ninguna gracia que ningún gilipollas lea...

—¿Qué?

—¡Ja! A ti te lo voy a decir.

Jimena suelta ahora una carcajada.

—Claro que me lo vas a decir porque soy lo más parecido a tu confesor espiritual y tu *coach* sentimental. Si no me lo dices a mí... ¿a quién se lo vas a contar?

Joserra pone una de sus caritas de niño bueno. Sabe de sobra que eso funciona a las mil maravillas con Jimmie.

—Pues mi diario, coño, ¡mi diario! ¿Te lo imaginas? ¡La madre que me parió!

—A ver, Jimmie, a ver, un fallo lo tiene cualquiera. ¡Cómo ibas a saber tú que acabarías en la cama de ese maromo!

—Conociendo a Belén, podría haber previsto un desenlace así.

Jimena suspira, derrotada.

—Y ese portento de belleza griega y virilidad rampante tendrá un nombre, digo yo.

—Víctor. —Virilidad rampante, ¿en serio? Este hombre cada día está peor—. El apellido no lo sé. —Jimena casi se lamenta sin querer—. Y me jode. Porque como eso haya caído en sus manos, ahora él lo sabe todo de mí. Odio estar en desventaja.

—¿Cómo no! La inigualable e incorregible Jimena está en jaque.

—Tú lo encuentras todo muy divertido, ¿verdad?

—Reconozco que me gusta esta nueva Jimena: descolocada, insegura, vulnerable, que se ha enamorado de...

—¡Frena, que te me estás emocionando y aquí nadie se ha enamorado! A menos que tú hayas conocido a alguien increíble este fin de semana... Anda, dime, cariñete: ¿has conocido al amor de tu vida?

Le pone ojos golosos y morritos. Él, a cambio, le tira un cojín. Jimena se lo devuelve y, al final, como tantas otras noches, acaban enredados en el suelo.

—Enredados, no enrollados. A ver esa mente sucia.

Dos semanas después Víctor aún no ha dado señales de vida.

Ni una palabra suya.

¿Y por qué iba a tenerla?

—Que no es para ti, Jimmie, que no es para ti. ¿Qué ibas a hacer tú con un Hombre así? Seamos serios, por favor —se regaña sin piedad.

## MARZO

Si no hay noticias... Son buenas noticias.

Y eso debería tranquilizar a Jimena. Debería... Pero no.

Porque está a puntito de subirse por las paredes y lleva días sin probar el chocolate. Para que te hagas una idea de la situación.

Se niega a llamar a Irene para tantearla y quizá recabar información de primera (o más bien segunda) mano. Porque la otra opción no es operativa sin una motosierra a mano.

Y cuando ya parece dispuesta a tomar medidas desesperadas para poner fin a su incertidumbre, en la segunda quincena del mes el Destino hace de las suyas y una noche de insomnio, mientras está enganchada a las redes por pasar el rato, tropieza con él. Ha empezado a seguirla en Instagram y hace apenas veinte minutos le ha mandado un mensaje con un enlace a un vídeo de YouTube y unos cuantos emoticonos sonrientes.

Y adivina qué.

Nada más y nada menos que *Like a Virgin*.

¿Cómo sabrá él que le gusta Madonna?

—¡Ah, claro! Porque nos conocemos desde siempre, ¡no te jode!

Jimmie quiere ponerse a gritar y expulsar toda la rabia (y el miedo) que lleva dentro, pero de poco va a servirle porque, aunque su cara esté en la

pantalla y parezca que la mire con especial intensidad, sabe que no puede oírlo.

Tampoco sabe qué la cabrea más: que la siga como si ella fuera Beyonce o que le haya mandado ese vídeo, ¡ese vídeo que lo delata como fisgón!

—¿Por qué leches tiene que seguirme este a mí? ¡Yo, que no tengo nada digno de mirarse desde el verano pasado! Para fliparlo un poquito.

El tipo se apellida Martínez y su nombre de usuario es victormz\_82.

—Hago cuentas y ¡Dios de mi vida, le llevo más de diez de años de ventaja! Irene no va a ser la única que se encandile con un yogurín. Ni Irene ni yo, a decir verdad; no somos las primeras ni seremos las últimas. De repente me veo como una ancianita artrítica a mis cuarenta y cuatro años... Hasta que me acuerdo de Demi Moore, Jennifer Lopez, Madonna, Shakira... Y enseguida se me pasa la paranoia. Los 40 son los nuevos 20. Voy a adoptarlo como mantra diario. No vendrá de uno más o uno menos.

¿Seguirle o no seguirle?

¿Preguntarle a qué viene el vídeo o callarse como si no lo hubiera visto?

Demasiado tarde. El mal ya está hecho. Ha clicado «Seguir». Ha caído en su trampa mortal.

Vale, ya se siguen. Ahora puede ver sus fotos, ¡y qué fotos, Madre del Amor Hermoso! De las que quitan el hipo.

—Si le doy «likes» va a pensar que le voy detrás, y antes muerta que dar pie a semejante bulo. Pero, ¡joder! Las muy cochinas le aceleran el corazón a cualquiera.

Calma, Jimena, calma. Que de estos hay muchos en todas partes. Y tú ya tienes una edad. Mirar sí. Lo del corazoncito, ya, si eso, lo dejamos para más adelante, cuando sepas de qué va.

Se echa a reír al repasarlas por quinta o sexta vez —morbosa que es ella — y le manda una a Joserra para que se alegre la vista un poquito también, *pobrecico*.

—Ay, que lo mismo se nos enamora. Pero, mira, la vida es riesgo. Y con más de veinte mil seguidores que tiene este maromo ahora mismo, no le va a venir de un gay más o menos.

Jimena no quiere hacer caso a sus revolucionadas hormonas, que bailan rock ‘n’ roll cada vez que entra a cotillear en Instagram; nunca hasta entonces se ha alegrado tanto de tener un Smartphone de 5,7” de pantalla, extra-fino y extra-rápido, para verlo mejor —que diría el lobo de Caperucita— y disfrutar el momento sin paranoias de más.

—Pena que tengo alma de escritora, ya me ves, y demasiada imaginación para mi propio bien. Dios me hizo así: incorregible. Y ya me veo sufriendo de nuevo si caigo en la ruleta rusa de los amores platónicos que no me llevan a ninguna parte.

La noche de insomnio dura hasta el amanecer, envuelta en miradas de esmeralda y verde mar. Savannah asoma el morro por la puerta y se dirige resuelta a la cama. Jimena quiere dormir un rato, pero, con la perra al lado, es misión imposible. Un par de lametones le indican que es la hora del desayuno y, antes de que pueda ponerse algo decente y tapar su desnudez, Joserra llama a la puerta.

Suelta un taco que rebota contra la pared.

—Me encanta hablar con Joserra, pero para resistirlo necesito grandes dosis de cafeína que aún no me han entrado en vena.

Se resigna a tomar el café en su compañía. Además, sabe de sobra a por qué viene, y una carcajada brota de su garganta mientras se dirige a la puerta de entrada.

—Ya estabas tardando —le dice nada más verlo.

La mira con cara de «no sé de qué me estás hablando» pero se ve que está tan excitado como ella. Y nadie puede culparlo.

—A mí no me pongas caritas de perro abandonado ni de yo-no-he-roto-nunca-un-plato, que te conozco mejor que tu madre —le dice mientras lo invita a la cocina y empieza a preparar el café mañanero.

—La culpa es tuya por mandarme esa foto —la señala con el dedo como quien regaña a un crío—. Tienes suerte de que no sea mi tipo. Pero tiene un culito la mar de... comestible.

—¿No decías que no era tu tipo?

—Y no lo es. No todo en la vida es un culito goloso.

Jimena lo mira de hito en hito y eleva las cejas hasta hacerlas desaparecer debajo del flequillo.

—Como quieras, pero, vaya, que a mí me la trae floja si...

—Estamos solos, Jimmie, no disimules. El tipo te pone como una moto. Y eso es bueno, es jodidamente genial. No tienes por qué disculparte. Y mi café, con dos gotitas de leche y dos azucarillos, por favor.

—Lo que mande, mi señor. Y no estoy disculpándome —protesta Jimena —.Lo peor no es que me ponga cachonda, no. Lo peor es que tiene el jodido diario.

—¿Te lo ha dicho?

—Mucho mejor: Anoche me mandó una señal.

—¿Qué clase de «señal»?

—Un enlace a un vídeo de YouTube. *Like a Virgin*. Solo tú y Rosi sabéis que soy fan total de Madonna —apunta—; no voy pregonándolo por las esquinas. Nunca lo he comentado en las redes, ni es la clase de confidencia que le haría a una fan de Bisbal, ¿me explico?

—¿Belén es fan de Bisbal?

—O Bustamante o Alborán o cualquiera de esos moñas, ¡qué más da! Aquí lo grave es que *ese...* ha estado fisgoneando mis... *intimidades*.

Jimena prepara el café al gusto de Joserra, y para ella se sirve uno con doble de leche y doble de azúcar. Luego se acomodan en el sofá.

—¿Y si solo fuera casualidad?

—¿Y si yo te recuerdo que no existen las casualidades, que todo pasa por una razón, que no hay milagros ni Destino ni chorradas por el estilo? Hay hechos, Joserra. Y aquí lo que está claro es que Víctor Martínez me ha robado algo más que la virginidad y el tanga más caro y sexy que me he comprado en la vida.

—Lo que son las cosas, Jimmie. Ahora estáis unidos por un hilo invisible.

—¡Qué hilo invisible ni qué coño! Solo quiero que me devuelva mi diario.

—¿Y se lo vas a decir así: sólo quiero que me devuelvas mi diario?

—El camino más rápido a cualquier parte es la línea recta. Claro que se lo voy a decir así, con esas siete palabras. Ni una más, ni una menos.

Joserra intenta contener la risa ante el arranque de su incorregible vecina.

—¿Por mensaje o vas a pedirle una cita? —la tantea sin ánimo de mortificarla más de lo que ya está—. Y si hablamos de un archivo digital, ¿cómo sabrás que no se ha quedado una copia del mismo?

—Mierda, no había pensado en eso.

Jimmie frunce el ceño y lo mira con mala cara, aunque hay más desconcierto que rabia en su mirada.

—A ver, si el tío es medio legal te lo devolverá y santas pascuas — Joserra le da un trago a su café y suspira satisfecho—. Además, el mal ya está hecho. Antes de devolvértelo, lo habrá leído de cabo a rabo.

—Gracias por los ánimos, no sabes lo tranquila que me deja eso. — Jimena da un sorbo a su café y casi se achicharra la lengua—. Ahora ya puedo

dormir de un tirón, ¡no te jode!

—¿Mensaje o cita?

—Mensaje, claro, pero voy a esperar unos días para mandárselo; quizá sea solo casualidad, como tú dices, sin más. Aunque sigo sin creer en las casualidades y sí en la ley de Murphy. Si algo tiene que salirme mal... Me saldrá peor.

—Oh, Jimmie, ¿por qué no miras las cosas por el lado positivo por una vez en tu vida? Admite que te pone cachonda y te mueres por volver a verlo. Y hay una posibilidad de que él sienta lo mismo que tú. Llamemos a las cosas por su nombre, Jimmie. Eso siempre te ha gustado. ¿Qué ha cambiado?

Olé con la preguntita.

—No me has contestado —insiste—, ¿qué ha cambiado... o quién eres tú y qué has hecho con mi adorable vecina, que no tenía pelos en la lengua y decía todo lo que se le pasaba por la cabeza?

—Ir por la vida sin filtro no siempre funciona —le recuerda con un mohín de disgusto y añade—: No quiero volver a cagarla. A mi edad no puedo permitírmelo.

—Volverás a fallar si permites que el pasado condicione tu vida.

—No quiero cometer los mismos errores.

—Es imposible que lo hagas porque a) no eres la misma Jimena de hace diez años; y b) Víctor es alguien distinto. Quizá no sea tan erudito y docto como tú, pero puede ser buena gente.

—Claro, por eso va leyendo los diarios ajenos.

—Te recuerdo que fue un despiste tuyo.

—No se me olvida.

—Y todavía no sabemos qué pasó en realidad. ¿Te suena de algo la presunción de inocencia?

Jimena menea la cabeza, derrotada.

En ese preciso momento un pitido la alerta de un nuevo mensaje en Instagram.

Los dos se inclinan con avidez sobre el móvil para leerlo.

Aparece una foto con una bandeja de donuts de chocolate con un aspecto muy orgásmico, a decir verdad, y unas palabras:

*A mí también me pirran los donuts y los muffins.*

—¿De qué presunción de inocencia me hablabas, cariñete?

Jimena está que se sube por las paredes.

—Ok, tenemos otra pista que apunta directamente a él como probable

sospechoso —reconoce Joserra con una tibia sonrisa—. Entiendo que en algún momento confesaste en ese diario tu afición desmedida por los dulces en general y el chocolate en particular.

—Yo a mi diario se lo confieso todo, tontolaba. —Jimena le da una palmada en el hombro—. ¿Por qué crees, si no, que estoy de los putos nervios?

—Ajá, lo de los donuts y los *muffins*... no es lo peor que ha descubierto nuestro *stripper* al parecer.

—Pues no, ya te digo yo que no.

—¿Vas a contestarle?

—Ni muerta —niega categóricamente—. Sería como dar alas a su absurda fantasía.

—Así que das la callada por respuesta. Al menos podrías ponerle algún emoticono. Algo simpático.

—Me dan ganas de matarlo, ¿quieres que le ponga algo? Pues le pondré un cuchillo.

Dicho y hecho. Jimena sonríe perversa mientras busca en los emoticonos, clica donde aparece un cuchillo de carnicero y le da a enviar.

Joserra se echa a reír y le recuerda:

—Ya sabes que del odio al amor...

—¡Que te follen! Que os follen a los dos. Los tíos sois imposibles — protesta a viva voz y añade—: Con lo a gusto que está una soltera.

En menos de diez segundos Víctor contesta en tono de chanza:

*¿En serio quieres matarme? ¿No prefieres que antes te devuelva una cosita que te olvidaste en mi cama el otro día?*

Dos emoticonos guiñando el ojo acompañan el desafío.

Segundos después, ambos pueden ver en la pantalla del móvil una foto del tanga negro de encaje de La Perla colgando de un dedo índice que, obviamente, pertenece a la mano derecha de Víctor. Y otros dos emojis relamiéndose de gusto.

—¡Será guarro! Lo que yo te diga: un maníaco sexual.

Joserra se echa a reír otra vez, esta vez con más ganas y menos disimulo.

—El misterio del Tanga ha quedado resuelto —sentencia.

—Eso no era ningún misterio —Jimmie menea la cabeza—. Mientras iba a casa de Irene, en el taxi, ya sabía dónde se había quedado la dichosa braguita.

Minutos después llega otro mensaje con otro enlace, esta vez a Spotify, y

la canción *Sin miedo a nada*.

*No te pega nada escuchar a Álex Ubago, pero lo dejaré pasar porque nadie es perfecto y, además, me pone mucho que, en el fondo, seas tan romántica como yo.*

Jimmie parece a punto de sufrir una crisis nerviosa. Apura su café de un trago y casi se atraganta con él.

—¿Perdona? —Mira a Joserra, francamente escandalizada—. ¿Lo has visto como yo? Casi ni me acuerdo del día que escribí lo mucho que me gusta la jodida cancioncita. Quizá fuera el año pasado... o el anterior... o probablemente en 2005.

—Ha estado muy entretenido el muchacho —reconoce él—, todo hay que decirlo.

—Ha tenido casi un jodido mes para leerlo de cabo a rabo y vuelta a empezar.

El pitido del siguiente mensaje casi hace que salten los dos, como muelles, del sofá.

En esta ocasión, y por si a Jimmie le quedaba alguna duda que empañara la resolución del misterio, aparece un texto literario:

«QUÉDATE SIEMPRE CONMIGO... EN CUALQUIER FORMA... ¡VUÉLVEME LOCO! SOLO TE PIDO QUE NO ME DEJES EN ESTE ABISMO DONDE NO TE PUEDO ENCONTRAR. ¡OH, DIOS, ESTO ES IMPRONUNCIABLE! ¡NO PUEDO VIVIR SIN MI VIDA, NO PUEDO VIVIR SIN MI ALMA!»

No es una cita cualquiera. Es LA CITA.

Pertenece, cómo no, a *Cumbres borrascosas*, y ha sido especialmente escogida para revelar hasta qué punto Víctor ha llegado a conocerla.

—Ahí lo tienes —grita Jimena, desesperada—. Ha confesado. Lo tiene en sus manos.

La presunción de inocencia ha desaparecido, pero Joserra no se da por vencido:

—O no... Podría ser simplemente... casualidad.

—Claro, cariñín —la carcajada de ella es casi siniestra—, porque ahora los *strippers* no tienen nada mejor que hacer en su tiempo libre que leer a Emily.

¿En serio?

—Ha reconocido que es un romántico —le señala con una sonrisa de oreja a oreja, como si le complaciera especialmente ese rasgo de su carácter—. No te dejes engañar por las apariencias —la regaña ahora—. Deja que la

vida y Víctor te sorprendan.

Pero Jimena no da su brazo a torcer. Que deje que la vida y ese... la sorprendan, ¡no sabe lo que dice!

Y hay algo que la preocupa mucho más. El siguiente paso a dar.

—Y ahora, ¿qué le digo?

—La verdad.

—¿Qué verdad?

—La única: Muero de ganas de volver a verte y si me echas un polvazo como el de la otra noche hasta te perdono que vayas leyendo mis intimidades sin mi permiso.

—Tú estás *pallá*. ¿Cómo voy a decirle eso?

—Pues tal y como te lo he dicho yo. Pero si tanta sinceridad va contra tus principios... —Joserra le arrebató el móvil, escribe las palabras tal cual se las ha dicho a ella y pulsa la flecha de enviar.

Jimena lo mira al borde de la hipertensión.

—Yo-te-mato.

—Pues márame... si te atreves. Pero los dos sabemos que no quieres hacerlo y, en el fondo, agradeces que haya tomado la iniciativa por ti.

—Te odio cuando eres tan metomentodo. ¡Quién me mandará a mí contarte todo este enredo!

—Soy tu Pepito Grillo, Jimmie. ¿A quién se lo vas a contar si no?

—A Rosi, por ejemplo —propone con una sonrisa de lo más inocente—. Ella escucha, pero no toma iniciativas suicidas ni kamikazes.

—Adoro a Rosi —Joserra sonríe al recordar a la sobrina de Jimena—. En cuanto a lo otro —la pellizca en la punta de la nariz—, en la vida hay que ser un poquito kamikaze si quieres conseguir algo que valga la pena.

Otro pitido les interrumpe. Esto es un no parar.

Nuevo mensaje a la vista:

*¿Otro polvazo, en serio? No te diré que no.*

—Yo te mato —insiste Jimena—. Y ahora, ¿qué coño hago?

—¿Quedar con él?

—Es demasiado pronto. Y el mal ya no tiene remedio. Dejemos que se divierta un rato más jugando al gato y al ratón. Yo también tengo ganas de jugar.

Jimmie le guiña un ojo y contesta el mensaje:

*No hagas caso al loco de mi vecino. Solo piensa en follar. Y en buscarme pareja, ya se ha cansado de mí.*

Silencio. Cinco minutos. Luego diez. Después un cuarto de hora.

Joserra se despide.

—Ahora te quieres ir, ¿eh? Lías la del pulpo y desapareces. Muy bonito, sí señor.

—Necesitas intimidad —se mofa él.

—Lo que necesito es soltarte una hostia con la mano abierta. Anda, lárgate, antes de que no pueda contenerme.

Jimena levanta la mano y el otro pone pies en polvorosa.

Más tranquila, repasa los mensajes.

A solas puede confesar que la idea de volver a verlo es asquerosamente tentadora.

Vuelve a mirar las fotos.

Esos ojos, esa sonrisa, debería ser delito ser tan guapo.

Hasta puede perdonarle su indiscreción. Pero no ahora, ni hoy, ni tampoco mañana.

Desconecta los datos del móvil, lo pone en silencio y se va a currar un rato.

No puede decirse que le cunda mucho la mañana entre una cosa y otra. Para colmo de males, el protagonista de la novela que le toca corregir esa semana se llama Víctor.

¿Una señal divina?

¿O satánica?

Sea como fuere, no le queda más remedio que poner manos a la obra. Y nunca mejor dicho.

Es su trabajo y nunca ha discutido con los autores los nombres de los personajes. No va a empezar hoy.

A la una del mediodía hace un descanso, coge el bolso y se va a tomar una cañita al sol.

Tres calles y una concurrida plaza después, mira el móvil que ha dejado en la mesa, junto a la jarra de cerveza y unas aceitunitas rellenas de anchoa.

Hay miedo en esa mirada castaña, como si temiera recibir otro mensaje más, otro que la envuelva en la telaraña que Víctor va tejiendo suavemente en torno a ella.

Jimena nunca ha tenido miedo. Ni de los mensajes, ni de los *strippers*, ni de los mensajes de los *strippers*.

—¡Hasta aquí podíamos llegar!  
Pero solo hay un wasap de Joserra.  
*¿Estás más tranquila?*  
*Pse... De aquella manera.*  
*¿Quedamos para cenar?*  
*No sé yo... Miedo me das.*  
*Prometo no hacer gamberradas.*  
*No sé si creerte, que tú eres muy cafre cuando quieres.*  
*Prometo no hablarte de Víctor.*  
*Eso ya suena mejor. ¿A qué hora?*  
*A partir de las nueve. Hoy tengo una cita a última hora en la consulta y es un cliente bastante quisquilloso.*  
*¿Y cuál no lo es?*  
*Aquí viene «de todo», pero en general son bastante majos. No me quejo.*  
*Excepto el de hoy.*  
*También el de hoy, no es mal hombre, pero se preocupa más de su gato que de su pareja.*  
*Uhhh... mejor dejamos esos debates para la cena.*  
*Mejor será, desde luego.*  
Se despide de él y abre su cuenta de Instagram.  
No hay fotos de Víctor ni tampoco ningún mensaje.  
—¿Cabreado o asustado?  
Ni una cosa ni otra, piensa con su acostumbrado realismo.  
«No le importas tanto como crees, ya te dije que no te hicieras ilusiones en tecnicolor».  
Cotillea un poco, clics algunos corazones y cuando está a punto de irse llega otro mensaje:  
*¿Tienes algo con tu vecino?*  
Jimena se echa a reír y atrae la atención del camarero que anda por allí y de otros clientes. Se tapa la boca con la mano en un intento por contener una carcajada.  
Le contesta con otra pregunta:  
*¿Celoso?*  
Dos emojis con cara de cabreo.  
*No debería decírtelo, pero...Sí, bastante.*  
*Pobrecito, pues vas a tener que acostumbrarte porque Joserra es...*

*muy importante en mi vida... desde hace muchos, muchos años.*

*Sabe que está siendo perversa... y le encanta.*

*¿Cómo de importante?*

*No puede ocultar su curiosidad ni su nerviosismo.*

*Eres muy curioso, ¿no te lo han dicho nunca? Y no tengo por qué darte explicaciones de mi vida. Bastante sabes ya.*

*Otros dos emojis, esta vez llorando de la risa.*

*No hurgué en tu bolso con nocturnidad y alevosía para robarte nada, fuiste tú quien se largó sin mirar atrás para comprobar que no te hubieras dejado nada olvidado. Las prisas no son buenas, Jimmie.*

*A mí me lo vas a decir.*

Debería interrumpir esa cadena de mensajes, debería dejarlo con la palabra en la boca, debería darle un plantón de la hostia porque es lo que —a su juicio— se merece, pero por alguna ridícula razón no puede dejar de hablar con él... aunque sea virtualmente. Y de repente le sobreviene la certeza de que eso es lo mejor que puede hacer ahora mismo: limitarse a relacionarse con él en un plano virtual. Donde no hay riesgo de contacto físico, donde las hormonas se mantienen bajo un estricto control y los sentimientos no se desbocan de cualquier modo.

*Pero por hoy es suficiente.*

*Sabe todo lo que quería saber (y más).*

*Cierra la cuenta de Instagram y ve un nuevo wasap, esta vez es de Olivia.*

*¿Qué tal por Madrid? ¿Te diste un homenaje o no?*

*No quieras saberlo.*

*¿Eso es un sí o un no?*

*Es un «me-cago-en-la-madre-que-parió-a-los-strippers».*

*Fiiuuu... Vale, algo hiciste que no tenías planeado hacer.*

*Déjalo estar, Oli, no vale la pena. La boda fue preciosa y eso es lo importante. ¿Y tú, cómo llevas la «merienda de negros»?*

*¡Dios, qué mal ha sonado eso!*

*Mejor, mejor, dame un par de días y te mando el archivo completo. Me estoy peleando con el epílogo ahora mismo.*

Solo los correctores entienden las neuras de los autores. Jimena suspira, Olivia no es la única que «se pelea» con sus historias. Algunos, la mayoría, de hecho, están permanentemente peleados con el mundo y con las historias (exitosas) de los demás.

*¿De veras que no me vas a ofrecer una primicia?*

Olivia tantea, se atreve, se arriesga a despertar a la fiera que late en Jimena.

*He conocido a alguien... El tío más gilipollas que puedas imaginar.*

*Eso no es ninguna primicia, Jimmie. De gilipollas está el mundo lleno.*

*Este es distinto...*

*¿En qué sentido?*

*Me pone muy puerca. Pero yo no te he dicho nada.*

*Vale, queda entre nosotras. ¿Muy puerca, muy puerca?*

*Demasiado para mi gusto y para mi salud mental.*

*O sea que está como quiere.*

*Mejor.*

*Y es stripper.*

*Pues sí... Bueno... yo lo conocí... en esa faceta suya. Pero lo mismo se dedica al narcotráfico en sus ratos libres.*

O a leer a los clásicos ingleses del s. XIX... O intimidades ajenas que no son asunto suyo.

*¿Puedo verlo?*

Un emoji suplicante con carita de niño bueno acompaña la petición y Jimena le manda una foto recién pillada de su cuenta de Instagram.

Silencio. Un minuto, dos, tres...

*¡Joder! Tú sí que te lo sabes montar.*

*¡Qué coño voy a saber! Fue una sorpresa en toda regla.*

*Pero entiendo que valió la pena.*

*No estuvo mal.*

Antes muerta que reconocer que estuvo jodidamente bien. De campeonato, vamos.

*¿Y es algo... puntual o... la cosa va en serio?*

*¿Qué se supone que tiene que contestar a eso?*

*Ni yo misma lo sé. ¿Va en serio? No, qué va, solo fue una anécdota de una noche loca. Dime tú qué leches hago yo con un stripper.*

*Con uno así yo hago maravillas, Jimmie. No puedo creer que lo vayas a dejar escapar.*

*Ni él es un zorro ni yo estoy de cacería en Escocia.*

*Bonita comparación.*

*Hoy estoy sembrada, ya sabes que las charlas con Joserra me inspiran mucho.*

*Ay, ay, ay... Tenemos que quedar con ese vecino tuyo.  
Sí, vale, un día de estos. Ahora te dejo o no como ni a las seis de la tarde.*

A las nueve se encuentra con Joserra en un bar de tapas del Borne. Está todo muy animado a pesar del frío; no queda ni una mesa libre dentro, así que pillan la última que queda fuera mientras el camarero se acerca a ellos.

—¿Qué va a ser?

—Dos gin-tonics —pide ella con una sonrisa forzada.

—¿No quieres cenar antes? —pregunta él.

—Tengo el estómago cerrado. Ya sabes tú por qué.

—¿Todavía pensando en eso?

—Cómo para quitármelo de la cabeza.

—¿No le estás dando demasiada importancia?

—No, no la suficiente.

El camarero les lleva las bebidas y desaparece con discreción.

—A ver, hemos quedado en que es un *stripper*, no un periodista a sueldo de uno de esos periodicuchos sensacionalistas. Y aunque lo fuera, ¿desde cuándo eres famosa, desde cuándo a alguien le pueden interesar tus intimidades?

—Me basta con que las lea él.

—Ajá.

—Nada.

—Lo que tú digas.

Joserra le da un trago al gin- tonic.

—Rosi se nos va a Dublín. A trabajar. Por un año... Al menos. Yo le dije: corre y no mires atrás. Volver la vista al pasado es mal negocio.

—Tú eres un puto tanque que arrasa con todo lo que se le pone por delante. Ya me extrañaba a mí que no la empujaras a ver mundo. Imagino que no va a trabajar de lavaplatos.

—¿Qué va! De lo suyo, ya sabes: reproducción asistida, células madre, mutación de genes y esas cosas que tanto le gustan y de las que yo no entiendo ni papa, y por eso mismo las encuentro fascinantes. Y a mí me viene genial, eh, porque ya tenía intención de ver la isla esmeralda y de paso nos echamos unas risas juntas, que nunca vienen mal.

—¿Y con él qué vas a hacer, también te lo vas a llevar a Dublín?

—Sí, claro, lo meteré en la maleta junto con mi ropa interior para que se sienta como en casa, ¡no te jode! Déjate de coñas. Ya te he dicho que no voy a mandarle mensajes ni a quedar con él. Mucho menos llevármelo de vacaciones. Voy a mantener a ese tipo en un plano... virtual. Para pasármelo bien durante una temporada mirando sus fotos y sus sonrisas de niño terrible. Pero él en su casa y yo en la mía. Como ha de ser.

Jimena se termina el gin-tonic.

Joserra, entretanto, le regala una sonrisa pícaro.

—No volvamos a eso, por favor —es ver su sonrisa y adivinar sus intenciones.

—Sí volvemos —declara él—, porque los dos sabemos que merece una oportunidad. Y tú quieres dársela, lo sé, pero te da miedo tirarte de cabeza.

—¿Y a quién no?

Vale, sí, Jimena está muerta de miedo y prefiere poner distancias.

—Si fuera mi tipo, no me lo pensaba dos veces.

—Porque tú eres un puto kamikaze —le regaña sin dejar de sonreír.

—Como hay que ser... De vez en cuando.

A Jimena no le queda más remedio que darle la razón.

Cuando llega a su piso, Savannah asoma la cabeza para ver si vuelve sola o acompañada.

—Sí, mi perra es una redomada cotilla, y puedes jurar que entiende más que cualquier otro perro de cualquier otra raza que haya conocido nunca. Me recibe con su mirada más crítica, como si salir de copas fuera un delito. Casi puedo oírla:

*Estos humanos son unos holgazanes y desperdician su (poca) inteligencia en cotilleos sin sentido. Si yo tuviera su cerebro, solo Dios sabe lo que haría con él.*

—Sí, mi perra es inteligente, incluso ambiciosa. No te lo voy a negar. La miro y sonrío, pese a saber que es inmune a todos mis encantos.

—Sí, Savie, he estado con Joserra pegando la hebra y remoloneando entre tragos de gin-tonic mientras poníamos a parir a todo quisque. ¿Pasa algo?

La perra vuelve a mirarla, resuelve que es idiota y se larga a su dormitorio. Adora el dormitorio, eso sí. Sobre todo, la cama tamaño XXL, se sube a ella y da vueltas sobre sí misma, en plan croqueta. Es lo más parecido al paraíso que ha conocido nunca.

Jimena la ve marchar y suspira ruidosamente.

De Ralphie no asoman ni los bigotes, por cierto.

A la mañana siguiente, como ya es costumbre, Joserra se presenta en el piso a la hora del desayuno.

Viene con hambre y ganas de liarla parda.

—Venga, Jimmie, haz algo —la azuza.

—Pero mira que eres cansino. Si tantas ganas tienes de verlo, ¿por qué no lo llamas tú? ¿Quién te dice que no es bisexual?

Ni corto ni perezoso, saca el móvil del bolsillo, teclea la clave wi-fi, se conecta y abre su cuenta de Instagram. Busca el perfil de Víctor ante la mirada atónita de Jimena y ¡Dios, se dispone a enviarle un mensaje!

Ella le quita el móvil en un visto y no visto mientras gimotea algo que suena muy mucho a «ni se te ocurra hacer eso o te capo».

Él ríe sonoramente y luego sentencia con un semblante inesperadamente serio:

—Sabes que puedo hacerlo en cualquier momento, cuando no me vigiles. Alguien tiene que salvarte de ti misma: la Jimena controladora que huye de los hombres por miedo al rechazo.

Ella no dice nada porque sabe que él lleva toda la razón. Y eso la asusta, claro. Sí, admite que es controladora, pero nunca ha visto nada malo en ello.

No le apetece un rechazo. Y tampoco lo necesita.

En su vida y en su mundo todo está en orden.

El orden y el control son lo más importante.

Y si quiere relaciones, bueno, para algo se inventó Facebook.

¡Y qué gran invento fue ese, joder!

Ahora, sin embargo, Víctor puede hacerle la vida imposible incluso a cientos de kilómetros de distancia. Para Joserra todo es muy fácil: llamas y quedas con él. A Jimmie se le hace muy cuesta arriba reconocer que lo necesita. Aunque solo sea para recuperar el maldito diario.

—Yo no huyo de los hombres —protesta con vehemencia mientras prepara el café de cada mañana—. Me gusta mantener las distancias —matiza ahora—, por eso me siento tan a gusto en el mundo virtual, donde te relacionas solo cuando tú quieres. Sin imposiciones ni compromisos ni gaitas.

Joserra hace el gesto de: Te-oigo-como-el-que-oye-llover.

La conoce y la entiende mucho mejor de lo que ella cree, pero no por eso la disculpa.

Jimena tiene que mojarse o perderá a Víctor.

Y él no se llama Joserra si permite que su vecina desperdicie una oportunidad así. Esa relación no puede quedarse en un simple chat.

Desde bien pequeña, Jimena siempre se ha expresado mejor por escrito. Odiaba los exámenes orales del colegio; le provocaban fiebres, sudores fríos, temblores y pesadillas a cualquier hora del día o de la noche.

Cuando llegó a la universidad y conoció a Irene se soltó un poco, pero seguía siendo cauta en sus relaciones. Hablaba poco y escuchaba mucho. Se aprende más escuchando, eso lo sabe hasta el más tonto. No le gustaba pregonar sus intimidades. Y tenía pavor a que alguien descubriera que, a sus veintitrés años, seguía más virgen que la madre de Dios. No le afectaba el hecho, le afectaba lo que la gente pudiera pensar. Todavía era demasiado joven para asumirlo y mandar al personal a tomar viento fresco. Tampoco criticaba a esas compañeras que iban de ligue a ligue como ese niño que va de oca a oca y tira porque le toca.

«Vive y deja vivir» es uno de sus cinco lemas sagrados.

—¿Y los otros cuatro? —le preguntó Joserra un día.

A saber:

«Muerto el perro, se acabó la rabia».

«Mejor sola que mal acompañada».

«No por mucho madrugar, amanece más temprano».

«Por la boca muere el pez».

—Como ves, todo muy Capricornio, como una servidora.

Lo cierto es que, desde los diez años, Jimmie espera un Amor de novela: un Heathcliff que le haga hervir la sangre como lava corriendo por sus venas. Ya sabes que es muy fan de Emily.

—Si pienso en Víctor como un personaje ficticio —se tranquiliza—, la cosa tiene solución: no vuelvo a verlo y sanseacabó.

«Ilusa, que crees que lo que no ves no existe».

Esa mañana sus feromonas se descojonan de la risa mientras ve cómo Joserra se marcha de vuelta a su piso... o a saber a dónde. A partir de ahí decide vivir al día su no-relación con Víctor, pensando que tiene fecha de caducidad como los yogures. Y acabará cuando tenga que acabar.

El domingo de Resurrección, Joserra se ocupa de las mascotas mientras Jimmie pasa el día tecleando, ya sea trabajando, ya chateando con un hombre

que, a cada día que pasa, le gusta más cuanto menos quiere que le guste.

De un día para otro, aparece en escena la Jimena moñas, cursi y tontorrón que sonríe de oreja a oreja cada vez que ve una sonrisa de Él.

Joserra la observa como si fuera una especie en peligro de extinción o algo así.

—Puedo ver cómo ríe a hurtadillas cuando cree que no lo veo. Siempre tuvo un poco de *voyeur* y le gusta fisgonear en las vidas ajenas (eso sí, con la mejor intención) para consolarse un tanto de la falta de amor en la suya propia.

No es que no salga o intente conocer gente, pero entre su trabajo como voluntario en la perrera, las horas en la consulta, las que emplea paseando perros ajenos, más las que pasa metido en YouTube, no le queda mucho margen para ligar. Si su vecina (alias Jimena la Feminazi) se pasa horas chateando con su *sexy stripper*, eso promete ser mucho mejor que el mejor capítulo de *La que se avecina*.

Jimmie no quiere paranoias ni buscarle tres pies al gato, pero los mensajes de Víctor le suben la moral a cualquiera.

—O solo me la suben a mí..., porque no quiero creer que va por ahí, mandando mensajes con el mismo cuento-romántico-moñas a todas las cuarentonas que le siguen en Instagram. Egoísta que es una. Y si es así, ¿se quedan todas tan embelesadas y agilipolladas como yo?

A Jimena solo le falta pasar el próximo fin de semana entre autoras románticas, oyendo hablar de finales felices y amores eternos, donde todo es pluscuamperfecto y el sol nunca deja de brillar en un cielo sin una sola nube.

A raíz de la boda de Irene, se nos ha aficionado a la novela romántica. También a la erótica más candente. Y a los sueños húmedos que le provoca si intercambia el rostro del protagonista por el de Víctor. Sabe que Joserra le va a dar la brasa hasta que confiese que ha quedado con Él para que le devuelva el condenado diario. Y ya, de paso, la empotre contra la pared y la folle hasta dejarla con las pupilas desorbitadas y el corazón a mil por hora.

Es único para montarse películas. Y si son porno, tanto mejor.

Ella le ha repetido hasta el cansancio, como un mantra, que el sexo no le interesa, que tiene otras prioridades, y la cantinela del último año.

—Justo lo que necesitas para desconectar de todo este rollo —la anima él a la mañana siguiente, cuando ella le habla de la invitación de Olivia al congreso de Mallorca—. Y además te irá muy bien hacerte un poco la interesante. Nada de mensajes ni *likes* ni comentarios. Cero. Como si te hubiera tragado la tierra. Que te eche de menos a rabiar y pille un AVE para

venir a verte.

—Pero si no voy a estar aquí...

—Cuando vuelvas, cuchi-cuchi, cuando vuelvas —la tranquiliza con una palmadita en la espalda—. Solo vas a estar fuera un fin de semana.

—Pues no me va a echar de menos en tan poco tiempo.

—Mujer de poca fe. Te sorprendería saber lo que la gente ve cuando te mira.

—Pues verá un tapón, digo, a una mujer bajita y ya entradita en carnes.

—Te veo muy resignada y sin ganas de luchar por esta relación.

—¿Qué relación?

—La tuya con Víctor.

—¿La mía con Víctor? Yo no tengo ninguna relación con ese tipo. Es mono, lo reconozco; más simpático de lo que demostró ser la mañana de la boda, y me intriga saber qué demonios quiere de mí, ahora que me conoce mejor que la madre que me parió. Ahí se acaba todo. No me montes películas, Joserra. Mi vida de soltera es fa-bu-lo-sa. No quiero a un tío. Ni lo necesito. Ahora déjame tranquila, que quiero currar un rato. A la noche te pasas a recogerme, nos vamos de birras a la Plaza Real y seguimos cotorreando. Si no trabajo unas horas, luego no hay quien pague las facturas.

Joserra le lanza un beso y se va con ese andar suyo tan garboso.

—Ay, lo quiero mucho, de verdad —Jimena suspira y se muerde el labio, pesarosa—, pero a veces es peor que mi madre cuando andaba con el rollo celestinesco.

## ABRIL

Ese primer fin de semana de abril, Jimena disfruta del congreso, de la compañía e incluso de la lluvia que no ha dejado de caer en ningún momento.

Optimista que es ella, contra viento y marea.

Vuelve a casa cargada de libros, cómo no; libros que no sabe dónde va a meter porque necesita otra estantería con carácter URGENTE, pero hasta el verano no le va a sobrar dinero para gastárselo en «caprichos».

Mientras ha estado fuera, le han llegado varios mensajes de Víctor que se resumen en una sola conclusión:

Quiere verla.

—Quiere venir a verme. A mí. Con la excusa de devolverme MI DIARIO podríamos pasar juntos el fin de semana, dice.

Joserra le recomendó que no hiciera caso, pero... Jimena quiere verlo. Le quema la idea de que, si deja pasar el mensaje sin contestarlo, quizá no se le vuelva a presentar la oportunidad. A ver, tíos como Él no se citan con tías como ella todos los días. Ni siquiera en la película americana más edulcorada que se haya visto nunca.

—Joserra me adora y lo ve todo color de rosa, y a mí con ojos de enamorado. Pero yo sé que hacerse la interesante no siempre funciona. En realidad, a mí nunca me ha funcionado. Yo soy del montón, joder; ya es un puto milagro que Víctor quiera quedar conmigo ni que sea para tomar un mal café después de la noche que tuvimos; no puedo darle largas. Aunque tampoco es

que quiera nada de él, eh... Salvo mi diario, claro. Es una cuestión de Amor Propio. Nada más. Quiero saber qué se siente cuando la gente te ve con alguien como él. En cuanto me saque esa espinita del costado, adiós, muy buenas, y cada mochuelo a su olivo.

»No tenemos futuro, no pegamos ni con Súper Glue. Y no es que sea culpa mía porque no valga nada, no; yo tengo un doctorado, pero eso se la pela. Los tíos como él se rodean de modelitos, a cuál más delgada, rubia y exuberante. Puede que haya llamado su atención, que le haga gracia que me resista o le insulte, o incluso le cruce la cara de una bofetada si viene al caso, pero si no estoy por la labor de coquetear y seducirlo, y emplear todas mis «armas de mujer», le quedan exactamente veinte mil seguidoras que sí venderían su alma al diablo por una cita. Con o sin sexo de por medio.

Después de un largo minuto de lucha mental, Jimena suspira y contesta afirmativamente. Ni le da una fecha concreta ni se muestra ansiosa por el reencuentro.

—Mis relaciones siempre han sido un tira y afloja, un nadar y guardar la ropa, un dormir con un ojo abierto. Sé que muchos me acusan de vivir a medias, y más de uno me tacha de cobarde y desconfiada. Para mí, esa gente son los ingenuos, los inmaduros, los niños eternos con complejo de Peter Pan; los miro con una mezcla de envidia y lástima. Envidia por la inocencia que aún conservan y yo ya ni recuerdo, y lástima porque en un país y un mundo como este su actitud es suicida.

Y mientras Jimmie lamenta la pérdida irremediable de su ingenuidad adolescente, aparece la notificación de otro mensaje.

Un par de emoticonos sonrientes, un «eres muy divertida» y otro «no he podido olvidarme de ti porque no hay dos como tú».

—Vale, ya sé que soy edición limitada y más rara que un perro verde. Maniática y neurótica, y más dormilona de la cuenta; me alimento fatal y soy un desastre como ama de casa. Y me pierde el dulce, pero eso ya lo sabe el muy cochino figón. Y también me pierden los mensajes con emoticonos sonrientes y corazones a tutiplén. Y el Amor de Verdad.

Le responde con una sonrisa radiante que nadie más puede ver:

*Si te refieres a que ya no quedan vírgenes de mi edad..., lo mismo te sorprendes. Hay mucha leyenda urbana, mucho postureo y mucha niñata queriendo dárselas de «yo lo he vivido todo».*

—No puedo creer que esté utilizando psicología barata. Con él no, por favor. Eso me vale con Joserra porque la confianza que nos tenemos da asco,

pero pretender darle lecciones de moralidad a Él, a ese *stripper*, no puede ser más absurdo. Tampoco quiero provocarlo y, en realidad, no sé a ciencia cierta cuántas vírgenes de más de veinte años quedan en España (y no están recluidas en un convento). Quizá deba buscar en Google. Lo que no encuentre allí...

Anda despistada y no ha visto el siguiente mensaje:

*Tienes razón. La gente presume mucho. Por eso me gustas tú: porque no eres nada presumida. Solo un poco mal hablada. Pero eso también me pone.*

—¿Perdona? Que le pone que sea mal hablada, ¡lo que hay que ver!

Le suelta:

*Quien dice lo que siente, ni peca ni miente.*

Al tiempo que Jimmie sonrío, con un puntito inevitable de malicia, le llega otro más:

*Sabía que íbamos a llevarnos bien después de todo*

—Esto empieza a parecer un partido de tenis y me está poniendo de los putos nervios. Y mira que a mí los mensajes de texto y los wasaps me chiflan. Más que hablar por teléfono, porque nunca sé qué decir al descolgar. Al final acabo «traumada», que diría Rosi.

*Después ¿de qué, de que me desvirgues, me llames histérica y te rías de mí en mi cara? Después de eso, ¿quieres decir?*

Contiene la respiración mientras espera el siguiente mensaje.

*¿Ahora me vas a salir rencorosa? No te pega, Jimmie.*

*¡Qué coño sabrás tú lo que me pega a mí!*

—Vale, volvemos a la casilla de salida, donde apenas nos soportábamos.

*Yo sé muchas cosas, Jimmie, recuerda que tengo tu diario, mucho más íntimo que tu tanga negro de encaje de La Perla. Que, por cierto, te quedaba de vicio.*

Jimena no puede evitar sonreír como una quinceañera boba.

¿De vicio, ha dicho *de vicio*? Eso la calma un poco, a qué negarlo.

*A mí no me trates como a tus follamigas, no me conoces de nada.*

¡Qué más quisieras, Jimena!

*No disimules, Jimmie. Sé todo lo que quiero saber de ti, pero prometo no sonrojarte en público. Otra cosa es cuando estemos los dos en la cama, desnudos, libres y salvajes...*

—Me está vacilando. Me está cabreando. Desnudos. Libres. Salvajes. ¡Qué se habrá creído!

*Tú ya me has visto desnuda. Y es la primera y última vez que te das ese gustazo, que lo sepas.*

Jimena respira hondo. Hacía tiempo que no soltaba una mentira tan gorda.

*No te molestes en mentir, se te da fatal. Y lo sabes. Los dos lo sabemos.*  
—¡Mierda! Pues es verdad.

*¿Quieres que sigamos jugando al gato y al ratón? Por mí no hay problema... aunque conozco mejores maneras de pasar el rato.*

*Prefiero no saber cuáles.*

*Vuelves a mentir. Te mueres por saber qué quiero hacer contigo.*

*Conmigo no vas a hacer nada, listillo. Yo no tengo tiempo que perder con strippers.*

*Oh, ya salió la especialista en Literatura Inglesa. Muy docta y Marisabidilla ella, pero hay que ver cómo gemía aquella noche. Las hermanas Brontë se hubieran escandalizado al oírla.*

—Y se hubieran puesto verdes de envidia... Pero, claro, eso no se lo digo ni muerta. ¡Faltaría más!

*No vas a ganarme.*

*¿Es un partido, una campaña electoral, una guerra?*

—Es mucho más porque es mi orgullo lo que está en juego. Y no voy a caer rendida ante este tipo, ni ante sus ojos, ni ante su sonrisa. No es no.

*Es un no-estás-a-mi-altura.*

*¿En serio, Jimmie?*

*No es una cuestión de estatura, tontolaba, me tiene sin cuidado que midas casi dos metros, yo estoy la mar de satisfecha conmigo misma. Si quieres vacilarle a alguien, búscate a una adolescente cargada de complejos. A mí ya no me queda ninguno.*

Silencio.

Jimena se larga a deshacer la maleta del fin de semana. Por fin lo ha dejado KO.

Y quizás haya soltado alguna que otra mentirijilla, pero las justas para ponerlo en su sitio. Se lo tiene muy creído y alguien tiene que hacer el favor universal de bajarle los humos.

Antes de que pueda sacar la primera prenda, otro pitido la avisa de que no lo ha dejado tan KO como pretendía.

*Acabo de sufrir una violenta erección. ¿Quieres que te mande una foto?*

*¡Serás guarro!*

*¿Qué quieres? Me ponen las mujeres con las ideas claras, Jimmie. Acabas de firmar tu condena. Ya no habrá quien te libre de mí.*

—Y quién quiere librarse de ti, ¡joder! Si lo único que quiero ahora mismo es... Mejor no lo digo si no quiero parecer prima hermana de Belén.

*¿Sabes que el acoso es un delito?*

*¿Quién habla de acoso? Sé muy bien cómo rendir la plaza, nena. Es cuestión de constancia y paciencia. Y aunque ahora no lo creas, me sobran las dos cosas.*

—Me lo creo, me lo creo. Empiezo a creérmelo, vamos.

*Y si vas a venir a Barcelona te aviso de que el AVE sale caro, para que vayas haciendo hucha.*

*¿Cuánto crees que cobramos los strippers? A lo mejor gano en un día más que tú en un mes, Doña Pretenciosa.*

—Me ha llamado Doña Pretenciosa, ¿en serio?

Sí, Víctor la ha llamado Doña Pretenciosa y eso puede salirle muy caro, aunque tenga más razón que un santo.

*Y de AVE nada, yo voy en moto a todas partes.*

—Moto. ¿Ha dicho moto? De repente, lo veo cabalgar a lomos de una Triumph Thruxton de 1.200cc como si se tratara de una yegua negra de pura sangre; con el torso desnudo y los tejanos ceñidos a su entrepierna... Y me pongo inevitablemente cachonda. Así, de repente. Sin previo aviso. ¿Desde cuándo los moteros me mojan las bragas?

Jimena está menopáusica. Reconocer el mal es el primer paso para curarse. A ella los moteros nunca le han gustado. Los *heavies* melencidos tampoco. Si está mutando, debe avisar al médico, a Iker Jiménez o a quien sea. Antes de que el asunto pase a mayores.

*¿Estás ahí, Jimmie?*

Sí, por suerte, y casi de puro milagro no ha caído redonda al suelo. Verlo semi-desnudo encima de una motaza es una imagen demasiado fuerte para las feromonas de cualquiera, en serio. Si se volvieron locas la noche de la despedida de soltera, ahora ya están incontrolables e incorregibles. Tanto que ni siquiera se ha dado cuenta de que utiliza su diminutivo como si fueran amigos del parvulario. Tanto que ni le importa. Al contrario: los imagina en la cama, los dos, recién follados, abrazados, mirándose a los ojos y a él susurrándole al oído:

—Jimmie, Jimmie...

Eso por sí solo puede provocarle un orgasmo múltiple.

*Sí, sí, si-si-si-sigo aquí. Te decía que, si vienes en moto, tranquilo. Mi edificio tiene parking. Aquí el aparcamiento es un puto infierno. Y conducir, ni te cuento.*

*No será peor que Madrid.*

*Tampoco mejor.*

*Ya me apañaré, porque yo sin mi moto no voy a ningún sitio. Es mi niña bonita, no puedo vivir sin ella.*

—Ni se te ocurra tener celos de una motito, Jimena, que la tenemos.

*¿Y no puedes pasarme una foto para que pueda valorar a mi rival?*

*Tú no tienes rival.*

—¡Olé tus huevos!

No recuerda cuándo fue la última vez que alguno de sus ex (estaban muy enamorados los dos) le dijo algo parecido. Y reconoce que le encanta escuchar moñerías. Mucho más si vienen de Él.

Pero, claro, nunca se lo dirá a nadie. Ni siquiera a Joserra.

*¿No hemos quedado en que no soy como las demás? Pues no me vaciles. No me van las moñerías. Si quieres follarme, me lo dices alto y claro.*

Víctor contesta con siete emoticonos llorando de la risa.

Jimena también se echa a reír.

—Vale, me he pasado de sincera. No es la primera vez ni será la última, más le vale que se vaya acostumbrando.

*¿No sabes que funciono sin filtro?*

*El día menos pensado, alguien te arrancará la lengua.*

*¡Qué gore!*

*Me encantan las pelis de terror.*

*¿Por qué será que no me sorprende?*

*También veo películas románticas.*

*Eso no te lo crees ni tú.*

Pasan unos minutos hasta que le llega una imagen al móvil. En ella aparece un mueble atestado de películas en formato Blu-ray. Pueden verse *Pretty Woman*, *Love Actually*, *Notting Hill*, *El diario de Noah*, *Mensaje en una botella*, *Los puentes de Madison*... Y un centenar más del mismo estilo.

*Si no lo veo, no lo creo.*

Jimena silba.

*Los strippers también tenemos corazón, Jimmie. No nos condenes a la*

*hoguera antes de hora.*

*Touché.*

Jimena se da una palmada en la frente.

—Joder, me ha pillado con el culo al aire... Metafóricamente hablando, claro. Aunque... No, mirando bien, la camisola no tapa mucho que digamos. Odio que vea mi peor versión: la pija esnob.

*Me has pillado. Normalmente no soy tan borde.*

Silencio mientras Víctor intenta tragarse esa mentirijilla.

Apenas un minuto antes de un nuevo mensaje. Esto ya es puro vicio.

*Y bueno, ¿qué? ¿Cuándo quedamos? Echo de menos tus tetas.*

Jimena abre los ojos como platos, y se queda sin habla otro largo, larguísimo minuto.

*¡Viva el romanticismo!*

*¿No eras tú la que decías «no me van las moñerías»?*

—Te la has ganado, Jimena, te la has ganado. El tío sabe ponerte en tu sitio, que buena falta te hace de vez en cuando.

Le fastidia reconocerlo, pero sí: Víctor mola más a cada momento que pasa. Pero no va a decírselo. No todavía.

En cambio, prefiere hablar de esa hipotética cita, que le da más miedo que vergüenza, y a la que intenta resistirse con todas sus fuerzas.

*¿Quedar tú y yo? ¿En serio? No sé, no sé, mejor decide tú.*

*Este mes voy de culo, todas las solteras de Madrid quieren casarse o darse una alegría. ¿Cómo te viene en mayo? Un pajarito me ha chivado que eres una mujer muy ocupada.*

—Un pajarito, ¿en serio? ¡Un puto buitro que yo me sé! ¿Y qué es eso de que todas las solteras quieren casarse o darse una alegría?

¿Celosa, Jimena? ¡Qué va!

Se le borra el sonrojo del rostro y le contesta con toda la naturalidad del mundo:

*Soy autónoma: tanto hago, tanto cobro. Para mí no existen los fines de semana ni las vacaciones. Me llevo el portátil vaya a donde vaya.*

Un par de emoticonos sonrientes como respuesta. Un par de segundos y otro mensaje. Jimena ya ha perdido la cuenta de los que lleva leídos.

¿Ese hombre no tiene nada mejor que hacer que chatear con ella?

*Ya me dijo Irene que eres alguien muy especial.*

—Nota: Matar a Irene (cuando el cadáver de Belén se haya enfriado) por hablar de mí a *strippers* de tres al cuarto, asquerosamente guapos, y

motorizados además. Eso se merece una muerte lenta y agónica con mucho dolor y mucha sangre.

*Ya decía yo que me empezaban a silbar los oídos.*

*¿Siempre eres tan desconfiada?*

*No, a veces soy peor. Y no me envíes más emojis riendo, por favor.*

*¿No te gustan?*

—Me encantan, joder, y más viniendo de Él. Por eso no quiero ni uno más, porque está aniquilando todas mis defensas. Y no puedo permitirlo. No puedo rendirme tan pronto a sus encantos.

Como ella permanece callada, Víctor se lanza sin red y sin paracaídas:

*Vale, pues nos vemos el mes que viene.*

*Un café y ya está, no te me embales. Y no olvides la memoria. Quiero MI DIARIO de vuelta.*

—En realidad, tanta insistencia con el temita es una gilipollez porque tengo el archivo en el portátil y el desastre de mi intimidad perdida ya no tiene remedio. Pero... Joserra me dijo que era la excusa perfecta para verlo otra vez. ¿Y quién soy yo para llevarle la contraria?

El pitido de un nuevo mensaje casi le dispara las pulsaciones.

*No lo olvidaré, tranquila. Y que sepas que solo he leído las cinco primeras páginas. Ni tengo tiempo ni soy tan cotilla. Además, si quiero saber algo prefiero preguntártelo a la cara.*

—Vaya, vaya, vaya...

*¿Ya tendrás lo que hay que tener? ¿Irene no te ha dicho que tengo un genio de mil demonios?*

*No hizo falta, Jimmie, eso lo descubrí yo solito a la mañana siguiente de nuestro memorable... ¿Polvo?*

Jimena se queda un tanto decepcionada.

*¿Fue un polvo? Pensaba que me habías hecho el amor...*

*¡Me acusaste de violarte!*

*No, te dije que te habías aprovechado de que iba más contenta de la cuenta. Pero déjalo, no voy a andarme con reproches ahora. Ya habrá tiempo cuando nos veamos. Y ahora, por favor, deja que deshaga la maleta, cene y me vaya a dormir.*

A Jimena le pesan los párpados y le rugen las tripas porque no ha probado bocado desde el aperitivo, antes de coger el vuelo de vuelta desde Palma.

*Son las diez de la noche. ¿Qué hace una chica como tú en la cama tan*

*temprano?*

—Lo de «chica» me ha llegado al alma, en serio.

Suspira y de repente una tremenda paz invade todo su ser.

Se desconecta del chat porque si sigue leyendo esos mensajes va a tener un orgasmo como no lo ha tenido en su vida. Y lo que el cuerpo le pide ahora es comida.

Después de la cena y un rato de televisión se va a dormir... Mejor: se va a soñar. Con Él: sueños húmedos, románticos y moñas. A solas puede confesárselo. Aun así, continúa sin tomárselo en serio. Porque no es serio. Y ya no tiene veinte años; hay que pensar las cosas con mucha calma y seriedad. Y eso no encaja con su (absurdo) enamoramiento.

Esa noche aún ignora que cuando alguien aparece en tu vida, lo hace con un propósito especial que, aunque no comprendas, te acompaña allá donde vayas y redefine lo que eres y serás el día de mañana.

Víctor ha aparecido en su vida para cambiarla, mejorarla, iluminarla, hacerla perfecta. Y a ella de paso. Sí, con todas sus imperfecciones, Jimena es perfecta para Él.

Todavía no lo sabe y en cualquier caso no acaba de creérselo.

A la mañana siguiente, más descansada, empieza a percibir, muy lentamente eso sí, que Víctor se ha convertido en alguien que... Bueno, está a medio camino entre la mosca cojonera que no para de incordiarla y un acicate para... No sabe muy bien para qué, en realidad, pero sí sabe que le da más alas que un Red Bull.

Sin embargo, aún se muestra indecisa ante la conveniencia de una cita con Él.

Sí, quiere que le devuelva el bendito diario.

Sí, quiere mirarlo a los ojos otra vez.

Sí, quiere volver a ver esa sonrisa mortífera y maléfica que la deja KO en cuestión de nanosegundos.

Pero sigue pensando que es más sano para ella (y su estabilidad mental y emocional) conformarse con ver fotos suyas en Instagram y los mensajes con pullitas incluidas del chat.

Pero la curiosidad mató al gato. Y Jimmie ha sido siempre muy curiosa, ya lo dije al principio.

Es curiosa pero no cotilla; sabe de sobra que curiosear la vida ajena es

cotilleo del peor.

Sin embargo, a medida que pasan los días y las semanas, la necesidad de verlo sonreír cada día empieza a ser inquietante.

—Pero eso no tiene por qué saberlo nadie, mucho menos Joserra, que se parte el culo de la risa cada vez que me ve entrar en modo zen.

El Amor no se busca, se encuentra. De repente, por casualidad la mayoría de las veces, y cuando menos lo esperas aparece y lo descoloca todo con una sola mirada, una sola sonrisa, una sola palabra. Jimena ha descubierto que Él tiene un piquito de oro más propio de un abogado o un creativo de publicidad que de un... Bueno... Eso.

—Aunque lo que a mí me pone de verdad son sus miradas sobrecogedoras y sus sonrisas: las que a mí me faltan porque soy una borde de cojones y sonrío poco o nada.

Nota: la gente borde, cuando es sexy, mola mucho.

—La gente del montón, sin un físico sexy a rabiarse, no puede permitirse el lujo de ser borde. Si no lo sabes tú, te lo digo yo. Víctor sí se lo puede permitir, cuando quiera y con quien quiera. Pero yo quiero que se lo permita conmigo, claro. Un duelo de insolentes, a capa y espada, como en las películas de El Zorro. Donde nos digamos todo lo que nos ahoga en el pecho, lo que sentimos y cómo lo sentimos. Un duelo donde nadie salga indemne. Un duelo a muerte, como los de antes, como los de toda la vida.

De repente siente el familiar hormigueo en los dedos; tiene que escribir, desahogarse, volcar todo lo que la quema por dentro o, de lo contrario, se volverá realmente loca.

Dos minutos y dos cafés después enciende su portátil y empieza a teclear como si Él guiara sus dedos por encima de las teclas negras...

*Serendipia.*

*Siempre que pienso en Él, me viene a la cabeza esa palabra.*

*Porque yo nunca busqué nada, nunca quise apostar de verdad por el Amor, nunca me atreví a ir un paso más allá.*

*Y si no lo lamenté cuando mis dos ex se largaron por la puerta de atrás, casi sin avisar, fue porque no sentía nada; apenas un poco de cariño, apenas un poco de atracción. Pero no los suficientes como para lanzarme al vacío sin paracaídas.*

*Y aparece Él, como en un encantamiento, bajo la luz tenue de unos minúsculos focos, resaltando cada uno de sus magníficos atributos y yo, ¿qué hago yo? Me quedo muda, quieta, casi muerta; miro a un lado y a otro por si alguien está observándome. ¿Cuándo dejará de importarme el criterio ajeno? Y tiemblo. De los pies a la cabeza; un terremoto de emociones me sacude, un tsunami de feromonas me inunda sin piedad, y lo*

*sé con la precisión inequívoca de una revelación divina.*

*Es Él.*

*No hay ni habrá otro nunca.*

*No sé cómo acabara esta historia; me gustaría un final de cuento de hadas, pero sigo sin creer (demasiado) en ellos. Algo me dice que estamos predestinados, pero una fuerza más poderosa aún me avisa de que habrá dificultades, obstáculos que quizá sean insuperables. Y otra fuerza, aparecida de no se sabe dónde, me obliga a luchar por esta relación, me obliga a luchar por Víctor hasta el final.*

*Joder, lo he dicho; le he puesto nombre.*

*Ahora sí tengo miedo.*

*Un miedo atroz.*

Suspira. Uff, se ha quedado descansada.

Cierra el archivo con toda la tranquilidad del mundo; esto no lo leerá Él nunca. Va a la cocina a por un *muffin* de chocolate blanco, que es puro pecado, y un zumo de tomate; se sienta de nuevo delante del portátil. Abril le ha traído un nuevo encargo que debe despachar en apenas una semana, y encima es una novela ci-fi más rara y naif que un unicornio vomitando arcoíris.

—No es que no me guste, pero... A mí la ciencia ficción me aburre un horror. La ciencia en general me aburre, digámoslo alto y claro. Desde la EGB. Pero una tiene que ganarse las habichuelas, y no siempre se puede escoger. Si toca novela rara, de la que no entiendo ni papa, pues ajo y agua. Al menos pagan bien; bueno, me pagan según las tarifas que dejé establecidas a primeros de año en mi página web.

Sí, claro que Jimena tiene página web. Es una profesional, ¿qué pensabas?

—Si les gusta, bien... Y si no, ya saben: a buscarse a alguien mejor. No me faltan clientes, no tengo por qué mendigar nada ni mal vender mi trabajo.

Las neurosis de los autores, que son muchas y muy variopintas, no son cosa de ella. Es correctora, no psicóloga.

—Si hubiera tenido más temple y paciencia, habría opositado en vez de sacarme el doctorado, y ahora estaría enseñando literatura a los chavales de la ESO. Pero la docencia nunca ha sido mi fuerte; enfrentarme a una horda de *bollicaos*, más pendiente del móvil que de mí, no es mi idea de empleo ideal. Y sí, lo sé: no hay empleos ideales; cada cual tiene lo que pilla y más de uno ya se puede dar con un canto en los dientes.

A Jimena le gusta su trabajo; a veces pone música, a veces no. Depende de la historia, lo despierta que esté en ese momento y los cafés que se haya metido entre pecho y espalda.

—Cuando más aburrida estoy y menos sentido le encuentro a esta historia, a medio camino entre el apocalipsis en nuestro planeta y el descubrimiento de una nueva galaxia en pleno año 3500, mira tú hasta dónde es capaz de llegar la gente en un arranque de desbordante imaginación, me llega un wasap de Víctor.

No recuerda cuándo ni por qué le dio su número; ni siquiera está muy segura de habérselo dado realmente. Pero si no fue ella, debió de ser Irene y tampoco va a ponerse quisquillosa con eso ahora.

Mira la pantalla y ve su foto; le encanta ver sus fotos. Babea como los críos de teta delante de su papilla favorita.

*¿Me has echado mucho de menos? Yo a ti sí.*

*Y tendré que creérmelo.*

*¿Y por qué no?*

Di, Jimena, ¿por qué no?

*¿A ti no te han enseñado a economizar palabras en los wasaps igual que en los tuits?*

*Por eso no tengo Twitter. Porque no me gusta que me pongan límites.*

—Eso mola. Mola mucho. Es la primera cosa importante que tenemos en común.

*A mí tampoco me gusta sentir un techo sobre mi cabeza; me gusta mirar arriba y ver las nubes... y las estrellas.*

—¡Joder, no puedo creer que haya puesto esa cursilada! Y encima he clicado «enviar» sin pensármelo dos veces, borrarlo y empezar de nuevo con el tono agresivo, propio de la Jimena Feminazi, que aún me esfuerzo por conservar. ¡A tomar por saco! Nada de límites, normas, prejuicios ni convencionalismos. Aquí hemos venido a pasarlo bien.

Eso diría Joserra.

También fue quien le metió una bronca de muy señor mío al teléfono cuando la semana pasada le confesó, con la boca chiquita, que había estado chateando con Víctor nada más volver de Mallorca.

—¿Qué parte de «hazte la interesante» no entendiste?

Parecía más divertido que enfadado.

—¿Qué parte de «conmigo no va ese rollo» no entiendes tú?

Jimena estaba claramente exasperada porque nadie la entendía.

—Yo pienso y pienso y pienso y pienso... Joserra actúa sin pensar. Luego, si hay que pedir disculpas, se piden y santas pascuas.

Otro que prefiere pedir perdón a pedir permiso.

—No lo censuro, pero... Yo funciono de otro modo.

—Te has arrojado a los pies de los caballos.

—¿Qué caballos? Ya no hay caballos.

—Es un decir.

Jimena cerró los ojos.

Vale, no se ha hecho respetar mucho. No como acostumbra con el resto de la gente, desde luego. Pero algo le dice que Víctor no es de esa clase de tíos. Con él puede bajar la guardia, ser sincera, no callarse las cosas ni ponerse caretas.

—Que me da igual, Joserra. Estoy cansada de ir de dura. ¿No fuiste tú quien me dijo que no debía permitir que mi pasado condicionara mi presente y arruinara mi futuro? Pues eso. Voy a divertirme con ese tipo una temporada. Si sale bien, los dos lo agradeceremos. Si sale mal, cada uno en su casa y Dios en la de todos, que diría mi abuela.

Joserra silbó al otro lado del hilo y ella supo que lo había descolocado, quizá por primera vez desde que se conocieran. Y no le dio más la tabarra con el tema, aunque sí le dejó claro que quería saber hasta el último detalle de la relación.

¡Y dale con eso! Por más que le explica que no quiere ninguna relación con nadie, él erre que erre, más cerril y obstinado que su madre, que murió dejándola por imposible.

Espera hasta que Víctor vuelve a estar en línea y enseguida ve otro de sus cursis mensajes.

Tenía que habérselo esperado: cinco emoticonos con corazones por ojos. Ni uno ni dos, ¡cinco!

¿De dónde ha salido este hombre? ¿Sabía la buena de Belén lo moñas que era cuando lo contrató, sabía que podría llegar a enamorarse de Jimena?

—No flipes, Jimmie, y baja a la Tierra. Estás levitando, y eso nunca te ha dado buenos resultados.

*¿No te has pasado con los emoticonos? Es demasiado moñas incluso para una tía, no digamos para mí. ¿Y tú, en serio?*

*Totalmente. Ese soy yo. Me tomas o me dejas.*

—Te tomo, te tomo, ¡cualquiera te deja escapar a ti con el peligro que tienes!

*La culpa es mía por ponerme cursilona. No sé en qué estaba pensando.*  
**YO NO SOY ASÍ.**

*Así, ¿cómo? No tiene nada de malo ver nubes y estrellas... Siempre y*

*cuando no quieras verlas al mismo tiempo. Me temo que sea imposible.*

*Ahora me dirás que sabes de astronomía o astrofísica o física cuántica y cosas así.*

*¿Y por qué no?*

Claro, ¿por qué no? Estamos en España. Todo es posible, sobre todo si suena increíble.

*Perdona, tienes razón. Todo es posible. Pero no me escribes para que hablemos de nubes y estrellas, ¿verdad?*

*No, quiero saber cuándo nos vemos. Dijiste mayo y estamos a veinte de abril.*

*No lo dije yo, lo dijiste tú.*

*Y tú no lo negaste.*

—Pues no, aunque a punto estuve para no hacerme más fantasías de la cuenta. Tengo una tendencia malsana al romanticismo que mis autoras favoritas alimentan con cada novela nueva. Pero en mi vida, fantasías las justas.

*Lo recuerdo, lo recuerdo. Tú dirás.*

*No, te toca decidir a ti. Eres tú quien ha de estar disponible. Yo me adapto a todo.*

—¡Qué mono! —quiere gritar, y quizás una Jimena más joven lo hubiera hecho sin pudor. Pero ella no. En ese momento NO. Ese momento no es para lanzarse a ninguna parte, y mucho menos sin red. *Keep calm*, Jimena.

Le da por pensar qué le pedirán las mujeres cuando hace sus numeritos de *stripper* en el escenario improvisado de ese garito de mala muerte donde lo vio por primera vez. Vale, quizá no sea tan *de mala muerte*; es un club como otro cualquiera. Y no quiere ponerse mojigata ni dárselas de listilla, en serio, pero no puede dejar de pensar que alguien que se dedica a eso...

Joserra le diría que ser tertuliano en *Sálvame* es mucho peor.

*¿Estás ahí?*

*Sí, sí... Perdona. No sé, el próximo finde semana. Tengo que organizarme un poco de cara al verano porque a partir de julio ya no acepto encargos.*

*¿Eso le ha sonado tan fatal como a ella?*

*¿Qué clase de encargos?*

*Nada guarro, mal pensado.*

*No sé si cabrearme por la facilidad con que me juzgas sin conocerme apenas de nada.*

*No te juzgo.*

¿O sí? No lo pretende, y si lo hace, no es con mala intención. Jimmie es así.

*Eso ya te lo diré cuando nos veamos.*

Se desconecta del chat.

Y Jimena se cabrea como una adolescente.

—Este cabroncete da por sentado que vamos a encontrarnos (y si yo decido darle plantón en el último minuto, ¿qué pasa?); luego se dedicará a mirarme con ojitos de cordero degollado mientras me escucha como si mis palabras fueran el Evangelio. Lo que yo quiero es que me empotre contra la pared y me haga estremecer como lo hizo aquella noche en Madrid.

Sin miraditas ni palabritas de amor.

Pura carnalidad al desnudo: ciega, sorda y muda.

Imagina su cara y su cuerpo, ¡qué cuerpo, Señor!

Y renuncia a saber nada más.

—Antes necesito mi tiempo y mi espacio para ver hasta dónde llega este rollo que nos traemos. Yo nunca me precipito, nunca hago nada a tontas y a locas, y NUNCA me he deshecho de amor por nadie.

Víctor no es famoso, ni sale en la tele, pero ya ha quedado claro que sus encantos han ido corriendo de boca en boca por Instagram, y el número de seguidoras con «a» ha ido multiplicándose a la velocidad del sonido.

Pero Jimena no va a tratar a Víctor como a un semidiós ni nada parecido.

—¡Hasta ahí podíamos llegar!

Mientras va pensando en tonterías, Savie se acerca a ella.

*Esa cara de acelga no te sienta nada bien. ¿Qué tal si vamos a dar un garbeo por el parque, te despejas y, de paso, yo me desahogo a gusto?*

Jimmie la mira con los ojos entrecerrados. ¿Lo está diciendo en serio?

—Los perros no hablan, Jimena. No fabules. Que ya te crees cualquier cosa.

*Pues lo de que los perros hablan puedes creerlo a pies juntillas porque yo te estoy hablando ahora mismo.*

—Pues si eres tan autosuficiente, inteligente y autónoma, lárgate a pasear tú solita y a mí déjame tranquila.

*Tendrás cara dura, que en todo el día no me has dedicado ni una mala mirada, ni siquiera cuando me has puesto la comida. Ese tío te tiene sorbido el seso.*

Ralphie se une a ellas segundos después, como si supiera que hay lío

ahí. Pero ni las mira. Simplemente anda buscando más *ChocoKrispies*, husmeando aquí y allá.

—Se han acabado, nene. —Jimena le adivina las intenciones—. Hasta mañana no voy al súper. ¿Podrás resistir el mono?

Por su mirada se entiende que va a ser muy difícil.

Tanto como para ella esperar su cita.

Ralph y Savannah intercambian una mirada de circunstancias que viene a decir:

*¡Qué mal le sienta el Amor a esta mujer!*

—Cómo se nota que estáis los dos esterilizados y las hormonas no os juegan malas pasadas. Me gustaría veros en mi lugar.

La miran y achican los ojos.

—No me gusta vuestro gesto: cualquiera diría que me dais por imposible.

Les hace un corte de mangas, aun sabiendo que no entienden el significado. Pero, por lo visto, lo entienden a su manera y se largan con la cola muy tiesa, dejándola sola de nuevo.

Aunque no por mucho rato.

Cinco minutos después, Joserra aparece de nuevo.

—¿Novedades?

Se le ve intrigado, entusiasta y con ganas de chismorreo mientras la saluda con dos besos en las mejillas y se dirige hacia el salón como Pedro por su casa.

—Si quieres saber si he quedado con Él, pues sí. En mayo será la gran cita.

—Necesitas ropa sexy.

—¡Y un cuerno! No pienso gastarme ni un euro para impresionarlo.

—Eres incorregible, Jimmie. No puedes vestirme como una monja. Ni tampoco como un camionero, que te veo venir.

—Iré en plan *casual*, no voy a disfrazarme de *femme fatale*. También podría citarlo aquí y recibirlo desnuda.

La idea le parece de pronto la mar de seductora.

—Eso ya me gusta más —él suelta una carcajada de las suyas—. No es muy sutil, pero... puede servir a nuestros propósitos.

—¿Nuestros...? Tú aquí no pintas nada, Joserra —le avisa—. Y

perdona que sea tan borde.

—Si no eres borde, no eres tú. No pensaba en un *ménage a trois*, sino que a mí también me gusta que te diviertas en la mejor compañía.

—Eso está por verse.

—¿Qué está por verse?

—Lo de la compañía. Es demasiado... moñas para mí. Y a ver, que a mí me gusta el romanticismo, pero... en la tele, en el cine, o entre las páginas de mi novela favorita.

—Tu novela favorita es *Cumbres borrascosas*, y más que romántica es gótica y tétrica.

—Pues ya está todo dicho —asiente con la cabeza, dándole la razón—; esa es mi idea del Romanticismo: pasión, celos, odio, venganza, dolor, tormento, agonía y muerte... Me encanta.

Y pone una cara de diablesa digna del mejor *selfie*.

—Te veo de guionista en Tele5, en serio. Dime que te lo pensarás. Lo tuyo con los culebrones no tiene nombre.

—¡Mira quién fue a hablar!

Son incorregibles y por eso no pueden vivir el uno sin la otra.

—Tienes que presentármelo. Y lo sabes.

—No corras tanto, que te caes. Lo mío con Víctor va despacio, muy despacio.

—¿Y quién te ha dicho que hable de él? Te he pillado, Jimmie. Reconoce que no te lo sacas de la cabeza ni a tiros.

—Eres un impresentable. ¿Para qué voy a presentártelo? Podrías colarte por él. Y es hetero.

—¿Te lo ha dicho él, capullito de alhelí?

Olé con la caída de pestañas.

—Pues no —reconoce ella con desgana y una pizca de envidia—, no me lo ha dicho. Pero... ¡con ese cuerpo, esa cara, esos ojos y esa maldita sonrisa! ¡No puede ser gay! Dios no es tan cruel.

—Puede ser bisexual...

Joserra deja escapar la posibilidad como si tal cosa, después de recordarle que la crueldad es uno de los mejores atributos de Dios.

—¿Por qué le buscas siempre tres pies al gato? —protesta con mala cara—. Víctor es HETERO. Punto redondo. Fin de la discusión.

—Quiero que me lo diga él, mirándome a los ojos.

—Pero ¿tú te estás escuchando? Joder, pareces salido de un bolero de

Luis Miguel.

Y no es un insulto... Pero a Jimena le preocupa que tanto culebrón esté afectando la salud mental de su vecino-casi-hermano.

—Yo creo en el Amor, Jimmie.

—Bien por ti —aplaude ella—, no sabes cuánto me alegro.

—Y tú también deberías creer en él. En ellos. En el Amor y en Víctor.

—Lo dices como si lo conocieras de toda la vida y ni siquiera te lo he presentado. Y visto lo visto, me lo estoy pensando muy mucho.

—Pues mientras sigues pensándotelo tanto, sírveme una cervecita fría, anda.

Jimena se dirige a la nevera mascullando:

—Claro que sí, tú pide por esa boquita; no te cortes, que estamos en familia.

Quiere ser sarcástica, pero eso nunca le ha funcionado con Joserra. Es demasiado bendito para pillar la ironía o el sarcasmo de los demás.

Saca su birra y una Coca Cola *light* para ella.

—La Coca Cola engorda —le recuerda él por enésima vez mientras se le escapa una sonrisilla.

—Será la que tú tomas. La mía adelgaza. Creo en su poder adelgazante como los cristianos creen en el hijo de Dios. Todo es fe... Y mi fe en la Coca Cola es mucho mayor que mi fe en la gente —le pasa la cerveza; el frío de la botella cosquillea su piel—. Aquí tienes.

Jimena puede resultar muy convincente cuando está convencida de algo al ciento cincuenta por cien.

—Y tus *muffins* también adelgazan, claro.

—Mis *muffins* son ambrosía para mí —declara relamiéndose del gusto—. Nunca renunciaré a ellos. Aunque últimamente les estoy siendo muy infiel con los cronuts. ¿Los has probado? Son jodidamente deliciosos. He decidido alternarlos a días pares e impares para no aburrir a mi estómago.

La mira con cariño porque le gusta eso de ella: Jimmie nunca sacrificará su personalidad ni su estilo de vida por ningún tío.

Cuando Joserra se va, ella se pone a ver *Notting Hill*, y no preguntes por qué de repente tiene la necesidad (casi) fisiológica de ver esa película si ni siquiera le gusta Hugh Grant, y Julia Roberts le cae como una patada en el hígado.

Será cosa de la ambientación. Ya sabes que, para Jimena, «Londres» es una palabra con poderes mágicos.

La película le da sueño, y a las once de la noche Morfeo ya la toma en sus brazos y la transporta al País de Nunca Jamás.

Amanece con una sonrisa bobalicona en la cara y las braguitas empapadas, ergo ha debido de soñar con Víctor, aunque, a la mañana siguiente, sea incapaz de recordar el sueñecito de marras. Desde luego ha debido de ser algo muy caliente. Se levanta de la cama con la suficiente energía como para bajar al súper y comprar algo más que no sean cervezas y coca colas; de esas está la nevera llena. Algo como los cereales de Ralphie o las nubes de chocolate para Savie.

—Sí, sé que no le caen muy bien. Solo le doy una o dos al día para endulzar su mala leche. Una golosina nunca le ha caído mal a nadie. A mí me caen de puta madre, al menos.

Mientras llena el carrito de la compra y mira alrededor para descubrir nuevas y peligrosas tentaciones, se pregunta qué comerá Víctor. Si será un cocinillas y se lo hará todo él, o tendrá alguna ayuda, o será de los que comen y cenan fuera de casa siete días a la semana. Vive en el clásico piso de soltero de oro, por lo que pudo ver fugazmente antes de marcharse esa mañana.

—Perdona, ¿estás en la cola?

Una mujer rubia a quien no ha visto nunca por el barrio, interrumpe bruscamente sus ensoñaciones.

—No —Jimena se aparta a un lado con discreción y una sonrisa de disculpa, porque no acaba de decidirse entre *croissants* o galletas rellenas de chocolate o Donuts.

Difícil elección. No puede llevárselos todos. Solo se permite una dosis de dulce a la semana. Intenta controlarse, aunque sabe de sobra que acabará sus días gorda y diabética. Como todas las mujeres de la familia, sin excepción.

—Y en otro momento de mi vida eso me habría traumatizado y obligado a encerrarme entre cuatro paredes y me hubiera impedido también relacionarme de tú a tú con la gente. Pero uno es lo que quiere ser. Y proyecta lo que es. No voy a decir que sea un camino de rosas, porque no lo es. Pero todo llega y todo pasa. Y cuando a una la quieren, todo es distinto: más luminoso.

La aparición del *stripper* ha servido para recordarle que puede ser lo que ella quiera. No debe ponerse límites ni mucho menos ponérselos a sus

sentimientos.

Pero una cosa es la teoría... Y otra muy distinta la praxis.

—Yo quiero mostrarme indiferente a sus encantos, y más aún a sus requiebros. Como buena feminazi, los piropos no solo no hacen mella en mí, sino que por lo general me cabrean bastante.

Por otro lado, como ya le comenté a su tan adorable como metomentodo vecino, no es el tipo de mujer que pueda permitirse «ir de dura», no cuando en realidad se muere por estar en sus brazos, y dormir con Él es su fantasía más recurrente.

—No es la primera vez, desde que volví de Madrid, que delante de un pack de Donuts me pregunto si debo olvidarme de los dulces y seguir una severa dieta para parecerme en algo al tipo de mujer con la que Él acostumbra a salir en los *selfies*, y que poco o nada tiene que ver conmigo.

Pero las dietas nunca han sido lo suyo; a los veinticinco años decidió (tan valiente como estúpidamente) prescindir del chocolate del desayuno. A la semana siguiente, la gente le regalaba tabletas enteras porque ya no soportaban la mala leche que gastaba en su (inútil) intento de vivir sin la dosis diaria de cacao. Daba igual en qué forma se presentaba, pero sus hormonas y neuronas reclamaban el chocolate a grito pelado.

—Desde entonces decidí olvidarme de las dietas y también del gimnasio.

Y ahora, en el lineal de dulces del supermercado, todavía duda porque su cuerpo le pide dulce pero su mente le recuerda que debe sacrificarse por un bien mayor.

—En realidad, la única recompensa es echar el polvo de la revancha con Él.

A estas alturas es una cuestión de amor propio; no va a permitir que la desvirgue a traición y se vaya de rositas. De algún modo se lo hará pagar. Que disfrutara como una loca esa noche, y ahora se muera de ganas de repetir es algo que queda entre ella y su conciencia. Ni se lo va a contar a Irene, ni a Joserra; ni siquiera a su sobrina.

—Perdona, ¿te importa...?

Una chica le pide que se aparte para aprovisionarse a gusto de barritas Kinder Bueno: las suficientes para alimentar a un regimiento, le parece a Jimmie.

Mira el carrito de la adolescente y la boca se le hace agua al instante.  
¡Quién pudiera volver a los quince!

—No, Jimena. Chocolate NO. Olvídate del chocolate. Disciplina. Sacrificio. Cuerpo Diez.

Es un mantra que se repite en voz baja mientras se encamina a las cajas.

—Si me lo repito cien veces, como un castigo de escuela, lo mismo le encuentro algún sentido.

Lo divertido es que, después de renunciar a su dosis diaria de chuches, en un vano intento por empezar algo parecido a una dieta saludable, a Víctor no se le ocurre esa noche nada mejor que publicar en su cuenta de Instagram:

*Sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos.*

—No es que no me guste la cita de *El Principito*, pero... Viniendo de él... Muy creíble no suena, la verdad.

No va a discutírselo; tanto si es simple postureo, como si realmente lo ha escrito de corazón, creyendo cada palabra, le encanta esa faceta suya de niño eterno que sigue creyendo en la magia y los imposibles.

—¿Qué hace alguien así ganándose la vida como *stripper* en garitos de mala muerte?

Necesita desahogarse.

Necesita a Joserra.

Comparte con él la última publicación de Víctor, y añade un interrogante, dándole a entender que necesita su visión masculina; que le explique por qué un tío que suelta esas perlas como si formaran parte de su filosofía de vida, hace lo que hace encima de un escenario, enroscado cual serpiente a una barra de metal. Porque muy coherente no parece.

Mientras espera su respuesta se prepara una cenita ligera.

Y cuando está a punto de darle la vuelta a la tortilla, suena un estridente pitido.

Casi se le cae la comida al suelo del susto.

La deja de nuevo en la sartén, a fuego lento, y se va a ver el mensaje.

*Qué mono.*

*¿Eso es todo lo que tienes que decir?*

*¿Y qué quieres que añada?*

*Que te parece tan surrealista como a mí... tal vez.*

*Yo no lo llamaría surrealismo... Aunque suene raro, extravagante y también excéntrico. No sé. Imagino que quiere creer que alguien pueda amarlo más allá de su físico.*

Jimena pone un emoticono de sorpresa.

*¿Qué es lo que te sorprende?*

*Que sea tan adorablemente ingenuo, tan chiquillo, tan inocente. No es un adolescente, ya tiene unos añitos. Debería saber cómo funciona este jodido mundo.*

*Algunas personas necesitan aferrarse a la fantasía de un mundo ideal para poder despertarse cada mañana y desear seguir viviendo.*

Vale, es un mensaje demasiado largo, incluso para él, pero seguramente tiene algo de razón. Jimmie es incrédula de nacimiento, y su historial social y amoroso no ha hecho sino reafirmarla en la idea de que el mundo es puro *show business*. Eres lo que vales. Todo el mundo tiene un precio. Y cosas así.

—Es mi filosofía de vida. Y sí, es jodidamente cínica, no lo niego, pero he dejado de darme hostias contra el suelo, y solo por eso vale la pena seguir creyendo en mis mantras.

Quizá, piensa minutos después, se complementen bien a pesar de todo.

Jimena le hará madurar en algunos aspectos y Él le recordará, de tanto en tanto, que no es pecado sacar al niño que todos llevamos dentro.

A partir de ahí sus días son un caos.

Jimena es incapaz de concentrarse en su trabajo y eso la tiene de los nervios.

—Vale, no tengo de qué preocuparme si no trabajo al mismo ritmo frenético que otras veces. Puedo respirar hondo y relajarme. Incluso puedo adelantar mis vacaciones si quiero. Tengo mucha pasta debajo del colchón; la herencia de la prima de mi madre incluía, además del pisazo donde vivo, dos millones de euros. Sí, sí, como lo lees. Yo también me quedé pasmada el día de la lectura del testamento. Me parecía estar viviendo en una novela de Grisham, donde los herederos se matan entre sí por cuatro chavos. Vale, dos millones de euros no son cuatro chavos. Pues imagina el resto.

La sorpresa fue que, al final, no tuvo que pleitear y hasta el día de hoy nadie ha venido a reclamarle nada, ya sea personalmente o a través de abogados. A veces se sorprende esperando algún tipo de citación judicial... o anónimo amenazante.

Pero lo cierto es que en esos días solo lo espera a él.

Y podría esperarlo de brazos cruzados, y tan contenta, si no fuera porque su mentalidad anglosajona la obliga a trabajar diez horas al día. A ser posible, seguidas y sin distracciones.

—Y yo que de joven pensaba que, si algún día me hacía millonaria, me tiraría todo el día en el sofá, sin hacer nada, solo viendo los debates de Gran Hermano, las temporadas de Juego de Tronos y lo que echaran, sin

discriminaciones ni manías.

# MAYO

Un par de días antes de la llegada de Víctor, Olivia le manda a Jimena un email de lo más raro.

La han llamado de una editorial para comunicarle que van a otorgarle un premio literario. No uno cualquiera, sino el más cuantioso y famoso del mundillo de las letras del país. Solo tiene que escribir una novela en menos de tres meses, una que pueda leerse y enganchar más o menos, para no dejar en evidencia a los organizadores (también llamadas mentes pensantes) del evento.

—Me gustaría decir que la «propuesta» me pareció flipante e increíble, pero ya me conoces: a mí ya nada me parece flipante ni increíble en este país del carajo. Mucho menos si se trata de chanchullos y corruptelas.

Olivia no sabe muy bien cómo tomárselo y Jimena, con su natural escepticismo y mente hipercrítica, no es la más indicada para dar consejos o ánimos en plan «Tú lo vales». Y no es que no lo valga. Si alguien merece un premio literario es Olivia Peralta.

—Lo único que le digo es que consulte a un buen abogado, y de confianza, para que la asesore y no se pille los dedos ni caiga en trampas mortales.

La banca (editorial en este caso) siempre gana. Y el autor siempre queda desacreditado: ante los medios, ante el público, ante la crítica especializada, los *haters*, los blogueros con sed de sangre, etc., etc.

—A veces ni siquiera puedes volver a levantar cabeza después de un batacazo así. Aunque hay que reconocer que la propuesta de las narices es tentadora a primera vista. Demasiado para mi gusto: del tipo que encierra algo feo que apesta.

Pero Olivia quiere dar el salto y lo ambicioso de sus últimas novelas así

lo demuestra. Si los de la editorial han hecho los deberes, ya deben saber que los fans de la autora son legión y el número se aproxima peligrosamente al medio millón en cualquiera de las redes sociales donde Olivia está constantemente visible y accesible.

—Ya les veo, frotándose las manos, sus mentes febriles calculando ventas estratosféricas. Olivia tiene tirón. Y una boquita de piñón más venenosa que la mía. Pero solo la saca a pasear cuando nos vamos de copas y pasamos de dos *caipirinhas*. Ante los blogueros derrama puro *charme*, *glam*, y toneladas de diplomacia duramente trabajadas.

Olivia es un referente en la narrativa femenina del siglo XXI, y aunque Jimmie tenga cierto mérito en sus éxitos, como lo reflejan los créditos de sus novelas, la gente se queda con el nombre de la autora superventas y se olvida de la correctora.

—¿Alguien se acuerda de los correctores? ¿En serio?

Jimena ni es rencorosa ni busca la gloria. Le pagan muy bien, y ya le basta con ver la buena acogida que sus historias tienen y las buenas críticas que cosechan.

—Joserra me dice a menudo que soy tonta, que debo ponerme a escribir algo más que mi famoso y cacareado diario. Pero mi referente literario es Emily, y esa sombra es demasiado alargada para mí. Yo me río y le digo que deje de fantasear y llenarme la cabeza de pájaros.

Con lo feliz que es ella corrigiendo. Quita, quita. Y el privilegio de ver nacer esos primeros manuscritos. Unos que nadie ha visto nunca. Ah, no, a eso no piensa renunciar. Es una criatura afortunada que hace lo que quiere, y encima cobra por ello. ¿A cuánta gente conoces así?

—Joserra no entiende mis razones porque tiene muy idealizado el mundo artístico, cree que vivimos como reyes. Y sí, puede que ahora mismo yo viva como una reina, pero no es mérito mío. Y desde luego, el mío es un caso excepcional porque la mayoría de artistas se mueren de hambre antes de cumplir los cincuenta, y los que sobreviven lo hacen endeudados hasta el cuello.

Y para cuando llega el día D y la hora H, Jimena todavía anda rumiando el correo de su autora favorita. Mientras, Ralphie la mira con mala cara porque, en su característico despiste, ella ha confundido sus cereales en el supermercado y le ha cogido unos que no le gustan... no tanto. Lleva media

hora mirando el cuenco, con recelo y suspicacia, como si temiera que le haya envenenado poco más o menos.

Jimena quiere que desayune rápido y se largue, como cada día, a explorar la vida y costumbres del vecindario. Pero el bendito gato remolonea, no se decide, y ella ya no sabe qué hacer para que se anime a comer. Peor que un crío de teta.

Ralphie amusga los ojos y acerca el hocico a la comida. Prueba uno, muy despacio. Y luego el siguiente. Y después otro más. Y a continuación, en poco más de cinco minutos, ya ha limpiado el cuenco. Los dos sonríen. ¡Sí, ha vuelto a acertar!

El gato da la vuelta y se acerca, ronroneando.

*Has metido la pata, pero no ha estado del todo mal. Siguen gustándome más los otros. Pero... variar no es malo. Eso sí: no lo conviertas en una costumbre; hoy me has pillado hambriento. Con la mitad de hambre que hoy, no me como cualquier cosa.*

—Mis mascotas son más esnobs y petulantes que yo misma. No lo hubieras creído nunca; quizá las abandonarían por eso: porque eran cien veces más relamidas que sus amos. A veces siento la tentación de compartir con Joserra mis fundadas sospechas sobre el rancio abolengo de Savie y Ralphie. Luego oigo sus carcajadas haciendo retumbar las paredes y se me pasa. Joserra ama los animales por lo que son; no les atribuye cualidades ni vicios humanos. Sin embargo, Rosi asegura que todo es cuestión de karma: la vida me obliga a cosechar lo que he sembrado.

O por decirlo de otro modo: a la buena de Jimena le ha tocado probar un poquito de su propia medicina.

—Rosi dice que Savie es mi Yo perruno: Elegante, estirada, tiquismiquis, exigente, obsesiva, mojigata y con un concepto demasiado alto (tal vez) de sí misma. Y también sexy y seductora, por supuesto.

—No te imagino con un bulldog, ni un chucho callejero sin pedigrí ni certificado de autenticidad —me dijo, cuando se la presenté.

—Ralph es un gato callejero —le recordé—, lo recogí de entre las ruedas de un coche.

—Se escapó, las dos lo sabemos. Ese felino es más rey que Felipe VI. Debió de aburrirse en su jaula de oro y se fue a correr aventuras. Y no hay aventura más grande que vivir contigo.

No tenía claro si era un piropo, pero a Jimena le subió la moral que daba gusto.

Ahora Ralphie la observa con su mirada más crítica. No le gusta verla ensimismada, probablemente sospeche que anda tramando alguna maldad.

—Maldad no, travesura, Ralphie. Yo no hago maldades. Eso se lo dejamos en exclusiva a Súper Belén.

Y eso le recuerda que esa choni tiene una cuenta pendiente con ella. Fantasea con ver su cabeza rodando por el suelo: una fantasía mucho más estimulante que cualquiera que haya tenido con Víctor.

Y hablando de Él, como si lo hubiese conjurado, el rugir de una moto la empuja hacia la ventana.

—Madre del Amor Hermoso, ¿no deberían existir hombres así! Que te hagan babear de un modo tan vergonzante.

Aunque lo verdaderamente preocupante es que ahora también sabe dónde vive.

Eso no figura en su diario ni tampoco se lo ha dicho en ninguno de los muchos mensajes que han intercambiado desde marzo.

—Ha tenido que ser Irene.

Irene, quien, desde el primer día, allá por los años noventa, se propuso buscarle un hombre, una pareja, un novio, un llámalo-como-quieras. Irene, que ha estado un par de veces en su piso. Irene, que tiene memoria fotográfica. Sí, ha debido de ser ella. No puede tratarse de nadie más. O quizá sí. Quizá se trate de Joserra, que ahora sigue a Víctor en Instagram por alguna oscura razón que Jimena prefiere no saber.

Sea como fuere, Jimena cuenta hasta diez para responder a la llamada del Amor.

Silba y él mira hacia arriba con unos ojos como platos.

Jimena frunce el ceño y se mira de arriba abajo. ¡Joder, solo lleva puesto el tanga!

—Vale, sí, es negro y de encaje, casi tan bonito como el que olvidé la mañana de la boda. Y rematadamente sexy también. Pero no pensaba recibirlo así. No quiero que crea que voy pidiendo guerra, que llevo horas pensando en el polvazo que vamos a echar. Pero esa sonrisa socarrona a lo Marlon Brando me pone muy cachonda, me desarma y convierte mi voluntad en gelatina. Y mira que a mí nunca me gustó ese actor.

Debe de estar menopáusica si los moteros la ponen así de puerca. Casi le da un sofoco. Logra contenerlo a tiempo mientras él aparca la moto y se encamina al edificio.

Antes de que vuelva a contar hasta diez, Víctor ya está delante de ella,

mirándola como nunca la ha mirado nadie antes.

No es que no haya visto esos ojos hasta ahora porque Sí los ha visto, claro, y Sí la cautivaron irremediabilmente desde aquella noche.

Ahora las rodillas se le vuelven gelatina y las neuronas entran en bloqueo, cortocircuitadas, casi muertas porque, en ese maravilloso instante, solo queda sitio para el alud de sentimientos que le cae encima.

Puede ver corazones voladores, ¡en serio! Como los emoticonos que acostumbra a poner en Facebook cuando algo le gusta a rabiar, y Víctor le gusta de ese modo. Ya habrá tiempo para pensar si amar de nuevo es bueno o malo para la salud. Ya habrá tiempo para valorar si vale la pena seguir soñando despierta como cualquier quinceañera; si resulta rentable perder tres o cuatro o nueve meses de su vida (o su vida entera) colgada de alguien que... Bueno, no está tan lejos, ni es tan platónico, ni vive en una dimensión paralela tampoco. Pero a Jimmie le enseñaron, desde bien pequeña, que los tíos buenorros, ya fueran *strippers*, músicos, DJs, bailarines o estrellas de *jolibú*, estaban a años luz de ella, su mundo y su realidad. La cosa es que no aprende. He ahí el quid de la cuestión. Incorregible, la llamaba su madre. Eso y otras lindezas, aunque la que sobresaliera siempre en cualquier bronca fuera «incorregible».

Víctor la devuelve a la realidad y la obliga a mirarlo a los ojos.

—¿No vas a decir nada?

—¿Quieres que diga que estás para comerte con los dedos? Eso ya lo sabes.

—Lo sé. Pero me gusta oírtelo decir a ti. Y a nadie le amarga un dulce.

—Yo no he dicho eso. Yo he dicho: *¿Quieres que te diga que...?*

—Vale, vale —la interrumpe y entra como Pedro por su casa antes de que ella pueda detenerlo—. No sabes cómo me pones cuando te haces la dura conmigo —le escucha decir mientras camina pasillo adelante con ese contoneo de caderas tan obsceno. Cuando se lo cuente a Joserra, le va a encantar.

—Yo no me hago nada contigo. Soy borde de nacimiento. ¿No te dijo Belén que me había puesto de mote la Vinagres?

No sabe si echarse a reír o ponerse a criticar a Belén para mostrarle solidaridad.

—Ni se te ocurra criticar a esa petarda, que para eso me basto yo solita.

Víctor se echa a reír y se saca del bolsillo la bendita memoria con intención de devolvérsela, pero... en el último momento retira la mano y vuelve a guardarla.

—Demasiado pronto.

—Dámela.

—Tranquila, Jimmie, no tengo intención de quedármela. Ya no me hace falta. Sé todo lo que quiero saber... Por ahora.

—Te gusta joderme, ¿eh?

—Solo pienso en eso —susurra mientras la agarra por la cintura y la besa en los labios, empujándola hacia la pared—. A todas horas, en cualquier lugar. No sabes cómo me pones.

Jimena está a punto de entrar en combustión espontánea.

El familiar hormigueo por debajo del vientre empieza a hacerse notar.

—Suéltame —susurra a su vez, pero con tan poca convicción que él apenas sí puede oírla.

—No voy a soltarte, que te me escapas.

—¿A dónde quieres que vaya? No pensarás que voy a largarme y dejarte aquí. Te recuerdo que ahora estamos en mi piso.

—Y tienes miedo de que lo desvalije en cuanto me des la espalda, ¿no es eso?

Sí, era eso. Los prejuicios de Jimena vuelven a interponerse entre ellos sin que nada pueda evitarlo al parecer.

—Te sorprendería saber lo lejos que estoy de la imagen que te has creado de mí.

No parece enfadado. Quizá dolido, sí. Pero sobre todo excitado y dispuesto a demostrarle a esa Marisabidilla lo que es un Hombre y lo que cualquier Hombre querría hacer con ella... si se dejara.

—Yo no me he creado ninguna imagen de ti.

—No me mientas —le exige mientras vuelve a tomar sus labios con renovada pasión—. No sabes mentir. Lo veo todo en tus ojos.

—Mira tú, qué afortunado. Yo nunca he sido capaz de interpretar una mirada.

—Eso que te pierdes. Porque mis ojos gritan que te necesito como nunca he necesitado a nadie.

Jimena boquea, anonadada. ¿De dónde ha venido este hombre, de Marte, de Venus, de alguna galaxia ignota?

—¿Eres siempre tan sincero con la gente? —se pasma—. Digo, con los extraños.

—Es mi natural —reconoce con una de sus sonrisas de niño bueno—, lo siento si te incomoda. Pero tú no eres ninguna extraña para mí —le recuerda

con un guiño de ojos—. No lo eras aquella noche, ni mucho menos ahora que conozco hasta el último de tus anhelos.

Jimena se sonroja hasta la raíz de su pelirrojo flequillo.

—No creerás en serio que he escrito todo lo que siento.

—Pues sí, lo creo. Tú no sabes callarte nada como tampoco sabes mentir, ni fingir, ni hacerte la interesante. Aunque el intento no es malo del todo. Sigue practicando, lo mismo me sorprendes un día de estos.

Jimena le suelta una colleja.

¡Qué se ha creído!

¿Qué confianzas son esas?

Eso solo le corresponde a Joserra. Él no es nadie para hablarle de ese modo.

Y quiere decírselo, pero los labios de Víctor tienen otra idea de cómo pasar el tiempo.

—Y la próxima vez no seas tan despistada ni tan alocada —la aconseja después del beso más largo que jamás le hayan dado en su vida—. Aunque... estabas muy graciosa la otra mañana. No tenía que haberte dejado marchar. Tendría que haberte encadenado a mi cama y haberte obligado a satisfacerme ese día...

—¿Perdona? ¿Encadenarme a tu cama? Tú lo flipas. ¿Por quién me has tomado?

—Es broma, Jimmie. No tienes pinta de permitir que nadie te encadene a ningún sitio. Aunque la idea es tentadora, quiero vivir unos cuantos años más.

Jimena se echa a reír.

—Me vas conociendo y eso está bien.

—Te conozco mucho mejor de lo que tú crees. Ya te conocía esa noche cuando te vi en el club, sabía exactamente la clase de mujer que eres. Y por eso te llevé a mi cama. Lo de Belén y tu diario fue una propina. Eso sí, muy bienvenida.

Jimena lo mira de hito en hito.

—Serás caradura.

—Un poquito, pero nadie me lo reprocha. Bueno, excepto tú, al parecer.

—No soporto a los jeta. Que lo sepas.

—¿Ni siquiera a los que besan bien?

—Ni siquiera a los que me vuelven literalmente loca y me mojan las bragas.

Víctor la acaricia con ternura, de arriba abajo, con un gesto lento y

medido le baja el tanga y separa sus piernas.

—Déjate llevar, quiero follarte. Me vuelves loco, Jimmie. Llevo tres meses soñando con esto.

Y el deseo es mutuo; sería estúpido negarlo.

No lo hace; en cambio, lo acompaña al dormitorio, poco a poco, entre besos y caricias trémulas. Se promete que será la última vez, que no volverá a verlo más después de ese día, no caerá en su trampa. No permitirá que la embruje de nuevo.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo quiero todo.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Lo ve en sus ojos y queda absolutamente aterrada. Esto no puede estar pasando, se le escapa de las manos. Ella solo quiere divertirse, tantearlo, probar hasta dónde es capaz de llegar en ese juego que se traen entre manos.

—Mira, esto no va a funcionar si los dos no ponemos de nuestra parte —el tono de Víctor es inesperadamente grave y anuncia compromisos que Jimena no está dispuesta a asumir, ni siquiera después del mejor sexo que ha tenido.

—A ver, a ver, no te me embales —le frena con las manos en alto—. Entiendo que te divirtiera acostarte conmigo esa noche, entiendo que te haga gracia andar leyendo mis intimidades, porque la vida de los demás siempre es más graciosa cuando se ve desde fuera, incluso entiendo que creas conocerme mejor por eso. Pero no te equivoques. Yo solo quiero pasarlo bien. No necesito una pareja. Nunca la he necesitado. Cualquiera de mis dos ex podría jurártelo con la mano sobre la Biblia.

Él la mira a los ojos y Jimena prefiere no ver lo que los suyos gritan a los cuatro vientos:

—Yo no soy «cualquiera» de tus ex.

—No, eres único e irrepetible, ya lo sé —le sonrío con picardía, sin poder evitarlo—. Las mujeres te persiguen y acosan en Instagram, y tienes a más de un millar a tus pies, pero... Sigo sin querer tener nada contigo aparte de sexo.

—Porque soy un muñeco hinchable que solo sirve para follar.

—Hombre, tampoco hay que ser tan...

¿Franca? ¿Sincera? ¿Insultante? ¿Irrespetuosa?

—No te cortes, me gusta que llames a las cosas por su nombre. Eso está bien. Y estaría mucho mejor si me conocieras un poco más.

Jimena se sonroja. Solo un poco. Lo suficiente para que él sepa que ha dado en el clavo. Es sincera, casi demasiado, pero son sus malditos prejuicios los que la han llevado a meter la pata en más de una ocasión. Y esta parece ser una de tantas.

—Si lo tienes tan asumido será porque no soy la única que lo piensa — le provoca. Odia quedar como la mala de la película por sacar una conclusión tan obvia.

—No, no eres la primera ni la última en prejuzgarme. Pero me jode que lo hagas. Esa noche, no sé... Te vi como una mujer distinta. No parecías una de tantas cuarentonas desengañadas de la vida y el amor. Quise creer que eras diferente. Solo quiero que me digas que no me equivoqué.

Jimena no sabe qué decir.

¿Por qué tiene el poder de perturbarla de ese modo?

¿Por qué no puede verlo como lo que parece? Un tío buenorro, con quien divertirse un rato, sin más comeduras de tarro?

No puede ser que Él quiera algo más.

No con ella.

No tiene sentido.

—No estoy desengañada de la vida ni del amor.

Bueno, quizás un poquito.

—Pero no quieres nada serio. No te van las relaciones largas ni los compromisos. Eso ya lo sé. Lo leí en tu diario.

—Y si lo sabes, ¿por qué insistes? ¿Y por qué conmigo? Hay cien mil jovencitas que matarían por un beso tuyo.

—Me gustan los desafíos.

—Lo que te pone es que no beso el suelo que pisas, ¿es eso?

—Entre otras muchas cosas.

Jimmie le pone morritos pero no logra engañarlo.

La mira como si no supiera si quedarse o irse. Cuando se pone en modo borde no tiene rival.

—Lo que quieres es tenerme como un trofeo, que te veo venir.

—¿Qué ves venir?

—Cómo has presumido de llevarme a tu cama, hacer conmigo lo que has querido, anular mi voluntad y conseguir lo que nunca nadie antes ha

conseguido. Pero no te equivoques. Ya te dije que el sexo no me interesa tanto como para ir detrás de nadie, ni pagar por él. No voy a empezar ahora.

—No soy un puto.

—Ni yo una perra en celo.

Jimena protesta, Jimena se enoja, Jimena saca el escudo como si hubiera algún combate a la vista.

—No juzgues y no serás juzgada —sentencia él.

—¡Ja, que te crees tú eso!

—Yo no voy a juzgarte, Jimmie. No soy de esa clase de gente. Pero nos iría mucho mejor si tú tampoco me juzgaras a mí a la ligera.

—Ahora vas a decirme que lo de *stripper* lo haces por pasar el tiempo, y en realidad eres un tío muy listo que trabaja en una multinacional y tiene una nómina mensual de tres ceros.

—Y si te lo dijera, ¿qué?

—Que no me lo creo, *baby* —lo desafía—. Tu oficio es poner cachondas a las tías. No hay nada de malo en ello, pero a mi edad no pretendas engañarme con palabras bonitas.

—Y según tú, no merezco ni una mirada, claro, porque tú eres demasiado buena para mí.

Jimena está a punto de darle la razón y sonreír con aire satisfecho, pero en el último momento pilla el sarcasmo y ya no le hace tanta gracia.

Vale, se ha pasado de exquisita. Lo cierto es que la pone muy, pero que muy cachonda, y eso mismo es precisamente lo que la saca de quicio.

—No te pongas sensible, hombre —se burla—. Échale humor al asunto.

—No voy falto de humor, Jimmie. Pero tampoco me gusta que des por sentadas ciertas cosas. No eres perfecta pero me gustas así, joder. Y debo de ser masoquista porque me ha quedado claro que para ti no soy más que un juguete de usar y tirar.

*Touché.*

La ha pillado.

Aunque juegue a ser Barbie dominatrix, a Jimena le gusta Víctor. Demasiado. No quiere pensar en nada, fuera de la cama. Llámalo supervivencia emocional.

Se sacude las sábanas y se va a preparar café o una copa, o algo que le quite el calor corporal.

Víctor la sigue con la mirada y luego va detrás de ella.

La rodea por la cintura mientras ella abre la nevera y saca un par de

cervezas.

Jimena lo acoge sin protestar; está harta de discutir con él.

En cambio, da media vuelta y le estampa un beso en la boca. Sin aviso ni anestesia ni miramientos de ningún tipo.

Él lo recibe con sorpresa, pero no se aparta, no; se lo devuelve con ganas.

—Vives sola... ¿verdad?

La inesperada y absurda pregunta le arranca una carcajada a Jimena.

—No, vivo con mi abuela, ¡no te jode!

Le da una palmada en el pecho.

Mientras se toman las cervezas, ella se pregunta dónde se han metido Savie y Ralphie; está todo demasiado silencioso. Mejor si no aparecen, si no interrumpen lo que promete ser la mejor cita de su vida.

No, la noche de Madrid no cuenta.

Como siempre, se ha ensimismado tanto que no ha notado su lengua hasta sentirla acariciando el interior de sus mejillas. A tientas intenta desabrochar el botón de los tejanos que se le ajustan como una segunda piel, moldeando cada curva. Sí, los tíos también tienen curvas. Solo hay que saber encontrarlas.

De repente, su mano acaricia algo sorprendentemente duro y suave al tacto.

Jimena sonríe, pícara.

Él cierra los ojos y deja escapar un breve gemido.

—¿Te gusta? ¿Quieres que te la chupe?

De repente su voz se ha vuelto increíblemente sensual; casi no se reconoce.

Sí, ha soñado muchas veces ese momento con Víctor... Hasta ahora, ningún hombre le ha parecido ni medianamente bueno para llegar tan lejos. Incluso se encuentra dispuesta a arrodillarse para mamársela.

Quién te ha visto y quién te ve, Jimena, dispuesta a hincarte de rodillas para satisfacer el apetito sexual de un hombre.

La Jimena feminazi le reprocha haber caído tan bajo al dejarse subyugar de ese modo.

Su lado romántico le grita que Víctor es el Hombre de su Vida.

Y su lado ninfómano solo piensa en follar hasta perder el aliento.

¡Menuda se va a liar!

Pero sí, se arrodilla. Y le hace la mejor mamada que le han hecho en su

puta vida.

Y Víctor queda la mar de satisfecho.

A juzgar por cómo la mira, desea lo mismo que ella: volver al dormitorio y dejarse llevar por sus instintos.

Caen de nuevo en la cama, enredados en un lío de piernas y brazos, riendo, besándose sin tregua ni cuartel. Los labios de Jimmie saben a melocotón maduro; los de él a chocolate relleno de fresa. La piel de Víctor huele a sándalo y jengibre. La de ella a aceite de almendras dulces.

La mira con adoración y ella se sonroja del modo más pueril. Parecen dos adolescentes descubriéndose, y Jimena se siente rejuvenecer veinte años. Más sexo y menos bótox, se repite. Le hormigean las manos de tantas ganas como tiene de acariciarlo.

De arriba abajo, de los pies a la cabeza, y vuelta a empezar.

Despiertan horas después, sudorosos pero relajados.

La luna brilla en un cielo despejado que anuncia un verano de aúpa.

Parece que el nuevo mes quiera regalarles noches serenas, seguidas de días radiantes que los animen a salir de la cama.

Pero Jimmie anda perezosa. Muy, muy perezosa. Y Víctor tampoco parece con ganas de mover ese culito tan mono con el que ella ha hecho de todo.

Ah, ya no se acordaba de lo bien que se está acompañada. Y es que de su segundo ex ya no guarda ningún recuerdo; y del primero ni siquiera recuerda el nombre. Han pasado demasiados años. Y ninguno fue especialmente memorable, a decir verdad.

No tiene ninguna intención de hablarle a Víctor de sus ex.

No vale la pena y poco bueno puede decir.

Además, ella es otra Jimena; ha cambiado tanto que parece que la época de los ex pertenezca a otra vida. Una que no era suya.

Lo dicho: hay temas más importantes que sus escarceos juveniles.

Ahora siente su mirada fija en ella.

Han hecho cosas que... casi le avergüenza recordar. No porque sean malas, sino porque no esperaba semejante reacción por su parte. Ni por la de él.

No esperaba soltarse y comportarse de ese modo tan descarado e impropio de ella.

Es tan controlada, quisquillosa y maniática que pensó que nunca se sentiría a gusto con el sexo. Y, francamente, la idea de emborracharse cada vez que se acueste (o piense en acostarse) con él no es muy seductora que se diga.

Jimena no bebe alcohol, aparte de alguna cerveza en verano, o un Martini, o una copa de vino blanco. No es como su hermana, que busca la ocasión para empinar el codo. Es ahí donde se ve lo distintas que son. Ahí y en otros cien detalles más.

Y por supuesto no volverá a follar en estado de embriaguez, como en la noche de la despedida de soltera, aunque ya no haya ninguna honra que salvar, porque lo peor es que luego no se acuerda de nada y la cabeza da más vueltas que un ventilador en agosto.

Claro que, si no se pone un poquito alegre, va a parecer una monja frígida en la cama. A ver qué hace para encontrar el equilibrio entre la ramera y la vestal.

—Cuando me miras así, me das miedo.

—Mirarte, ¿cómo?

Víctor parece divertido con los temores casi pueriles de ella.

—Como si fuera una veta de oro recién descubierta al fondo de un profundo río, como si fuera lo más precioso que hubiera sobre la faz de la tierra. Haces que me sienta... extraordinaria.

—Eres extraordinaria ahora mismo, sin peinar, sin maquillar, sin disfraces ni máscaras. Cuando te veo así, es difícil creer que seas tan...

—Vieja.

—No —protestó—. Vieja, no... Mayor. Bueno, mayor que yo.

Se le ve apurado, tímido, y Jimena casi tiene que contener una carcajada.

—Vieja —repite con menos remilgos que él, porque no es ella si no llama a las cosas por su nombre.

—No eres vieja —le rebate—, no como si tuvieras ochenta años.

—Si sigues hablando así, probablemente me salgan arrugas en tres, dos, uno...

—Tampoco sería tan grave.

—Ahora vas a decirme que sufres complejo de Edipo y siempre fantaseaste con acostarte con tu madre.

La mira de hito en hito.

Vale, se ha pasado. El tema «madre» siempre es peliagudo para un hombre. Porque hay mucho amor... O demasiado poco, como en el caso de

Joserra.

Va a disculparse por la metedura de pata cuando Savie asoma el morro por la puerta.

¿Pondrá mala cara al verla (otra vez) desnuda?

—No voy a darte explicaciones de mi vida sexual, aunque seas mi perra y me dirijas una de tus miradas asesinas. Tú, mejor que nadie, debería comprender mis anhelos.

Víctor las mira. ¿En serio Jimena le ha hablado a la perra?

—¿Desde cuándo tienes una perra dálmeta? De eso no hablabas en el diario.

—Ni de otras muchas otras cosas, listillo —le replica mientras lo besa en la mejilla y se incorpora de un salto.

Está en un tris de echarla de malas maneras cuando Savie se acerca a la cama y se queda mirando a Víctor.

Le pone ojitos, ¡le pone ojitos!, y le da un lametazo en la cara que parece una bienvenida en toda regla.

A todo eso, Jimmie no sabe si a Víctor le gustan los animales o tiene mascotas como ella, o es alérgico, o les tiene fobia como le pasaba a su madre.

Víctor se echa a reír, despejando sus temores, y eso relaja el ambiente.

—Hola, preciosa —la saluda con más simpatía de la que ha gastado nunca con ella mientras le acaricia la cabeza—. ¿Quién eres tú?

—Savannah —contesta Jimena—, aunque nosotros la llamamos Savie. Es más borde que yo, te aviso.

—No sé por qué no me lo creo —la abraza sin reparo alguno y a Savie le parece sensacional. Exhibe la primera sonrisa auténtica que Jimena le ha visto desde que la recogió en la perrera. ¡Ver para creer!

—Vale, se ve que te molan los bichos.

Él asiente. No es un mal comienzo.

—Tú mismo —se encoge de hombros—, ya irás conociéndola y me darás la razón.

—Tú no eres borde, ni ella tampoco. Te aseguro que he conocido a gente mucho peor en mi vida. Lo vuestro es... simpático.

¿Simpático?

—Vale, para ti la perra gorda —le concede Jimena, algo mosca por el hecho de que hayan hecho tan buenas migas nada más conocerse.

Savannah se larga por donde ha venido. Ya ha satisfecho su curiosidad,

ya le ha dado el aprobado a ese tipo que se acuesta con su descerebrada (y desvergonzada) dueña, ya puede ir a desayunar tranquila.

Jimena la ve marchar, con su natural altivez regia, y menea la cabeza. A veces no tiene claro quién es la mascota en esa casa. No sabe tampoco si comentárselo a Joserra. Ya se le ve bastante entusiasmado con Víctor para, además, confesarle que es un amante de los animales. Se va a derretir como la mantequilla al sol. Y no le conviene porque, de repente, acaba de descubrir que no quiere compartir a Víctor.

Con nadie.

Ni siquiera con un gay.

Una nunca sabe por dónde acaba saliendo el sol.

Pero preguntando se va a Roma.

—Y hablando un poco de todo —le suelta como si tal cosa—, ¿tú no serás homófobo? Gay no eres, eso ya lo sé...

Deja la pregunta en el aire mientras se pone una camiseta... Y espera su reacción.

Al cabo de un instante, sus estruendosas carcajadas pueden oírse desde el piso de Joserra; Jimena ya lo ve entrando en su casa con ganas de cotillear, siguiendo su (insana) costumbre.

—Pero, ¿lo eres o no lo eres?

La risa de Él no da ninguna pista fiable.

—Qué va, mujer —le da un beso en los labios en uno de sus impulsos—. ¿En serio tengo pinta de ser homófobo?

—Pues no, no tienes pinta de ser de esa clase de Macho Alfa, para qué mentir.

—¿Cuántas clases de Machos Alfa hay?

—Unas cuantas, diría yo. Y, además, eres demasiado joven.

—No te fíes, los chavalines de ahora van para atrás como los cangrejos. Cada vez son más machistas y retrógrados. ¿Qué les darán de comer?

—Porquerías, a cuál peor.

—Si somos lo que comemos, no quiero imaginar su dieta. Puaj.

Jimena ríe. Está claro que puede presentarle a Joserra.

—¿A qué viene lo de la homofobia? ¡No serás lesbiana!

—¿Te parezco lesbiana? Si lo fuera, no me habría acostado contigo ni borracha.

—No tiene mucha lógica... Aunque explique por qué llegaste «virgen» a los cuarenta y tantos. Y Tú no te acostaste conmigo, Jimmie, fui Yo quien te

llevó a su cama con premeditación, nocturnidad y alevosía. Y me encantó haberlo hecho.

Otro beso, más intenso y más cálido. Casi tórrido, en realidad.

Jimena se relame de gusto antes de aclarar con su tonito puntilloso de siempre:

—No soy homosexual, quédate tranquilo. Lo digo por mi vecino —le guiña el ojo—. Él sí lo es. Y no uno cualquiera.

Jimena debe ponerlo sobre aviso, por si al bueno de Joserra le da por aparecer en cualquier momento. Tiene una copia de las llaves del piso y entra y sale sin pedir permiso, dada la complicidad que hay entre ellos.

—No tengo problemas ni con gays ni con lesbianas —la tranquiliza Víctor—, ni soy quién para meterme en la vida privada de nadie, mucho menos la sexual.

El suspiro de alivio de Jimmie se oye hasta en la calle.

Joserra es como un hermano para ella. Son un tándem. Si la eliges, él va incluido en el paquete. No hay más que hablar. Y así se lo hace saber.

Víctor, en correspondencia, le regala otra de esas sonrisas que le aceleran el corazón a cualquiera.

A veces a Jimena le entran ganas de darle una hostia con la mano abierta. Odia su pose de chulito.

—¿Estáis muy unidos?

Jimmie está a punto de decirle: «como la mierda al culo», pero después decide que no es serio y sí demasiado grosero para alguien tan refinado como ella. Ya no gasta palabras malsonantes desde que murió su madre. Hay quien asegura que las agotó con ella. Y no le falta razón porque su madre sacaba de sus casillas al mismísimo Jesucristo. Desde que no la tiene respirándole en el cogote y dándole la brasa por todo, su estado zen es mucho más zen. Y hasta que no tuvo el «honor» de conocer a Belén Solano, no desempolvó los guantes de boxeo y su vocabulario de choni poligonera.

—Somos como hermanos. De leche —le confía sin rubor. ¿No quiere saberlo todo de ella? Pues ahí va eso—: Confidentes en la noche. Y los mejores vecinos durante el día.

Víctor no sabe qué responder a eso.

Jimena quiere creer que a Él le gusta saber que hay quien la cuide y se preocupe por ella, pero a la vez le hubiera gustado verle celoso. Aunque para celosa ya esté ella.

—Habría que echarle un vistazo.

—¿Te me vas a poner celoso? —Jimmie se echa a reír.

—¿Tengo motivos?

—Hay quien, si no los tiene, se los inventa. Tú verás.

—Yo no soy de inventar nada. Me falta imaginación.

—No tienes por qué disculparte. A veces la imaginación juega muy malas pasadas —lo avisa—, te lo digo yo.

Él la besa de nuevo.

—¿Hay café por ahí? —pregunta a continuación.

—Unos sobres de descafeinado, pero nada más. Yo soy de chocolate caliente.

Víctor la mira con gesto pícaro. Jimena le desengaña:

—No va con segundas, lo digo en serio. Y cuando digo «chocolate», me refiero al Cola Cao de toda la vida, no al hachís.

—Realmente, no te pega fumar porros ni meterte caballo o esnifar coca. Vaya, no te imagino haciendo nada de eso. Pero ya te he dicho que no me sobra imaginación.

—Pues mira, en eso estamos a la par porque yo tampoco me he imaginado nunca haciendo esas tonterías.

—¿Nunca has probado la droga? ¿Ni el tabaco?

En sus ojos se ve que cada vez está más convencido de que Jimena ha salido de algún convento.

Ella lo intuye y hace lo que puede por desanimarlo:

—De jovencita fumaba, pero muy poco —admite sin pestañear, que piense lo que quiera—. Un paquete de Marlboro me podía durar hasta un mes, mira tú lo que me tiraba el vicio, y en algún momento, antes de los treinta, lo dejé y nunca me he arrepentido. Lo mío es el chocolate, ya te lo he dicho.

Víctor la mira con cara de pasmo y menea la cabeza, como si todavía no pudiera creerse haber tropezado con alguien como ella.

—¡Joder, no me mires así! Soy una chica sana, eso es todo. Lo único que puedes echarme en cara es que fuera un puto ratón de biblioteca cuando era joven.

—Pues para haberte pasado la vida entre libros no lo haces nada mal entre las sábanas.

—Leyendo se aprende todo. También el sexo.

Él no responde a eso. En cambio, se levanta y, sin cubrir sus vergüenzas, se dirige a la puerta con la clara intención de largarse, ofreciéndole a Jimmie una maravillosa panorámica de su trasero. De ese que la noche anterior casi la

vuelve loca.

—¿A dónde te crees que vas?

—A la cocina, alguien tiene que preparar el desayuno porque a mí follar me da hambre —una mueca burlona asoma a sus labios y a continuación le da la espalda.

—No vayas por ahí con el culo al aire, no es higiénico.

Hala, ya ha salido la Jimena maniática.

Víctor ríe a carcajadas mientras camina pasillo adelante, sin hacerle caso como si no la hubiera oído.

Ella se resigna, se repite que con él es otra Jimena y decide aprovechar el momento.

*Carpe Diem.*

Y de repente suenan llaves en la cerradura.

—Ya estabas tardando en aparecer, Joserra. Cotilla, que eres un cotilla.

Lo saluda con dos besitos ante la estupefacción de Víctor.

—Y a ti te he dicho que no vayas por ahí con el culo al aire —regaña al otro con un dedo índice de lo más beligerante—. Mira al pobre Joserra, va a ahogarse en su propia baba —le reprocha—. Ten piedad de él y ve a ponerte algo encima antes de que me encharque el parqué.

Los dos cruzan una mirada que viene a decir:

—Esta Jimena solo piensa en el dichoso suelo de parqué.

Es una pobre excusa, y en realidad la que está a punto de ahogarse en su propia baba es ella. Pero tampoco es falso que Joserra le eche una miradita al culo de Víctor igual a la que Jimmie le dedica a su *muffin* del desayuno, esa de «voy a comerte enterito y no voy a dejar ni las migas».

Jimena tiene que recordarle a su buen vecino y cómplice de secretos que Víctor es suyo y a ella no le gusta compartir sus cositas.

Joserra pone morritos pero lo pilla al vuelo.

—Hay que ver cómo eres, Jimmie —la regaña mientras, sonrientes, los dos observan cómo Víctor desaparece de vuelta al pasillo hacia el dormitorio.

—Que nos conocemos.

—Ajá —le guiña el ojo—, admites que no quieres compartirlo conmigo. ¡Mierda, ha caído en la trampa!

—Quiero decir que... Mientras esté conmigo, te quiero a... cierta distancia.

Pretende ser un susurro, pero Jimena sube el tono sin querer.

—Diría que te ha oído —la avisa con carita de niño bueno.

—No, ¡qué va!

¿En serio la habrá oído?

No quiere preocuparse por eso, ni entonces ni allí. Lo ha dicho con su picardía característica. Y joder, se trata de Joserra; es totalmente inofensivo. Si Víctor quiere algo serio con ella, más le vale ir conociéndola y saber cuándo bromea y cuándo no.

Porque es la reina de la ironía y el sarcasmo. Eso lo sabe cualquiera que haya hablado con Jimena tres minutos seguidos.

—¿Quieres café o solo has venido a ver qué tal nos ha ido en la cama?

Puede parecer un reproche, pero Joserra sabe que ni está enfadada ni quiere peleas de ningún tipo.

—Ni una cosa ni otra, mal pensada. Ya he desayunado y tu vida sexual no me interesa.

—¡Ja! Que te crees tú eso.

—Pues no, no me lo creo. Tu vida sexual me interesa, ya lo sabes... Pero no más que la mía.

—¡Noticias frescas!

Jimena pone los ojos en blanco.

—Uaauuu —silba entusiasmada—, haber empezado por ahí, mi pichoncito. ¿Qué tal se nos presenta la noche?

—A ti, no sé, pero yo tengo un planazo de la hostia.

—Ya estás tardando en contarme qué maldades has hecho mientras yo dormía tan ricamente.

Joserra pone cara de no creer que ella haya dormido ni cinco minutos con un maromo como Víctor al lado. Jimena tampoco lo cree, a decir verdad. Pero le da corte hablar de sexo delante de su vecino. Y sabe que suena tonto, pero ese día se ha despertado en modo mojigato al parecer.

—Fingiré que no he oído esa trola infame. —Joserra pone los ojos en blanco y se deshace en aspavientos—. Y lo haré porque eres mi talismán de la suerte.

Jimena pone cara de: «¿qué me estás contando?»

—¿Comorrrr? —hace una fantástica imitación de Chiquito de la Calzada intentando, eso sí, contener la risa que amenaza con brotar de sus labios, imparable—. No sé de qué talismán me hablas.

—De tu genial idea, y esta vez no va con sarcasmos, de fisgar en Instagram.

—¿Te ha salido un planazo por Instagram?

—Pues sí. ¿A qué viene esa cara de pasmo?

En realidad, la cara de pasmo viene a que Jimmie acaba de ver de refilón a Víctor saliendo del dormitorio, y con el torso al desnudo tal visión le provoca taquicardia.

—No estoy pasmada. Bueno —puntualiza—, lo que me sorprende es que hayas tardado tanto en probar el ligoteo en las redes.

Joserra pone cara de pucheritos.

—Llevo meses queriendo conocer a alguien interesante, y no es fácil, Jimmie. No todo el mundo tiene tanta suerte como tú.

—¿Perdona? —Para fliparlo en colores, piensa, y añade con esa cara de acelga que Savie le recrimina a la menor oportunidad—: Estás hablando conmigo, corazoncito, la solterona amargada del edificio, la Vinagres.

—Mira que eres exagerada —suelta Víctor mientras se sienta a su lado, le roba la taza de café y se lo bebé de un trago sin pestañear ni pedir permiso o disculpas. Luego aprovecha para achucharla bien.

—¡Bribón!

Jimena le suelta una colleja como castigo a su insolencia. Y sin poder evitar sonreír como una tonta, le pasa la cafetera para que se sirva más. Como si estuviese en su casa, vaya.

—No soy ninguna exagerada —se defiende enseguida con el ardor de antaño—, tú mismo lo dijiste: parecía recién salida de un convento.

—Pues entonces te llamé monja, no solterona. No confundas las cosas.

Jimmie lo mira con cara de «ahora no te me vayas a poner tiquismiquis con el lenguaje, que ese es mi territorio. ¡No lo invadas!».

—En mi pueblo, solterona y monja vienen a ser lo mismo.

—Eh, eh, no he venido a escucharos pelear, sino a deciros que he conocido al Amor de Mi Vida.

—Te odio cuando te pones tan intenso.

Sobre todo porque los Amores de Joserra nunca duran más de un par de días. Eso lo sabe Jimena y el resto de vecinos del edificio.

Víctor se ríe y le anima con un gesto a que continúe.

—¡Alma de cántaro, no sabes dónde te estás metiendo! No le des alas o nos dan las uvas.

—Nunca he conocido a nadie igual —declama el otro con mirada trágica.

—A ver, Joserra de mi alma, si has contactado con él a través de Instagram... —Jimmie intenta calmarlo—. Conocer, lo que viene siendo

conocer... No lo conocerás mucho... Todavía.

—Lo suficiente como para saber que no habrá otro como él.

Jimena enarca las cejas pelirrojas en ese gesto tan suyo, que indica que ha alcanzado un nivel extremo de exasperación.

—¿Qué me dices siempre, cariñín? —le recuerda, como una madre a su hijo de cinco años—: *Keep calm*... Pues aplícate el cuento... Al menos hasta mañana por la mañana.

Los dramas de Joserra la dejan agotada.

—Deja que se ilusione —le susurra Víctor al oído, y su solo aliento estremece a Jimena de la cabeza a los pies—. Todos tenemos derecho a soñar.

—Si no digo que no —protesta ahora—, pero luego soy yo la que coge reúma cada vez que Joserra me llora en el hombro. Que lo quiero mucho, pero tanta lágrima no puede ser buena para la salud de nadie.

Víctor no acaba de verla en el papel de amiga-quita-penas.

—A ver, que nos entendamos —le suelta a Joserra con un tonito impaciente—. ¿Tenéis algo en común, la música, el sushi, los bichos, tu canal de YouTube...?

Él la mira como si todo eso no importara una mierda.

—Jimmie, voy a pasármelo bien, no a casarme con él.

—Joserra, acabas de declarar del modo más teatral imaginable que has conocido al Amor de Tu Vida —vuelve a recordarle como si éste fuera un poquito lerdo—. Uno se casa con el Amor de Su Vida... Si puede, claro.

Su vecino la mira, un tanto desconcertado, quizá también abochornado, y empieza a caer en que se ha mostrado más entusiasta de la cuenta.

¡Ya se lo parecía a ella!

—¿Y por qué no va a poder —interviene Víctor, sin poder contenerse—, por qué siempre tienes que ser tan ceniza?

—Siempre he pensado que los guapos estáis mucho mejor calladitos.

Víctor la fulmina con la mirada.

Jimena ni se inmuta, a estas alturas nadie le dice lo que puede o no puede decir. Y menos en su casa.

—Intento que toque con los dos pies en el suelo —se defiende inútilmente—. Si no, se me descalabra.

Víctor suelta otra carcajada de las suyas, pero Jimena no sabría decir con qué intención.

—Pues deja que se descalabre —la aconseja—. Eso es la vida, Jimena: tropezar, caerse y volver a levantarse.

Le repatea el hígado que un *stripper* pretenda darle lecciones de vida.  
Y que encima tenga más razón que un santo.

Lo mira con mala cara, pero Él, que ya va conociéndola, no se lo toma en serio.

Joserra interviene:

—No soy un mueble, eh. No habléis de mí como si no estuviera aquí.

Jimmie le pone carita de niña buena para disculpar la metedura de pata. Si hay algo que ese par de incorregibles no soporta, es que los traten como a seres inanimados o inorgánicos. Meterlo en una pelea entre Víctor y ella ha sido de lo más rastrero.

—Perdona, *baby*, ya sabes que hay cosas y gente que me encienden.

—¿Lo dices por mí? —protesta Víctor.

—Pues sí, hay veces que me sacas de mis casillas. Fuera de la cama, estás más mono con la boquita cerrada.

Olé sus huevos.

—No quería ser tan franca, la verdad.

La mira con los ojos entrecerrados, esos ojos de felino, tan peligrosos, y ella adivina que le ha tocado la fibra sensible y ha humillado su ego de Macho Alfa.

—Ya le salió la vena feminazi —la disculpa Joserra—, no le hagas mucho caso. Le sale del alma y no puede evitarlo.

¿Quién trata ahora al otro como si fuera un mueble?

—Joserra, cariñete —le pellizca la mejilla—, sé defenderme yo solita.

De repente, Jimmie ve que Víctor se siente incómodo en esa charla. Es algo repentino, pero lo lee en sus ojos y no acaba de gustarle.

—Anda, Joserra, ve a ponerte guapo, y mañana vuelves y me cuentas qué tal te ha ido con el súper ligue de Instagram —lo azuza porque quiere quedarse a solas con Víctor y hacerse perdonar su lengua viperina—. Y a todo esto, ¿tiene nombre el jamelgo? —La idea le viene como un flash—. A ver si el perfil va a ser más falso que el beso de Judas.

Cuando Jimena ya piensa que Joserra le va a gritar cualquier palabra malsonante, se echa a reír.

—Esta Jimena nunca cambiará —mira a Víctor con su mejor cara de mártir—. Mujer de poca fe —le reprocha y añade con retintín—: No es un perfil falso. Tiene otras cuentas en Twitter y Facebook. Es un tío muy sanote y se llama Pol.

—Suenan muy catalán. —Jimena arruga el ceño—. No será

independentista.

—Y yo qué sé, Jimmie, no hemos llegado tan lejos. Aún no he visto banderas ni soflamas soberanistas ni *selfies* posando con Puigdemont.

—Concédele el beneficio de la duda, la presunción de inocencia... Si sabes lo que es eso —le pide Víctor con esa sonrisita suya que la enciende toda por dentro muy a su pesar.

—Como a ti, ¿verdad? Te voy a dar yo a ti presunción de inocencia —le saca la lengua y acompaña a Joserra hasta la puerta y le dice—: Me encanta cuando los tíos os defendéis unos a otros.

—Me cae bien, Jimmie —le susurra su medio limón como respuesta—. No lo dejes escapar.

Otro que se piensa que esto es una cacería.

Menea la cabeza en señal de rendición, y lo despide con un beso en la mejilla de esos bien sonoros, para asegurarse de que Víctor lo oye.

Cuando Joserra desaparece, de vuelta a su piso, Jimena vuelve al salón y se encuentra a Víctor repantigado en el sofá y sin ninguna intención de marcharse.

—¿Está cómodo el señor?

Se sienta a su lado, marcando territorio, dejando las fronteras bien delimitadas.

—Te veo muy relajado y a gusto, pensaba que estabas cabreado conmigo.

—No me faltan motivos, pero me pones muy cachondo cuando te lanzas a parlotear sin pensar, como aquella mañana...

—No lo hago a menudo —lo tranquiliza—, lo de hablar sin pensar. Soy muy controlada. Pero Joserra es como un hermano para mí —le avisa—; nosotros funcionamos sin filtros, y a veces olvido que no estamos solos. Irene, Rosi y Olivia ya nos conocen y nos tienen tomada la medida, pero tú...

Víctor se acerca, rompe las fronteras delimitadas y la besa en los labios, silenciando cualquier otra explicación que quiera ofrecerle.

—Tú también estás más guapa calladita —una mano atrevida le separa las piernas y avanza con descaro hacia su objetivo final—. Así, como ahora. No digas ni una palabra más. Solo déjame comerte.

Y Jimena se calla mientras Él alcanza la meta deseada; dedos revoltosos juegan sin piedad con su clítoris, provocando jadeos y gemidos entrecortados. Los ojos castaños brillan. La melena roja se desparrama por el brazo izquierdo del sofá. Víctor ríe. La Señora Control se descontrola sin remedio.

Aúlla como una loba en celo con cada una de sus caricias. Él la acalla con más besos; podría estar toda una vida besándola y todavía no sabe la razón. Solo que no puede parar.

Jimena, por su parte, renuncia a hablar. ¿Qué va a hacer si la saquea de ese modo, si la enloquece de puro placer? Antes de que se dé cuenta, Víctor está otra vez encima de ella, embistiéndola de tal forma que lo siente cabalgando por sus venas como un jinete libre y salvaje. Solo muy de tanto en tanto deja escapar un suspiro, un jadeo entrecortado en medio de ese particular limbo de sexo satisfecho.

Vuelven a quedarse dormidos en un apretado abrazo.

En algún momento de esa noche, mientras están en la cama en su dulce intercambio de palabras y gestos, le llega un wasap de Joserra que no se molesta en leer porque ya adivina lo que dice:

*Esta noche voy a pillar cacho, o algo por el estilo.* Joserra no es muy creativo con los mensajes.

Además, sabe que a la mañana siguiente lo tiene en su cocina contándole todo al mínimo detalle.

Y Jimena esa noche quiere disfrutar de Víctor porque se marcha a Madrid al día siguiente.

No le ha dicho nada, pero lo sabe. Esas cosas se saben sin que nadie te las diga.

Él se acurruca contra su espalda cuando ella iba a coger el sueño, a las dos de la mañana.

Desliza una mano por debajo del tanga y Jimmie le da un manotazo.

—Ahora no —lo desanima—, tengo sueño.

No, desde luego no es una adicta al sexo. Eso está claro. No es que no le guste, pero... ¿Te acuerdas cuando te dije que era una marmota? Entre follar y dormir, prefiere dormir.

Además, ya habrá tiempo para juegos y tonterías cuando vuelvan a quedar. Porque volverán a quedar, lo ha visto colado por ella.

Y no es vanidad. En serio.

A la mañana siguiente, Jimena se despierta con ganas de guerra y juego sucio.

Bueno, quizá no sucio, pero sí picante

Le muerde el lóbulo de la oreja y ronronea como Ralphie: suavecito y

muy contenta.

—Ahora sí tiene ganas la señorita, ¿no?

—Me encanta lo de «señorita», me hace pensar en institutrices a lo Jane Eyre. Y sí tengo ganas de ti.

—Debería mandarte a tomar viento fresco y lo sabes.

Víctor quiere regañarla, pero esa mirada castaña y penetrante le advierte que no es buena idea.

Como confirmándolo, Jimmie responde:

—Pero no me mandarás a ninguna parte porque tú también quieres mambo. Que lo sé —le sonrío, toda picarona.

—Eres incorregible.

—Eso ya me lo decía mi madre a los quince años.

—¡Y qué razón tenía!

—Y eso que aún no había despertado a la bestia.

—Me pone a cien ese mal genio que gastas.

La besa en el cuello, sube por su barbilla hasta la mejilla izquierda, luego sus labios se deslizan hacia la nariz y suben hasta la frente y el nacimiento del cabello.

—Eres pelirroja de verdad.

—Yo soy toda De Verdad, nene —replica—. Creía que ya lo sabías.

—Nunca está de más confirmarlo sin lugar a dudas.

Jimena entorna los ojos, desconfiada como siempre, recelosa ante tanta simpatía.

—Y ahora que has satisfecho tu curiosidad, ¿te gusta lo que ves?

—¡Cómo no va a gustarme!

—No puedo fiarme de ti —protesta—. Fuiste un tramposo la noche de la despedida de soltera. Si Belén no te hubiera incitado —le recuerda—, jamás habrías puestos tus ojos en mí.

La mira a los ojos y ¿acaso ve dolor en esas pupilas de chocolate fundido?

—¿Y por qué no, si puede saberse?

—Porque los tíos como tú... —empieza Jimena el sermón de siempre. Lo tiene tan interiorizado que puede recitarlo de carrerilla.

—Los tíos como yo... ¿qué? —la interrumpe.

—Los tíos como tú se sienten atraídos por... otro tipo de mujer.

—Ya habló Doña Prejuicios.

Víctor vuelve a enfadarse, pero ella no lo está menos. Empieza el duelo.

—¿Qué? ¿Cómo me has llamado ahora? Creí que era Doña Pretenciosa.

—Doña Pretenciosa y Doña Prejuicios, me llevo dos por el precio de una. Y que sepas que eso no me lo chivó tu «amiguita», lo he descubierto yo solito después de escucharte y leerte estos días.

La ha pillado de pleno y Jimena solo puede sentirse dolida.

Quiere justificarse, defenderse de sus injustas acusaciones cuanto antes, pero ocurren dos cosas en ese momento: Savie entra en el dormitorio con la correa de paseo entre los dientes y se oyen las llaves en la cerradura, clara señal de que Joserra vuelve al piso para darle el parte de su noche loca.

Víctor salta de la cama y empieza a vestirse con deliberada parsimonia, como si estuviera haciendo uno de sus numeritos de *striptease*.

A Savannah no parece importarle un pimiento verlo a Él en cueros, al contrario.

Joserra también asoma la nariz por la puerta.

Jimena va rauda a su encuentro y lo empuja hasta la cocina para que no atisbe más de la cuenta. El culito de Víctor solo puede verlo ella. Sin embargo, su desnudez impúdica la ve todo el mundo.

—Desembucha.

Se echa a reír.

—¿Sabes que vas desnuda?

—Estoy en MI casa y voy como me sale del coño.

—Me gusta el culito de tu nene.

—¿Eso quiere decir que se te chafó el plan?

—¡Para nada! Fue una noche inolvidable.

Vale, le ha quedado claro: ha pillado cacho y está en una nube de colores, como la buena de Heidi. Y aparece tan sonrojado como ella.

—Follar te sienta bien, ya no me acuerdo cuándo fue la última vez que te vi así.

—Así, ¿cómo?

—Feliz. Risueño —le hace notar—. Casi no tocas con los pies al suelo.

—A ti tampoco se te ve muy disgustada que digamos.

—No ha ido mal... —deja escapar con una de sus sonrisas misteriosas.

—Deja de hacerte la intrigante y escúchame con atención: anoche Pol me dio una idea genial para tu negocio.

—¿Mi negocio? ¿Qué negocio?

¿Le habla en chino o en esperanto o en arameo? Si le habla en swahili lo entiende mejor.

—Tienes que montar un gabinete de asesoría y *coaching* integral para escritores —le suelta con una sonrisa y una mirada de expectación.

—¿Un qué de qué?

—No me pongas esa cara de pasmo, Jimmie. Tú eres la que entiende de esas cosas. Yo soy un neófito en el mundillo literario. Pero al menos sé lo que es un *coach*, ¿lo sabes tú?

—Sí —le dice, aunque no tenga ni idea de a dónde quiere ir a parar—, uno de esos vivales a los que les encanta parlotear como feriantes vendiendo crecepelo y, de paso, robarles el dinero a los incautos. En este país son tan populares como el boquerón de Málaga, pero... ¿Qué tiene que ver eso conmigo? ¿Para qué coño necesito yo un *coach*?

—No, no, no —se exaspera él por momentos—. No me he explicado bien. Tú eres el *coach*.

—Tú lo flipas. No mezcles, Joserra, leñe —lo regaña una vez más—. Siempre te digo que cuando salgas de jarana no mezcles alcohol y pastillas. Te sienta fatal. Y ahora déjame cinco minutos para tomarme el café. Yo sin cafeína no funciono. Y lo sabes.

Le pasa la cafetera.

—Sírverte un par de tazas y espabila. Y no me hables de *coaching* a estas horas de la mañana, que estoy recién levantada y recién follada.

La mira con gesto pícaro. Ella sonríe a medias sin saber si el brebaje le despejará la mente lo bastante como para entender a qué viene todo ese rollo, de buena mañana.

Y Víctor sin dar señales de vida. No se ha escapado por la ventana porque están en un quinto piso con entresuelo y principal. Tan kamikaze no es.

Jimmie se toma otro café tamaño familiar, y parpadea para sacarse la modorra de encima.

—Pues ya me he tomado el café y sigo sin entenderlo, ¿para qué quiero yo montar nada? No me falta el dinero y soy pésima para dar consejos gratuitos. Lo de cobrar por ellos me parece directamente una estafa.

—No seas tan radical —protesta—. Los psicólogos también cobran por dar consejos.

—Hete aquí otro nido de estafadores. ¡Qué mierda de país el nuestro! ¿Por qué no habré nacido yo en Dinamarca como Hamlet o Hans Christian Andersen?

—O en los páramos de Yorkshire, como tu querida Emily —le sugiere conociendo al dedillo su punto débil.

—No me lo recuerdes o me pondré a llorar de un momento a otro.

—¿Quién va a ponerse a llorar?

La voz de Víctor les interrumpe. Jimena lo mira bien. Otro que la hace llorar... de placer. Mejor no pensar en eso, que están es una reunión de trabajo... o lo más parecido a esas horas del domingo.

—Jimena odia España —le anuncia Joserra como quien comunica la muerte de un ser querido—. Seguro que ya te lo ha dicho.

Lo mira de arriba abajo y, para el gusto de Jimena, se detiene demasiado tiempo en la tableta de chocolate que la camiseta de Extremoduro no acaba de tapar.

—Pues no —lo contradice el otro, y se dirige a Jimena—: Nunca has dicho que odies nuestro país, ni siquiera en tu diario.

—Si me vienes ahora con el cuento de la playa, la paella y la sangría, te capo. En serio.

Está harta de que todo el mundo justifique y disculpe los males de España diciendo que hay playa, paella y sangría. Como si eso lo solucionara todo.

—La culpa de todo la tienen los putos moros. Si nos hubieran invadido los vikingos en el siglo VIII, otro gallo nos cantaba, ¡por Odín!

—Eso que dices, Jimmie, es muy políticamente incorrecto —le recuerda Joserra.

—¡A tomar por culo! No soy yo la yihadista, ni la que capta adeptos para el DAESH, ni la que programa atentados en internet y se lleva a todo Cristo por delante, cargada con un cinturón de explosivos. No soy yo, Joserra, no te confundas de enemigo.

Víctor los mira y puede verse cómo flipa en colores.

—Me queda claro que no te gustan.

—No, no me gustan ni pizca. Y no voy a disculparme. Y no te me pongas perro flauta con esta gente, que no te lo aguanto.

—Nadie te lo está pidiendo —la tranquiliza Joserra—, y nos estamos desviando del tema.

—¿Qué tema? —se interesa Víctor.

—Literario.

—Una casa de putas donde no quiero entrar ni a rastras. Bastante tengo ya con lidiar con el ego descomunal de autores novatillos, llenos de ilusión e inocencia y ganas de comerse el mundo.

—Por eso mismo, Jimmie. Esa gente anda muy desnortada. Te necesita.

—Nadie necesita la verdad, Joserra. Con la mentira se vive más a gusto. Que ya es la nosécuánta vez que te lo repito.

—Menudo panorama pintas —silba Víctor, claramente en desacuerdo—. Según tú, el mundo está lleno de mentirosos.

—Y de gente que pide a gritos que les mientan. Sí. Y no me pongas esa carita de inocente, que ya no eres ningún chavalín.

Sí, la pulla va para Víctor, y por la cara que pone se ve que no le ha gustado. No quiere hacerle daño ni meterse con él, pero su (falsa) ingenuidad la saca de quicio.

—A ver, a ver, que no he venido aquí para que os peleéis tontamente —Joserra intenta mediar en lo que parece ir a convertirse en un combate a diez asaltos—. Solo he venido a darte una idea.

—Ya, ya, ya. —Jimena lo corta antes de que se ponga más moñas de la cuenta—. Y me dices que esa idea tan «genial» te la dio tu amiguito anoche.

—Sí, me la dio Pol. Su hermana es escritora. De novela romántica. Está empezando, eh. Solo tiene veintitantos y aunque ya ha escrito dos novelas, en el mundo de la edición aún anda muy perdida.

—Dile que antes viva y sufra. Y después se ponga a escribir en serio. El resto llegará solo y con el tiempo. No por mucho madrugar...

—Amanece más temprano —concluye Joserra, que la ha oído decir eso tropecientos mil veces.

—¿Y si no sufre ningún trauma? —Víctor se queda boquiabierto ante la visión de la vida y el mundo que tiene Jimena.

—No hará nada que valga la pena leer, salvo una nueva versión de *El señor de los anillos* o algo por el estilo —declara ella sin pudor—. No se puede escribir con realismo desde la inocencia de la juventud. ¿Qué vas a contarles a tus lectores, que papá te ha castigado sin paga y sin salir los fines de semana? Uau, menuda trama; para caerse de espaldas, oiga.

—Hay gente que ha sufrido desde bien temprano —le recuerda Víctor y cualquiera que lo escuche puede llegar a pensar que el tema le toca de cerca.

—Lo sé —admite con el mismo desparpajo de siempre—. Pero una novela de ese tipo solo puedes escribirla una vez. ¿Qué vas a hacer con el resto de tu existencia?

Eso piensa cuando, de Pascuas a Ramos, se plantea escribir la disparatada historia de su vida. Por un lado, le hace ilusión, por otro siente demasiada vergüenza; tanta que al final se da dos hostias mentales y lo deja correr. También puede dedicarse, como le ha insinuado Joserra un sinfín de

veces y con mucho tino, a los guiones de la tele; a fin de cuentas un serial no es más que una historia cualquiera transformada en guion por obra y gracia de unos señores —los guionistas— con una burbujeante imaginación.

Prefiere no pensar en series, ni en cine o actores porque, de repente le da por imaginar lo jodidamente bien que podría quedar Víctor en pantalla, con esos ojazos verdes y ese cuerpazo de pecado y...

—Tierra llamando a Jimmie, Tierra llamando a Jimmie. ¿Jimmie? ¿Contestas?

Ese es Joserra, tomándole el pelo como de costumbre.

—Que sí te oigo, coño. ¿Qué decías?

—Oyes, pero no escuchas

Ese es Víctor, quejándose de que nunca nadie lo escucha en serio.

Pero... Jimena no puede evitarlo. Cada vez que lo mira, vuelve la revolución en los bajos fondos y solo quiere que la empotre contra la pared y se la meta tan adentro que le salga por la garganta.

«Eso ha sonado muy heavy, Jimena. Contrólate, por Dior».

Hace el gesto de abanicarse con la mano ante las atónitas miradas de sus compañeros, a cuál más pasmado.

—¿Te encuentras bien, Jimena?

Joserra se preocupa porque nunca la ha visto en una como esa.

—Sí, sí, sí, me encuentro de puta madre.

¡Qué dominio de la mentira, por favor!

—Aquí hace un calor de la hostia —gimotea a continuación mientras sigue haciendo aspavientos de lo más cómicos—. ¿Soy la única que lo siente?

Bien puede ser, porque está menopáusica perdida y la visión de Víctor no mejora en absoluto su estado.

Como ve que ninguno de ellos tiene intención de contestar, se larga al dormitorio a vestirse. Quizás un paseíto con Savie por el parque la ayude a despejarse y enfriarse un poco, leches. Parece una quinceañera babeante y confusa. Ella, que siempre ha tenido las ideas tan claras que la gente o se asustaba o la odiaba a muerte por ello.

Ahora, a esa peña le encantaría verla en su nuevo estado: titubeante, tímida, indecisa y atemorizada por desear tanto a un tío que... simple y claramente nunca encajó con su tipo ideal.

Como de costumbre, apenas sí mira el armario antes de pillar su camiseta favorita de Londres, la que grita *Thought is free*, y unos tejanos blancos cortados a la altura de las rodillas. Adora el blanco en verano. Le

encantan los colores chillones, estridentes y alegres; le insuflan vida y buenas vibraciones.

Vuelve a la cocina y silba para que Savie vaya a su encuentro.

La perra parece haberse volatilizado; ni se la ve ni se la oye. Vuelve a silbar.

Savannah aparece a los cinco minutos, altiva y regia como siempre.

A Jimena ni la mira, se dirige a los hombres y se deja mimar por sus arrumacos.

—Hala, pues hoy te la llevas tú —le da la correa a Joserra—, ya que te entiendes de maravillas con ella. Yo tengo ganas de jugar a otras cosas —le guiña el ojo a Víctor y vuelve al dormitorio con la firme esperanza de que Él la siga.

Y claro que la sigue, y la mar de encantado. Y divertido.

—¿Para qué te has vestido si no pensabas salir con la perra?

—Sí pensaba salir con Savie —le contradice—. Pero, ¿has visto cómo me ha mirado, y a vosotros?

—¿Tienes celos de una perra?

—Tengo celos del aire que respiras; de tu almohada y hasta de las sábanas y mantas con las que te arropas en las noches; tengo celos de todo lo que te toca y entra en contacto contigo.

—Me queda claro que eres una mujer celosa.

Chasca la lengua y parece dispuesto a echarse a reír.

—Solo un poquito.

Jimmie junta los dedos con gesto inocente mientras se desnuda, queriendo inútilmente quitarle importancia al arrebató.

Él la besa. Y ella pierde el Norte, como ya viene siendo costumbre desde que lo conoce.

—Odio lo que haces en mí.

—¿Y qué hago si puede saberse?

—Volverme loca, ¿te parece poco?

—Me encanta volverte loca, aniquilar a la feminazi que vive en ti, convertirte en la mujer que mereces ser.

—¿Y qué mujer es esa?

—Una que no tiene nada que ver con la Vinagres.

Ella le pone morritos al tiempo que le dirige su mirada más mortífera al escuchar ese horrible apodo de sus labios.

—Mira que es pensar en Belén y solo veo motosierras —lo amenaza.

—Uy, eso ha dolido. Pero no sé por qué no te veo empuñando una de esas. A menos que la casa Chanel las fabrique un día de estos.

—No soy ese tipo de mujer —se encara con él en su imperfecta desnudez—. Mírame, ¿de veras parezco una Barbie?

—Eres una criatura extraordinaria —admite mientras se la come con los ojos y la tira, junto con él, encima de la cama—. Y no, no pareces una Barbie. Bueno... quizás un poquito... Si se te ve muy de lejos. Pero en cuanto abres la boca me recuerdas más a las Monster High.

Jimmie no sabe si darle una colleja por insolente o un beso porque siempre sabe cómo subirle la moral, aun sin proponérselo. Y también sabe revolucionarla por dentro. En ese momento siente cómo sus hormonas golean a sus neuronas por 4 a 0.

—Cuando me tocas me siento una *Pantera en libertad*, que cantaba la Naranja.

—Sí —la mira a los ojos con especial intensidad—, tienes cara de que te guste esa música.

—Vaya, adivinas la música que le gusta a la gente por su tipo de cara. Curioso.

—No son los rasgos —puntualiza entre risas—; es... la expresión, la mirada, ese modo adorable en que frunces los labios cuando algo no te gusta.

—Soy un puto libro abierto, ya me lo decía mi abuela.

—Dudo que tu abuela utilizara palabras malsonantes.

—Sí, vale, el «puto» es cosa mía. Mi abuela era una bendita.

—¿Y qué abuela no lo es?

—La de mi madre. Esa era una auténtica arpía.

—Siempre tiene que haber un villano en la familia.

—No, ¡qué va! Era tan señorona que, por no hacer, no hacía ni maldades. Pero si la Pereza es un pecado capital...

Víctor se echa a reír a carcajadas y le da una palmada juguetona en el trasero.

—Eres...

—Incorregible —lo interrumpe.

—Pues no iba a decir eso, Marisabidilla. Si persistes en esa manía tuya de interrumpir a la gente cuando habla, nunca sabrás lo que realmente quieren decir.

—No te ofendas, pero me la suda muy mucho lo que la gente quiera decirme, en general. Y lo que piensen de mí... Uy, de eso mejor ni hablamos.

Le encanta hacerse la dura con él, demostrarle que no es rival para ella en una batalla dialéctica. Ni en ninguna otra, ya puestos.

Sí, ya ves, el Amor la ha transformado en Lara Croft y se ve capaz de todo. Hasta que se encuentra con sus ojos y el mundo desaparece en un torbellino de estrellas.

Ya lo dijo Becquer:

«Que el alma que hablar puede con los ojos, también puede besar con la mirada».

Y como la mirada de Víctor no hay dos. Palabra de Jimena Silva.

Le mordisquea el lóbulo de la oreja y le susurra un «te quiero» al oído, muy bajito, solo para Él. Quien no arriesga no gana.

—¿He oído bien? —Víctor se incorpora como un resorte, patidifuso—. ¿Me has dicho «te quiero»?

—Sí, lo he dicho —admite Jimmie con la boca chiquita—; no te acostumbres. Y si lo pregonas en las redes, lo negaré todo.

—¿No quieres saber qué iba a decirte cuando me has interrumpido?

—Pues... no estoy demasiado impaciente por saberlo, la verdad.

Es una mentira como una catedral. Claro que se muere por saberlo, pero... antes muerta que revelar sus debilidades.

—Eres una mentirosilla y tus ojos te delatan.

—Nunca he sido capaz de leer miradas ajenas, ya te lo dije —le confiesa con un encogimiento de hombros—. Soy una auténtica negada para eso, no puedo rebatirlo. Tú ganas. Síííí, quiero saberlo.

—Bueeeeno —se hace el interesante como si no lo fuera bastante sin necesidad de abrir la boca—. Quizá... después de la cena... te lo desvele. Solo quizá. No prometo nada.

Hala, ahora la va a dejar con la miel en los labios. ¡Será cochino!

—¿Cuándo te vas?

—¿Ya me echas de tu cama?

—No, qué va, por mí te puedes quedar aquí, conmigo, hasta que el Infierno se congele... Pero, si no recuerdo mal, tienes un trabajo en Madrid. ¿O ya te has despedido?

Lo ha dicho sin pensar, como casi todo lo que dice desde que aprendió a hablar.

Con Él no hay filtros que valgan.

—No me he despedido —niega—, pero si no vuelvo, tampoco me echarán de menos.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Ay, Jimmie, no soy imprescindible. Nadie lo es. Podría quedarme contigo una larga temporada.

—¿Y qué vas a hacer?

—No me digas que en Barcelona no hay locales de *strippers* como El Crepúsculo.

—Si los hay, yo no he pisado ninguno.

Se hace la remilgada con un mohín que no engaña a nadie.

—Oh, claro, sor Jimena, me olvidaba de su voto de obediencia y castidad.

—Menos recochineo, eh. Ya te dije que no soy ninguna monja.

—Y gracias a mí, tampoco eres virgen.

Esa sonrisita de suficiencia, tan asquerosamente perfecta, la tiene desquiciada.

—Si quieres, mañana lo publicas en YouTube y lo hacemos viral —lo desafía—. A lo mejor nos hacemos ricos a golpe de visitas.

La besa con fruición.

—Te quiero, mi adorable gruñona. Y oye —se ríe—, esa no es mala idea.

## **JUNIO**

Después de aquella primera visita, hubo un par más antes de que acabara mayo.

Conversaciones banales en torno a tazas de café y, más que amor, frenesí.

Sexo desatado y confesiones a media noche.

Víctor le ha devuelto la memoria USB, a regañadientes, después de que ella le prometa que habrá más citas como la primera.

Jimena se pasma de las ganas que tiene Él de continuar con ese tira y afloja, el intercambio de pullitas, y sobre todo: el intercambio de saliva y otros fluidos corporales.

Junio la sorprende en un estado emocional muy cercano al éxtasis, caminando como una sonámbula por el piso, descentrada, perezosa y con ganas de besar y ser besada por encima de cualquier otra cosa.

Jimena apenas se reconoce cuando se mira al espejo, esa que tiene un brillo travieso en la mirada no puede ser ella. Ella es la Vinagres, perpetuamente peleada con el mundo.

O eso era antes, claro.

Antes de aquella noche, antes de aquel club, antes de Él.

No se atreve a hablar con Joserra, que la radiografía por dentro en un santiamén nada más verla y deja al descubierto todas sus miserias en carne viva.

En cambio, ha llegado el momento de liar los bártulos y largarse a Dublín.

Lo de ver a su sobrina del alma es una excusa muy mala, y lo sabe, pero le basta para poner distancia de seguridad entre ellos.

Porque tiene que haber kilómetros de distancia para pensar con perspectiva.

—Menos pensar y más follar, Jimena; hay que recuperar los años perdidos.

Joserra ha vuelto a colarse en su piso. A veces se replantea cambiar la cerradura para que no le dé esos sustos de aúpa.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes y tienes que ponerte al día, ¡no querrás que te deje en evidencia en el terreno más íntimo que compartís!

—Yo no comparto nada con él, todavía estamos en la primera fase. El primer nivel, tú ya me entiendes.

—Y si te conozco, te vas a quedar ahí por los restos.

—Es un terreno seguro donde puedo controlar la situación.

No le dice que la otra noche se le escapó un «te quiero». Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—El amor es incontrolable, Jimmie, in-con-tro-la-ble. ¿No te lo

enseñaron en la facultad, entre novela y novela?

—Las mujeres de esas novelas eran débiles y pusilánimes —le recuerda con un mohín desdeñoso—, enseguida se dejaban engatusar por aquellos lechuguinos que solo querían un florero para adornar su salón. Yo no soy débil, no me dejo engatusar a la primera de cambio. Esta relación durará lo que yo quiera, y seré yo quien marque los ritmos.

—Que te crees tú eso.

Sí, lo cree; tiene que creerlo o estará perdida.

—A ver, le llevo diez años de ventaja, de algo me tiene que servir.

—Se ve un tipo muy mundano, no creo que puedas manejarlo a tu antojo. No es un ratoncito de biblioteca como tú.

No, no lo es, pero está muy colado y eso juega a su favor.

Ella no lo está, no tanto, y eso le permite actuar con cierta frialdad.

Olvida que cada vez que lo ve se enciende como una antorcha.

¿Frialdad? ¿En serio?

—Pero está enamorado y los tíos, cuando os enamoráis, no pensáis con la cabeza.

—Habló la loca del coño, que cada vez que lo ve desnudo se queda en shock.

—Por eso no quiero verlo. Prefiero ir a ver a Rosi.

—Eso es una huida en toda regla.

—Eso es un «merezco unas vacaciones y junio es el mes ideal para tomármelas».

—Que no digo yo que no, pero escaparte no soluciona el problema.

—¿Qué problema? Yo no tengo ningún problema.

—Sí tienes un problema. Y con nombre propio.

—No sé tú, pero yo no permito que un hombre se convierta en un problema. Antes le digo adiós y muy buenas.

Jimena le ofrece un café, como cada mañana desde que se conocen.

—Lo que tengo entre manos ahora mismo es una lista de cosas-que-quiero-traerme-de-Irlanda más larga que un día sin pan.

—Ni que fuera el primer y último viaje de tu vida.

—La vida es corta. Y llueve. Hay accidentes, tragedias, desastres. Uno nunca sabe qué va a ocurrir a la vuelta de la esquina.

—*Carpe diem*. Vive la vida como si fuera tu último día en la Tierra.

—¿Cómo lo sabes?

—Pse, son once años y ya te voy conociendo.

Como la palma de su mano, vaya. Como si la hubiera parido.

—¿Vas en avión?

—A Irlanda no se puede ir de otro modo.

—¿Low Cost?

—Sí, claro —contesta como si cualquier otra opción fuera imposible—, el dinero prefiero guardarlo para la vejez, que cada día está más cerca. Y no —le aclara, intuyendo lo que Joserra va a decir a continuación—, follar con Víctor no me rejuvenece tanto como para olvidar los días que me faltan para la menopausia.

—Eres una ceniza.

—Qué va, si yo la espero con ganas, muchas, muchas ganas.

A pesar de saber que a Víctor le hacen gracia los críos. Y no sobrinos o ahijados o los del vecino o los del amigo del instituto.

Víctor quiere hijos propios.

Y su mujer, ahora ex mujer, no se los ha dado.

Sí, Víctor estuvo casado durante dos años, según le contó en su última cita.

Ocurrió a los treinta, con una modelito llamada Nadia, tan pinturera y sexy como inmadura.

Aunque claro, ¿quién madura antes de los veinticinco?

El caso es que el matrimonio duró poco y fue más mal que bien.

Se ven poco y hablan menos. Apenas tienen nada en común, salvo los gustos musicales.

Pero ¿quién piensa en algo más que la música o el cine antes de los veinticinco?

Finalmente, ella se buscó a otro más guapo y se largó con él.

A Jimena le cuesta creerlo, pero para gustos, colores.

Víctor se quedó hecho polvo los primeros seis meses, pero luego sacó el clavo con otro clavo... O más bien con media docena.

Y juró abjurar del Amor.

A partir de entonces, una sucesión de ligues de una noche, como un goteo interminable, pasó por su vida sin pena ni gloria. Hasta que la conoció a ella.

Y así se lo cuenta a un Joserra que permanece boquiabierto y expectante.

Nada le apasiona tanto como un buen cotilleo.

—Y no lo digo porque tenga hoy el guapo subido, no; me lo dijo antes de volver a Madrid.

A Jimena le cuesta creer que alguien como Víctor, tan romántico y

enamorado, decida darle la espalda al amor durante tanto tiempo. Y cuando, al fin, decide tirarse a la piscina... lo hace con ella.

Si creyera en los milagros diría que ahí se ha hecho uno.

—No digo que no haya guapos en Madrid, que los hay, y se reproducen por esporas, pero... Mi Hombre es Especial. No por su cara bonita, sino por esos pequeños detalles que he ido descubriendo entre chats, cafés, correos y charlas post-orgasmo.

Pero eso no quiere decir que se lo lleve a Dublín, si es lo que Joserra espera que le diga.

Ese viaje es un caprichito suyo, y tiene toda la intención de viajar sola.

A fin de cuentas, ya la espera Rosi en el aeropuerto.

Ni siquiera se lo comentó de pasada cuando hablaron la última noche.

—A ver, nosotros nos lo pasamos bien en la cama, y fuera de ella tampoco nos aburrimos porque nos encanta discutir y lanzarnos pullas, pero... No hay ningún compromiso; me niego a dar explicaciones de mi vida a mi edad. ¿Queda claro? Ni a Víctor ni a Rosi ni a nadie.

—Me encanta tu tendencia al auto engaño. Se ve que lo dominas a la perfección.

—No es auto engaño. Digo la verdad.

—A ti no te gusta la verdad, Jimena.

—Algunas duelen, pero tampoco estoy peleada con ellas.

—¿Y por qué a mí sí me das explicaciones?

—Lo nuestro es distinto. Tú eres mi confesor espiritual. Y no porque seas gay, eh, aunque no te niego que es muy tranquilizador hablar contigo de cualquier cosa sin que haya interés sexual por ninguna de las dos partes. Con Víctor no es lo mismo, hablemos de lo que hablemos, siempre acabamos comiéndonos con los ojos.

Joserra se echa a reír ante este último comentario.

—No te rías, leches, lo digo en serio. De un mes para otro, mi vida sexual se ha convertido en puro vértigo. Los días en Irlanda me van a caer como un regalo del cielo. Reposo, tranquilidad y distancia. Soledad para aclarar mis enmarañadas ideas. Y también para salir del modo paranoia en que estoy desde que me comentó lo de la ex. Luego he descubierto que está más buena que el pan y es casi tan joven como Rosi.

A cierta edad, estas cosas afectan mucho a las mujeres, por más que una se repita mantras delante del espejo y se intente convencer de que está en la flor de la vida.

—Sí, no me pongas esa cara, ya me sé el rollo de El Amor No Tiene Edad y esas polladas.

—Te lo sabes, pero no te lo crees.

—Pues no; la vida es otra cosa y me aterroriza perder a Víctor.

—Uy, lo que has dicho. ¿Te has escuchado? Y yo sin grabarlo con el móvil. Eso se avisa, cuchi-cuchi.

—Sí, claro, para que lo grabes y lo subas a la red mañana, o se lo mandes a Él por mensaje directo en Instagram. Que te veo venir. Eres más malo que Caín.

—¿Malo? ¿Yo? Ay, señor, lo que uno tiene que oír en la casa de su vecina. ¡Madre del Amor Hermoso!

—Sí, ahora escandalízate como una vieja, anda. Sabes que tengo razón.

Y la tiene. Pero todo lo que hace Joserra, lo hace movido por la mejor intención.

—No me distraigas del tema, Jimmie. Has confesado que tienes miedo de perderlo.

—¿Y qué si es así? No soy mujer de posesiones, ni de «eres mío» y esos rollos tan machistas. Todavía hay una feminazi revolviéndose en mi interior mientras intenta reconquistar el terreno perdido a favor de la Jimena Moñas en que me he convertido en las últimas semanas.

Sí, un paseíto por las calles de Dublín y recuperará su esencia.

A menudo, la gente le pregunta si no tiene miedo a viajar sola.

Pues no. Jimmie tiene muchos miedos, pero viajar por el mundo no se cuenta entre ellos.

Cuando viaja, sobre todo si va sola, se siente Libre. Como Nino Bravo.

Será una esposa nefasta y lo sabe. La peor maldición de un marido convencional.

Ni sumisa ni complaciente ni devota ni beata ni... ¿para qué seguir?

A los quince años quería ser *hippy*, fumar porros y vivir en una comuna.

A veces se pregunta si será bueno o útil escribir algo sobre ese tema, aunque solo sea un relato para su (abandonado) blog.

De todos modos, prefiere vivir la vida a escribirla.

Al menos eso pensaba el día que conoció a Víctor.

—Cuatro meses... Día arriba, día abajo. Después del primer mensaje que poco o nada tenía que ver ya con el dichoso diario, las fantasías se me han disparado a la estratosfera, los sueños románticos se me han multiplicado y han subido vertiginosamente de temperatura... Uff, qué-te-voy-a-contar.

Sí, Dublín es un buen destino para despejarse, sacarse las telarañas (las que le queden) y desconectar. Tanta endorfina y tanta feromona la está agilipollando.

Joserra, en cambio, piensa que ha dado un giro de ciento ochenta grados, espectacular y maravilloso. Ha nacido una nueva Jimena, abierta a todo.

—A ver, tampoco es que fuera más cerril que un camino de cabras antes-de-Víctor. ¡Yo era una abanderada de todos los derechos y libertades! Si fuese un poco más tonta (ilusa), incluso votaría a Podemos. Sigo todos los años la marcha del Orgullo Gay, más contenta que unas pascuas, y Orgullosa como la que más. Y no por ti, capullito de alhelí, sino porque me sale del coño.

—No, si ya sé yo que lo que haces, lo haces por ti y por darte gusto, no por complacer a nadie.

—Si vives para complacer, te vuelves loco de remate. Pero tampoco soy perfecta, los dos lo sabemos —admite con una sonrisa.

—¿Y quién te quiere perfecta?

—Víctor.

—Imposible. He visto cómo te mira, lo último que espera de ti es perfección. Le gustas tal cual, de lo contrario ya le habría dicho yo un par de cosas.

—Pero ¿a ti no te parece que Víctor no es de este mundo?

—¿Porque se ha fijado en ti o porque todavía cree en los cuentos de hadas?

—Pues mira, por ambas cosas. No sé yo qué es más raro.

—A mí me parece perfecto.

—A ti todo te parece perfecto.

—Todo no. Solo lo que te haga feliz.

A Jimena le dan ganas de comérselo a besos.

—¿Por qué tienes que ser tan imposiblemente perfecto?

—Solo soy un tío enrollado al que le gusta que le inviten a café por las mañanas. Y eso hay que ganárselo.

—El café lo tienes gratis desde siempre, no tienes por qué hacerme la pelota ni preocuparte tanto por mi bienestar.

—No puedo evitarlo, Jimmie. Es superior a mí.

Le aprieta la mano con dulzura. Ella sonrío nuevamente.

—Deberías sonreír más.

—No vine a este mundo para dar de comer a los dentistas.

—Lo sé. Nadie te ha pedido que te hipoteques para lucir una sonrisa de

anuncio. No es una cuestión de dientes, sino de corazón. Cuando eres feliz, la sonrisa siempre es hermosa.

Jimena lo mira con cara de pasmo y algo de preocupación también. No es bueno tener un corazón tan grande en un mundo tan podrido como este. No se puede ser tan vitalista y optimista cuando la gente, a tu alrededor, quiere que seas desgraciado para que así su mediocridad se vea menos.

No es país para ilusos ni gente feliz.

Y ya puestos, tampoco para gente generosa.

—Te odio mucho cuando te pones a darme la brasa como si fueras mi madre.

Mientras cena y ve sin ver un programa de investigación en la tele, Jimena piensa que hay más cosas aparte de sexo duro con un *stripper* divino de la muerte.

Quiere comunicarse y relacionarse con Él fuera de las sábanas también.

No quiere limitarse a mirarlo como se mira el David de Miguel Ángel: como a una estatua bellísima pero inanimada; fría y sin alma. Ni tampoco quiere quedarse con el recuerdo de un polvo salvaje y desmelenado de una noche, como una *groupie* cualquiera.

Quiere todas las noches y todas las mañanas de su vida al lado de Él. TODAS. No solo un «aquí te pillo, aquí te mato». Por eso la emociona, y mucho, ver que no es un hombre como los demás.

Es Especial. Único. Y claro que lo ve con los ojos del Amor, ¿cómo podría ser de otro modo?

Vive la vida con la misma pasión con que Jimmie vive las historias que lee, la misma que consumió a Heathcliff hasta la muerte. Y ella siempre quiso un Heathcliff en su vida porque le gusta la gente intensa que lo vive todo al límite; pero la crueldad, los deseos de venganza y el sadismo del protagonista de *Cumbres borrascosas* no tienen nada que ver con Víctor, cuyo libro de cabecera es *El principito*, y cuyo lema favorito es «La belleza está en el interior».

*Se oye una canción que hace suspirar...*

Sí, muy Disney todo junto.

Y es verdad que tiene que agradecerle a todos los dioses haber tropezado con el último hombre en el mundo que piensa (con el corazón además) que «lo esencial es invisible a los ojos».

¡Cómo, si no, se iba a fijar en ella!

Y cuanto más lo piensa y lo rumia, menos entiende por qué un hombre así trabaja como *stripper*. No le encaja ni a la de tres.

Y se lo ha explicado Él ya mil veces: es un trabajo como otro cualquiera y cuando sale «al escenario» desconecta. Ya no es Él, sino un personaje cuyo único objetivo es satisfacer los deseos de las espectadoras.

También le confesó que pagan muy bien y hay cosas peores.

¿Narcotraficante? ¿Político? ¿Especulador inmobiliario? ¿Inspector de Hacienda?

Ha olvidado lo de sepulturero.

Pero es porque la gente ya no se entierra, no queda sitio. Ahora lo que se lleva son las cenizas: más barato y peliculero, y da más juego porque puedes esparcirlas allá donde te venga en gana.

Y sí, es un poquito cafre.

Lo del *glamour* es pura fachada. En realidad, es bastante tétrica y gasta un humor negro que tira *patrás*.

Si la gente les conociera no se lo creerían. A primera vista ella es un híbrido entre princesita y *pin-up*, y él tiene todas las pintas de un macarra al que no te gustaría encontrar en un callejón oscuro.

Pero si les ves hablar, ahí sí flipas en colores.

Porque Jimmie es ácida y corrosiva, no tiene pelos en la lengua y suelta tacos a la menor ocasión. En cambio, Él es más moñas que Joserra, que ya es decir.

Y hablando del Rey de Roma, la pantalla del móvil se ilumina reflejando su número y su cara de pilluelo pillado en falta.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Ninguna, Señorita Borde. Solo llamaba para saber cómo estabas.

—¿Y cómo quieres que esté? De puta madre, como siempre.

Se carcajea. Puede oírlo al otro lado. Inspira hondo y cuenta hasta diez para no soltar nada de lo que pueda arrepentirse después.

«Mantén tu tono zen; no dejes que nadie te altere».

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Adora sus mantras, le suben la moral más pronto que una canción de Madonna.

—No sé de qué te ríes —parece realmente molesta, casi enfurruñada,

casi al borde del insulto—; te mandaría a la mierda si no fuese porque necesito que cuides de los nenes mientras estoy fuera.

Los «nenes» son Ralphie y Savie, claro.

—No sé, no sé, me lo pensaré.

—Deja de hacerte el interesante, conmigo eso no cuele.

—¿Y por qué tengo que cuidar a tus adorables mascotas, si puede saberse?

—Porque me voy a Dublín el próximo fin de semana. Te lo dije. No te hagas el tonto.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en Irlanda, aparte de nuestra querida Rosi?

—Si te hago una lista... pierdo el avión.

—¿Y cuándo sale ese avión con destino a la isla esmeralda?

—El jueves a las once de la mañana.

—¿Y qué dice nuestro Víctor de esta escapada?

—Víctor no tiene vela en este entierro, Joserra, que no te enteras —le reprocha—. Te recuerdo que soy una mujer INDEPENDIENTE que no le debe explicaciones a nadie. Y mucho menos a un ligue ocasional con el que me lo paso bien y punto.

—¿No le has dicho nada... de nada?

—Pues no, no le he dicho nada... de nada —replica Jimmie de malos modos—; del mismo modo que tampoco le hablo apenas de mi trabajo o los eventos a los que asisto. ¿Por quién me has tomado? Víctor es un tío muy majete con quien tengo intención de follar de vez en cuando. Y sí, vale, ha sido el primer tío que se ha metido «en serio» entre mis piernas. Pero padre ya tuve uno, y ni siquiera lo echo de menos.

—Y a él tampoco vas a echarlo de menos, claro.

—Te lo diré cuando vuelva, Sabelotodo. Soy correctora de estilo, ni pitonisa ni augur ni sibila. Solo sé que ahora mismo no me hace ninguna falta la compañía de un hombre, y me da pereza contarle lo del viaje —se disculpa con un asomo de remordimiento—. No tenía pensado ir con nadie; me basta con Rosi para divertirme en Dublín. Además, Víctor es... demasiado romántico; si le propongo acompañarme, empezará a montarse historias con *happy endings* y no, Joserra, NO. Por ahí sí que no paso. Ya tengo una edad para hacer castillitos en el aire. Vivo la vida loca, que cantaba Ricky Martin. Y me encanta.

—Morirás sola.

—Mentira cochina porque tú estarás a mi lado, como buen hermano postizo.

—¿Por qué te da tanto miedo depender de alguien?

—Joserra, este no es un buen momento para el psicoanálisis barato. Tengo que repasar la lista de la maleta y comprarme un paraguas muy *glam*... Por si llueve.

No le apetece ponerse a pensar en el futuro. Vale, le da pavor pensar en la vejez y no porque ande escasa de fondos, no. Puede vacilarle a Joserra todo lo que quiera y él puede fingir que se lo traga, pero los dos saben que Jimena SÍ tiene miedo a morir sola. No porque tenga miedo a la muerte, no; sino porque siente la soledad como un rechazo. Pero ni muerta lo va a admitir delante de nadie.

Y sí, a veces, antes de que el sueño la venza del todo, fantasea con una relación seria con Víctor... Hasta que recuerda que él quiere mocosos y ella tiene la menopausia a la vuelta de la esquina.

Y esa realidad la golpea con más dureza de lo que nunca pensó que lo haría.

Y le parece surrealista porque nunca quiso críos, joder. NUNCA.

¿Por qué leches ahora la angustia la posibilidad demasiado probable de no poder tenerlos?

Manda huevos que haya encontrado a Mr. Right cuando su reloj biológico está a dos días de jubilarse y entrar en *modo off*.

Hasta para eso tiene la negra.

Ya le decía su madre que a ella la había mirado un tuerto.

Basta de lamentos vanos e inútiles. Así están las cosas y no hay remedio.

Cupido le tiene manía y no hay por qué darle más importancia.

Lo que Jimena quiere es divertirse, disfrutar, vivir. Y bueno, sí, también follar un poquito. ¿A quién quiere engañar?

Por supuesto, echará de menos a Víctor. Pero sabrá cómo consolarse.

Añade un consolador a la interminable lista mientras imagina a Irene partiéndose de risa si la ve meter ese trasto en la maleta.

Pero nadie tiene por qué saberlo; incluso ella misma puede olvidar que lo lleva encima.

La noche anterior a su marcha le llega un mensaje de Víctor que prefiere

no leer hasta la vuelta.

Se conoce y sabe que va a ser muy difícil que no se le escape nada de su escapada, valga la redundancia. Es mejor hacerse la loca o la despistada; eso sí es fácil para alguien como Jimena, quien la mayoría del tiempo no sabe ni en qué día de la semana vive.

Mira el móvil con pena porque lo cierto es que le apetece hablar con Él. Mucho. Y decirle guarradas. Y ver esos emojis llorando de risa cada vez que le suelta una de sus paridas.

Sí, va a ser MUY difícil, y da gracias al cielo por que Rosi está allí para alojarla en su mini piso y hacerle de cicerone por la ciudad.

Pubs, cerveza negra, música celta, mucho verde y caballos, algunos caballos. Quiere dedicar un día a montar. Si puede subirse a lomos del animal, claro.

A la vuelta, si lo ha echado de menos, quizá puedan plantearse algo parecido a una «relación con futuro». Algo así como un ¿noviazgo?

Se ve muy patética hablando de noviazgos, y de Víctor como si fuera su «novio», a su edad. Peor que Marujita Díaz, vaya.

También ha decidido no meterse en las redes para que nada —ni nadie— le amargue sus vacaciones. No es fácil para Jimmie cuadrar la agenda y sacar días libres para dedicárselos en exclusiva.

Este año tiene seis encargos pendientes que irá sacando a lo largo de todo el verano y principios de septiembre.

¿Por qué a la gente le gusta tanto publicar en otoño?

Duda entre llevarse o no el portátil.

No le apetece llevar más trastos; ya va con la cámara, el móvil, el iPad, los cargadores de batería correspondientes, un par de novelas de bolsillo de Marian Keyes—a quien adora por encima de todas las cosas— y una maxi-guía de Irlanda para turistas novatos sin el más mínimo sentido de la orientación, como ella misma.

Aparte, seis camisetas, un par de tejanos, dos pares de bambas, un vestido blanco sin mangas, de talle estrecho; las sandalias de tacón de Gucci, por si se presenta la ocasión de lucirlas, dos sombreros la mar de cucos por si llueve (la lluvia le sienta como el culo a su pelo), un paraguas plegable que ha comprado esa mañana, y sales de baño: el único capricho que se permite porque Rosi le ha dicho que su mini piso, por increíble que suene, tiene maxi bañera.

Jimena ama las bañeras. Sobre todo, los baños de espuma a lo *Pretty*

*Woman*, con champán y fresas incluidos, y Prince sonando de fondo.

Pero ella no es Julia Roberts... afortunadamente.

Ni es una puta con corazón de oro, ni su vida es una película romántica, ni Víctor se parece en nada a Richard Gere porque, para empezar, es mucho más joven.

Su vida tiene más ingredientes de película de terror porque, cuando se cabrea en serio, tiene pinta de El Increíble Hulk: aquel tipo verde que se paseaba por la tele de los años ochenta.

Jimena apenas recuerda la última vez que se cabreó en serio.

Y no, la noche de Madrid no cuenta, ni la mañana siguiente tampoco.

Víctor cree que la ha visto *muy cabreada* porque ha soltado tacos delante de él, y quizá también algún aullido lobuno...

Nada que ver, en realidad, con un cabreo «marca de la casa».

Nada que ver con el estado en que algunos «autores» consiguen ponerla con sus *óperas primas*.

Y sí, es verdad que ese es su trabajo, y para eso cobra: para enfrentarse a textos horrorosos y dejarlos primorosos, a prueba de Editores y lectores tan tiquismiquis como ella misma.

Y Jimmie lo acepta, no te creas lo contrario pero... la mediocridad y la falta de profesionalidad la aburren tanto como ver historias mal escritas. Y el aburrimiento la pone de muy, muy mal humor.

Los días en Dublín servirán también para reconciliarla con su oficio. O para animarla a escribir de una maldita vez.

Joserra llega a las diez para recoger a las mascotas y, cómo no, se apunta a una cena improvisada con alitas de pollo, hamburguesas y nachos con guacamole, todo regado con cerveza bien fría.

Después de la cena, ahítos en el sofá, él se lanza a hablarle de Pol; su último ligue lo tiene en una nube y ahora ve la vida como una tómbola de luz y de color.

Solo hay que verle la cara para saber que anda alelado.

—Vaya, Pol te tiene muy entusiasmado —le dice, intentando no parecer tan cínica como se muestra por costumbre.

—Nos entendemos a las mil maravillas —le asegura él con una sonrisa de oreja a oreja—. Ni se te ocurra ponerte ceniza, porque me largo y te dejo

colgada con Savie y Ralphie.

Jimmie no tiene intención de ponerse ceniza. Al menos no esa noche. Y no por la amenaza nada velada de no cuidar de los nenes, sino porque Víctor la tiene también a ella en un plan moñas que no se reconoce. Y también ha empezado a ver la vida como una tómbola de luz y de color.

—Déjate de amenazas, que no te pega nada. Tú no harías daño ni a una mosca.

—¿Y por dónde anda el *stripper* de tu corazón?

—Ni idea. No soy su perro guardián.

Joserra suspira. Sí, a veces Jimmie puede ser Insoportable. Con mayúscula.

—Vaaale, tú ganas —admite con una sonrisa muy pequeñita—. Está de vuelta en Madrid. Pero ha dejado caer la posibilidad de dejar el curro de allí y venir a Barcelona —le informa—; aquí también hay locales de *striptease*.

—Y a ti no te entusiasma mucho el plan, por lo que veo.

—A ver, no te negaré que sea cómodo tenerlo «a mano» por si surge la ocasión. Pero no, no me gusta que se dedique a... eso. No es tan tonto como me pareció al principio. Esconde algún as en la manga que me muero por ver. Y sé que puede hacer algo mejor con su vida.

—Pero si le pagan bien...

—Estáis obsesionados con el puto dinero.

—No a todos nos cae del cielo una herencia como a ti, Jimmie.

—No me toques las pelotas, Joserra, que yo también he sido pobre y he tenido que hacer malabarismos con los sueldos de miseria que me pagaban cuando era joven. Que a mí la herencia me cayó «del cielo», como tú dices, en el verano de 2005; después de cumplir los treinta y, para entonces, ya sabía lo que es «ganarte el pan con el sudor de tu frente». Un doctorado en este país solo sirve para alimentar el ego. Para alimentar mi organismo biológico me hace falta algo más.

Por eso tuvo que trabajar de repartidora, comercial, dependienta... e incluso vendedora a domicilio de productos de belleza y cachivaches eróticos.

¡Lo que Jimena no haya hecho!

Y después de pasar un verano de lujo en Mallorca, en casa de unos tíos suyos, donde conoció a Olivia, que buscaba correctora porque no tenía tiempo de pelearse a muerte con sus manuscritos y la contrató en un pispás, nuestra incorregible pelirroja empezó a poner anuncios por todos sitios, ofreciéndose como correctora de estilo y traductora. Parecía que el dichoso doctorado y su

pasión por la literatura inglesa podrían servirle de algo al fin.

En un momento en que solo publicabas si un editor aceptaba tu manuscrito, había muy pocos autores que pidieran una traducción de una obra por su cuenta y riesgo. Generalmente, las editoriales tienen su propio departamento para estos menesteres y ella no metía la nariz en según qué sitios.

—Y lo que es la vida, fue recibir la herencia millonaria, y a continuación un sinfín de respuestas a mi (casi olvidado) anuncio. Al final va a ser verdad que a quien más tiene, se le multiplican las ganancias. ¡Puto mundo!

Quedan en tablas porque a ninguno de los dos le gusta discutir por discutir, y Jimmie no tiene ganas de pelearse con nadie.

Al día siguiente hay que levantarse a las siete de la mañana para llegar sin prisas al aeropuerto.

No hay que facturar maletas, pero como siempre ha sido tan torpe para desenvolverse entre multitudes, prefiere llegar con tiempo de sobra y tomarse uno o dos cafés para pasar el rato antes de la hora de embarque.

Desde su viaje a Roma que no pisa un aeropuerto.

Prefiere el tren o el autocar.

Odia los aeropuertos y, más que el avión o el recinto en sí, las horribles colas, las medidas (absurdas) de EXTREMA seguridad, el miedo a que te cacheen como si fueras terrorista, prostituta, mula o algo peor. Las horas de espera en sillas inhumanamente incómodas, sobre todo en verano, cuando todo se te pega a la piel por culpa del calor bochornoso del puto Mediterráneo.

Piel... ¿Por qué, de pronto, le da por pensar en Víctor?

Víctor, que la noche anterior ha publicado en Instagram una fotito de esas que la hacen salivar a una del modo más vergonzoso.

Pero peor que la foto ha sido el comentario de una de sus ¿seguidoras?

En apariencia es de lo más inofensivo; en apariencia, porque para alguien como Jimmie es carne de paranoia.

*Sigues tan estupendo como siempre. Empiezo a echarte de menos, baby.*

Lo escribe una tal Nadia, que a ella le suena a chino, lo que quiere decir que hace mucho que no se asoma a ver qué tal le va la vida a Víctor.

Como Jimena es curiosa de nacimiento, y Ralphie le ha demostrado que la curiosidad sana no mata a nadie, no puede resistirse a averiguar quién demonios es la tía esa. Y sabe que no le va a gustar. Lo sabe, y aun a riesgo de que le amargue las vacaciones, si no se entera va a ser peor porque el

come-come no la dejará vivir en paz.

¿De qué le suena a ella ese nombre, aparte de a gimnasta rumana?

No hay hilo de dónde tirar.

Ni apellido, ni profesión, ni gustos, ni lugar de residencia o nacimiento, ni aficiones ni Cristo que lo fundó.

Como Madonna, Rihanna, Lady Gaga o Shakira, solo que esta, salvo fotos en bikini y *selfies* de puro postureo, no tiene más credenciales que mostrarle al mundo.

Vale, tiene tipito, claro, y una cara monina con unos ojazos tan verdes y brillantes como los de Víctor, la muy cochina.

Pero Jimena sigue sin recordar dónde ha oído ese nombre antes... Y eso la mortifica cosa mala.

*Yo quería que lo mío con Nadia funcionara, pero al final resultó que no teníamos casi nada en común, aparte de un grupo de música, nuestra pasión por México y una extraña debilidad por la Nutella. Con eso no se puede construir nada muy sólido que digamos...*

¡Coño, la ex! Nadia es la ex mujer de Víctor.

Jimena pone mala cara, pero se niega a darle importancia.

No ahora, no cuando está a punto de embarcar rumbo a la tierra de San Patricio y disfrutar como una niña. A la vuelta, ya habrá tiempo de entrar en modo Torquemada. Porque quiere saber, por supuesto quiere saberlo todo.

Nada más subir al avión y dejar la maleta encima del asiento —ventanilla, por supuesto, hay lujos a los que nunca renunciará—, empieza a pensar en Verde. Y de tanto pensar en verde, en ríos, en vacas y en caballos, termina por quedarse dormida como un tronco.

Tanto que no se da cuenta de que alguien la mira sin apenas pestañear.

Tampoco es tan extraño tener compañeros de viaje.

Pero cuando despierta al cabo de media hora y ve de quién se trata, pega tal salto que casi se golpea la cabeza con el estante de cabina.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Tan simpática como siempre. —Víctor sonrío como un angelito—. Creí que te alegrarías de verme. Yo estoy encantado de volver a verte a ti. Y no me pongas esa cara, ya te avisé de que no te librarías de mí tan fácilmente.

Y Jimena se alegra, ¡claro! En el fondo, está a punto de dar saltos de alegría, pero... sigue sin comprender qué hace Víctor en el asiento contiguo, en ese avión que vuela rumbo a Dublín.

No recuerda haberle comentado nada sobre el viaje. Sabe que no ha

desvelado ni una sola palabra de sus planes de ir a ver a Rosi. Es más: recuerda con extraordinaria claridad su propósito de NO decirle nada de sus vacaciones porque QUERÍA ESTAR SOLA.

Por lo visto, Joserra no entiende el concepto «soledad» como es debido. Porque ha sido Joserra, claro está, quien le ha dado el soplo.

—Tranquila, he tenido que amenazarlo con maniatarlo y amordazarlo. En realidad, se ha resistido con todas sus fuerzas a revelarme tu paradero.

—¿Dónde estaban Ralphie y Savie en ese momento? Me cuesta creer que no hayan intervenido para socorrerlo. Lo adoran.

—Pero Savie me adora más a mí, los tres lo sabemos —se ufana con una de sus sonrisitas autosuficientes—; y Ralphie es demasiado egoísta, como cualquier buen gato. Recuerda que ellos solo van a la suya.

Jimena lo recuerda, ¡cómo para olvidarlo!

—Además, no fui a robar ni nada de eso. Sólo quería saber dónde te habías metido.

Ella prefiere no preguntar cómo ha conseguido Él una plaza en ese vuelo con tan poca antelación. Sabe que no va a gustarle la respuesta.

—Siempre he querido volver a Irlanda —sonríe Víctor peligrosamente—; no sé por qué te lo tenías tan calladito. Con lo bonito que es hacer planes con tu pareja.

—Eeeeh... Ummm... Esto... ¿Perdona? ¿Pareja? ¿Quién ha dicho que seamos pareja, cuándo nos hemos convertido en pareja tú y yo?

Jimena está anonadada. ¿Qué hace Él hablándole de parejas? Y aunque fuera verdad que no hay nada de malo en compartir esos anhelos, ¿dónde quedó el noble propósito de marcar distancias y así evitar que las feromonas le jueguen malas pasadas?

Adiós a su soledad elegida, adiós a la posibilidad de hacer lo-que-sea sin él.

—Muy sexy la foto de anoche —le suelta Jimmie de pronto para distraer la atención hacia su persona.

—Sabía que te gustaría.

Otra sonrisita de suficiencia y le estampa la cara contra el cristal.

—A mí y a veinte mil mujeres más —le recuerda—, incluida tu ex.

¡¡Mierda!! ¿Cómo se le ocurre hablarle de la ex en ese preciso instante?

Es lo malo de ir por la vida sin filtros.

—Mi ex... Bueno, sí, algo ha comentado. Sufre de incontinencia verbal. Ya ni me acordaba —susurra como quien no quiere la cosa. Está claro que no

le apetece hablar de ella. Y a Jimena tampoco, ¡qué leches!

Cambia de tema:

—Y... ¿se ha resistido mucho, de veras? —se interesa por el pobre Joserra—. No lo habrás golpeado...

—¿Bromeas? Me saca dos cabezas y es un auténtico armario.

—Pero tiene un corazón de oro y esa es su perdición. Los tres lo sabemos.

Jimmie se asoma por la ventanilla, justo a tiempo de empezar a vislumbrar su precioso destino.

—¡Joder! Mira —lo anima a asomarse—. Es alucinante. Desde aquí se ve todo verde. Ni siquiera tus ojos tienen ese fulgor impresionante.

—Gracias, es todo un cumplido —Víctor finge enojarse, pero en el fondo está tan entusiasmado como ella. ¿Por qué habría venido si no?

—No te me pongas celoso —lo tranquiliza y le pellizca en la barbilla—; ya sabes que como tú no hay nada.

Aunque no lo parezca, Víctor se muestra muy inseguro a veces.

De tanto en tanto, Jimena tiene que recordarle lo mucho que le gusta.

Hace pucheros al oírla como un crío de cinco años. Y lo que no le ha aguantado a Rosi a esa edad, se lo aguanta a Él sin pestañear.

Definitivamente, el amor la vuelve muy moñas.

Llegan al aeropuerto de Dublín a las tres de la tarde. En la terminal de llegadas está Rosi, dos palmos más alta, la muy cochina, agitando los brazos y con cara de sorpresa. Pasan el control de pasaportes, recogen las maletas y salen al exterior. Rosi pide un taxi y da la dirección del mini piso que ha alquilado en Dublín.

Los mira, expectante, sobre todo a ella, su tía, que no la ha avisado con tiempo de que venía acompañada, ¡y qué bien acompañada, la madre que la parió!

—Tenéis suerte de que mi cama sea de matrimonio y el sofá lo bastante largo como para que me quepan las piernas.

Rosi es jodidamente alta y no para de crecer.

—Si prefieres que nos quedemos en un hotel o un B&B —sugiere Jimena.

—Quita, quita, me vas a privar de ver a esta maravilla de la naturaleza. ¡Ni hablar! Cabemos los tres —les garantiza con una sonrisa resplandeciente y angelical—; un poco como sardinas en lata, no os voy a engañar, pero nos apañamos como que me llamo Rosa María Mateo Silva.

Sonríen todos, encantados de la vida, sobre todo Rosi, quien no puede despegar los ojos de Víctor.

Entre susurros le dice a Jimmie:

—Ya estás tardando en contarme de dónde has sacado este pedazo de hombre. ¿Tiene un hermano gemelo? ¿O un primo hermano segundo que se le parezca?

Jimena no sabe qué decir, no sabe si Víctor tiene hermanos; no sabe nada de su familia, a decir verdad.

—Ahora no es el momento —susurra a su vez—; cuando estemos solas te pondré al día. Necesitaremos un sofá extra-grande y un par de mojitos. Lo vas a flipar.

—Lo de los mojitos está hecho... El sofá es el que hay, pero nos basta y sobra para nuestras confesiones de familia.

Víctor las observa cuchichear.

¡Mujeres! Casi se le olvida lo cotillas que son. Y eso es porque Jimena no es amiga de cotilleos, pero claro, se trata de su sobrina; la más querida, la única en realidad. No sabe apenas nada de ella, solo lo que Jimmie le ha contado brevemente en el avión. Un resumen muy resumido en tres frases. Se pregunta si Rosi sabrá de él lo mismo que él de ella. Pero por la actitud conspiratoria de ambas, sospecha que Rosi tiene mucha más información.

El taxi avanza entre calles atestadas de gente; este siglo no le sienta bien a Dublín, hay demasiado extranjero, un batiburrillo de culturas en una ciudad que vive de las leyendas del pasado. A Jimena no acaba de entusiasmarla.

—La ciudad no es nada del otro mundo —le confirma Rosi con una sonrisa a medias—; lo mejor es el ambiente, sobre todo el nocturno: muy animado; nada que ver con los estirados de Londres o Edimburgo. Aquí se vive en la calle, se bebe, se canta, se discute a gritos o se pone uno a tocar la armónica o la guitarra.

—Muy pintoresco, pero no me dices nada que no sepa.

—No todo está en los libros, Jimmie. Irlanda hay que vivirla en directo, como un buen derby de fútbol.

La conversación con Rosi aparta a los tortolitos de la tentación de besuquearse a cada momento, como si estuvieran aún en la edad del pavo.

Y Víctor debe de estarlo, sin duda, porque se inclina y le susurra a Jimena al oído con su tono más desesperantemente dulce:

—Necesito escribir en tu piel todos los versos que hay en mis dedos.

Jimena se estremece como cada vez que oye su voz. Y lo que le ha

dicho, ¡ay, lo que le ha dicho!

—¿De dónde habrá sacado eso? A ella le suena a una de sus autoras superventas favoritas.

—Tú no eres de este mundo, tío —suelta Rosi, que lo ha oído todo casi mejor que la misma Jimena.

—¿Tienes algo en contra de los hombres románticos?

—No, porque no existen. Así de simple.

—Víctor es un romántico, Rosi, al estilo de Lord Byron.

—¿Por eso te has enamorado de él o porque folla como un semental? A mí me parece más bien lo segundo. Puedes decírmelo, estamos en confianza.

—No sé qué pensará el taxista de tu idea de «confianza», ¿y si esperamos a aterrizar en tu piso para hablar de sexo sin pelos en la lengua?

—Estamos hablando en español, Jimmie, no se entera de nada el pobre.

—Me entero de todo, señorita —la contradice el taxista con una mueca divertida al ver la cara de horror de Rosi—; mi abuela era de Valladolid y me crió hasta los doce años. Y me enseñó el español, además.

Víctor estalla en ruidosas carcajadas.

—Os ha pillado con el culo al aire —les guiña el ojo, todo picarón, y añade—: Menuda boquita tienes, niña, y yo que pensaba que tu tía era la mujer más franca y deslenguada que había conocido nunca.

—Nos viene de familia. Ya te irás acostumbrando.

—Qué va, Rosi, no te me embales. Víctor es un follamigo con quien me lo paso bien y ya está.

—Primera noticia que tengo. Si lo sé, no vengo.

—¿Tengo que recordarte que nadie te ha invitado, y que estás aquí después de amenazar y acorralar al pobre Joserra con la traicionera complicidad de Savie y Ralphie?

Rosi pone los ojos en blanco.

—¡Qué ser más cruel! ¿Cómo has podido hacerle eso al bueno de Joserra? Es un bendito, no merece que te aproveches de él de ese modo.

El taxi frena bruscamente delante del edificio de Rosi en una calle estrecha, no muy lejos de O'Connell St. Rosi paga la carrera y los tres se apean del vehículo, Víctor y Jimena sacan el equipaje del maletero y siguen a Rosi a buen paso.

El edificio es coqueto, ni muy viejo ni muy nuevo, encaja muy bien con las casas vecinas. Suben un par de tramos de escalera y entran en el apartamento. Apenas cincuenta menos cuadrados, aprovechados hasta el

último rincón.

Rosi tenía razón, el sofá no es muy grande, pero caben dos personas gordas y una más delgada. O sea, ellas dos y Víctor.

Él mira alrededor, no está mal. Esperaba una habitación de hotel, pero el pisito es cuco y además sale gratis.

—La cocina está detrás de ti —le avisa Rosi a Víctor—, haz una tetera de té verde y sírvete lo que quieras de la nevera. La tita y yo tenemos que parlamentar largo y tendido. Luego ya te la cedo en exclusiva... por el resto de la noche.

Se despiden de Él y caminan pasillo adelante.

—No te pases, Rosi, que me lo asustas; este no es como los demás.

—¿Viene de otro planeta?

—Casi, casi, no sé si de la Tierra Media, Hogwarts, Narnia o el otro lado del espejo de Alicia.

Rosi abre la puerta de su dormitorio e invita a Jimena a entrar.

—La cama es bastante grande... Aunque menudo tiarrón te has buscado, ¡fiuuu!

—Yo no he buscado nada, Rosi, te lo juro. Si te cuento lo que realmente pasó, te da un parraque.

—Ya estás tardando —la anima con un movimiento de manos—. Con lo calladita y seria que siempre has sido tú. Y tan recta, tan controlada, tan...

Jimena le tapa la boca y a continuación le cuenta toda la movida de Madrid, desde la despedida de soltera hasta el momento en que Víctor se plantó en su piso de la calle Balmes con su flamante motaza y su pinta de chulito castigador.

Rosi la mira con la boca abierta.

—Joder, tita, eres mi ídolo. De mayor quiero ser como tú.

—¿Virgen a los cuarenta? Lo dudo.

—No... Eso no va a poder ser. Y hablando de sexo —Rosi abre un cajón y saca una caja cuadrada—, me los dio Paco el otro día. Uau, vais a fliparlo. No habéis probado nada igual.

—¿Paco? ¿En serio?

—Sí, es mi último follamigo —le explica Rosi—; es de Naval Moral de la Mata, pero está haciendo un máster en bioquímica aquí. Es guapísimo y folla como un demonio —le aclara por si hicieran falta detalles—. Pero no te me despistes y vamos a lo que nos interesa. Esto, tita, son condones con sabor a croquetas de la abuela. ¿Cómo se te queda el cuerpo?

Rosi chasca la lengua.

Jimena la mira como si fuera la niña del exorcista.

No, la niña del exorcista no la dejaría tan pasmada.

—Croquetas. De. La. Abuela.

—Lo sé, lo sé, yo tampoco me lo podía creer hasta que le hice la mamada a Paco y... Mmm... Ooooooh...

Rosi parece a punto de tener un orgasmo ahí mismo.

—¿Te acuerdas de las croquetas de la yaya?

—¿Y de la tortilla de patatas? Tenía una mano para las tortillas...

—No, los de sabor a tortilla de patatas aún no han salido al mercado. Todo llegará. Nunca hay que perder la esperanza.

—Pero ¿cómo quieres que use esto con Víctor? —Jimena coge la caja y la mira por los cuatro costados—. Nos vamos a descojonar de la risa antes de empezar la faena.

—¿Y hay algo más bonito que reírse en pareja?

Rosi pestañea con aire soñador...

—¡Cómo coño tengo que decirte que Víctor y yo no somos parejaaaaaaaaa!

—Tita, se ha enterado toda Dublín, incluido él, que está al otro lado de la pared.

Rosi señala la pared, algo desconchada y de un color blanco sucio, mientras sonrío como Ralphie cuando pide comida: en plan lastimero.

¡Mierda! Ya sabía Jimmie que no tenía que haber gritado de ese modo.

—Es que me enerva que estéis todo el puto día con que somos pareja. No. Somos. Pareja.

—¿Estéis? No soy la única que ha metido la pata, al parecer.

—Claro que no, Joserra está en el mismo plan de celestino. Y Víctor cree que si me lo repite muchas veces, lo mismo logra convencerme. Si no, es capaz de recurrir a la hipnosis.

—¿Cómo lo has conseguido? Quiero decir... Dios, es un puto semental. Me dan ganas de pedírtelo prestado.

La cara que pone Jimena ante ese último comentario disuade a Rosi de seguir con el tema.

—Esto... que si no estáis cómodos me lo dices, eh. Y buscamos otra solución, porque el colchón tiene más años que yo.

—¿Y tú ya dormías bien?

—¿Bromeas? Cada noche caigo como un saco. Plof. Y en cinco minutos

estoy en la otra dimensión. Pero vosotros habéis venido de vacaciones, no a sufrir las torturas de esta cama. Siempre digo que la voy a cambiar, pero hay prioridades.

Para Jimena La Marmota no hay nada más importante que dormir como es debido.

Salen del dormitorio y van a reunirse con Víctor.

En la mesa de la cocina hay dos tazas de té, un paquete de galletas Oreo abierto y medio vacío, y la mitad de una cerveza fría.

—Qué apañadito es nuestro hombre.

Víctor sonrío y las invita a sentarse.

—Y hablando de todo —suelta Rosi como si tal cosa, mientras se sienta a la mesa y agarra una Oreo con dos dedos—, ¿a ti te mola ser *stripper*? Quiero decir, ¿no te da corte y eso?

—Cuando subo al escenario no soy yo. Es una actuación. Y cada noche soy un personaje distinto.

—¿Y qué personaje eras la noche que conociste a mi tita?

Rosi pone cara de viciosilla porque el tema le da mucho morbo.

—Esa noche iba de Marlon Brando en *La ley del silencio*.

—No he visto esa peli.

—Eres muy joven —dice Jimena—; yo la vi cuando era niña, pero a mi ese tío nunca me ha gustado; demasiado macarra para mi gusto. Yo era más de Paul Newman, e incluso Clark Gable.

Víctor me mira, boquiabierto.

—No me pongas esa cara. Luego vino Tom Cruise, Kevin Costner, Ralph Fiennes, Jonathan Rhys Meyers... Y seguro que a más de uno me dejo por el camino porque la lista es más larga que un día sin pan.

—Algo ha fallado contigo, tío. Tú no eres actor.

Rosi se lo está pasando pipa.

—De alguna manera, sí, ya te lo he dicho.

—¿Y sois muchos en la empresa? Digo, en el club ese.

—Cinco o seis, depende de la temporada. En verano contratan más personal porque viene más gente a vernos.

—¿Y cada uno hace su numerito?

—Sí, cada uno tiene asignado un espectáculo distinto. A veces, como la noche en que conocí a Jimmie, es el cliente quien pide o propone algo concreto.

—¿Y qué pediste tú? —le pregunta Rosi a Jimena.

—¡Yo no pedí una mierda! Todo fue idea de la femichoni de Belén. Y no me lo recuerdes, que aún acabaremos mal.

—Muy mal —corroborra Víctor, pero les guiña un ojo con picardía y las dos caen como moscas en su red.

—A Rosi ni la mires, ya tiene follamigo para rato. Y se llama Paco. Y es de Naval Moral de la Mata, provincia de no-sé-dónde.

—De Cáceres, Jimmie. Provincia de Cáceres. Y me encanta cuando te me pones celosa, sobre todo si te empeñas en que no somos pareja a grito pelado.

Jimena entorna los ojos, parece a punto de saltar sobre Él, pero se contiene en el último segundo.

—Tú y tu ego. No sé cuál de los dos me cae peor.

—Y vuelves a mentir, como si eso te sirviera de algo. ¿No te cansas de levantar muros entre nosotros?

—Eh... Esto... No quiero meterme donde no me llaman, pero... Relajaos, estáis de vacaciones. Enterrad el hacha de guerra, firmad el armisticio, bandera blanca, paz y amor.

—Sobre todo Amor, eso que no falte —declara Víctor con otra de sus deslumbrantes sonrisas.

—¿Tú de qué planeta vienes? A nosotras puedes contárnoslo, no diremos nada —le promete Rosi y añade—: Te daremos refugio y comida, y te esconderemos de los malos, como a E.T.

—Rosi, te estás pasando, déjalo tranquilo.

—También quiero una maceta con un girasol —las sorprende Víctor.

—Claro que sí, tú por pedir que no quede.

Jimena se echa a reír.

—Vale, me he pasado, pero es que... Nunca he visto a nadie como tú, tío. Me va a costar acostumbrarme.

—Y dale con la costumbre, que aquí nadie se tiene que acostumbrar a nada.

—Porque no somos pareja y solo follamos cuando a ti te viene en gana, ¿me equivoco?

—Oh, no, otra vez no... Anda, iros al dormitorio y descargad adrenalina como Dios manda. Y tita, no te olvides de... eso.

Rosi le guiña un ojo y Jimena se sonroja violentamente; para ocultarlo se lleva la maxi-taza a los labios, se bebe el té de un trago y se va al dormitorio, seguida por Él.

Dos horas más tarde, Rosi está en el sofá viendo la versión irlandesa de Gran Hermano. Los ohs y ahs y uys que escapan de las paredes del dormitorio anuncian una tregua de lo más satisfactoria para ambas partes.

Rosi sonríe.

Ay, su tita, ¡quién se lo iba a decir! Tan controlada, tan rigurosa, tan... sosita, sí, para qué engañarse.

No hay duda de que en estos últimos meses se ha desmelenado de lo lindo.

Y a Rosi le encanta porque siempre supo que había una leona en su interior.

En el dormitorio, los tortolitos se abrazan.

Jimena entra en éxtasis y, por desgracia para ella, se le nota en la cara.

—¿Satisfecha?

—Si te digo que no, no vas a creerme.

—No podría, aunque quisiera, porque tu cara dice lo contrario.

—Admitamos que sabes satisfacer a una mujer exigente.

—Y ocurrente. Anda que lo de los condones...

—Es el momento de confesarte que no salieron de mi maleta... Se los dio Paco a mi sobrina. Los chavales de hoy se las saben todas.

—Es una generación libre de vergüenzas y tabúes.

—Y que lo digas. No imaginas la de cosas que aprendo de ella.

Rosi golpea la puerta.

—¿Estáis presentables? —inquire—. Son las siete de la tarde y a mí me apetece una pinta de Guinness, ¿quién me acompaña?

—Nosotros —dicen a coro sin darse cuenta.

—Os doy diez minutos. Hay que llegar pronto para pillar sitio. Hoy toca en directo un grupo que me encanta.

Jimena y Víctor se miran. Sonríen.

Ella tiene que admitir que ese «nosotros» le ha salido del alma, y es toda una declaración de intenciones. ¿Cómo negarlo? En sus brazos está en el lugar más parecido al Paraíso y no quiere moverse de ahí.

—Tus brazos es el único hogar que conozco, el único al que quiero pertenecer.

—Si sigues diciendo esas cosas, vamos a darle plantón a Rosi.

—Lo siento, se me ha escapado.

—¿Qué sientes? Yo no lamento ni uno de los minutos que he pasado contigo.

—Siento bajar las defensas, siento mostrarme tan jodidamente vulnerable ante ti, siento no ser la Jimena que solía ser.

—Pues yo no —declara Él sin tapujos—. No me acababa de gustar esa Jimena tan desconfiada; te prefiero vulnerable e indefensa.

—¿Para poder comerme mejor, como el lobo de Caperucita?

—No —menea la cabeza y sonrío—, para cuidarte y protegerte. Sí, no me pongas esa cara, a veces hay que cuidarte y protegerte, incluso de ti misma.

Jimena se pregunta si se habrá confabulado con Joserra. No es la primera vez que su vecino le sale con una de esas.

Rosi golpea la puerta, metiéndoles prisa.

—Venga, nenes, la noche nos espera. Dejad el sexo duro para la vuelta.

La zona de Temple Bar está a rebosar de dublineses y turistas, todos hablando muy rápido y en inglés.

Para no ser menos, Rosi también se lía a hablar y a saludar a unos y otros. Para llevar apenas tres meses en la ciudad, conoce a todo el mundo y con todo el mundo se entiende a las mil maravillas.

Es Géminis, hay que entenderlo. A veces también habla con los conejos y las ardillas de St. Stephen's Green.

Y a Jimena no debería extrañarle si está acostumbrada a parlamentar con Savie y Ralphie.

Al cabo de media hora se reúne con ellos.

—Estaba saludando a unos amigos.

—Media Dublín debe de ser amiga tuya, pues —le hace notar Jimena.

—Bueno, no puedo negar que siempre se me ha dado bien hacer nuevas amistades. No es ningún delito, que yo sepa —se defiende con ese ardor tan suyo.

Pues no. Y tampoco debería sentirse molesta; es normal que Rosi busque compañía. Tiene veintitrés años y está libre y soltera.

De repente aparece un tipo alto y muy moreno. Ese debe de ser el famoso Paco. No está nada mal el chaval.

—Pensé que no venías —le dice él a Rosi mientras la agarra por la cintura con lo que a Jimena le parece demasiada confianza.

—¿No vas a presentarnos al bueno de Paco?

—No seas cotilla y deja que se diviertan en paz —la regaña Víctor y añade—: Vamos a entrar a ver el ambiente.

En el interior del pub el ambiente es oscuro y hay mucha gente, demasiada para el gusto y la comodidad de Jimmie.

Víctor se acerca a la barra y pide un par de pintas de Guinness, sin dejar de abrazar a Jimena por la cintura.

Se ha puesto especialmente guapa, con un vestido que se le ajusta al cuerpo como un guante. También lleva sandalias de tacón y la melena pelirroja suelta a la espalda.

—Estás preciosa.

—Deja de adularme y vamos a ver si encontramos donde sentarnos. Los tacones me están matando. Ya no tengo edad para estos trotes.

Víctor se echa a reír.

—No te creo. Te encanta el drama.

—Más me encanta la idea de quitarme de una vez estos instrumentos de tortura. ¿Por qué os gustan tanto a los tíos los tacones?

—Son sensuales, elegantes, sexies...

—¿Y por qué no os los ponéis vosotros? También estaríais muy sexies con ellos.

Lo deja sin palabras, tal y como suponía.

—Nunca lo he pensado.

—A ver si va a ser verdad que los guapos solo tenéis una neurona, y la tenéis más abajo que arriba.

Eso ha sido un golpe bajo, vale. Pero le molesta que dé por sentado que las mujeres, todas las mujeres sin excepción, tienen que seguir a rajatabla la estúpida dictadura de la moda.

—Con lo a gusto que voy yo con mis Converse.

—Eres la pesadilla de cualquier galán, ¿lo sabías? Mostrar solo una pizca de feminidad parece ser un suplicio medieval para ti.

Encuentran un sitio en un rincón, solo hay una silla.

—Siéntate —la invita Víctor.

—No, siéntate tú. Las mujeres tenemos que sufrir para ser sensuales, elegantes y sexies. Seguro que eso incluye estar de pie como un pasmarote, y con dolor, toda la noche.

Víctor se echa a reír mientras la sienta en la silla.

—Eres...

—Incorregible. Ya lo sé. No lo repitas más, que pareces un disco

rayado.

Pero Jimena sonríe y él sabe que le ha gustado el detalle. A veces hay que obligarla a hacer las cosas. No le gusta imponerse, pero Jimmie lleva demasiado tiempo viviendo sola y está demasiado acostumbrada a salirse siempre con la suya y hacer lo que le venga en gana. No es tan malo que sea él quien dicte las normas, para variar.

—Voy a buscar las cervezas —anuncia—. No te muevas y no te me escapes. Soy capaz de recorrer toda Dublín en tu busca.

Por supuesto que es capaz, y hace un año eso hubiera sonado a amenaza en sus labios.

Hoy no.

Hoy está con el mo as subido, y le parece genial que él pase la noche y el día buscándola desesperadamente. Quizá deber a ponerlo a prueba. Mira alrededor. Hay tanta gente que es difícil distinguirlo entre la multitud.

De repente Rosi aparece a su lado.

—No me digas que te vas a quedar ahí sentada toda la noche, como una abuelita.

—Soy una abuelita, Rosi. Ac ptalo y vive con ello.

—No, si yo lo acepto, pero si te quedas ahí parada... Bueno, acabo de ver a Víctor en la barra, y no estaba solito precisamente. Había como diez mujeres com ndoselo con los ojos. Literalmente. Alguna hasta se ha relamido y todo.

—Que le aproveche.

—Sabes que está coladito por ti, tita, por eso estás ahí: tan tranquila e inmutable como una esfinge.

—No, sé que yo no estoy coladita por él. No lo bastante como para celarlo y acompañarlo a todas partes como si fuera un crío de cinco años. Si está aquí es porque quiere estar conmigo. No es la primera vez que visita Irlanda.

Es un farol, por supuesto. Pero tiene que mantenerse en el papel de mujer autosuficiente y un poco dominatrix. Montar un numerito de celos no la dejar a en muy buen lugar.

Ella los celos se los come con el chocolate. A cualquier hora del día o de la noche, y sin que nadie se entere. El día menos pensado se le indigestan.

—Falta media hora para el concierto —anuncia Rosi, mirando la pantalla del móvil—. Paco y yo nos vamos a dar una vuelta y luego volvemos. No os mov is, eh.

—Con estos tacones apenas puedo andar. No llegaríamos muy lejos.

—Siempre puede llevarte en brazos.

—A mí no me llevaba en brazos ni tu abuelo cuando yo era pequeña.

—Pues Víctor tiene unos brazos de aúpa... Y tú eres chiquitita, no veo qué problema hay.

—Antes me quito los dichosos zapatos y voy descalza.

Rosi suspira. Qué desperdicio de hombre en manos de una feminazi como su tía. Si ella lo pillara, se iba a enterar.

Víctor vuelve con las dos cervezas y unas galletitas de sésamo.

—Perdonad la espera, la barra estaba llena a petar.

—Y tú muy bien acompañado, me ha dicho un pajarito.

Rosi ha desaparecido de la escena, dejándolos a solas.

—Me desesperas, Jimmie, y si sigues mostrándote tan insegura a mi lado... podría acabar aburriéndome.

Otro farol, esta vez por parte de Él. Si se le ve en los ojitos que está enamorado hasta las trancas

—Relájate, Jimmie —Víctor le acaricia la mejilla con ternura mientras le da la cerveza—, en este local no hay nadie que me interese excepto tú. No conozco a nadie, ni nadie nos conoce a nosotros; solo somos dos enamorados más entre mil millones.

—Víctor —lo desanima ella enseguida, muy a su pesar—, no hay tanta gente enamorada en el planeta.

—Por supuesto que la hay, el amor es lo que mueve el mundo.

—¿En serio? Díselo a los sirios, llevan más de cinco años peleándose a muerte.

Víctor se calla. Por fin lo ha hecho callar. A veces se pone tan romaticón que se olvida de que están en un mundo de mierda. Jimena odia recordárselo, pero alguien tiene que hacerlo. Por su propio bien. No es saludable pasar tanto tiempo en las nubes; eso lo hacía Heidi porque era un personaje de dibujos animados... Y esos pueden hacer lo que les venga en gana. Ellos no.

A veces, a Jimmie le gustaría ser un personaje de ficción.

O quizá no tanto; que un escritor dirija su vida sin contar con ella no es muy tranquilizador.

Víctor me devuelve a la tierra:

—Vale, tú ganas. Hay gente que no cree en el Amor —se resigna con un mohín de fastidio—. Prefiere hacer la guerra.

—¿Quién habla de guerras?

Rosi aparece de nuevo a su lado, acompañada de Paco.

—Olvidaos de guerras y peleas mientras estéis aquí. Irlanda es hermosa, pero tenéis que verla con los ojos de un niño; con su misma inocencia e ilusión. Es tierra de leyendas y fábulas; de rebeldes y valientes. Os gustará si habéis apostado por la vida y el amor verdadero.

—No me cuentas nada que no sepa, después de haber leído un centenar de libros sobre Irlanda: historia, folclore, tradiciones, música y, sobre todo, literatura.

Y ahora mismo piensa más en Marian Keyes que en James Joyce.

Rosi y su amigo vuelven a desaparecer, engullidos por la multitud.

Jimena bebe un trago de su cerveza mientras Víctor le acaricia el pelo.

—Si sigues acariciándome de ese modo, voy a quedarme frita antes de que el grupo ese empiece a tocar.

Él sonríe con especial ternura.

—Ay, mi marmota, serías capaz de quedarte dormida en un concierto de Metallica.

—No, porque no me va esa música, ya lo sabes.

—Lo tuyo es más melódico, sí. Pues este grupo, por lo que he oído aquí y allá, es bastante cañero.

—Podré soportarlo. Total, solo es una noche.

Lo que no le dice es que, a su lado, Jimena se ve capaz de soportarlo todo. Ha vuelto a su estado zen post-vacaciones-navideñas. Y podría pasarse el resto del tiempo que le queda en la isla arrebujada entre sus brazos.

Vale, ha vuelto a entrar en modo moñas. ¡Qué horror!

Nadie les mira, nadie les presta atención; solo es otra pareja más pasándose bien una noche. Nadie parece darse cuenta de todo lo que les separa o lo diferentes que son.

—¿Qué hay dentro de esa cabecita tuya? Porque está claro que estás rumiando algo, y me da en la nariz que no es nada bueno.

—Pensaba que nadie nos mira.

—¿Y eso te preocupa ahora? ¿Desde cuándo te interesa ser el centro de atención?

—No, bobo —le golpea en el hombro sin mala intención—. No quiero ser la reina del baile, ni del club, ni nada por el estilo. Pero... me extraña que no nos miren, que no murmuren, que no nos critiquen.

—¿Y qué iban a criticar, Jimmie? No hay nada censurable en pasar un

rato con tu pareja, unas cervezas y un poco de música.

—Que tú seas más joven que yo, que no peguemos ni con cola, que estemos juntos y acaramelados...

—Pues ya ves que ni se han enterado de nada de eso. Son prejuicios. Y trasnochados. Si la gente que nos rodea no los tiene, ¿por qué los tienes tú?

—Porque a mí me enseñaron a criticar todo lo que se aparte de la norma.

—Las reglas están para romperlas, Jimmie.

—Sí, ya se ve que tú has roto unas cuantas.

—Y las que me quedan —la besa en los labios, robándole el aliento—. Pero no quiero hablar de nada de eso hoy. Hemos venido a pasarlo bien. Ya habrá tiempo de hablar de cosas serias más adelante.

¿Cosas serias?

¿Más adelante?

Eso suena a relación... Y Jimena todavía no tiene claro que le convenga o le interese o le apetezca una relación con Víctor. Fuera de la cama, se entiende.

Cambia de tema:

—¿Desde cuándo hablas inglés?

Lo ha oído hablar con la azafata antes de aterrizar, cuando se hacía la dormida para no tener que hablar con Él.

—Desde la ESO, ¿por qué?

—¿Y por qué nunca me has dicho nada?

—No me lo has preguntado hasta ahora, Jimmie. ¿Qué más da?

Vale, el intento de cambiar de tema no ha funcionado porque a Jimena no se le ha ocurrido algo más... inteligente o ingenioso o sorprendente u original.

Y quizá sea porque su cabeza está puesta en lo que iba dentro de la maleta; tenía la (absurda) idea de pasar esos días con Rosi en la capital irlandesa. Las dos solas. Sin más compañía. Sin compañía masculina, por descontado. Y estar solas significaba vestir como le diera la gana, sin preocuparse por si su indumentaria era sexy o no. Pero, claro, de repente ya no están solas. Están Él y el tal Paco, de Naval Moral de la Mata, provincia de Cáceres. ¡Mierda! No ha metido nada más atractivo que el vestido que lleva puesto. Y un bote de sirope de chocolate.

¿Y qué tiene eso de sexy?

Cuando lo metió, Jimmie pensaba en gofres calientes y tiernos que se deshicieran en la boca mientras los saboreaba sentada tranquilamente en su

cama, mientras hablaba con Rosi y cotilleaban las redes en los móviles. Pero... el Destino ha cambiado ligeramente los planes. Y de repente se le ocurren cosas... distintas... en qué emplear el dichoso sirope.

—¿Otra vez en la luna de Valencia? ¿En qué piensas? Te has quedado muda y eso es... preocupante tratándose de ti.

—¿Estás llamándome charlatana?

—No puede decirse que pases mucho tiempo sin abrir la boca. Y yo esa boca la prefiero pegada a cada centímetro de mi cuerpo.

La mira de un modo terriblemente vicioso, y Jimena se echa a reír sin poder evitarlo.

—No llevo nada sexy en la maleta, solo este vestido, camisetas y tejanos —le avisa—. Y zapatos, pero sin tacón. Estos son los únicos zapatos medio elegantes que he traído; espero que no tengas pensado llevarme a ningún sitio encopetado.

—¿Tengo pinta de poder llevarte a restaurantes de lujo?

Jimena enarca una ceja, francamente divertida.

—El otro día alardeaste de ganar más dinero en un día que yo en un mes... No, no me lo digas, ¡era un puto farol!

Víctor levanta los brazos en señal de rendición sin condiciones.

—Vale, me has pillado —confiesa con otra de sus irresistibles sonrisas—. No ganamos tanto, pero tú ya sabes que mi mayor atributo no es mi cartera. Tampoco creo que vayas detrás de un tío rico. No eres de esas. Si fuera así, lo habrías mencionado en tu diario; es la clase de cosas que las chicas ambiciosas y arribistas suelen soñar despiertas.

—No es tu cartera, no, ni tus trajes de diseño, ni tu descapotable. Nada de eso me importa. A mí me gustas así. Aunque mejor desnudo y bañado en sirope de chocolate.

—¿Sirope de chocolate? ¿Dónde hay sirope de chocolate? Me vuelve loca —Rosi aparece junto a ellos—; pero ya hablaremos de eso en casa. Ya ha llegado el grupo que va a tocar esta noche.

Rosi pide silencio.

La música irlandesa hay que escucharla con los cinco sentidos.

Y este grupo en particular tiene un estilo muy parecido al de U2.

Víctor abraza a Jimena por la cintura mientras sus labios se relajan con una sonrisa de las suyas: demoledora.

Ella quiere poner mala cara, pero en el fondo está encantada de la vida de que un hombre así la acompañe.

Algunas personas se levantan y se ponen a corear los estribillos de las canciones. Víctor entre ellos, para mayor pasmo de Jimmie.

Tiene una bonita voz, al contrario que ella, y mucho oído musical. Cuanto más lo conoce, menos entiende qué demonios hace a su lado.

El tiempo pasa en un abrir y cerrar de ojos; y después de otro pub, ya solos, y otro par de cervezas vuelven al piso de Rosi entre risas.

Él ríe; Jimena, en cambio, fantasea con lo delicioso que va a estar esa noche, desnudo y estratégicamente salpicado de sirope de chocolate.

Chocolate que ella va a saborear muy despacio entre besos apasionados, caricias interminables y otra sesión maratónica de sexo del mejor.

—¿Y esa sonrisita de diablesa perversa?

—La que tú me dibujas cuando me haces pensar en diabluras.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Sirope de chocolate y muchos besos golosos.

—Tentador. Muy, muy tentador. No veo el momento de llegar al dormitorio.

Mirarlo es un poema.

Ese torso perfecto, esos pezones rodeados de dulce sirope, esos ojos abiertos, medio divertidos, medio escandalizados, esa sempiterna sonrisa que la pone cachonda sin remedio.

Permanece expectante.

Ella sonríe ahora, anticipándose al placer.

Él le guiña el ojo, la invita a lamerlo de la cabeza a los pies.

Jimena no se reconoce.

Ella nunca ha hecho esas cosas; solo ha fantaseado con ellas y se ha limitado a escribirlas en su diario. Hasta esa noche no sabía de manera consciente que Víctor le provocaba todas esas cosquillas; de nuevo la revolución más allá del ombligo, de nuevo las pulsaciones de su corazón al límite. De nuevo las ganas de recorrer con sus labios cada centímetro de su piel.

Entre besos y caricias dulces pasan las horas; Víctor permanece muy quieto, le deja a ella el control. Sabe cuánto le gusta a Jimmie controlarlo todo. Ella se siente a sus anchas para jugar con su cuerpo, con su boca, con sus pezones, con su miembro. Las manos danzan por ese cuerpo exquisitamente cincelado, maravillosamente bronceado.

Él solo cierra los ojos y se deja llevar.

A la mañana siguiente:

—Quién iba a decirme que eras tan buena en la cama.

—Todo es cuestión de práctica. Y motivación. Tú me motivas mucho. Eres puro vicio. Y a veces te odio por eso.

—Te hago perder el control y no te gusta.

—Ni pizca —Jimena vuelve a besarlo como si no hubiera tenido suficiente con todos los besos de la noche anterior.

—¿Vamos a pasarnos todo el día en la cama o hay un plan mejor?

—No hay nada mejor que follar contigo, pero para eso podíamos habernos quedado en Barcelona. Quiero ver la ciudad; por eso quería venir sola, sin nada ni nadie que me distrajera de mi propósito.

—¿Te arrepientes de tenerme aquí, a tu lado?

—Sabes que no... En parte. Pero ya te he dicho que eres muy mala influencia para mí. Digo, para mi yo intelectual. Contigo me olvido de todo. Y eso no está bien. Yo tengo una profesión, una vida propia, unas inquietudes..., las tenía antes de que aparecieras en ese condenado club esa condenada noche y lo echaras todo por alto. Y que sepas que estoy planeando la manera de vengarme de esa zorra.

—Con una motosierra, entiendo.

—También me vale un cuchillo de carnicero bien afilado.

—Como el que me enviaste la otra mañana. Casi me dio miedo.

Pero en realidad Víctor está a punto de soltar una de sus estruendosas carcajadas.

—Ya veo el miedo que te da. Anda, suéltala antes de que se te indigeste y acabemos en urgencias.

Él ríe, la abraza, la besa y vuelve a reír; se levantan, se duchan y se visten.

El piso está silencioso y todo parece indicar que Rosi ha pasado la noche fuera para dejarles intimidad... o para tenerla ella con el chaval de Navalmoral de la Mata. A Jimena no se le va el pueblo de la cabeza. Y de repente se le ocurre otra cosa:

—¿De dónde eres tú? Nunca me lo has dicho y quizás yo haya dado por supuesto demasiado pronto que eres más madrileño que el bocadillo de calamares.

—Pues no, Doña Marisabidilla, para tu información soy de Villarreal, provincia de Castellón.

—Pues seguramente eres el único habitante de la Comunidad Valenciana que no es ni medio corrupto.

—No se lo digas a Rosi o de veras va a pensar que llegué del mismo planeta que E.T.

—Ya lo piensa. Lo pensamos las dos. Y no nos puede gustar más.

—No sé si echarme a reír o a temblar. Menudo par de dos.

Después de un café y unas cookies, salen a la calle donde un cielo gris anuncia lluvia.

Visitan la ciudad, empezando por el Trinity College, Christchurch Cathedral, Dublin Castle, St. Stephen Green... Hasta Phoenix Park. Se hacen fotos, miles de fotos que esa noche subirán a Instagram para alardear. De viaje y de (buena) pareja. Jimena se deja llevar sin protestar; si la vieras dirías que está en una nube. El sábado se van hasta el oeste de la isla en un *tour* guiado que los lleva hasta Galway y los acantilados de Moher, en el condado de Clare, donde pasan todo el día y hacen tropecientos mil fotos más con una Polaroid que Víctor ha traído consigo en la maleta.

Besos y más besos; fotos y más fotos. Y Amor del bueno.

Jimena no te lo dirá ni muerta, pero tú ya lo sabes.

# JULIO

Lo que iba a ser una semana de vacaciones en Irlanda se convirtió en un mes.

Lo que iba a quedar en una anécdota —el sirope de chocolate— se hizo indispensable en la vida sexual de Jimena y Víctor.

Lo que iba a ser un período de relax y reflexión en la vida de Jimmie terminó siendo lo más parecido a una luna de miel que puede vivir una solterona convencida de serlo.

Pero todo lo bueno se acaba, y en julio Jimena vuelve a convivir con sus mascotas, su incorregible vecino, y los nuevos manuscritos que le han llegado mientras estaban fuera, y que debe devolver corregidos entre septiembre y noviembre.

*Ah, la vie en rose.* Qué bonito fue y qué poco duró.

Pero nuestra incorregible protagonista ha empezado julio con la sonrisa pegada en la cara. La ves por la mañana y sigue igual de deslumbrante después del anochecer.

Savie y Ralphie la miran como si se hubiera vuelto loca.

Ella no hace ni caso. ¡Qué sabrán ellos del Amor!

Víctor ha vuelto a Madrid por unos días, pero enseguida estará a su lado.

O eso le ha prometido a Jimena.

Pero ella no se lo creerá hasta que lo vea en la puerta y con las maletas en las manos.

Tan desconfiada como siempre.

Después de darle el parte de las vacaciones a Joserra, y un par de collejas por indiscreto, Jimmie se concentra en su trabajo.

O lo intenta.

Savie la mira con mala cara mientras organiza una improvisada mesa de despacho en la cocina.

*A él te lo llevas, pero a nosotros nos dejas aquí, muertos de asco.*

*Serás mala gente...*

Es inútil tratar de explicarle que ella «no se había llevado a nadie» y, en todo caso, la culpa fue de Joserra por haberle chivado a Víctor su paradero.

No va a ponerse a discutir con mascotas. Puede estar un poquito más feliz de lo normal, si tú quieres, pero todo tiene un límite; compartir su felicidad con los animales y las plantas lo sobrepasa.

Más preocupada la tiene el asunto de Víctor.

¿Qué asunto?, preguntarás tú.

La inesperada reaparición de su ex, vía Instagram.

Y no sabe cómo plantearlo para no provocar una brecha insuperable en una relación que recién empieza a funcionar a velocidad de crucero.

Jimena no quiere abrir la caja de Pandora y esparcir todo el mal a su alrededor, pero, si a pesar de las innumerables fotos que Él ha subido a su cuenta de IG en los últimos días, donde los dos aparecen juntos y muy encandilados, miss Rancia sigue enviando mensajes como si tal cosa, alguien en algún momento, más pronto que tarde tendrá que poner las cartas sobre el tapete.

No es que a Jimena le entusiasme la labor, pero en estos asuntos los hombres tienden a hacerse los despistados hasta que el problema desaparece o se resuelve solo milagrosamente.

Y quizá sea mejor así.

Porque empezar a discutir de lo que Nadia hace o deja de hacer, escribe o deja de escribir, manda o deja de mandar, revela a las claras un estado de paranoia que no la favorece para nada.

Mejor sonrío y se olvida del asunto.

Víctor tiene tantas seguidoras que su ex no pasa de ser «una más».

Y tampoco contesta a los comentarios. Eso por sí solo debería tranquilizar los nervios de Jimmie, si no fuera porque cada vez que ve su nombre o su foto, le entran retortijones de estómago de los que te empujan a correr al lavabo.

Y da igual que Víctor repita una y mil veces que Nadia es Historia Antigua y que su decepción fue tan grande que no le quedaron ganas de una reconciliación.

Quizá sea idea de ella lo de reconciliarse, hacer borrón y cuenta nueva y volver a empezar.

Lo espera; incluso es posible que lo dé como cosa hecha.

—Estas niñas de veintipocos tienen la extraña creencia de que el Mundo

está a sus pies, incluidos los ex, a los que abandonaron sin remordimientos. Pero nosotros (qué bonito suena) tenemos una relación. Y si Él no tiene intención de ocultarla, yo no voy a pedirle que lo haga. A nosotros nos gustan las cosas claras y a la luz del día. Y me hace ilusión, para qué negarlo, que vaya presumiendo de pareja. Aunque no acabe de entender, ni siquiera después de nuestros tórridos días (y noches), qué ve en mí.

Si esperaba alguna reacción por parte de la ex, Jimena se quedó con las ganas.

—Tampoco hay muchos comentarios porque yo no soy famosa ni salgo en la tele, no subo fotos a mi cuenta más que de Pascuas a Ramos y, en general, apenas me conoce nadie fuera de mi zona de confort.

Si pensaba que eso podría desanimar a Víctor a seguir con la relación, también se quedó con las ganas. Se le ve más enamorado a cada día que pasa, y si Jimena hace como que no se entera o no quiere enterarse, ya viene Joserra a recordarle que Víctor está hasta las trancas por ella.

—Ya no recuerdo lo que era no quererte.

O:

—Tú lo que quieres es matarme de Amor —la despierta con su tono más sensual mientras sus dedos juegan con la melena pelirroja, desordenándola más de lo que ya está después de una noche revolcándose con Él.

Y claro, en este estado de cosas, a Jimena no le apetece ponerse ceniza en cuanto a su futuro. No cuando Víctor habla en todos sus wasaps de irse a vivir con ella porque «las horas sin ti se me hacen eternas».

—A mí también se me hacen eternas, no puedo engañarme, y eso que a mí me sobra distracción con mi trabajo, sobre todo hoy que me han llegado dos encargos, a cuál más difícil y pesado. Una novela que parece (y será si no lo remedio) una mala imitación de *Orgullo y prejuicio*, y otra sobre el Holocausto, de esas que te dejan con el estómago revuelto. Por fortuna, esta última se ve bien escrita y casi puedo leerla en diagonal, como quien dice.

Estos dos últimos encargos la han llevado a reconsiderar, con más calma y rigor profesional, la peregrina idea de Joserra de ofrecerse como *coach* literario. Quizás así logre que la gente deje de escribir copias infumables de novelas rancias. O no. Por intentarlo no se pierde apenas nada, un par de llamadas, un par de correos, un par de cafés para intercambiar impresiones y un par de anuncios en las redes para darse a conocer. Y ¡quién sabe! A lo mejor acaba siendo eso que llaman *influencer*. Ya tendría gracia la cosa. Y además dijo Joserra que se podía ganar mucho. No es que el dinero le quite el

sueño, ya lo sabes, pero nunca está de más.

Lo que sí odia muy mucho es tener que darle la razón a Joserra, porque a él le encanta echárselo en cara luego; con gracia y salero, claro, pero sin el menor empacho.

Le manda un wasap después de San Fermín para decirle lo de siempre:

*Tenemos que hablar.*

Como no son pareja, sus palabras no suenan a sentencia inapelable, sino simplemente a lo que es: un ratito de charla sin más intención que compartir experiencias. Y si lo miras bien, resulta un tanto preocupante porque con Víctor no comparte ni la mitad de los delirios y neuras que con su adorable y alocado vecino de rellano. Mientras espera su respuesta se sirve un Martini.

Nunca bebe alcohol antes de comer, pero lleva días estresada y un copazo le puede venir tan bien como un té rojo ahora mismo.

La respuesta llega cuando está a punto de llevarse el vaso a los labios.

*¿Qué tripa se te ha roto ahora?*

No es el mejor comienzo, la verdad. Lo mismo el calor lo tiene alterado. No es normal en Joserra ponerse borde de buenas a primeras. Mucho menos con Jimmie.

*¿Una mala noche, mon amour? No es culpa mía si no has echado un polvo como Dios manda.*

*Las he tenido mejores, sobre todo cuando no he cenado con el telediario como música de fondo. ¿Te has enterado?*

*¿De qué me tengo que enterar? Ya sabes que vivo en otra dimensión y nunca veo la tele, solo las series en Netflix, y esa que ponen en Antena3, donde sale ese hombre tan sexy que, depende cómo, me recuerda a Víctor.*

*Han violado a una chica en Pamplona, durante los San Fermín.*

Jimena se queda blanca un momento. Solo un segundo.

*Perdona si no me quedo sin aliento ni pongo los ojos en blanco. No es falta de sensibilidad... sino hastío de ver que este jodido país no cambiará nunca.*

*No, si no digo que sea algo extraordinario. Pero han sido cinco tíos, Jimmie. Cinco contra una, por favor. Odio a los Machos Alfa.*

*¡Su puta madre! Serán cafres.*

*Por lo visto la chica ha denunciado los hechos, ahora falta que se lo tomen en serio.*

*Puto patriarcado.*

*¡Y que lo digas! Encima, un par de ellos son de «las fuerzas del*

orden».

*Pues menos mal, oye, ya me dejas más tranquila.*

*El sarcasmo de Jimena es legendario.*

*Quisiera poder decirte que todo acabará bien y la chica podrá rehacer su vida, pero ya me conoces. No creo en los finales felices. Mucho menos los de las mujeres que han sufrido acoso de cualquier tipo.*

*La chica se ha atrevido a denunciarlos, no es poca cosa.*

*Alguien tiene que romper la ley del silencio. Y para eso hay que tener ovarios, no sé yo qué hubiera hecho en su lugar.*

*Tú te los comes vivos.*

*¡Qué va! Menos lobos, Caperucita, seguramente me hubiera meado encima de puro miedo. Que aquí donde me ves, no soy tan fiera. Mucho menos si me acorralan cinco bestias.*

*Pues sí, porque lechuguinos de salón no eran, ya te lo digo.*

*En fin, este es el país que nos ha tocado. Cuéntame algo menos deprimente, anda, echo de menos a mi stripper y quiero reírme un rato.*

*Pues... lo mío con Pol avanza a velocidad de crucero.*

*¿Vais a ir de vacaciones?*

*No... él se ha ido con sus padres.*

*¿Con sus padres? ¿En serio? ¿Cuántos años tiene la criatura?*

*Treinta y ocho.*

*¿Y no crees que ya sea mayorcito para ir con papá y mamá a la casita de la playa y hacer castillos en la arena?*

*No te burles, Jimena.*

*No me burlo, mi amor, solo quiero prevenirte. Un tío que anda enmadrado a punto de cumplir los cuarenta no es el mejor partido para ti. Te mereces algo mejor.*

*¡Mira quién habló!*

*Alguien que te quiere bien, parece mentira que lo cuestiones siquiera.*

*Que no lo cuestiono, Jimmie, pero... consejos vendo y para mí no tengo.*

*Casi puede oírle cantar.*

*Para ti la perra gorda.*

*No te me enfades, cuchi-cuchi, la soledad obligada te cae como un tiro en el culo, por lo que veo.*

*¿De qué soledad hablas?*

*De la tuya. Y no me disimules, que nos conocemos.*

*Vaaale, tú ganas. Tengo mono de sexo.*

*Tienes mono de Amor. A mí me lo puedes decir.*

Jimena deja el dedo suspendido sobre el teclado del móvil. ¿Tiene mono de Amor o de sexo?

*Vale, dejémoslo en que no lo tengo muy claro.*

Una pequeña concesión por parte de alguien que no acostumbra a hacerlas, ni siquiera a él.

*Ay, Jimmie, Jimmie, ¿cuándo vas a bajar la guardia y dejarte llevar?*

*Cuando los sapos bailen flamenco, que cantaban Ella baila sola.*

*Pues en cualquier momento los veo yo bailar, mira lo que te digo.*

*Espera sentado, Joserra, que te me cansas si no.*

*Torres más altas han caído.*

*Aquí no se va a caer nadie, peliculero, que eres un peliculero.*

*Esto no era un wasap para quedar y hablar, ¿no? Porque...*

*No, bueno sí, pero, ya que estamos...*

*Ya que estamos ¿qué? Suéltalo.*

*Pues... he pensado en tu loca idea del coaching literario ese.*

*Ajá. La Gran Jimena va a bailar al son del dinero, que es música celestial para cualquier humano.*

*Todos somos corruptos.*

*Y mucho.*

*Me apetece meterme en un berenjenal así, no te lo voy a negar. Me estimula, me reactiva las neuronas. Desde que Víctor apareció en mi vida, andaban un tanto...*

*Comatosas.*

*Exacto. Temo que, si no hago algo ahora, se me mueran antes de que se ponga el sol.*

*Exagerada.*

*Me viene de familia.*

*¿Dónde has dejado a esa alma de cántaro?*

*En Madrid, recogiendo sus bártulos. Jura y perjura que se viene a vivir aquí.*

*¿A tu piso?*

*Es lo que Él quiere.*

*Y tú no, claro. Tú vives sola más feliz que una perdiz.*

*Lo sabes mejor que yo.*

*Eso era antes.*

¡Joder, pues es verdad! Eso era antes de aquella mañana en su cama.  
*Vale, aceptamos Víctor como animal de compañía.*  
*Tendrás que consultarlo con los nenes.*  
*¡Hasta ahí podríamos llegar!*  
*Vale, no lo consultes. Tampoco es necesario. Savie está loca por él, y a*  
*Ralphie te lo camelas con dos cajas de ChocoKrispies.*  
*Si te oye, te araña la cara.*  
*Me quiere más a mí que a Víctor.*  
*Alguien tendrá que explicarle que tú y yo no podemos ser pareja.*  
*Porque somos incorregibles...*  
*Porque a ti no te gusto yo... Y a mí no me gustas tú.*  
*Es una manera muy simple y clara de decirlo. Te veo practicando para*  
*coach. Argumentos nunca te han faltado.*  
*De algo tenía que servirme un doctorado en letras.*  
*¿Nunca te has planteado la docencia?*  
*¿Nunca te has planteado poner en peligro tu integridad física? Yo sí.*  
*Solo son chavales.*  
*Anda, como los de antes: los de San Fermín. A mí no me hables de*  
*chavales, que me da yuyu. Ya pasé la adolescencia y no soy del tipo*  
*nostálgico.*  
*Bueno, al menos vas a darle un giro interesante a tu vida.*  
*¿Y tu vida no es interesante? Noto cierta envidia en tus palabras.*  
*Pse, podría ser mejor.*  
*A ver, tienes a Pol, tus animalitos, tu consulta veterinaria, me tienes a*  
*mí...*  
*Quiero cambiar de vida.*  
*¡Joder! Eh... ¿eso no implicará largarte de aquí?*  
*No a corto plazo, pero...*  
*Podría ocurrir.*  
*Tú te casarás con ese tío impresionante y te mudarás a Madrid, que*  
*siempre te ha gustado más que Barcelona y...*  
*Deja de fantasear, leñe, aquí nadie va a casarse. Soy anti-matrimonio,*  
*¿o ya no te acuerdas?*  
*He visto cómo te mira. Podría venderle hielo a un esquimal y*  
*convencerte para que te casaras por la Iglesia.*  
*Es imposible, soy protestante.*  
*Jimena suspira. Menuda charla.*

*Eso es lo de menos. Aunque no te cases, te irás con él.  
Me marea tu optimismo, en serio. Si yo quisiera irme a vivir a Madrid,  
¿no crees que ya me habría ido, con o sin él?  
No eres de las que se precipitan. Pero cuando te decides, no hay quien  
te convenza de lo contrario.  
Pura Capricornio.  
Y él es...  
Leo.  
¿De este mes o del siguiente?  
De este. Nació el día treinta, como Emily.  
Como Emily, tu Emily, ¿en serio?  
Ajá.  
Es la señal que estábamos esperando, Jimmie. Estáis predestinados.*

Joserra conoció a su primer amor a los quince años.  
Estaba en el instituto, y aunque no era un bicho raro, tampoco era el rey de las fiestas ni el capitán de ningún equipo.  
Le gustaba estudiar y leer. Casi tanto como a Jimena. Y también los animales. Aquello fue lo que decantó la balanza; bajó Filosofía y subió Veterinaria.  
Por aquellos días ya medía casi el metro noventa que tenía cuando Jimena lo conoció, y pesaba también noventa kilos. Los chavales no se metían con él, desde luego, pero lo ignoraban; no lo hacían partícipe de sus chistes, ni de sus bromas pesadas.  
Él tampoco buscaba el reconocimiento de nadie.  
Quizá de Sergio, sí. Hubiera sido bonito. Tanto como imposible, porque el chaval era el típico matón de patio de colegio: bravucón cuando iba acompañado, y más cobarde que las ratas si lo pillabas a solas por la calle, camino de su casa.  
Vivían en el mismo barrio, y sus padres se conocían desde hacía años.  
Podrían haber sido buenos vecinos; Joserra era discreto y nunca hablaba por hablar. No presumía de nada, ni hacía aspavientos, ni parecía la mitad de gay que era, pero a Sergio no le gustaba.  
No es que no lo amara, es que ni siquiera le caía bien.  
Cuando sus padres comentaban, delante de los chicos, lo aplicado que era José Ramón, Sergio se metía los dedos en la boca y fingía vomitar.

No era un buen comienzo para una relación, desde luego.

Pero Joserra, al contrario que Jimena, era un optimista infatigable. No desfallecía, no se rendía, no tiraba la toalla.

Ni siquiera después de aquella tarde de otoño, cuando lo acorralaron en los baños entre cuatro tíos, y lo amenazaron con meterle la cabeza en el váter —o algo mucho peor— si no dejaba de mirar a Sergio de esa manera tan «sucias y depravadas».

Le quedó claro que, a partir de ahí, más le valía amar en silencio.

Un silencio de ultratumba.

Porque si sus padres se enteraban de sus gustos... lo ponían de patitas en la calle.

Su madre siempre andaba preguntándole si se había echado novia.

Su padre siempre lo invitaba a acompañarlo al puticlub que visitaba los fines de semana, con el conocimiento y beneplácito de su santa esposa.

Joserra no se lo podía creer.

¿De qué pasta estaba hecha su madre para permitir aquello?

Ella se lo explicaba con calma y resignación: las propias de una buena cristiana que entiende que el varón tiene necesidades que ella ni quiere, ni puede, ni debe satisfacer.

Y Joserra, a solas en su dormitorio, metía los dedos en la boca y fingía vomitar.

Cuando se marchó a Madrid, a la universidad, todavía no se había sincerado con ellos. A cada día que pasaba, la brecha entre los padres y el hijo se hacía cada vez más larga y más profunda.

Nunca había un buen momento para «salir del armario», nunca había una oportunidad idónea para revelar su condición de homosexual.

Y cuando regresó cinco años después, con el título de veterinario bajo el brazo, también se llevó a su casa la firme determinación de encontrar una plaza muy lejos de su Bilbao natal de cielos plomizos, lluvia perpetua, y un ambiente cargado de convencionalismos y prejuicios que en nada iba a ayudarlo a sentirse mejor consigo mismo.

Recaló en Barcelona durante seis meses, a cuenta de unas prácticas en una clínica cerca de las Ramblas, y ahí se quedó.

Los buenos propósitos de volver a casa de sus padres en Navidad y fiestas de guardar se quedaron ahí: en propósitos, papel mojado, palabras que se lleva el viento.

No importaba cuántas veces telefonara su madre para pedirle que

volviera al nido familiar.

No importaban las amenazas de su padre, una figura y un apellido sobresalientes en la sociedad bilbaína del momento.

Nada hacía mella en él, nada parecía importarle.

Ni siquiera buscar pareja.

Ni siquiera frecuentaba los locales de ambiente para chicos como él.

Trabajaba, paseaba en primavera por el parque de la Ciudadela; iba a la playa en verano, paseaba en bici en otoño, iba al cine las tardes de los sábados de invierno...

A veces comía fuera de casa. A veces cenaba fuera de casa también.

Vivía de alquiler en un pisito pequeño, en San Andrés Arenal.

Luego se mudó a la Barceloneta.

Y cuando el trabajo prosperó y su plaza de veterinario ya no corría peligro, se mudó a otro piso mucho más grande, soleado y céntrico, en la calle Balmes, esquina con la Vía Augusta. Un edificio antiguo, de techos altos, y tres tramos de escaleras para llegar tan solo al ascensor. Diez plantas, dos pisos por planta, y casi todos los vecinos tenían asistenta interina y más de sesenta años.

Y una mañana de otoño se encontró, sin quererlo, con una treintañera pelirroja, deslenguada y la mar de expresiva llamada Jimena. Jimmie para los amigos. Y en apenas tres horas José Ramón Azpeitia pasó a ser uno de esos privilegiados, muy escasos, por cierto, a los que se les permitía usar el diminutivo.

Un tropezón casual y un par de cervezas frías obraron el milagro.

El milagro de una amistad que, después de una década, sigue intocable. O acaso mejor de lo que fue al principio.

Jimena es su medio limón, no solo porque es opuesta a él como la noche al día, sino porque es cínica, borde, feminazi... y adorable la mayor parte del tiempo. Al menos lo es con él.

Los dos funcionan sin filtros y son dolorosamente incorregibles.

Los dos rompieron hace años la relación con una familia que no los entendía y con la que nunca se identificaron.

Los dos pueden contarse, siempre que les apetece, batallitas de sus años de universidad.

Los dos son doctores, y a los dos les apasiona la lectura, el buen cine de autor, los culebrones y cotillear en las redes lo que pasa en este cochino mundo.

Los dos creen en el Amor, a pesar de todo.

Jimena lo disimula más y él, sin embargo, lo expresa sin empacho.

Durante el tiempo que llevan siendo buenos vecinos y mejores amigos, Joserra ha tenido un par de relaciones con hombres, que podrían calificarse de regulares a malas. En el mejor de los casos, no han dejado una huella perdurable, ni buenos recuerdos a los que aferrarse cuando la soledad muerde con dientes de acero.

A Jimena también la muerde, aunque se haga la dura, la autónoma y autosuficiente.

En esos diez años, Joserra ha aprendido a leer en sus ojos las palabras que no llegan a sus labios.

No le engaña.

Él lo vive todo con intensidad, siempre al borde del melodrama. Ella fue así también durante mucho tiempo, pero en los últimos meses ha cambiado el drama por el rollo zen y namasté. O al menos lo intenta con todas sus fuerzas.

Como intenta resistirse al único hombre que la ha amado de veras.

A Joserra le hace gracia, mucha gracia, ver cómo Jimmie se esfuerza por negar la evidencia de su relación con el *stripper*.

Y la cosa es que el tío es majete, simpático, decidido, y tan perseverante como él mismo. Y buena falta le va a hacer para conquistar a esa mujer imposible.

Y no, Joserra no se ha ido con Pol de vacaciones; y sí, él también cree que su «novio» es demasiado mayor para seguir jugando a las casitas.

Pero cuando está con él se le olvida todo.

Se repite que la paciencia y la insistencia son claves en cualquier relación, ya lo decía Woody Allen.

Toma ejemplo de Víctor, que ha sido capaz de irse con Jimmie a Irlanda solo por no perderla de vista, como si temiera que alguien pudiera arrebátarsela.

Joserra no conoce a nadie tan suicida, aparte de él mismo.

Y lo cierto es que Víctor ni lo amenazó, ni lo amordazó, ni lo ató a ninguna silla.

Solo preguntó dónde estaba Jimena, y a él le faltó tiempo para decírselo porque lo que su vecina necesitaba, más que comer, era una luna de miel como Dios manda.

Joserra está mal, muy mal.

Decir que están predestinados solo porque Víctor cumple años el mismo día que Emily Brontë. Vale, lo admito: es un guiño simpático, y ya.

Eso no cambia la esencia de la situación. Y esta es imposible.

Cuando intenta decírselo esa noche por wasap, Víctor le manda un *sticker* con corazones voladores.

No tiene remedio. No se toma nada en serio y es un moñas acabado.

¿Qué ha hecho ella para merecer eso?

Menea la cabeza mientras el icono del móvil indica la llegada de otro wasap que no es de Él, sino de Irene.

*Pendón, ya me han dicho cómo te desmelenaste la otra noche.*

*Mal bicho.*

*No ha sido Belén, sino Víctor quien se ha chivado.*

*Pues a él me refería, ¿qué te crees?*

*Uuuuu, entonces la cosa...*

*¿Qué cosa?*

*No te me hagas la estrecha, Jimmie, que nos conocemos desde hace ya muchos años. Y un pajarito me ha dicho que perdiste la honra con el tío más buenorro que ha parido madre.*

*¡Putos pájaros!*

Irene contesta con dos emojis llorando de risa, ¡otra qué tal!

*Menos recochineo, que para eso ya tengo a Joserra.*

*Pero yo soy yo, Jimmie. Además, ¿de qué te quejas? Te ha tocado la lotería... o algo mucho mejor.*

*Si tú lo dices...*

*Claro que lo digo, estuvimos hablando la otra tarde y, ¡joder, nena, no puede estar más coladito por ti!*

*Cómo que estuvisteis hablando...*

*Pues sí, a ver, fue él quien me pidió tu nick de usuaria en Instagram.*

*Chivata.*

*Y bien que me lo agradeces, no mientas. Que se te oía rugir desde aquí.*

*Serás...*

*Tu mejor amiga que siempre vela por ti, incluso cuando tú eres incapaz de hacerlo.*

*Perdona si no me desmayo de la gratitud.*

*Perdonada. ¿Qué tal el muchacho en la cama?  
Irene, no empecemos... No voy a darte detalles.  
Está bien, sosaina, que eres una sosaina. Belén ya me dijo que era una  
fiera.*

*Que Belén, ¿qué?*

*A ver, Jimmie, no te enfades. El chico se dedica a... lo que se dedica. Y  
si te sirve de consuelo, follaron antes de que él te conociera a ti.*

*Pues no le sirve de consuelo, no. Ni pizquita.*

*A mí me la pela con quien se acueste ese...*

*Eres imposible. Y mientes tan fatalmente como cuando estábamos en la  
autónoma, en serio.*

*No miento.*

*Claro que mientes. Lo vi ayer y me dijo que habíais estado juntos en  
Dublín, con Rosi. ¡Dios!, de veras, Jimmie, nunca he visto a un tío tan  
colgado por una tía, ni siquiera a mi Pablo.*

*Pablo es el marido de Irene. El tercero, como ya sabes.*

*¿Me escribes solo para cotillear o hay una razón seria?*

*Ay, Jimena de mis amores, Jimena de mis dolores, ¿qué voy a hacer  
contigo? ¿Cuándo aprenderás a reírte de ti misma?*

*Cuando tú dejes de hacerlo. Mientras estés tú, ¿para qué voy a  
molestarme yo?*

*Irene se echa a reír con emojis, muchos, demasiados para el gusto de  
Jimena.*

*¿Tenéis planes para el fin de semana?*

*Él, no sé, a mí me toca trabajar.*

*Haré como que no te he leído. Si sigues en plan Vinagres, luego no te  
quejes de las consecuencias.*

*Jimena hace como que oye llover.*

*Te dejo, me voy a arreglar, que hoy Pablo quiere llevarme al teatro, a  
un nuevo musical que estrenaron la semana pasada. Es fan total de los  
musicales. A mí me aburren, pero lo que viene después no tanto.*

*Un par de guiños acompañan el mensaje de despedida.*

*Jimena menea la cabeza nuevamente y apaga el móvil. Es un vicio, la  
perdición, y más malo que la tiña, sobre todo cuando tienes que trabajar.*

*Después de cenar, llega otro mensaje de Víctor.*

Sabe que Jimena los prefiere a las llamadas.

*Te echo de menos.*

*Yo también.*

*Sueño contigo, en una playa nudista.*

*¿Y eso?*

*Será el calor, nena.*

*Pues ya estás tardando en volver.*

*Esperaba que me lo pidieras.*

Jimena suspira. Ni sabe por qué le hace tanta ilusión perderse con Él, en la moto, en busca de la última playa nudista de España.

Aunque, bien pensado, Jimmie ya no está para desnudarse en ninguna playa. Eso fue hace veinte años.

Y desde entonces ha llovido (y ha engordado) demasiado.

*¿No vas a pedírmelo?*

*¿Qué?*

*Que vuelva, Jimmie. ¿No vas a pedirme que vuelva?*

*Ni en cien años, que te lo tienes tú muy creído.*

*No será gracias a ti, desde luego. Te encanta maltratarme.*

*Tú no sabes lo que son malos tratos.*

*A lo mejor sí lo sé.*

Eso deja a Jimena bastante pensativa. Ella no ha leído ningún diario ajeno, ella no sabe cómo ha sido la vida de Víctor hasta la noche que se conocieron. Y de repente le da por pensar que él le ha ocultado cosas. Que solo han hablado de amor y sexo. Sobre todo, esto último, como si lo demás no tuviera ninguna importancia.

*No te hagas el melodramático, que eso siempre ha sido cosa mía. Yo lo que quiero es que me hagas reír, que me hagas levitar, que me vuelvas loca. Los dramas déjamelos a mí, que los domino a la perfección.*

Silencio.

Minutos de un largo y angustioso silencio.

Oye, que estaba de coña. Y yo no te maltrato.

Más silencio.

Y Víctor se desconecta del chat.

Y Jimena se queda con cara de: «Joder, he metido la pata hasta el fondo».

Suspira y se va a la cama a leer un rato.

Mañana llamará a Joserra y se desahogará con él.

¡Y pensar que lo de la playa nudista tenía tan buena pinta!

—¿Cuándo aprenderé a quedarme calladita?

Quizá nunca, pero la aterra pensar que su mala cabeza y su lengua, mucho peor, den al traste con la mejor relación que ha tenido nunca.

—Soy un desastre, Joserra.

Jimena está a punto de llorar sobre el café.

—¿Qué has hecho ahora, petarda?

Joserra le da una galleta Oreo para consolarla. Hasta ahora siempre ha funcionado.

—Cagarla, básicamente —dice y se come la galleta en dos bocados.

—Echaba de menos a mi Jimena *Drama Queen*, la verdad. Veamos... ¿en qué consiste el estropicio esta vez?

—No lo sé, y eso es lo peor. Estábamos chateando anoche, ya sabes: pulla aquí, pulla allá, como siempre, y no sé cómo salió el tema del maltrato, y yo bromeé como siempre hago, ya me conoces, leches, y de repente me soltó que «a lo mejor sí sabía qué eran malos tratos». Le dije que no se hiciera el melodramático y... en fin, que se cabreó y cerró el chat sin despedirse. Es que ni siquiera me insultó, ni me puso uno de los mil motes que siempre tiene reservados para mí.

—Así que lo has cabreado en serio.

—Pues sí. Para mí que he despertado algún demonio, sin querer. Lo de ir sin filtro por la vida sólo vale para nosotros, al parecer. Al resto de la humanidad hay que decirle exclusivamente lo que quiere escuchar. Así funciona este puto mundo.

A Jimena se le escapan dos lagrimones y Joserra la mira, estupefacto.

—¡Joder! Estás llorando. No te he visto llorar en diez años. Desde que te conozco, no te he visto una sola lágrima.

—Pues filma la exclusiva, si quieres, y la subes a YouTube. Más de uno se descojonará de la risa.

—No soy tan malo, y lo sabes. Y aquí el problema no son las lágrimas, sino lo que las ha causado.

—Son lágrimas de frustración, a ver qué vas a pensar tú ahora.

—Bueno, si quieres confundir las cosas, allá tú.

—¿Qué cosas?

—La frustración, que no te digo yo que no la sientas, y el Amor.

Jimena lo mira con mala cara y se le escapan otros dos lagrimones, si acaso más grandes y brillantes que los de minutos antes.

—Eres tú quien confunde las cosas. No hay amor que valga, pero me jode cabrearme con Él porque... ¿dónde voy a encontrar a un amante mejor?

Joserra se echa a reír.

—Pues ya sabes lo que toca, Jimmie: hincar la rodilla y pedir perdón. No se acaba el mundo por admitir que la has cagado. Rectificar es de sabios, ya nos lo enseñaron en la escuela.

—Odio pedir disculpas —Jimena rechina los dientes.

—Lo sé, y Víctor también lo sabe. Por eso no creo que se aproveche de la situación para humillarte. Que sé de sobra que es lo que más temes.

—Le encanta mortificarme.

Joserra niega con la cabeza.

—Le encanta mortificar a la Jimena feminazi que se las da de Marisabidilla y va por el mundo mirando a todo Dios por encima del hombro. Si ve a la Jimena que estoy viendo yo ahora mismo, te perdonará, te besará y te hará suya una vez más. Porque es lo único que quiere. Pero tiene que ver a esa Jimena: la vulnerable, la humana, la imperfecta que comete errores y se avergüenza de ellos.

—O sea, que tengo que mostrarme vulnerable.

—Tienes que ser tú, sin caretas —la exhorta él.

Tres horas y tres gin-tonics después...

Jimena abre su cuenta de Instagram, busca el perfil de Víctor y le manda un mensaje:

*Soy una imbécil sin remedio.*

Como comienzo no está mal, piensa.

Se desespera mientras espera respuesta... Aunque tendría que haber sabido que no iba a ser fácil.

Se va a preparar un café.

Luego, en la cocina, desiste porque la combinación de café y gin-tonics puede ser peligrosa para sus nervios (y neuronas) y ya la ha pifiado bastante.

Vuelve al salón, vuelve a mirar el móvil.

Nada.

Fotos, historias, vídeos.

Nada.

Está a punto de volver a la cocina para buscar chocolate, lo único que le calma un tanto los nervios, cuando un pitido la hace pegar un respingo.

*Yo no diría tanto. Pero... debes mirarte esa costumbre tuya tan fea de hablar sin saber.*

Jimena frunce el ceño. Luego respira hondo antes de contestar:

*Lo sé. Y lo siento. Pero no entiendo a qué viene el mosqueo. Ya me vas conociendo. A mí y a mi humor negro.*

*No termino de acostumbrarme. Yo lo veo todo mucho más...*

*¿Rosa?*

*Pues sí, quizá sí lo vea todo más de color rosa. Quizá sea un optimista incorregible.*

*Ah, no, otro incorregible no. Ya tenemos el cupo cubierto, gracias.*

Tres emojis riendo y un corazón flechado

Este hombre no tiene remedio.

*¿En serio no vais a dejarme entrar en el club?*

Jimena se lo piensa. Jimena sonríe. Jimena suspira. Ese hombre, definitivamente, no es de este mundo, por más que sea asquerosamente humano y conduzca una moto de lo más mundano. Y sexy. Y tentadora. De repente se ve encima de ella: desnuda, con la melena al viento y los brazos abiertos en cruz, como Kate Winslet en *Titanic*, abrazada por la cintura por Él. La imagen la pone toda húmeda.

*Tenemos que debatirlo en un pleno extraordinario. No es una decisión que podamos tomar a la ligera.*

Otros tres emoticonos la mar de sonrientes. Pero ya no hay corazones.

Jimena no sabe qué pensar. La falta de corazones la inquieta.

*Te faltan corazones. Dime que ha sido un descuido, dime que no lo has hecho a propósito, dime que no es una indirecta.*

¡Dime que no has dejado de amarme!, quiere gritar, pero se lo calla. Todo tiene un límite. Y su vulnerabilidad también.

*Así que echas de menos mis cursis corazones.*

*Sí. Es eso lo que quieres leer, ¿verdad? Pues sí, los echo de menos. Me tienes mal acostumbrada. De repente te enfadas y ya no te reconozco.*

*No me enfadé, tenía la pizza en el horno y si me descuido, incendio el piso. Y una cosa es que lo deje porque me largo a vivir contigo... y otra es convertirlo en escombros.*

Jimena se queda muda. No sabe qué la pasma más, que Víctor le diga que todo fue un descuido y no hay cabreo que valga o... ¿Ha dicho que se

«larga a vivir con ella»?

*¿Qué quieres decir con «me largo a vivir contigo»? ¿Es una broma?*

*No, mi querida Jimmie, no es ninguna broma. Pero si no quieres...*

*La cuestión es: ¿quiere? Ni ella misma lo sabe.*

*A ver, ricura, que una cosa es que lo pasemos bien juntos en la cama y otra...*

*¿Me estás diciendo que solo me utilizas para el sexo?*

*¿De veras pensabas otra cosa, nene?*

*Voy a hacer como que no lo he leído. Por más que disimules, sé lo que sientes.*

*¿Te lo dijo Irene?*

*No, me lo dijiste tú en Dublín. No con palabras, porque no hicieron falta. Pero no sufras, no he pensado en invadir tu espacio. Me voy a Barcelona, pero me alojaré con un colega hasta que me supliques que viva contigo.*

*¿Ya te aguantará tanto tiempo el pobre? Mira que podría tardar toda una vida. Lo de suplicar nunca se me ha dado bien.*

Jimena sonrío, perversa. Le encanta marcarse faroles con Él. Claro que quiere que vivan juntos, pero... un poquito de sufrimiento masculino siempre le sube la moral a una.

*Sobreviviremos, Jimmie, no lo dudes. Tú no me conoces... todavía*

*Eso suena a un desafío imposible de resistir.*

*¿Sigues soñando con la playa nudista?*

*Cada noche... Mojo las sábanas como un puto adolescente. Dime que tú también lo haces.*

Jimena ríe. Jimena se sonroja. Jimena no sabe qué decir.

*Yo no mojo la cama desde los nueve años, cochino.*

Otra mentira como esa y va derecha al Infierno.

*Este fin de semana llego, me instalo, pillamos la moto y nos perdemos por ahí... ¿Te gusta la idea?*

*Uhhh... esto no tendrá que ver con tu cumpleaños...*

*No, bueno, quizá, pero no lo había pensado, en serio. Solo quiero pasar el fin de semana contigo... si estás dispuesta.*

*Yo siempre estoy dispuesta a pasármelo bien.*

*¿Incluso en una playa nudista?*

*Sobre todo en una playa nudista, no hay nada mejor que bañarse desnuda en el mar.*

Silencio. Seguramente Víctor está procesando esa imagen en su cabeza.  
*Lo dices como si lo supieras, como si no fuese la primera vez que visitas una de esas playas.*

*Y no lo es, ya estuve en una con unos colegas hace veinte años.*

*¿Y no has vuelto a ir desde entonces?*

*Pues no, ya sabes, la vida te lleva de aquí para allá, cambias de compañías y cambias de ambientes. Irene se largó a Madrid y yo me quedé muy sola y perdida.*

*Pobrecita Jimena.*

*Menos guasa, nene, menos guasa.*

Dos emojis sonrientes y un beso. Para aplacar su incipiente furia  
*Un par de días, nena. Siento haber tardado tanto, pero hasta ayer no volvió de sus vacaciones el dueño del piso.*

*Creía que el piso era tuyo.*

*¡Más quisiera!*

*Como alardeabas de ganar tanto...*

*No me lo vas a perdonar, ¿eh?*

Jimmie ríe al leer el mensaje. No, no se lo va a perdonar. No le gusta la gente que va presumiendo de ser o ganar más que ella.

*Pues... No sé, tendrás que hacer méritos, ganarte el perdón.*

*En una playa nudista no será difícil.*

*Puede ver cómo sonrío el muy cochino.*

*No te hagas ilusiones, a mí no me basta con tus musculitos. Más te vale que hagas algo mejor para impresionarme y ganarte mi misericordia.*

Una sonrisa muy perversa escapa de los labios de Jimmie mientras envía el mensaje.

*Dejaré que hagas conmigo lo que quieras.*

*Contigo siempre hago lo que quiero. Pero ahora, además, quiero conducir tu moto.*

Silencio. Sabía que era una apuesta arriesgada, esa yegua salvaje no la cabalga cualquiera.

*Pero Jimmie, en serio, eres...*

*Demasiado pequeña, ¿no? Es eso lo que ibas a decir.*

*No, no iba a decir eso, sino... Bueno, no es una scooter precisamente. Hay que saber llevarla.*

*Y yo soy una inepta.*

*No he dicho eso, Jimmie. No empecemos. Está bien, dejaré que te*

*montes, ¡qué diablos! Eres la mujer de mi vida, y solo con verte subida a la Triumph... Uff...*

No acaba el mensaje, pero Jimena sonríe porque sabe lo que viene a continuación.

*Te pones caliente, a que sí.*

*No lo sabes bien. No quieras saberlo. Y no me hago responsable de mis instintos si te veo encima de ella.*

*No negarás que puedo quedar muy sexy... Mucho más si voy desnuda.*

*Eso ya lo veremos.*

*Eso ya lo hemos visto.*

Dos manos en alto que indican rendición sin condiciones. Jimena siempre gana.

Y eso la hace sonreír y mirar el mundo con otros ojos. Le gusta su nueva aura.

Échale la culpa a Víctor. Toda la culpa.

Jimena se tranquiliza y le manda un wasap a Joserra:

*Falsa alarma. Toda la culpa la tuvo la pizza.*

*Ya puede oír cómo su vecino ríe a carcajadas.*

*Ay, Doña Agonías. Y tú llorando por una mísera pizza. Esto es lo último, en serio. Debes dejar de ver culebrones.*

*¡Mira quién fue a hablar!*

*Yo no me monto paranoias cuando Pol se desconecta del chat sin avisar.*

*Eres un feliz.*

*Y tú una conspiranoica. Siempre pensando mal del prójimo. No sé cómo te aguanta. De aquí va derecho al cielo, fijo. ¿Y de qué era la pizza?*

*Pues ni idea. No me lo ha dicho. Pero sí me ha dicho que quiere venirse a vivir conmigo y casi me da un parraque del susto.*

*Más emoticonos llorando de risa. ¡Dios, deberían eliminarlos!*

*Ay, Jimmie, tienes que estar preparada para la vida en pareja. Y para el Amor. Y para la vida en pareja con tu Amor.*

*Muy gracioso estás tú hoy. ¿Ya ha vuelto Pol?*

*Anoche, pero no te daré detalles, que te me despistas. ¿Qué le vas a regalar?*

*¿Regalar? ¿A quién, a Pol?*

Silencio. Puede oír el suspiro de Joserra, incluso puede ver su cara de desconcierto.

*A Víctor, petardilla. ¿No es este sábado su cumpleaños, no dijiste el día 30?*

*¡En serio! No puedo creer que haya pasado tan rápido este cochino mes.*

*A veces pasa cuando disfrutas mucho del sexo, Jimmie.*

Dos emoticonos sacando la lengua, burlones.

Víctor llega a las once de la noche de ese viernes, y pill a Jimena en pijama, leyendo un libro en el sofá.

Ralphie ha estado desaparecido todo el día y Savannah está en el parque con Joserra.

Le da un beso en los labios.

Jimena acepta, encantada, y sonrío. Hacía tiempo que no se la veía tan feliz.

—Estás radiante.

—Y ahora me dirás que el mérito es tuyo.

—Eso tienes que decirlo tú.

—¿Has traído la moto?

—¿Tengo que ponerme celoso de mi moto?

—Tú verás, llevo toda la semana teniendo fantasías sexuales con ella.

Tú, yo, nosotros, desnudos... cosas así.

—Eres de lo que no hay.

—Y por eso estás conmigo, no disimules ahora.

—No, estoy contigo por tu mal genio, porque me pone muchísimo.

—¿Vive muy lejos tu colega?

—En Sagrada Familia, a veinte minutos de aquí, más o menos. Yo he tardado diez porque venía en moto.

—No está mal, pero te vas a hartar de ver turistas japoneses, con sombrillas y cámaras de fotos colgadas al cuello.

—Eso era antes, Jimena. Ahora van todos con *tablets* y *smartphones*. De veras que a veces pienso que sí saliste de un convento —se burla.

Jimena le da una colleja.

Él, en cambio, la besa como si no hubiera mañana.

—¿Has preparado alguna mochila o nos vamos con lo puesto?

Jimena frunce el ceño. No lo había pensado. Últimamente, las cosas prácticas de la vida cotidiana se le escurren entre las neuronas.

—Uhhh, no.

—Pues nos vamos con lo puesto e improvisamos.

Jimena no está muy a favor de la improvisación, pero...

—Déjate llevar, Jimmie. Y quita esa cara de palo o te haré una foto y se la mandaré a Belén.

Otra colleja.

Otro beso de los que quitan el hipo.

Y a la cama... Pero no a dormir. No hace falta que te cuente el resto.

## **AGOSTO**

El fin de semana en la playa nudista fue de los que hacen historia y quedó debidamente documentado en Instagram con multitud de fotos, comentarios, emoticonos y respuestas a comentarios.

Parecía que les faltaban horas para hacer el Amor.

Horas y lugares.

Cualquier rincón discreto resultaba ideal para dar rienda suelta a la pasión.

Víctor cumplió treinta y cuatro años en la mejor compañía que podía imaginar, incluso estuvo tentado de contarle la verdad a Jimena.

Pero, si todo sale según lo planeado, ya habrá tiempo para las confidencias.

Estuvo observándola todo el fin de semana, como si quisiera aprenderse su rostro de memoria o como si temiera llegar a olvidarlo algún día.

Ella también lo observaba a Él, encantada, perpleja, simplemente maravillada.

Habían conducido la moto, sintiendo la libertad en sus rostros: una sensación placentera e inolvidable. Ella había posado desnuda encima de ella en mil posturas diferentes, sintiéndose poderosa y sexy. Y joven. Y libre. Como una puta diosa.

Esas fotos, por supuesto, nunca llegarán a Instagram.

Ahora, en el sofá de Jimena, con los cuerpos entrelazados y los ojos brillantes de deseo:

—Ha sido... Mmm... Me cuesta encontrar las palabras.

—¿A ti? Imposible.

—Muy posible y muy cierto. Lo que hemos vivido este fin de semana ha sido mágico. Si creyera en los cuentos de hadas, te diría que me he visto inmersa en uno de ellos. Pero... Olvídalo. Yo no creo en esas cosas —Jimena hace una mueca desdeñosa—. Ha estado genial y nos lo hemos pasado de puta madre.

Víctor se echa a reír.

—Eres única para el romanticismo.

—Di más bien: una verdadera pesadilla. La buena de Austen se horrorizaría con mi falta de decoro. Soy la antítesis de cualquiera de sus personajes, incluso del menos romántico de todos.

—Bueno, pues al parecer en esta historia, el lado romántico lo voy a tener que poner yo —se ofrece Víctor y le regala un beso.

A Jimena le encanta que le regalen besos.

—Me tienes muy mal acostumbrada. El día que me dejes, no sé qué voy a hacer con mi vida —bromea.

—Conociéndote, me dejarás tú a mí primero.

Jimena lo mira, inesperadamente seria.

—No sé por qué dices eso. Reconozco que me ha costado lo mío admitir que estamos bien juntos, que podemos ser una pareja más. No lo estropees, porque todavía no acabo de creérmelo y podría echarme atrás.

Víctor la besa de nuevo.

—Si sigues besándome así, pronto llegaremos a ese punto de no retorno.

—Ardo en deseos de llegar a él.

—Pues yo no ardo, yo tengo hambre: un hambre canina.

—¿Pizza o chino?

—Lo que sea, pero pronto.

Víctor la acaricia.

—Pues yo diría que estás a punto de entrar en combustión espontánea.

—La culpa es tuya.

—Lo que tú quieras —concede mientras coge el móvil y busca la aplicación de Just Eat—. ¿Menú completo con doble de todo? —pregunta a continuación.

—Casi te diría triple.

Víctor la mira con aire guasón.

—¿Triple? ¿No estarás...?

—Pero ¿qué dices? A mi edad... Tú alucinas. Y, además, y por si acaso, tomo la píldora.

—¿No quieres niños?

—Nunca han sido mi prioridad, no voy a mentirte. Y ya se me pasó el arroz, que decía mi abuela.

Víctor la mira con una sombra de pena, pero luego sonrío y hace el pedido para la cena. No es momento de hablar de eso, ya habrá tiempo cuando la relación esté más consolidada. No hay prisa.

Jimena quiere decirle que el tema «niños» está descartado, pero no es el momento; no quiere romper la magia de esa noche diciendo algo que sabe que no va a ser de su agrado.

Mientras esperan a que les traigan el pedido, Jimena consulta el correo y Víctor su cuenta de IG.

En un descuido, Jimena lo mira y lo ve fruncir el ceño.

—¿Algún problema? ¿Un bloqueo? ¿O una declaración de amor inesperada?

—Frío, frío... Un mensaje de Nadia.

Y se lo dice así: en caliente, a bocajarro, como si fuera lo más natural del mundo recibir mensajes de tu ex después de... ¿Dos años, mes arriba, mes abajo?

¿Y qué querrá ahora esa petarda?

—¿Y para que te escribe?

—Ay, mi celosona, para nada en realidad.

—Nadie escribe «para nada» ni sin motivo.

Víctor la besa en la frente. La Jimena vulnerable ha vuelto a aparecer y le encanta.

—Nadia sí. Le gusta llamar la atención.

—¿La tuya?

—La de cualquiera —contesta él, armándose de paciencia.

—Pero no ha escrito a «cualquiera». Te ha escrito a ti.

—A ver, Jimmie, tranquila. ¿Crees que, si quisiera algo con mi ex, te avisaría de su mensaje?

Lógicamente no. Pero ¿cuándo han sido lógicos los tíos?

—¿Y qué vas a contestar?

—Que me alegro mucho de que esté bien y le deseo toda la suerte del mundo. Soy un buen ex. Sé perder con deportividad.

—Por lo visto, ella no tiene el mismo estilo.

El timbre de la puerta interrumpe las suspicacias de nuestra pelirroja.

Víctor va a abrir y, mientras, Jimmie echa una ojeada al móvil.

Sabe que no está bien, sabe que es una violación de su intimidad, sabe que incluso podría considerarse como acoso, pero... Lo mira igualmente.

—Deja de curiosear —le reprocha, dejando las bolsas con el pedido en la mesita baja, frente al sofá—. Ya te he dicho que no te escondo nada. No quiero nada con Nadia. Ni le he dado pie a nada desde que nos separamos, vaya, desde que me dejó.

Jimena lo abraza.

—Ya te dije que era una imbécil sin remedio.

—No eres imbécil —sacude la cabeza—. Un poquito celosa, un poquito desconfiada, un poquito...

—Paranoica. Dilo alto y claro.

—Si lo quieres llamar así... Pero nada que no curen el tiempo y mis mimos.

Jimena sonríe. Y es una sonrisa hermosa, como decía Joserra, porque nace del corazón.

—Anda, vamos a comer, toda mi suspicacia se ve agravada por la falta de alimento.

Abren las bolsas y reparten el menú en dos platos que Jimena trae de la cocina.

—¿Vino o cerveza? —ofrece con otra sonrisa resplandeciente.

—Cerveza está bien. Ya veo que a ti la comida te pone de buen humor.

—Siempre... Y no hablemos del sirope de chocolate.

—¿Tienes más?

—¿Tú qué crees, nene? —pregunta mientras va a buscar la bebida y la trae de vuelta—. En cuanto te bañe con él y empiece a chuparte —lo provoca, toda maliciosa, entre besos—, vas a olvidar que alguna vez hubo otra mujer que no fuera yo.

A la mañana siguiente, y siguiendo el ritual de costumbre, Joserra se presenta en el piso de Jimmie para desayunar. Esta vez, sin embargo, trae churros.

—¿Y eso? —los señala con cara de gula.

—Me he levantado de buen humor.

—Ya somos dos.

—Y tu Macho Alfa, ¿por dónde anda, todavía durmiendo?

—No, pesado. Se ha largado con Savie a dar un garbeo. Ella, la mar de encantada; él, con cara de mártir. ¿Y por qué lo llamas así? Sabes que es cualquier cosa menos eso.

—Ay, Jimmie, que te me reconviertes en la Vinagres, y yo no la echaba de menos.

—El calor me estresa y me pone de mala leche, ¿ya no te acuerdas de lo que es vivir un agosto en esta demoníaca ciudad?

—Pesadito, pegajoso, insufrible... Claro que me acuerdo. Y para mí, un café solo con hielo.

—Me altera los nervios, tendrás que perdonarme.

—No sé de qué te quejas, si todo va como la seda.

—¿Y quién te ha dicho a ti que «todo va como la seda»?

—Tu cara de: «estoy-enamorada-y-ya-no-puedo-vivir-sin-él».

Jimena pone cara de ir a vomitar. No puede estar hablando en serio. ¿Ha puesto esa cara de absoluta gilipollas?

—La has puesto, sí —ratifica él, sin el menor rubor, y la anima a preparar el café.

—Pues no te fíes ni un pelo. Porque esta es la calma que precede a la tempestad.

—No hay nubes negras a la vista. ¿De qué hablas?

—De Nadia. La nube negra se llama Nadia —le alarga su café con

hielo.

—¿Perdona?

—La ex (o no tan ex) de Víctor se llama Nadia —ella se sirve un vaso de leche hasta arriba.

—¿Y qué? —Joserra no ve el problema por ninguna parte—. ¿Y qué es eso de «no tan ex»? Se es o no se es. No hay más.

—Era su mujer. Ahora es la «ex». Pero algo me dice, más bien Instagram me lo chiva, que quiere recuperar el estatus perdido.

—Eso será si él lo permite. ¿Te has parado a pensarlo o has ido directa a la paranoia, como siempre?

—Muy gracioso.

—Intento ser práctico, ya que tú no estás por la labor.

—Y yo intento ser positiva, pero... le veo la cara y... Se me cae el mundo encima.

—¿Verle la cara a quién?

—A ella, ¡joder, Joserra, que no te enteras!

—¿Y qué tiene de particular?

—Uhhh... No sé... Veinte años menos, por ejemplo. O que es modelo, o tiene un jodido tipito de infarto, o luce de puta madre en las fotos...

—La vida es mucho más que un *selfie*, Jimmie. No creí que tuviera que recordártelo a estas alturas.

—Pues a mí la canción de *Material Girl* me retumba en la cabeza.

—Eso es porque eres muy *fan* de Madonna.

—No, mi querido del alma, eso es porque vivimos en un mundo jodidamente material. Y visual. Y a menudo la vida se reduce a un puto *selfie*. Y gustas o no gustas. Tan simple como eso.

—El hombre que vino a mí, para reclamar, el mes pasado, con auténtica desesperación tu paradero, no tenía pinta de echar de menos a su ex, ni de gastar un solo minuto pensando en ella. No puedo decírtelo más claro.

Jimena sonrío.

Jimena se abanica con la mano.

Jimena no quiere preocuparse, tampoco hacerse ilusiones. El mundo es el que es, y la juventud siempre tiene las de ganar.

O no.

A veces, la edad da sabiduría, y la experiencia es un grado.

Cuando Nerea Hernández, su antigua directora de tesis, la llama la segunda semana de agosto, Jimena presiente que su vida, esa vida que hasta hace poco era mortal de aburrimiento, va a dar un triple salto mortal en cuestión de minutos.

—¿Jimena?

—¿Nerea?

—La misma, cariño. ¡Cuánto tiempo!

—Mucho. Aunque a veces, todo lo ocurrido, me parece haberlo vivido la semana pasada.

—Mala cosa, Jimena. No me dirás que te haces vieja.

—Solo mayor. Madura. Increíble. Realista, en una palabra.

—Perdona que te llame a este número, lo pillé en tu página web, a través de Google. No sabía cómo localizarte, y un colega de la Autónoma me avisó de que te habías mudado.

—Bueno, sí. Murieron mis padres, me cayó una herencia sin comerlo ni beberlo, y me trasladé a un piso, en la calle Balmes. No tengo capitales que evadir, pero vivo bien.

—Tampoco tienes cargas familiares, ¿me equivoco?

—Lo más parecido a un hijo es mi sobrina Rosi, y ya vuela por su cuenta.

—Magnífico porque tengo una propuesta que hacerte. Y esta vez no tienes excusa para negarte.

Se refiere al hecho de que, un año después de defender su tesis ante el tribunal, a Jimena le llegó una propuesta muy golosa para dar clases de literatura en el King's College de Londres, pero tuvo que rechazarla porque, por aquel entonces, sus padres estaban delicados de salud y ella no se sintió con valor para abandonarlos. Nunca dijo nada, rechazó la oferta y se lamió la herida en silencio.

Pero la vida, ah, la vida tiene esas cosas.

O como diría la Jimena más devota: los caminos del Señor son inescrutables.

—Te escucho.

—Desde mayo del año pasado hemos estado preparando un plan de estudios para un máster en escritura creativa, de cara a este otoño que está al caer. Y tu nombre ha surgido como una apuesta segura para impartirlo, junto a Sarah Jones, nuestra profesora titular aquí, en el King's.

—Pero yo nunca he escrito, Nerea. Solo escribo algún que otro post en

mi blog.

—No escribes porque no quieres, no porque no estés preparada. Estás de sobra cualificada para impartir solita ese máster, pero creo que tú y Sarah os entenderéis bien, las dos sois unas locas de las Brontë.

—¿Me estás diciendo que me ofreces un puesto como profesora adjunta en el King's? ¿Otra vez? ¡No puede ser!

—Claro que sí, cariño. No te diré que sea algo corriente. Incluso puedo asegurarte que trenes así no pasan más que una vez por la estación de tu vida. Pero tú has tenido la inmensa suerte de que uno pase dos veces. Dime que no serás tan tonta de desaprovecharlo. Las dos sabemos que te pasaste la carrera soñando con este momento.

Por supuesto. Jimena lo recuerda. La de veces que se lo comentó a Irene, la de veces que fantaseó con vivir una temporada en Londres antes y después de sacarse el doctorado. Luego la vida fue por otros derroteros, las cosas se complicaron y Jimena se vio obligada a aparcar su sueño. Había pasado tanto tiempo que ya ni recordaba cuándo le habían hecho aquella primera oferta que no pudo aceptar.

Pero ahora, ¿qué le impide decir sí a ese puesto?

¿Qué?

No.

¿Quién?

Víctor.

*Me cago en mi puta estampa.*

*¿Se puede saber qué te pasa ahora?*

Joserra suspira. Otro mensaje de Jimmie equivale a otra de sus paranoias. Casi prefiere no saber de qué va la cosa esta vez.

*No te lo vas a creer. Me han ofrecido un puesto de profesora adjunta en el King's College de Londres. Si acepto, me voy en dos semanas.*

*¿Si aceptas? ¿Bromeas? ¿Cómo puedes no aceptar? ¿Cómo puedes siquiera plantearte una negativa?*

*Joder, Joserra, ya lo sabes. En enero me hubiera ido de cabeza y sin pensármelo, pero ahora...*

*Ah, vale, entiendo. Ahora está Víctor de por medio.*

*No es una excusa, no quiero ponerlo como excusa.*

*Pero lo haces.*

*Es inevitable. No quiero perderlo, y los dos sabemos que nuestra relación no es lo bastante madura para resistir nueve meses, o un año, o quizá más, quién sabe, separados.*

*La distancia, hoy día, es un puro formulismo. No hablabas de dejar vuestra relación en un... ¿cómo lo llamaste, plano virtual?*

*Eso fue antes de conocerlo, bueno, de que... Tú ya me entiendes.*

*Sí, antes de que follarais plena y conscientemente, sin alcohol de por medio.*

*Pues eso. Y renunciar a Él... No sé... Joder, Joserra, ¿por qué me tienen que pasar a mí estas cosas?*

*Se llama vivir, Jimena, y a veces es complicado.*

*¿Me lo dices o me lo cuentas? Dime algo que no sepa.*

*Que Víctor te quiere. Y estoy convencido de que lo aceptará. No lo veo pidiéndote que renuncies a lo que más quieres por él.*

*Jamás lo haría. Ya lo sé. Pero eso no significa que esté de acuerdo con esta separación cuando apenas habíamos empezado a hacer planes de pareja, de futuro.*

*La vida es riesgo y solo tú puedes tomar la decisión.*

*Gracias por pasarme la patata caliente, no esperaba menos de ti.*

*¿De veras creías que iba a resolver esta ecuación por ti? Te quiero mucho, Jimmie, pero hay momentos en la vida en que no puedes usar el comodín de la llamada.*

*Jimena sabe que él tiene razón. Puede comentárselo, pero los consejos están de más y la decisión última le corresponde únicamente a ella.*

*Está bien, pero mantén la boquita cerrada porque todavía no hay nada decidido y no sé si quiero decírselo.*

*Gracias por la confianza, eh.*

*A ver, Joserra, que nos conocemos, y tú lo de guardar secretos como que no lo llevas muy bien que digamos.*

*Solo cuando se trata de regalos, fiestas sorpresa y cotilleos sin importancia.*

*Pues también es verdad, recuerda ella con un pequeño remordimiento.*

*No te me pongas sensible. Si no confiara en ti, no te habría dicho ni una palabra.*

*Tú tampoco sirves para guardar secretos, que se luego se te atragantan y no te dejan dormir.*

*¿Y hay algo peor que no poder dormir?*

Sí: no poder pensar con claridad.

Que es lo que más necesita Jimena estos días. Pensar, pensar, pensar. Dejar las hormonas quietas, las feromonas atadas y amordazadas, y el corazón... ¿Qué demonios hacemos con el puto corazón?

Se levanta a la mañana siguiente de la llamada con la cabeza nublada, poco apetito y los nervios agarrados al estómago.

Cuando el móvil avisa de la llegada del primer mensaje del día, Jimena siente tentaciones de tirar el aparato por la ventana.

No quiere interrupciones, ni siquiera de Él, mucho menos de Él.

Quisiera poder olvidarse del día que lo conoció.

Hoy, más que nunca, siente unos irrefrenables deseos de matar a Belén.

Está peleada con el Destino, con la vida y con su puta mala suerte.

Si hay algo que siempre le ha dado rabia es que le pongan un caramelito en los labios... para luego quitárselo.

Porque sabe que, si acepta el puesto —y no puede no hacerlo, como bien ha dicho Joserra con ese sentido común tan suyo—, perderá a Víctor.

La competencia, que no es poca, la engullirá en apenas unas semanas y llegará ese temido momento en que Él se olvide de ella.

Por otro lado, no puede quedarse; honestamente no puede rechazar por segunda vez una oportunidad de ese calibre.

No es el reconocimiento, ni mucho menos el sueldo que pueda ganar. Es... Bueno, ¡qué cojones! Es Londres, ya sabes: poderes mágicos, su lugar favorito del mundo. Y nueve meses... que podrían alargarse si pulsa las teclas adecuadas y habla con la gente que importa.

Contra eso no hay nada que pueda competir en igualdad de condiciones.

Ni nadie.

Salvo el dichoso *stripper* que un día se coló en su corazón.

Y a quien no puede sacarse de la cabeza.

Mira el móvil y hay siete mensajes.

Dos son de Víctor para preguntar qué tal está y si se ven hoy; dos son de Olivia para decirle que tiene el archivo de la novela del concurso a punto de enviar, y para comentarle un nuevo proyecto relacionado con la trata de blancas; uno es un encargo que ya no puede aceptar; otro es de Rosi, para decirle que se ha ido a vivir con Paco; y el último es de Irene, para invitarla a Madrid ese fin de semana.

—Vale, justo lo que me faltaba: decidir bajo presión.

Y ahora mismo no está para decidir nada.

Desconecta el móvil, lo deja sobre la cama, se ducha, se viste y se larga a la calle.

No sabe muy bien por dónde andan sus mascotas, pero, a decir verdad, y aun a riesgo de parecer una egoísta insensible, es lo último que le importa ahora mismo.

Acabarán en el piso de Joserra, donde serán más que bienvenidas entre tanto bicho.

Si se va, tiene que cerrar el piso, darle las llaves a su vecino y pedirle que le eche un ojo a cada tanto para que no entren okupas. Que hay mucha envidia suelta por el mundo, y donde hay envidia hay inquina, y donde hay inquina hay delito.

Y hablando de pisos, también deberá buscar alguna de esas casitas coquetas de Londres donde alojarse mientras esté trabajando allí.

—Ay, Dios de mi vida, ¡qué requetebién suena eso!

Y Jimena tiene ganas de ponerse a bailar porque sí.

Va a aceptar.

Se va a Londres.

Lo que haya de ser, será.

Si Víctor la quiere en serio, si es en serio que «no puede vivir sin ella», esperará. O se irá con ella.

¿Por qué no?

¿Acaso el Amor no es compartir la dicha de la persona amada?

Media hora después de hablar con Nerea, aceptar el trabajo, concretar los últimos detalles del contrato y pedir consejo a la hora de elegir vivienda para esos meses, Jimena se prepara un gin-tonic. Una decisión de ese calibre hay que celebrarla por todo lo alto.

Pero hoy lo hará a solas.

Mañana hablará con todas sus amistades, empezando por Joserra, y les comunicará su nuevo... ¿Cómo llamarlo? ¿Cambio de aires? ¿Nueva vida? ¿Año sabático? ¿Vacaciones pagadas?

Sea como sea, suena a las mil maravillas.

Ya verá qué hacer con Víctor cuando llegue el momento.

Antes de irse a dormir, Jimena recibe otro mensaje de Rosi:

*Tita, me ha dicho Joserra que te vas a Londres. ¡Un año! A impartir un máster, ¡qué calladito te lo tenías!*

*¿Desde cuándo hablas con Joserra a mis espaldas?*

*Desde siempre, ¿qué problema hay?*

*Que es un bocachancla, ese es el problema. Menos mal que le dije que se quedara calladito. Si no...*

*Así que no pensabas decírmelo.*

*No hoy. Además, ¿cómo demonios sabe Joserra que he aceptado si aún no se lo he dicho a nadie?*

*Telepatía. Hay quien cree en ella.*

*Yo no.*

*Yo tampoco. Pero podría ser. Oh, qué bien, vamos a estar a un tiro de piedra. Y mola mucho pasar la Navidad en Londres.*

*¿Y a ti quién te ha dicho que vas a pasar la Navidad en Londres? ¿Y si yo decido volver a casa por esas fechas?*

*Pero no lo vas a hacer, porque nunca has pasado esas fiestas allí. Y son la leche, ¡en serio!*

*Ya lo tienes todo planeado, ¿no?*

*No, para nada, la de los planes eres tú. Ya sabes que yo improviso. Pero me quitas un peso de encima, porque es pasarlas contigo o pasarlas en Cáceres con Paco y su familia. Y tú me dirás...*

*Sí, Jimena tiene muy claro qué elegirá Rosi si la ponen contra las cuerdas.*

*En fin, le encanta que, de vez en cuando, hagan planes por ella. Y en ese momento le encanta cualquier plan si tiene las calles de Londres como escenario.*

A la mañana siguiente Víctor se presenta en el piso sin previo aviso.

—¿Por qué siento que me ocultas algo?

—¿Qué te voy a ocultar yo a ti? ¿Te has levantado paranoico o qué?

—Dímelo tú. Te mandé dos mensajes y no contestaste. No es normal en ti.

Jimena baja la cabeza, clara señal de culpabilidad.

—Me despisté, lo siento. ¿Café?

—Solo y sin azúcar. Te lo repito: ¿hay algo que quieras contarme?

—No habrás hablado con Joserra...

Jimena lo conduce a la cocina, temiéndose lo peor después del mensaje de Rosi.

—No he hablado con nadie, pero quiero hablar contigo porque esa carita traviesa me dice que hay algo que te mueres por contarme. ¿Acaso no merezco saberlo?

Pues ahora que lo dice, Jimmie no lo tiene muy claro. ¿Merece saberlo? ¿Qué sabe ella de Él, aparte de los cuatro datos básicos que aparecen en cualquier perfil social y son de dominio público?

—Tenemos que hablar.

—Eso suena fatal.

—Depende de cómo te lo tomes. Para mí, ha sido la mejor noticia que me han dado en veinte años.

—Desembucha.

—Deja que antes prepare el desayuno. No tengas prisa.

—Quizá sea lo mejor, sí. Algo me dice que necesito tener el estómago lleno para escucharte.

Jimena frunce el ceño mientras pone la cafetera y la tostadora en marcha.

—Te veo muy derrotista para ser tú.

—Hay algo en esta conversación que no me gusta. No sé si es tu gesto de victoria o el brillo excesivo de tus ojos.

—Ya estamos otra vez interpretando miradas. Mis ojos no dicen nada de particular.

—Tus ojos gritan lo feliz que eres. Y también gritan que esa felicidad no tiene nada que ver conmigo.

—Víctor, no todo en la vida es sexo. Que lo pasemos muy bien juntos no significa que no tenga nada más en qué pensar —dice mientras deja dos tazas de café en la mesa, dos tostadas, un bote de mermelada de arándanos, una tarrina de mantequilla y otro bote de Nutella.

—Que Joserra no venga a desayunar con nosotros tampoco me da buena espina.

—¿Echas de menos a Joserra?

—Echo de menos la normalidad. Esto me huele a charla seria y trascendente, charla de pareja, charla de despedida.

—Ahora el cenizo eres tú.

—Dime si tengo motivos.

—Pues no los tienes —Jimena se bebe el café, y unta de mermelada una

de las tostadas con deliberada lentitud—. Sí, me han hecho una oferta de trabajo. Sí, la he aceptado. Sí, la oferta es en el extranjero, en Londres más concretamente —le da un mordisco a la tostada y sonríe—. Y sí, me hace feliz. Muy feliz. Y sí, vamos a estar separados unos meses. Tú decides si va a ser algo temporal o definitivo.

—Que yo lo decida.

Víctor también se bebe su café, aunque le sepa más amargo que otros días.

—Es una oportunidad única y no puedo desaprovecharla. No por segunda vez.

—¿Ya te la ofrecieron?

—Cuando acabé el doctorado, pero entonces tuve que rechazarla por asuntos familiares.

—Y ahora estás libre.

—Sí, no tengo marido, ni hijos, ni padres a los que cuidar. Por fin puedo volar. Y voy a hacerlo.

—Sin mí.

—Nadie ha dicho que no puedas venir conmigo.

—¿Y qué hago yo en Londres?

Víctor está sencillamente estupefacto.

—¿Me lo preguntas en serio? Hay millones de posibilidades de trabajo en Londres.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Dedicarme a lo mío, sacarle partido a mi doctorado. Voy como profesora adjunta de un máster en escritura creativa. No he escrito nunca, pero Nerea, mi directora de tesis, dice que estoy sobradamente cualificada. ¡Y qué puñetas, claro que lo estoy!

Víctor no lo duda ni por un instante. Doña Marisabidilla ha encontrado, por fin, su lugar en el mundo.

—Dime que me acompañarás. Como hiciste en Dublín.

Jimena se muestra mimosa, pero Él está extrañamente silencioso.

Al cabo de unos minutos que se hacen eternos, Víctor habla:

—No puedo volver a Londres —la mirada se oscurece y la voz tiene un matiz ronco y desagradable.

—Que no puedes volver... —ella lo mira de hito en hito—. ¿Has estado en Londres y no me lo habías dicho, picarón? ¿Cuándo?

—No puedo volver, Jimmie. Es todo lo que tienes que saber. No puedo

volver.

# SEPTIEMBRE

Las últimas palabras de Víctor retumban en la cabeza de Jimena.

Desde que se despidió aquella mañana con aquella extraña e inquietante sentencia no ha vuelto a saber de Él.

Y todo le suena raro y muy desconcertante.

Pero ahora no está para paranoias, no. Eso se acabó. Le queda una semana antes de coger el vuelo a Londres. Una semana y mil cosas que resolver.

No tiene la cabeza para misterios ni adivinanzas.

Ni siquiera si tienen que ver con Víctor.

Si la quisiera de verdad, se habría sincerado con ella. Pero está claro que solo ha sido un pasatiempo sin importancia.

Y le duele.

Pero tampoco tiene tiempo para revolcarse en el dolor.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, tiene un objetivo concreto, una meta clara en el horizonte. No puede dejar que un *stripper*, por muy sexy a amoroso que sea —o pareciera en su momento— le haga perder otra vez el Norte.

La nueva Jimena tiene cosas más importantes de qué ocuparse.

Lleva días buscando alojamiento en Londres, pero o todo es muy caro o no se ajusta a sus necesidades. Ha de confesar que los últimos años pasados en el piso de la calle Balmes, grande y luminoso donde los haya, la han vuelto exigente.

Esta noche volverá a abrir la aplicación y echará otra ojeada a las ofertas, y Dios quiera que encuentre algo porque el tema está empezando a estresarla en serio.

También ha pasado dos mañanas enteras buscando sus viejos apuntes de la carrera y la tesis.

Nunca está de más refrescar la memoria. No sabe lo que va a encontrar,

pero, aunque solo sea por no quedar mal delante de Sarah Jones, más le vale ir preparada.

Escribe un par de correos mientras almuerza una ensalada César, acompañada de una copa de vino blanco. Ha empezado la semana con el horario de comidas británico para ir acostumbrando el estómago.

El primero es para Olivia, donde le comunica que temporalmente no estará disponible como correctora porque se marcha a Inglaterra y, para ser sincera, no sabe cuándo volverá.

Por fortuna, ya cumplió con el último encargo que le quedaba pendiente y se va sin sentimiento de culpa.

*Renovarse o morir.*

El segundo correo es para Irene, y va en la misma línea, aunque por supuesto obviando su anterior trabajo.

Cuando va a echarse una mini siesta para descansar los ojos y relajarse, le llega un wasap en respuesta al correo de Irene:

*Así que por fin vas a cumplir tu sueño dorado.*

*Casi no me lo creo.*

*No sé por qué. La vida te da sorpresas... Sorpresas te da la vida. Y tú eres una chica lista, no puedes desaprovechar esta oportunidad.*

*Ya me lo dijo Nerea.*

*Y aunque Londres no tenga tanta fama como París, digo, por lo de la ciudad del Amor, seguro que encontráis rinconcitos donde... ya tú sabes.*

*¿Qué rinconcitos ni qué niño muerto? Irene, me voy sola. No me acompaña nadie.*

*¿No te vas con él?*

*Pues no, no me voy con Él.*

*Ha habido pelea...*

*No, ni siquiera eso. Se puso todo serio y me dijo que «no podía volver a Londres».*

*Jimena todavía no entiende qué significa eso.*

*Uy, Jimmie, eso pinta muy misterioso. Suena a... delito inconfesable o algo muy chungo, en cualquier caso.*

*Pues si lo descubres algún día, no te olvides de contármelo.*

*Tienes que descubrirlo tú misma.*

*No estoy para zarandajas ahora. Además, ¿qué importa? Solo fue un tío bueno, con quien me lo pasé bien durante un tiempo. No voy a hacer un drama, Irene.*

*Pues la última vez que lo vi, parecía muy enamorado.*

*Tú lo has dicho: parecía. No te fíes de las apariencias. Por lo visto he sido su desafío particular, su trofeo; ahora podrá ir presumiendo por ahí: «Yo desvirgué a una cuarentona de lo más calentorra».*

*Un par de emoticonos sonrientes.*

*No seas tremenda, Jimmie. Él no es de esa clase de tíos. Vale que esconde algo, pero no es ningún café.*

*Que me da igual, Irene. La nueva Jimena no está para rollos sentimentales. Cayó embrujada en febrero, pero todo se pasa. Y esta oportunidad llega caída del cielo para recordarme por qué estoy mucho mejor soltera y sin líos de cama.*

*Irene pone otros dos emoticonos llorando de risa. Está visto que no cree ni una palabra. Luego contesta:*

*Vale, muy bien, date un tiempo, pero tú y yo sabemos que Víctor es tu hombre. Más pronto que tarde aparecerá en Londres y os arreglaréis.*

*Mucha fe tienes tú. Eres peor que Joserra.*

*Alguien tiene que mantener el optimismo a flote. Si fuera por ti...*

*Perdona, rica, pero yo estoy de un optimista que lo flipas.*

*Pues el romanticismo, que de eso siempre has ido cojeando.*

*Y razón no me ha faltado, ya ves.*

*Espero que los aires de Londres te sienten mejor y vuelvas renovada.*

*Ah, sí, eso sí. Pero en cuanto al amor, no te hagas muchas ilusiones. Cupido me odia como el primer día que nos conocimos. Hay cosas que no cambian. Ah, y antes de que se me olvide, pásame el correo de Belén.*

*Silencio. Sabía que iba a dejarla ojiplática con esa última petición.*

*¿Para qué quieres tú el correo de Belén?*

*Para despedirme de ella, ¿para qué va a ser?*

*Jimmie, que nos conocemos, y tú y Belén...*

*No me gusta dejar rencores por ahí, ni cuentas por saldar. Ya me conoces.*

*Demasiado bien. Espera un momento...*

*Al minuto tiene el correo de Belén en su bandeja de WhatsApp.*

*No sabe muy bien qué dirá, pero calladita no se va a quedar.*

*Vale, se ha quedado descansada después del chat con Irene.*

*Es bueno poner en palabras esos pensamientos que te martirizan todo el*

santo día. Sobre todo, porque ahora vuelve a ser la Jimena Feminazi, agresiva y voluntariosa que lo único que quiere es vivir la vida loca, sin más líos.

Está a punto de irse a dormir un rato, pero... Joserra aparece por la puerta.

—Ya tardabas.

—Has estado callada como una muerta todos estos días. Eso me huele a chamusquina.

—Joserra, hoy no estoy de humor. He gastado todo mi buen talante con Irene por wasap. Y quería irme a dormir un rato antes de despedirme de mi querida Belén.

—Tu querida Belén, ¡uy, qué mal suena eso! Que Dios la pille confesada.

—Con todos sus pecados al completo. Pero no, no voy a ser demasiado mala. Me siento generosa con el universo, pichoncito. No quiero derramar demasiada hiel, me intoxica.

—Mmm... No sé yo... Que tú tienes mucho peligro. Y hablando de todo: ¿Por dónde andan Savie y Ralphie?

—Savie está en la cocina, remoloneando y de mala leche, para no variar. Ralphie está por ahí, cotilleando qué hace la gata de la vecina de enfrente; es nueva en el edificio y se están conociendo. No para quieto en casa ni media hora, como si supiera subliminalmente que pronto tendrá un nuevo dueño.

—Es temporal, y los dos lo sabemos. ¿O te has planteado en serio quedarte allí para siempre?

—Desde luego, no he comprado billete de vuelta.

—Pero... ¿te lo has planteado o no?

—Digamos que estoy en ello.

—Y Víctor, ¿qué dice?

—Víctor no tiene nada que decir —Jimena pone cara de mala leche—. Mis decisiones son mías. Y, además, «no puede volver a Londres». Y no me preguntes qué leches significa eso porque después de dos semanas de darle vueltas hasta hacerme estallar la cabeza, todavía no lo sé.

Joserra la mira entre divertido y curioso.

—Ya me lo estás explicando con todas las letras.

—Pero ¿no te digo que no lo sé?

—A ver si me entero, te dice que «no puede volver a Londres» y se queda tan ancho.

—Así mismo, como lo oyes.

—¿Y tú no vas a pedirle más explicaciones?

—¿Para qué? ¿Serviría de algo? Ha sido su manera de despedirse.

—No me suena a despedida —le rebate él—. Me suena a un «Hasta luego» o un «Hasta siempre», pero no un «Hasta nunca».

—Mira, si tú quieres seguir creyendo en cuentos de hadas es tu problema, pero yo paso de historias. Ni sé lo que hizo en Londres, ni quiero saberlo.

—¿Y si lo de *stripper* fuera una fachada, una tapadera?

—Que me da igual, Joserra de mi corazón. Que yo me largo en una semana, ¡y que le den! Que no voy a montarme películas con Él, no me da la real gana. No ha confiado en mí, apenas sé nada de su vida que no sepan sus veinte mil seguidores. No hay confianza, y si no la hay, ¿qué mierda de relación voy a echar de menos?

Joserra no puede objetar nada a eso, por desgracia, y se despide con un beso.

Mejor dejar a Jimena sola.

De: [jimenasilva71@hotmail.com](mailto:jimenasilva71@hotmail.com)

A: [belensolanoriofrio@yahoo.es](mailto:belensolanoriofrio@yahoo.es)

Asunto: Nada es lo que parece

*Mi querida, queridísima Belén*

*No sabes la de veces que he soñado contigo. No me pongas esa cara, que parece que te estoy viendo; no tiene ningún doble sentido lésbico... Solo he soñado con la cara que pondrías cuando alguien te dijera que Víctor es mi pareja. Sí, ese Víctor al que pagaste para que me diera un buen revolcón. Y me lo dio, ya puedes creértelo. Y no uno, sino unos cuantos, a cuál mejor.*

*Así que, lo que son las cosas, antes de irme voy a tener que agradecerte tus malas intenciones. Porque eran de lo peor, y las dos lo sabemos. Hasta Él lo sabía. Pero te salió el tiro por la culata. Porque tu stripper se enamoró de mí hasta las trancas.*

*No contabas con eso. Yo tampoco, a decir verdad.*

*En fin, que muchas gracias por ese regalo inesperado. Aunque te*

*recuerdo que la novia era Irene, y los regalos eran para ella. Pero, vaya, que si te sentiste generosa, no seré yo quien proteste.*

*A la tonta, a la tonta, me regalaste el mejor polvazo de mi vida.*

*Muchas gracias, no lo olvidaré nunca.*

*Él tampoco.*

*Besitos.*

*Jimena «la Vinagres».*

—Qué descansada se queda una cuando vomita toda la hiel. Se lo recomiendo a cualquiera, en cualquier momento de su vida. Forma parte de la dieta detox, de la que todo el mundo habla. Depurar toxinas y gente tóxica, que viene a ser lo mismo.

Suspira, sonrío y se va a escribir un rato en su diario.

Lo tiene muy abandonado, y si hay un momento ideal para desahogarse es ese; han pasado tantas cosas que lo más probable es que se quede toda la noche escribiendo.

Se prepara un té rojo y se come una chocolatina mientras tanto.

Sigue sin renunciar a sus caprichos.

¿Y por qué habría de hacerlo? Cualquier posibilidad de estar con Víctor se ha ido al garete.

*Y me voy.*

*¡Quién me hubiera dicho que en apenas tres meses iba a coger dos aviones!*

*¡Quién me hubiera dicho que el sueño de mi juventud se haría realidad cuando menos lo esperara!*

*Dios te da, Dios te quita.*

*Nunca pensé que algo tan bueno me obligaría a dejar atrás al único hombre que me ha hecho perder la cabeza.*

*No se lo he dicho a Joserra, ni a Irene, ni a Rosi. Ni por supuesto a Belén.*

*Pero sí, Víctor me hizo perder la cabeza y consiguió que recuperara, un poco al menos, la fe en el Amor y en el ser humano.*

*Por eso me jode que se despida de ese modo.*

*Y me da igual si es un hasta luego o un hasta nunca.*

*¿Qué cambia eso?*

*Ha renunciado a mí y yo debo renunciar a Él.*

*Pero duele, y ese dolor no lo cura ninguna chocolatina.*

*Ni el alcohol, ni ninguna droga; ni la más dura.*

*Porque Él es mi droga.  
Me desintoxicaré. No lo he hecho nunca, y probablemente sea difícil, muy difícil.  
Pero no hay nada que yo no consiga, ahora lo sé.  
El Amor te vuelve invencible.  
También vulnerable.  
Vuelvo a ser la Jimena de antes, la de siempre.  
Eso está bien.  
Y pasará el tiempo. Y también el dolor.  
Y ¡quién sabe! A lo mejor todo termina como una de esas películas americanas  
donde el chico va al aeropuerto a buscar a la chica para decirle que no puede vivir sin  
ella, y se van juntos y son felices y comen perdices y...  
Joder, ya parezco Joserra.  
Y yo soy mucho más realista. Sé que hay cosas que nunca ocurren.  
No a la gente como yo.  
Yo soy una profesional, pero mi vida amorosa es un putito desastre.  
Así que mejor me centro en el máster y en mi trabajo, lo único que siempre me ha  
sacado a flote.  
Y si quiero darme una alegría... Bueno, digo yo que en Londres también habrá  
clubs de strippers.  
Lo que no tengo muy claro es que estén a la altura de Él.  
Pero todo es acostumbrarse.  
El ser humano es un animal de costumbres.  
Y ya, a ver si dejo de desvariar.  
Si el amor me sienta mal, el desamor ni te cuento.  
Si fuera más curiosa, me pondría a investigar por qué leches Víctor no puede  
volver a Londres.  
Pero tengo tan pocas pistas que terminaría antes de empezar.  
Si espero a que Él me lo cuente, me haré vieja y mis cabellos rojos se volverán  
blancos como la nieve.  
Quizá el error fuera mío por juzgarlo o prejuzgarlo, más bien.  
Nunca le di la oportunidad de que me dijera quién era realmente y de dónde  
venía.  
Y sí, me dijo que era de Castellón y poco más.  
Pero eso y nada es lo mismo.  
Lo dicho: no tengo hilo del que tirar para desenredar la madeja.  
Será el Destino quien ponga el punto final a esta historia.*

*Una semana después...*  
—Última llamada para los pasajeros del vuelo a Londres. Embarquen  
por favor. Última llamada para los pasajeros del vuelo a Londres...  
El anuncio de megafonía reverbera en su cabeza.

Pum. Pum. Pum.

Se acaba el tiempo. Él no ha venido. No está. No aparece.

Coge las dos maletas y se dirige, junto a los demás pasajeros, a las pistas de despegue.

Mira atrás.

Nada.

Nadie.

¿Y qué esperaba?

No ha querido que Joserra la acompañara al aeropuerto.

Ha sido doloroso despedirse de él y de las mascotas. Mucho.

Por un momento creyó que no lo soportaría.

Incluso se le ha escapado alguna que otra lágrima.

A ella. ¡Qué chiste!

Ella, que la última vez que lloró fue porque Víctor se había desconectado del chat sin avisar. Y ya le pareció una tragedia griega digna de Sófocles.

Y ahora ¿qué? Ahora que sí tiene motivos para llorar a moco tendido, tiene los ojos secos.

Vuelve a mirar atrás en un último y desesperado intento de reconducir la historia.

Rebobinar y volver al punto donde ella le pidió que la acompañara.

Y que fuera distinto, que se hubiera sincerado, que se hubiesen perdonado todo lo que había por perdonar.

Y estuvieran juntos de nuevo.

Pero no, la vida no es tan fácil ni tan oportuna.

La vida es la que es, y a Jimmie le toca vivirla sola.

Y de repente siente miedo. Un miedo atroz, uno que no había sentido nunca.

A que todo salga mal, a que sea un espejismo, a volver derrotada y con la cabeza baja.

Pero su futuro no es ningún espejismo.

El único espejismo en su vida ha sido Él.



## *Febrero de 2017*

Otro San Valentín.

Da vértigo pensar dónde estaba ella el año pasado y con quién.

Da vértigo pensar cómo se conocieron, cómo se enamoraron y cómo se perdieron... Sin más.

Cómo los secretos acabaron por derrotarlos.

Cómo Él se quedó en España, tan tranquilo, sin contestar a ninguna de sus mil y una preguntas.

Y la más importante de todas, ¿por qué no podía volver a Londres?

Ella nunca había sabido hasta aquella mañana que Él hubiera estado allí, y no imaginaba qué podía haber pasado para que le hubieran vetado la entrada.

Al final se rindió.

Al final concluyó que no la quería lo suficiente. Se dio por vencida y empezó una nueva vida, la que siempre había deseado.

Víctor solo había sido el espejismo de una cuarentona demasiado soñadora para su propio bien.

El máster la mantiene lo bastante ocupada como para no revolverse en un dolor inesperado, crudo y mordiente.

Londres la mantiene lo bastante enamorada como para creer que la ruptura no la ha afectado más de lo debido.

Sarah Jones y sus interminables debates sobre la naturaleza del amor de Heathcliff y Catherine la mantienen lo bastante entretenida como para hacer volar el tiempo.

Y una vez más, San Valentín.

Recorre los pasillos umbríos del King's. Hoy hay reunión para poner en común los resultados del primer semestre del máster.

Ella no puede estar más satisfecha, sus alumnos —un abanico de culturas y países diferentes— están motivados y llenos de ideas e iniciativas. Es enriquecedor formar parte de un proyecto así, donde todo el mundo pone su granito de arena y aporta su particular visión del mundo y de la vida. Da gracias al cielo por la oportunidad ofrecida. Y si en las noches se siente sola... Bueno, siempre le queda Netflix.

Hay poca gente esa mañana, se da cuenta, y están reunidos en corrillos.

A Jimena la chismografía académica se la trae al paio, hay cosas que nunca cambian, adonde quiera que vayas.

Murmullos, caras de sorpresa, de reproche, quizás algo de envidia también.

Y un nombre que se repite a cada diez palabras: Víctor Martínez.

Debe de estar soñando, ¿cómo demonios va a oír ese nombre allí?

No debió de haberse quedado anoche tanto tiempo escribiendo en su diario.

La nostalgia la había traicionado y se pasó más de dos horas tecleando, volcando sobre la pantalla todos los buenos recuerdos con Él.

Y claro, ahora oye su nombre en cualquier parte, por inverosímil que sea.

—Jimena, debes dormir más o vas a acabar viendo y oyendo cosas que no son.

Se acerca al despacho contiguo al suyo.

Oye voces que llegan desde el interior.

Dos hombres hablando. Y una voz terroríficamente familiar.

Hablando en inglés, sin apenas acento, pero con una dicción exquisita.

Todavía puede escuchar esa voz, ronca y candente, susurrándole al oído:

—Jimmie, Jimmie...

Tiene que ser una broma de mal gusto porque le ha oído referirse al otro hombre como «papá». Y eso es imposible porque ese es el despacho del decano de la facultad de Arte y Humanidades, donde actualmente ella está impartiendo el máster.

Y vale que el buen hombre se apellida Martínez, lleva veinte años en el King's como decano, y dirige el departamento de estudios hispánicos, pero...

Es imposible.

Aguza el oído al ver que no hay moros en la costa.

—Así que quieres recuperar la cátedra de literatura inglesa.

—¿Por qué no? Ya han pasado casi cinco años, todo el asunto de Sharon está ya olvidado. Lo sé, he hecho averiguaciones aquí y allá, he hablado con gente.

—¿Cuánto tiempo llevas en Londres?

—Desde primeros de año, no he querido decirte nada porque necesitaba estar seguro de que podía recuperar mi antiguo puesto.

—Hablaré con Muriel O'Callaghan, es quien lleva todo el tema de contratos, pero no te prometo nada. Aquí las cosas no se olvidan, hijo, mucho

menos los escándalos. Esta sociedad es muy pacata y elitista, no perdona los deslices...

Jimena está paralizada.

¿Hijo?

¿Papá?

¿Cátedra de literatura inglesa?

No puede ser.

Pestaña, sacude la cabeza y se mete en su despacho sin abrir la boca, casi sin atreverse a respirar.

¿Sharon?

¿Quién diablos es Sharon?

«No puedo volver».

«No perdona los deslices...»

¿Qué es todo ese galimatías?

¿Qué hace Víctor en Londres... si es Él, *su* Víctor?

No entiende una palabra, pero por Dios que va a averiguarlo.

Cuanto más lo piensa, más surrealista le parece.

Pero ¿por qué?

¿Quién dijo que Víctor no podía ser nada más que un simple *stripper*?

Ella, solo ella. Y sus condenados prejuicios.

«Te sorprendería saber lo lejos que estoy de la imagen que te has creado de mí».

CONTINUARÁ...